

BIBLIOTECA DE FILÓSOFOS ESPAÑOLES
DIRIGIDA POR EDUARDO OVEJERO Y MAURY

Raimundo Lulio

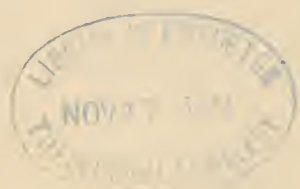
Blanquerna
(Novela)



1929

Imprenta LA RAFA, Abtao, 4. Teléfono 70551:
MADRID

PQ6412
.L88B6
v.2



PQ6412

L83B6

v. 2

Digitized by the Internet Archive
in 2014

BLANQUERNA
MAESTRO
DE LA PERFECCION CRISTIANA

EN LOS ESTADOS

**de matrimonio, religión, prelacia, apostólico señorío y vida
eremítica**

COMPUESTO EN LENGUA LEMOSINA

por el iluminado Doctor, Mártir invictísimo de Jesucristo y maestro uni-
versal en todas artes y ciencias,

B. RAIMUNDO LULIO

Raimón Lull

IMPRESO EN VALENCIA. AÑO 1582

traducido fielmente en lengua castellana

TOMO SEGUNDO

M A D R I D

Imprenta LA RAFA, Abtao, 4, Tel. 70551

1929

LIBRO TERCERO

DEL ESTADO DE PRELACIA EN OBISPOS Y ARZOBISPOS, DIVIDIDO EN ONCE CAPITULOS

CAPITULO LXXIV

Cómo el Abad Blanquerna fué elegido Obispo, y, contra su voluntad, confirmado en esta dignidad por el Santo Padre de Roma.

FÓRMULA PARA LA BUENA ELECCIÓN DE UN BUEN OBISPO

1. Después de haber el Obispo renunciado su obispado, y retirándose ya en el monasterio y estudio del idioma arábigo, que él mismo había establecido y fundado, a fin que muchos pudiesen estudiar y aprender en él varias ciencias e idiomas, según hemos dicho en el antecedente libro, los Canónigos se juntaron en Capítulo para disponer la elección de prelado; en cuya ocasión dijo uno de ellos, "que antes de pasar a la elección, sería muy conveniente tomar consejo del Obispo que había renunciado el obispado, para saber cuál de entre todos le parecía debía ser elegido Obispo; pues, por tanto, había renunciado, deseoso de morir para honrar a Jesucristo, le parecía que debía ser llamado a la elección y votar en Capítulo como los demás. Todos aprobaron la propuesta del Canónigo, y luego le enviaron a llamar. Vino, pues, a Capítulo el que antes había sido Obispo, y después de haberle notificado el motivo por el cual le habían hecho venir, dijo en presencia de todos eligiesen al Abad Blanquerna, pues no sabía otro tan digno como él para ser Obispo. Y caso que lo rehúsase, les aconsejaba eligiesen Obispo según el modo y arte de elección.

2. Desagradó mucho esta proposición al Arcediano y a algunos Canónigos, pues siendo ellos seglares, se recelaban que, si el Abad Blanquerna era su Obispo, les obligaría a que fuesen Canónigos reglares; aunque la mayor parte del Cabildo aprobó que el Abad Blanquerna fuese su Obispo, con todo, quisieron se eligiese según el modo del referido arte de elección; pero el Arcediano con algunos Canónigos se opusieron a que se hiciera la elección según el arte, por cuyo motivo los demás Canónigos que deseaban que Blanquerna fuese el Obispo le eligieron sin usar el arte de elección, si bien algunos se opusieron y pasaron a elegir al Arcediano por Obispo.

3. Gran discordia había entre los Canónigos por no haberse concordado en la elección, y dos de ellos fueron a notificar al Abad Blanquerna cómo le habían elegido por Obispo, habiendo tenido más votos que el Arcediano, por lo cual le suplicaban muy de veras, como también por parte de sus compañeros, viniese a tomar posesión del Obispado, y luego pasaría a Roma por la confirmación del Pontífice. Sintió vivamente el Abad Blanquerna la noticia que los Canónigos le participaron, y de hecho se excusó diciendo “no convenía a la vida contemplativa dejar la Religión para ser Obispo”; con que los dos Canónigos y los demás que le habían elegido, quedaron muy descontentos por haberles dicho el Abad que no quería ser Obispo. En ínterin el Arcediano pasó a Roma para obtener la confirmación del Papa; pero la mayor parte de los Canónigos enviaron también a Roma sus procuradores para oponerse a la elección del Arcediano; y suplicaron al Santo Padre apostólico mandase al Abad Blanquerna aceptar el Obispado, pues había sido electo por la mayor parte de los Canónigos.

4. Después de haber el señor Papa oído ambas partes, habló en esta forma: “Todo lo que tiene resabios o semejanza de simonía debe esquivarse en cualquier elección, y lo que más se opone y es más contrario a la simonía es siempre lo más conveniente; por cuya razón, soy de parecer que el Abad Blanquerna, que rehusa el ser Obispo y no quiere pasar de la estrechez de vida en que está a otra más amplia, deba ser y de hecho sea Obis-

po, y no el Arcediano, quien, según parece, viene muy voluntarioso. Por todo lo cual quiso el Papa y mandó que absolutamente Blanquerna fuese Obispo, y a este tenor le fué mandado por escrito. Muy desconsolado quedó el Abad Blanquerna y todo el convento por el precepto que le había impuesto el Pontífice, por lo cual le envió dos monjes a ver si podría excusarse, proponiéndole el derecho que le asistía, haciéndole presente que si el otro había podido renunciar el Obispado para elegir vida más austera, bien parecía justo que él pudiese renunciar la elección, siendo ya monje y estándose en vida más estrecha y contemplativa.

5. De hecho estos monjes se fueron a Roma y suplicaron al señor Papa se dignase de no quitarles a su Abad Blanquerna por la gran falta que les haría, en atención a lo mucho que había mejorado y continuaba en mejorar a su monasterio; y mayormente, porque se excusaba razonablemente, según el derecho y los motivos que se le habían expuesto. Pero el Papa no quiso admitir ni dar lugar a las excusaciones propuestas por los monjes, antes quiso absolutamente que el Abad Blanquerna fuese Obispo para que mejorase el Obispado, como había mejorado el monasterio; y porque quería se ejercitase en la obediencia, despachó expresamente un rescripto al Abad, en el que se le mandaba por santa obediencia dejase la Abadía y aceptase el Obispado. En fin, el Abad Blanquerna hubo de obedecer renunciando la Abadía, con universal sentimiento y dolor de los monjes, porque perdían tan noble Abad, y aceptando el Obispado con singular gozo y alegría de los Canónigos que le habían elegido, por cuanto en él lograrían el más digno y mejor Obispo.

CAPITULO LXXV

Trata del modo con que el Obispo Blanquerna arregló y ordenó su obispado y de las loables y bellas ordenaciones que hizo en la repartición de sus rentas en servicio de la Iglesia, y en el arreglamiento de los estudios de Teología y Derecho canónico, y Oficios que constituyó, en que se empleasen ocho Canónigos para predicar continuamente las ocho Bienaventuranzas que promete Jesucristo en su sagrado Evangelio.

FORMA DE GOBIERNO EN UN PRELADO CELOSO Y SANTO

1. Entró en Capítulo el Obispo con sus Canónigos y les habló de esta forma: "Vuestra voluntad es, señores, que yo sea vuestro pastor. En gran servitud me hallaba yo cuando era Abad, mas ahora estoy en mucha mayor, pues con más grande afán y peligro guarda el pastor a sus ovejas cuando gordas, que cuando son flacas. Y así, pues, habéis querido que yo sea vuestro Obispo, os pido ayuda y consejo para ser buen pastor y guardar bien mis ovejas. Y quiero primeramente saber de vosotros cuánta es la renta de esta Iglesia, cuántos son los Canónigos y los Beneficiados en la catedral, y cómo se reparten las rentas de la Iglesia. Todas estas cosas quiero se me pongan por escrito, para que pueda yo allá a mis solas discurrir, si pudiera mejorar algunas cosas en esta Iglesia a honra de Dios y de la Virgen María, y para dar buen ejemplo a los seglares, los cuales pecan muchas veces por el mal ejemplo que les dan su pastor y sus compañeros los Canónigos y los otros eclesiásticos y Curas".

2. Luego en presencia del Obispo y de los Canónigos fué puesto por escrito todo lo que el Obispo mandaba, y vió que en aquella catedral había veinticuatro Canónigos, sin contar el Arcediano, Sacristán, Paborde, Deán y Cabiscol; y que había trece racioneros y otros oficiales, según se conviene haber en una catedral. Muy dotada estaba aquella Iglesia, pues la porción sola

del Obispo montaba hasta tres mil libras de renta por cada año. Mucho estaba pensando el Obispo en el estado de su diócesis, y en cuál modo pudiera mejorarlo.

3. Sucedió un día que en la Misa se cantó el Evangelio en que nuestro Señor Jesucristo prometió las ocho Bienaventuranzas, y después de concluida la Misa entró el Obispo en Capítulo, según tenía por costumbre una vez a la semana, y, estando allí con todos los Canónigos, habló en esta forma: "Bien habéis entendido, señores, cómo Nuestro Señor Jesucristo promete en su Evangelio ocho Bienaventuranzas; por lo cual quisiera con vuestro consejo y voluntad ordenar en este Obispado tal regla y ordenación, con que pudiésemos todos obtener las ocho Bienaventuranzas referidas. Y empezando primero por mis rentas, hago de ellas tres partes: la una quiero sea repartida entre los pobres de Jesucristo; la otra, se gaste en pacificar a los que están en enemistades y disensiones, y la tercera, para mi manutención y para el gasto de toda mi familia".

4. El Arcediano dijo entonces al Obispo, "que gran deshonor sería de su persona y de todo el Clero de la catedral, si no mantenía en su casa mucha familia para acompañarle y honrarle, lo que no pudiera mantener con sola la tercera parte de sus rentas". Mas el Obispo respondió diciendo: "Que ninguna honra debe ser deseada, si no es con la intención de servir a Dios; y que honra uno más a Dios con hacer limosna, que con tener mucha familia superflua por ostentación y vanagloria. Pues mucho mejor y más honrado queda el palacio del Prelado cuando están en sus puertas muchos pobres a quienes se da bien de comer y se les hace limosna, que no cuando en la mesa del Prelado sirven muchas copas doradas y otra vajilla de plata, ni cuando comen en ella muchos criados y familia, ni cuando en la caballeriza hay muchos caballos y muchas mulas, ni menos cuando en los cofres guarda muchos preciosos vestidos y mucha moneda y dinero recogido".

5. En fin, quiso el Obispo y ordenó que el número de los Canónigos se dividiese en tres partes: la una fuese destinada para servir las ocho Bienaventuranzas; la otra para estudiar la

teología y cánones, y la tercera se destinase para el servicio de la Iglesia. Y ordenó asimismo que todos los veinticuatro Canónigos y él mismo fueran reglares; como también para todos los Clérigos que servían sus beneficios cantando en la Iglesia, concluidas las horas y la Misa, estudiasen Teología y el Derecho canónico, y que comiesen juntos en el refitorio y durmiesen en el dormitorio, a fin de que, muriendo algún Canónigo, fuese uno de ellos elegido en lugar del difunto, y que se les proveyesen las Vicarías o curatos de las iglesias parroquiales. Todas estas ordenaciones quiso el Obispo Blanquerna fuesen establecidas para siempre, y que fuesen otorgadas por todo el Cabildo de los Canónigos y por los demás eclesiásticos de su Iglesia, y confirmadas por el Papa y Cardenales.

6. Fuerte disputa tuvo el Obispo sobre estas ordenaciones con el Arcediano y algunos Canónigos, sus parciales; pero en resolución les dijo que no sería Obispo, menos que ellos otorgasen y consintiesen en aquellas ordenaciones, y que enviaría al Papa a suplicarle las confirmase; y caso que no quisiese confirmarlas, le excusase de ser Obispo, pues no quería ser pastor sin poder defender sus ovejas de los lobos. De hecho envió luego al Papa todo el proceso de sus ordenaciones por medio de dos Canónigos muy santos y devotos. Al instante que el Papa hubo leído todas las ordenaciones que el Obispo Blanquerna había hecho en su Obispado, envió un rescripto para que en un todo se hiciese la voluntad del Obispo; y alegróse mucho entonces de haberle confirmado, esperando entrar en parte del mérito de todo el bien que hacía el Obispo Blanquerna, por cuya razón confirmó para siempre todas las ordenaciones que él le había enviado. Cuando llegaron de la corte romana los enviados con la confirmación de las ordenaciones alegróse sumamente el Obispo Blanquerna y arregló su Obispado, según queda dicho arriba, empezando por la ordenación de los estudios y después por la de las ocho Bienaventuranzas, como se dirá en los capítulos siguientes.

CAPITULO LXXVI

Trata de la pobreza, primera bienaventuranza, y del buen modo que el Canónigo, procurador de la predicación de dicha bienaventuranza, tenía en proveer a los pobres, y cómo reprendía a los ricos de espíritu que dejan de dar limosna a los pobres para que en fin Dios hartase a todos en la eterna bienaventuranza del Paraíso.

PERSUÁDESE LA PARSIMONIA EN EL GASTO Y LA LIBERALIDAD EN LA LIMOSNA

1. El Obispo entró en Capítulo con los Canónigos, y les dijo que Nuestro Señor Jesucristo prometió el reino de los cielos a todos los que serían pobres de espíritu; y por esta razón quería que uno de los Canónigos fuese destinado al oficio de pobreza para predicarla y ser cabeza y jefe de todos los pobres de aquella ciudad, a cuyo efecto, ante todas las cosas, había de partir todo el producto de su canonicato por amor de Dios, y en seguida de esto ir pidiendo por amor de Dios todo lo preciso para sustentar su vida, vistiendo pobremente y corrigiendo sin empacho alguno a los ricos de espíritu. Mientras el Obispo proponía el método que se debía llevar en aquel oficio, un Canónigo de muy santa vida se puso en pie y pidió se le concediese el tal oficio de pobreza, prometiendo cumplir con todo su poder las condiciones expresadas pertenecientes a este oficio y encargo, si se lo otorgaban.

2. Fuéle concedido al Canónigo el empleo, y luego el Obispo hizo publicar por todas las iglesias de la ciudad, cómo tal Canónigo había tomado el oficio de pobreza para ser jefe y cabeza de todos los pobres; y así que todos recurriesen a él, quien iría con ellos por la ciudad pidiendo por amor de Dios cuanto necesitasen para sustentar la vida. Y el Obispo concedió muchos días de perdón a los que le hiciesen limosna. El Canónigo dió por

amor de Dios todos sus ricos vestidos, sus caballerías y demás alhajas y muebles de su casa; y pobremente vestido iba pidiendo por amor de Dios para los pobres vergonzantes, desvalidos y enfermos, y asimismo, para casar pobres doncellas, y criar chicos huérfanos y menesterosos, a quienes procuraba después dar maestros de letras o artes mecánicas, para que pudiesen así ganarse la vida.

3. Aconteció un día que este Canónigo fué convidado a comer en casa del Arcediano; y mientras estaban comiendo vió que el Arcediano se regalaba con distintas viandas muy delicadas y costosas. Vista por el Canónigo de pobreza toda aquella profusión, levantóse de la mesa, exclamando en alta voz: "Huyamos de aquí, huyamos, que el Arcediano gasta los bienes de Jesucristo y de sus pobres"; y así gritando salióse de casa del Arcediano, y fué por las calles de la ciudad y casas de los Canónigos; y seguíanle muchos pobres que decían a voces las mismas palabras del Canónigo. Muy corrido se quedó el Arcediano en esta ocasión; y muchos fueron los que sintieron se les remordia la conciencia por la reprensión que daba el Canónigo al Arcediano.

4. Otro día sucedió que el Canónigo de pobreza comía con el Cabiscol; y mientras estaban comiendo, entraron en casa de este muchas caballerías cargadas de trigo, propio de Cabiscol, quien era hombre muy avaro y recogía dinero para enriquecer un sobrino suyo que amaba mucho. Al punto que el Canónigo reparó entrar tantas cargas de trigo, se levantó de la mesa y se fué por las calles de la ciudad recogiendo los pobres de Jesucristo; después que hubo juntado a muchos, se fué con ellos al palacio del Obispo gritando: "¡Justicia, justicia!" Y clamaban así con él todos los pobres. Mucho se maravilló el Obispo y los que estaban con él, al oír estos clamores, y saliendo a la puerta de palacio con sus Canónigos, encontraron muchos pobres que, acompañados del Canónigo de pobreza, su procurador, clamaban a grandes voces: "¡Justicia, justicia!" Preguntó el Obispo al Canónigo que por cuál motivo clamaban así, y respondióle con estas palabras:

5. "Señor está escrito que todo lo que sobra a los eclesiásticos, a excepción de lo preciso y honesto, debe de ser y es de los pobres de Jesucristo; y como el Cabiscal de vuestra iglesia tiene recogido mucho trigo, y quiere ahora venderlo para comprar con este dinero un castillo para su sobrino, pidoos, señor, que el trigo, o el dinero que se saque de él, sea entregado a los pobres que vos me habéis encomendado, pues debe ser suyo: porque el Cabiscal no tiene boca ni estómago para tanto trigo como tiene recogido; y no siendo su sobrino eclesiástico ni pobre, no tiene derecho para servirse de él; y, por tanto, pido y requiero que se me haga justicia. Entonces el Obispo, para saber la verdad del hecho, envió a llamar al Cabiscal, y encontró que era así como decía el Canónigo; por lo cual quedó muy avergonzado y confuso, en cuya consecuencia el Obispo sentenció que todo el trigo fuese entregado a los pobres de Jesucristo, con tal que si el sobrino quisiese juzgarse y tenerse por pobre, pudiese obtener igual porción de trigo, como uno de los demás pobres.

6. Predicaba el Canónigo todos los días por las plazas de la ciudad la pobreza, e increpaba el deseo a las riquezas, cuando un día cierto caballero muy rico y muy honrado de aquella ciudad le convidó a comer; y antes de ponerse a la mesa, rogó el Canónigo al caballero le enseñase toda la casa. El caballero condujole por todo, y el Canónigo observó que en toda la casa no había pieza alguna que no estuviese con todos los adornos correspondientes; pues a más de ser la casa muy hermosamente fabricada, estaban todos los cuartos con todo el aseo y cumpostura que a su estado correspondía. En algunas piezas había muchas camas cumplidamente aderezadas con ricos lienzos, mantas y pabellones. En otras había distintas armas, bellísimas colgaduras de terciopelo, y bancos primorosamente entallados. En las caballerizas había bellos caballos y bellas mulas. En la cocina grande aderezo, y en el corral gran multitud de gallinas, gansos y otra volatería, y bastante leña. En el jardín, muchos árboles y bellas flores. En la bodega gran copia de vino blanco y tinto. En los graneros abundaba el trigo y la cebada, y en la despensa, el pan y la harina. En los aparadores había copiosa va-

jilla de plata, y en los guardarropas, bellas ropas y ricos vestidos. En las arcas, cantidad de moneda, y en los cofres, muchas ricas y preciosas joyas, y copiosa cantidad de telas finas. En suma, así el caballero como su esposa y demás familia estaban muy bien y ricamente vestidos, y lograban cumplidamente todo cuanto necesitaban. Después que el Canónigo lo hubo visto todo, dijo que en cuanto había observado en toda la casa, nada había visto que tuviese rastro ni señal de pobreza; y por consiguiente, que él no quería comer en aquella casa, puesto que aquel caballero era siervo de la riqueza, que era contraria a su señora la pobreza.

7. Ya estaba el Canónigo para salir de aquella casa, e irse a comer a otra parte, cuando el caballero le dijo que aun tenía otro aposento secreto en casa que él no había visto y deseaba que le viese; y condujo al Canónigo en aquella pieza, que estaba pobremente aderezada. En ella comieron privadamente aquel día el Canónigo, el caballero y su mujer unas pocas y flacas viandas. Después el caballero le enseñó la pobre cama donde solía dormir con su mujer y el cilicio que vestían, y le enseñó un libro donde estaban escritas todas las limosnas secretas que hacían. En otro cuarto excusado había un Crucifijo, en cuya presencia el caballero y su mujer acostumbraban estar en oración y contemplación rogando a Dios y hablando de Dios. Mucho se maravilló el Canónigo del modo de vivir de aquel caballero y su mujer, y preguntóles por cuál motivo iban los dos vestidos tan ricamente y por qué tenían su casa tan ricamente aseada y abastecida de todo, y por qué tanta familia y ostentación. A esto satisfizo el caballero diciendo: "Que tenía su casa así abastecida de todo, a fin de que fuese más pobre de espíritu; por cuanto mayores eran las riquezas y los bienes temporales, y más frecuente las veía y las despreciaba, tanto más era pobre de espíritu". Agradó mucho al Canónigo el modo de vida de aquel caballero y su mujer, y alabó y bendijo a Dios que le había dado tan buenos compañeros en servir a la pobreza de espíritu.

CAPITULO LXXVII

Trata de la mansedumbre, segunda bienaventuranza, y de la bella manera en que con su doctrina y ejemplo la enseñaba el Canónigo predicador de ella, y cómo por sus méritos y santa vida se convertían muchos a Dios.

DOCTRINA PARA LA PERFECTA MANSEDUMBRE

I. El Obispo Blanquerna encargó a otro Canónigo el oficio de Mansedumbre con la obligación de predicarla y que se mostrase mansueto y benigno, para que sus sermones fuesen más veraces y diesen mayor fruto; y repartió los demás oficios entre los otros Canónigos destinados a servir las otras bienaventuranzas, reservando para sí el oficio de Paz. Aconteció un día que el mayordomo del Arcediano había comprado mucha carne, gallinas y perdices; y a tiempo que el Canónigo de Pobreza, acompañado de muchos pobres, iba por la ciudad pidiendo por amor de Dios, se encontró con dicho mayordomo, que conducía a dos hombres cargados con toda aquella provisión de carne y volatería; y luego el Canónigo, con todos los pobres que iban con él, gritaron a grandes voces: “¡ Ah, ladrones!, ¡ ah, ladrones, que el Arcediano hurta la carne a los pobres de Jesucristo!” Muy airado y disgustado se quedó por ello el mayordomo y mucho se escandalizó y enfadó el Arcediano cuando aquél se lo contó; tanto, que pensó sacudir al Canónigo de Pobreza; mas el de Mansedumbre le hizo presente a la memoria cómo Nuestro Señor Jesucristo fué mansueto en su Pasión y en la Cruz, en la cual, siendo inocentísimo, se dejó enclavar, vulnerar y matar; y siendo el Arcediano culpado, ¡ con cuánta mayor razón debía ser más paciente y mansueto si el Canónigo de Pobreza con justicia le acusaba y le reprendía de la injuria que hacía a los pobres de Jesucristo, que el Obispo y todo el Cabildo le tenían recomendados! Con tanta devoción y humildad habló el Canónigo de

Mansedumbre al Arcediano, que tuvo paciencia y conciencia, re-frenó la ira y mala voluntad y pidió perdón al Canónigo de Pobreza.

2. En la misma ciudad había una mujer que amaba mucho a su marido. Era éste lujurioso; y porque faltaba a la fidelidad debida a su mujer, estaba ésta muy impaciente y prorrumpía frecuentemente con muchas palabras villanas y descortesas contra su marido. Aconteció un día que mientras iba con otras mujeres a la iglesia, estaba el Canónigo de Mansedumbre predicando en la calle, delante de la iglesia, de la paciencia y mansedumbre, y decía estas palabras: "Mucho más fuerte es el simple y el mansueto que el iracundo y el impaciente orgulloso, porque el mansueto pelea con caridad, justicia, prudencia y fortaleza contra el otro, y el impaciente airado pelea con los vicios contrarios a estas virtudes". Hízose cargo la mujer de lo que decía el Canónigo, y quiso probar si con blandas y humildes palabras corregiría a su marido con mansedumbre y paciencia; por lo cual, en adelante, sabiendo que su marido le había faltado, le avisaba con palabras suaves y humildes, y le mostraba alegre el semblante, como si tal cosa no fuese; y con esto vino a suceder, que cuanto mayores eran los yerros que el marido cometía contra ella, tanto más se aumentaban en su conciencia los remordimientos de sus pecados; y por la multiplicación de la conciencia vinieron en él la castidad, la justicia y la vergüenza, que concuerdan con la conciencia, y vencieron con la fortaleza a la lujuria en el corazón del marido.

3. Predicaba en la plaza el Canónigo de Mansedumbre al tiempo que un hombre increpaba a otro de latrocinio, y éste airadamente se escudaba amenazándole de manera que, según las palabras que decía, parecía que fuese como Dios, que no pudiese errar ni cometer alguna falta; y cuanto más fuertemente se excusaba, tanto más crecía la ira, por la cual iba aumentándose la sospecha en el otro que le increpaba, siendo así que la ira y la sospecha concuerdan entre sí y suelen los hombres culpados excusarse con mayor energía de voces que los inocentes. Mientras los dos así porfiaban, el Canónigo que estaba predicando

dijo estas palabras: "Increparon a Jesucristo muy injustamente cuando le decían que era encantador, endemoniado y samaritano; respondió pero humilde y benigneamente con pocas palabras, diciendo: "Que no era endemoniado, ni encantador"; y por esto, el que se excusa más altamente de lo que hizo Jesucristo, parece da a entender con sus palabras que no puede errar ni cometer pecado".

4. A tiempo que el Canónigo acababa de decir las palabras referidas, desprendióse una teja de un tejado muy alto y le abrió una grande llaga en la cabeza, que sufrió con paciencia y mansedumbre, diciendo algunas palabras muy humildes y devotas; y sucedió también, que mientras le llevaban en casa del cirujano estaban dos hombres riñendo en la calle, y el uno, queriendo dar al otro con un cuchillo, hirió al Canónigo en un brazo y le llagó malamente; mas éste con grande benignidad y paciencia dijo: "Que Dios le perdonase la mala obra que le había hecho; y alabó y bendijo a Dios que quería y ordenaba que tuviese paciencia". De estas palabras del Canónigo quedaron muy edificados todos los que iban con él, y mayormente el otro, que tanto se excusaba del latrocinio de que le acusaban.

5. Después de largo tiempo, cuando ya el Canónigo se hallaba sano de sus heridas, sucedió que el Príncipe de aquella tierra desheredaba y hacía muchas injurias a la Iglesia, por ser un mal cristiano, quien no quería obedecer al Obispo Blanquerna en lo que le amonestaba y le decía según su oficio. Vino a noticia del Papa la violencia y la injuria que hacía aquel Príncipe a la Iglesia, y, en consecuencia, envió orden al Obispo que le descomulgase; mas como sabían que el Príncipe era hombre malo y cruel, por temor que no les matase, estaban todos muy medrosos y reparaban y temían mucho descomulgarle. Entró, pues, un día el Obispo y los Canónigos en Capítulo, donde concurrieron también los que eran oficiales de las ocho bienaventuranzas del Evangelio; y se disputó entre todos cuál de ellos, según su oficio, debía ir a descomulgar al Príncipe. Y determinó el Obispo que el Canónigo de Mansedumbre debía ejecutarlo, por razón que Jesucristo, que es su Pastor, de quien son procuradores los de-

más Pastores y Prelados de este mundo, fué mansueto; y también porque la excomunión debe intimarse con palabras de mansedumbre y contrición. por todo lo cual fué concluído que el Canónigo de Mansedumbre debía ir a descomulgar al Príncipe.

6. Vino, pues, el Canónigo en presencia del Príncipe, y le habló en esta forma: "Nuestro Señor Jesucristo dijo que los mansuetos poseerían la tierra; por tanto, a mí, que tengo el oficio de Mansedumbre, me envían a vos para descomulgaros por la violencia e injuria que hacéis a la Iglesia. Vencido ha en mí la mansedumbre al temor y me hace venir a vos, despreciando el peligro de muerte; mas si en vos hay fortaleza, justicia, paciencia y mansedumbre, éstas harán que os sean agradables mis palabras; si, pero, en vos se encuentran la ira, la desobediencia y la injuria, con mis razones humildes y benignas pretendo vencer vuestras orgullosas palabras".

7. Sintió vivamente el Príncipe que el Canónigo le descomulgase y mandó que en su presencia le despojasen, le atasen y le azotasen, y que le hiciesen después morir a mala muerte. Mas el Canónigo, mientras le desnudaban y ataban, rogaba a Dios que perdonase al Príncipe y a los que estaban para azotarle; y alababa y bendecía a Dios que le hacía llevar esta penitencia por los pecados que había cometido en este mundo; y cuanto más reciamente le azotaban y atormentaban, tanto más se le traslucía la piedad en el aspecto, y con mayor devoción decía: "Señor Jesucristo, Tú me criaste a tu semejanza y tomaste naturaleza semejante a la mía, y ahora dispones que yo sea atormentado en este modo semejante a la manera con que quisiste ser atormentado, para que yo te sea semejante; por lo que no podría yo retribuirte, ni agradecer los dones y el favor que te has dignado darme y hacerme. Alábote y bendígote, Señor, porque quieres honrarme tanto y exaltarme. No sería yo mansueto ni a Ti semejante, si aborreciese y maldijese a los que me atormentan y mandan atormentarme".

8. Mucho se maravilló el Príncipe de las palabras que decía el Canónigo, por lo cual mandó que no le azotasen ni atormentasen más, y luego le habló de esta forma: "Solían los eclesiás-

ticos en algún tiempo ser soberbios, holgazanes y descomedidos; ¿de dónde, pues, viene ahora que tú hables con palabras tan humildes, tan mansuetas y devotas? ¿Habría ya, por ventura, llegado el tiempo en que vuelvan en vosotros, eclesiásticos, la humildad, la mansedumbre y la devoción? ¿Y que los seglares tomásemos de ello ejemplo y enseñanza? Ruégote por Dios y te conjuro que me digas la verdad sobre el estado de tu Obispo y de tus compañeros, pues no dejará de haber alguna nueva y rara virtud en los que, en lance tan apretado como es éste, han enviado a mí un hombre como eres tú”. Entonces el Canónigo refirió al Príncipe todo lo que había acontecido al Obispo Blanquerna, cómo antes era Abad de cierto monasterio de monjes y cómo después ellos le habían elegido por su Obispo, y le informó de cómo había ordenado y regulado toda su diócesis; y que él era uno de los ocho Canónigos, los cuales en su forma y modo de vida significaban las ocho Bienaventuranzas que prometió Jesucristo a sus Apóstoles y discípulos y a todos sus sucesores. En esto la divina luz con amor celestial ilustró el corazón del Príncipe, quien se explicó con estas voces: “No es razón que un tal Obispo y tales compañeros sean desobedecidos en cosa alguna”; y luego después el Príncipe, junto con el Canónigo, se fué a pedir perdón al Obispo Blanquerna y a sus Canónigos, y satisfizo el agravio e injuria que había hecho a la Iglesia; y cuando le hubieron absuelto de la excomunión, encomendóse en la gracia y bendición del Obispo y de todo el Cabildo.

CAPITULO LXXVIII

Que trata del llanto, que es la tercera bienaventuranza. enseñando en dónde, por qué y cómo debe el hombre mover su corazón a devoción y sus ojos al llanto, según el ejemplo y doctrina del Canónigo predicador de esta bienaventuranza.

DOCTRINA GRANDE PARA UTILIZAR LAS LAGRIMAS

1. El Obispo Blanquerna instruyó al Canónigo de Llantos cómo debiese llorar en común por todas aquellas cosas que convenían ser lloradas; y dióle arte y regla para mover su corazón a amar tan de veras a Dios, hasta que llegase a subir el agua a los ojos para llorar. Aconteció, pues, un día que este Canónigo pasaba por el matadero y reparó que el Canónigo de Mansedumbre se entretenía allí mirando cómo los cortantes ataban y degollaban a los corderos sin que éstos se resistiesen ni balasen; antes, recibían la muerte en paz. Preguntóle entonces el Canónigo de Llantos por cuál motivo se entretenía allí. Y respondióle: “Que estaba mirando matar aquellos corderos para acordarse de su Señor Jesucristo, quien como manso Cordero se dejó prender, atar, atormentar y matar para salvar a los pecadores”. Al oír esto el Canónigo, dijo: “Llorar, pues, me conviene ahora la muerte de Jesucristo”; y luego los dos Canónigos se detuvieron algún tiempo llorando con devoción; y muchas veces venían allí los dos a llorar, por el consuelo que experimentaban en el llanto, y por el fruto que sacaban de muchos hombres, que viéndoles llorar así se sentían movidos a contrición de sus pecados y lloraban la Pasión que por ellos había sufrido Nuestro Señor Jesucristo.

2. Otro día el Canónigo de Llantos pasaba por delante de una sinagoga y vió que concurrían allá muchos judíos para rogar a Dios; y parándose delante de la puerta, se acordó de cómo los malditos judíos habían concertado la muerte de Jesucristo

y cómo en este mundo le habían deshonrado, despreciado, atormentado, blasfemado, crucificado y muerto; y cómo perseveraban en no creer en El y le maldecían sin cesar todos los días. Pensando en todas estas cosas el Canónigo, y cómo los tales juicios ignorante y maliciosamente se condenan, lloró muy fuertemente, diciendo estas palabras: “¡Ah, caridad y devoción! Y ¿por qué no acudís a honrar a Nuestro Señor Dios entre aquellas gentes que creen honrarle y le deshonran? ¡Oh, piedad! Y ¿cómo no os compadecéis de estas gentes perdidas que todos los días se precipitan ignorantemente en el fuego perdurable?” Muchas otras exclamaciones, acompañadas con lágrimas, hizo allí el Canónigo; y repetidas veces venía en aquel paraje a llorar, para que la divina gracia iluminase a los errantes y diese devoción a los cristianos con que por virtud de Dios tuviesen mayor cuidado y diligencia que no tienen en alumbrar a los infieles.

3. Cierta mujer tenía a su marido, que mucho amaba, esclavo en tierra de moros, que fué después redimido por gran cantidad de dinero; y como después de haber vendido la buena mujer todos sus bienes y los de su marido no bastase lo que había sacado para pagar la redención, iba por las iglesias y por las plazas recogiendo por amor de Dios para cumplir la cantidad de dinero para el rescate. Un día, pues, el Canónigo de Llantos encontró en la plaza a esta buena mujer, que llevaba consigo a cuatro hijos chiquititos, pidiendo limosna y llorando mientras estaba contando a muchos hidalgos la esclavitud en que se hallaba su marido y los tormentos que padecía en su cautiverio. Todos aquellos señores, compadeciéndose de aquella mujer, le dieron dineros y la consolaron en su tribulación. Después que la buena mujer hubo acabado de explicar sus sentimientos y recibido la limosna, el Canónigo llorando dijo estas palabras: “Llora la mujer a su marido y se compadece de los tormentos que padece en su cautiverio; reducido ha sus hijos a la mendiguez y va con ellos entre la gente pidiendo una limosna por amor de Dios, y ¡hace cuanto puede para recobrar a su marido! Pero, ¿quién es el que haga otro tanto para honrar a su Creador, Bienhechor y Señor de todo cuanto hay, digo a Nuestro Señor Jesucristo? Este Señor

es mucho más amable que no lo es el marido de esta buena mujer. En esclavitud están los lugares donde El fué concebido, donde nació y donde fué aprisionado, crucificado y muerto, porque se hallan en poder de los moros. Luego más sentidamente debemos llorar por Jesucristo, que no por el hombre que vive estando en poder de los infieles. Y así, ¿cuál de vosotros me ayudará a llorar la ingratitud de las gentes que no hacen cuanto pueden para honrar y obedecer a su Señor, Creador y Redentor?" Muy fuertemente lloró el Canónigo, hasta obligar a los demás que se humillasen en acompañarle con el llanto.

4. A la entrada da la ciudad habitaban las mujeres prostitutas; y pasando por aquel barrio en una ocasión el Canónigo de Llantos, vió a muchas de ellas que vivían allí, y, acercándose a ellas, empezó a decir estas palabras: "Llorar quiero los pecados de estas infelices pecadoras, que por un dinero se entregan al demonio, y siendo así que un mundo entero no vale tanto como una sola alma; con todo esto, cada una de estas mujeres entrega su alma y cuerpo al demonio por un dinero. Llorar me conviene el que el Príncipe o los Regidores de la ciudad no prohiban que en lugar tan público como es éste habiten estas mujeres, las cuales son ocasión de pecar a cuantos pasan por aquí. Lloran mis ojos, pues no hay en esta ciudad quien procure que estas mujeres no anden y estén en tan peligroso oficio". Mientras así lloraba el Canónigo, aquellas mujeres comenzaron a llorar con él, excusándose con decir que lo hacían a causa de su pobreza. Tan piadosamente lloraban el Canónigo y las mujeres, que movían a gran compasión la gente que por allí pasaba. A este tiempo un caballero muy rico, que no tenía sucesión, entraba montado a caballo por la ciudad con su mujer y mucha familia, y acertaron a pasar por allí y oyeron las palabras que decía el Canónigo llorando con aquellas infelices; y Dios, por los méritos del Canónigo, fué servido de inspirar con su divina gracia al caballero y su mujer, de manera que recibieron como a hijas aquellas mujeres, llevándoselas en casa; y, en consecuencia, aquel caballero y su mujer casaron a las unas y a las otras encomendaron a otros señores para que en casa las enseñasen a servir y

vivir honestamente; a otras dieron algún oficio para ganarse la vida; y al cabo hizo aquel caballero un hospital, donde estuviesen sirviendo a Dios todas aquellas mujeres que quisiesen abandonar y apartarse de aquel pecado público de lujuria, dotando el hospital con algunas rentas; y después trató con el Príncipe y con los ministros de la ciudad que en adelante no estuviesen semejantes mujeres en las cercanías de las puertas de la ciudad, ni en las calles o caminos públicos, para obviar el mal ejemplo que pudieran tomar de ellas los hombres y las mujeres que van transitando por allí.

5. En el día de Pascua de Resurrección el Canónigo de Llantos, para dar alguna tregua a las lágrimas y recrearse de lo mucho que había llorado la sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en la Semana Santa, vino a la iglesia, donde el Obispo Blanquerna debía predicar, y al llegar a las puertas vió que entraban en ella muchas mujeres ricamente vestidas, compuestas las cejas y afeitadas sus caras con colores blancos y encarnados, para ser vistas de los hombres y codiciadas torpemente; también reparó algunos mozos noblemente vestidos y bien peinados, con guirnaldas en la cabeza y divisas en sus vestidos, y que antes miraban y atendían a las mujeres y a sus facciones que no al altar ni a la Cruz, donde se nos representa la Santa Pasión del Hijo de Dios, Jesucristo. Viendo el Canónigo todos estos desórdenes púsose a la puerta de la iglesia, y se estaba allí llorando los pecados de las gentes y el olvido e ingratitud que tenían de la cruel Pasión de Jesucristo, su Salvador.

6. Mientras el Canónigo así lloraba vino el Obispo a la iglesia, y, encontrándole allí a la puerta llorando, le preguntó el motivo de su llanto. A que respondió: "Señor, acordándose el Hijo de Dios de su pueblo perdido, quiso encarnarse y sufrir Pasión y muerte para recuperarle. Olvidada es ahora su santa Pasión, y no hay alguno que santamente se alegre de su santa Resurrección. Recordada es por hombres y mujeres la lujuria, pues todos traen y dan señas de ella viniendo a esta iglesia, no para arrepentirse de sus pecados, sí para multiplicar aquí sus vicios. Consolaréme en mis llantos, pues en ellos solamente encuen-

tro mi consuelo; porque el acordarme de sus pecados, es el motivo de mi pena y desconuelo”.

7. Pareció bien al Obispo el que así llorase el Canónigo, y acercándose a él lloraron los dos largo rato; e inmediatamente, cuantos estaban dentro de la iglesia supieron el motivo por qué lloraban, y se quedaron muy corridos y avergonzados todos aquellos hombres y aquellas mujeres que daban señas de lujuria en su porte y modo de vestir. En seguida de esto predicó el Obispo, y les dijo: “Que no permitiría en adelante que los hombres y las mujeres entre sí pudiesen verse en la iglesia”; y valiéndose del ejemplo de los judíos y de los moros, diciendo: “Que si aquellos que son infieles y se hallan en error y en vía de condenación tienen y observan esta buena ordenación, ¡con cuánta mayor razón debemos guardarla y observarla los que somos cristianos y estamos en la verdadera ley y camino de salvación, precaviendo que no se haga alguna irreverencia y deshonor al Santo Sacrificio del altar, cuando es digno de infinito honor!”

8. Continuaba todos los días el Canónigo de Llantos a llorar en la iglesia por los pecados del pueblo, e iba por todas las calles de la ciudad y lloraba siempre que veía alguna cosa que mereciese ser llorada; porque en aquellas cosas en que podía percibir que Dios no fuese amado, conocido y obedecido, en todas se esforzaba a llorar, para mover la gente a contrición y conciencia, y que diesen gloria a Dios, pidiéndole perdón y devoción. ¡Quién sería bastante para deciros el bien que hacía el Canónigo de Llantos, y el mal que se evitaba por lo que él obraba! ¡Y los que se ríen y hueígan mientras van errados, como pudieran holgarse y dormir, si quisieran imitarle!

CAPITULO LXXIX

Trata de la aflicción, cuarta bienaventuranza, y cómo y en qué cosas deba el hombre afligir su cuerpo, según doctrina y ejemplos del Canónigo predicador de ella.

EXHORTASE A PADECER HAMBRE Y SED CON UTILIDAD

1. Predicaba todos los días el Canónigo de Aflicción ayunos, vigiliass y aflicciones, diciendo que Nuestro Señor Jesucristo promete hartura a los que padecerán hambre y sed por su amor. Aconteció, pues, un día que un trajinero comía pan y cebolla, mientras el macho comía la cebada. Flaco y descolorido estaba el trajinero, cuando el macho bien gordo y brioso; y reparándolo el Canónigo, preguntóle por qué cuidaba más del macho que de sí propio. A que respondió: "Que el macho no podría llevar la carga si no comía bastante cebada, pero él bien podía pasar con pan y cebolla". En seguida de este razonamiento, dijo el Canónigo en presencia de muchos hombres: "Que el ayunar o comer flacas viandas por avaricia, no era ocasión para merecer obtener la bienaventuranza de la hartura que Dios promete en su Evangelio, quien no manda al hombre saciar más a su jumento que a su propio cuerpo, porque no concuerdan entre sí la avaricia y la justicia".

2. Otro día, que el Canónigo de Aflicción predicaba en una plaza, acertó a pasar por allí montado a caballo el Arcediano, que iba a un castillo a divertirse, y en otra caballería hacía llevar barriles de vino y gallinas muertas ya del día antes, a fin que fuesen más tiernas para la comida, con su provisión de pan fresco, salsas y dulces. Era muy gordo y gran comedor el Arcediano, a quien delante de todos preguntó el Canónigo cuál valía más para el cuerpo y para el alma: "¿la hartura de viandas corporales, o la hartura de la gracia que Dios promete a los que

por su amor padecerán hambre, sed y aflicción?" Fué el Arcediano sin responderle palabra, porque llevaba mal pleito.

3. El Canónigo salió de aquélla y se fué a otra ciudad a predicar Aflicción; y en el crucero de dos caminos encontró a dos religiosos, que disputaban sobre cuál camino habían de tomar, pues el uno tenía devoción de ir a predicar en un lugar y el otro decía que era muy lejos, y que antes de llegar allí padecerían por el camino hambre y sed; y por esto más quería andar por el otro camino, para hallarse más presto en poblado. Cuando el canónigo hubo entendido el asunto de la contienda, reprendió severamente al fraile que para predicar la palabra de Dios tenía padecer hambre y sed, diciéndole: "Que si Nuestro Señor Jesucristo no temió el sufrir hambre y sed, Pasión y muerte para salvar a su pueblo, ¡cuánto menos debe el hombre excusarse de sufrir hambre y sed para honrar a Dios, habiendo recibido de Su Majestad tan grandes beneficios!"

4. Entrando después el Canónigo en aquella ciudad donde iba a predicar, encontró a un hombre que por amor de Dios daba de limosna un dinerito a un pobre, para que Dios le perdonase y le tuviese por excusado de un ayuno que había quebrantado en la Cuaresma, sobre lo cual hubo entre el Canónigo y el que daba la limosna una larga disputa, a saber, si aquel dinerillo le excusaría o no del ayuno. Alegaba el hombre que se seguía mayor bien de aquel dinerillo que daba que del ayuno; y, por consiguiente, quedaba excusado por aquella limosna que hacía. Respondía el Canónigo: "Que en el presente caso no era aquella limosna hecha según justicia, porque según ésta, era conveniente que el que había pecado por superfluidad de gula fuese castigado y mortificado con hambre y sed, a cuya mortificación no equivalía aquel dinerito"; y con esto le convenció el Canónigo, y reprendióle después severamente.

5. Estando ya el Canónigo dentro de la ciudad encontró a muchos pobres, que iban buscando limosna por amor de Dios; y todos acudieron a él como a su jefe, quien andaba con ellos por las casas de los ricos gritando a voces: "Hambre, hambre, hambre". Cuando un día sucedió que un mercader muy rico

mandó que al Canónigo y a los demás pobres se les diese tanto de comer y beber, hasta que estuviesen del todo hartos; pero después que todos hubieron comido muy bien, volvieron a gritar con mayor ahinco que de antes: "Hambre, hambre"; de lo que se maravilló mucho aquel mercader, y creyéndose que aun no habían comido bastante, mandó se les diese más. Entonces le dijo el Canónigo: "Señor, muy bien hemos comido todos, a Dios gracias, y a vos, por la merced recibida; pero sabed, que si gritamos "hambre" es para animaros a vos y los demás ricos a padecer hambre y sed por amor de Dios, para que logréis estar hartos de saludable bendición en la gloria de Dios".

6. El Canónigo se esforzaba cuanto podía a padecer hambre y sed por amor de Dios, en penitencia de sus propias culpas, y para dar ejemplo a la gente cómo sufriesen hambre, sed y aflicciones y tuviesen muy frecuente en la memoria la hambre que tuvo Jesucristo en el desierto y la sed que padeció en la Cruz para salvar y redimir del poder del demonio a nosotros pecadores; y no tan solamente el oficio del Canónigo era de emplearse en predicar la hambre corporal, sino también la espiritual, para que todo el mundo tuviese hambre y deseos de justicia, caridad y de las demás virtudes, hasta llegar por ellas a hartarse y saciarse en el estado de una buena y santa vida.

CAPITULO LXXX

Trata de la Misericordia, quinta bienaventuranza, y cómo deba el hombre ejercitarla con su prójimo socorriéndole, según el ejemplo y doctrina del Canónigo predicador y procurador de ella.

DOCUMENTOS UTILES PARA USAR BIEN DE LA MISERICORDIA

1. Mientras el Canónigo de Misericordia la iba predicando todos los días, aconteció que, según justicia, debía ser sentenciado a muerte un hombre: éste tenía mujer y cinco hijos, quie-

nes se sustentaban de lo que él ganaba trabajando con su oficio. Mandó el Rey que se hiciese justicia de aquel hombre; y luego su buena mujer recurrió al Canónigo de Misericordia, rogándole vivamente que intercediese por ella y por sus hijos con el Rey que usase de misericordia con su marido, para que la madre y los hijos tuviesen de qué vivir.

2. El Canónigo se fué al Rey y le habló en esta forma: "Señor, hermanas son la misericordia y la justicia; luego así como vos sois elegido Rey para administrar justicia, del mismo modo conviene que seáis el conservador de la misericordia, para que ésta os perdone y que se cumpla en vos la palabra que Nuestro Señor Jesucristo dijo en el Evangelio, "que todos los que vivirán misericordiosamente, alcanzarán misericordia"; y si vos algunas veces no sois misericordioso, no se os concederá misericordia; siendo, pues, yo el procurador de Misericordia, por esto, en presencia de la Justicia, os requiero que tengáis misericordia y la ejercitéis con esta mujer, dándole y restituyéndole su marido".

3. Mucho consideró el Rey en las palabras que le dijo el Canónigo de Misericordia, y temiendo obrar contra justicia si obedecía al Canónigo, le respondió así: "Es muy justo y conveniente que yo tema y honre a la justicia, pero temo deshonorarla si perdono ahora; y si dejo de perdonar, también temo que no quede agraviada, porque no obedezco a la misericordia, su hermana; por lo cual estoy en gran cuidado, e ignoro lo que debo hacer para elegir lo mejor". Respondióle el Canónigo, y dijo: "Que cuanto más el hombre era en sus obras semejante a Dios, en tanto era mejor y más noble y de mejores costumbres; y siendo así que Dios perdona a los pecadores algunas veces y otras no, es evidente que al que era señor terreno y Príncipe para representar a Dios y ser su ministro en la tierra, le sería lícito algunas veces el perdonar, y otras el castigar". Tantas y tan buenas razones dijo el Canónigo al Rey, y tan piadosamente le pidió misericordia, que el Rey le concedió gracia para aquel hombre ya sentenciado a muerte, diciendo: "Que no merecía el Canónigo dejar de ser obedecido en lo que pedía, ni otro cual-

quier hombre que fuese así de veras servidor de Misericordia, y que tan piadosamente como él la supiese pedir y procurar”.

4. Era tan solícito en servir a su oficio este Canónigo, que muchas veces se presentaba en las Curias para honrar, asistir y abogar por los pobres y por los huérfanos y viudas que no tenían quién los defendiese, y esto sin paga o salario alguno. Este Canónigo, sobre ser un buen cristiano, era muy gran letrado, y muchas veces reprendía a los abogados que defendían los pleitos con trampas y embustes, y todos le temían de manera, que por temor de él no enredaban más los pleitos, como solían antes. Un día aconteció que un labrador recibía gran daño e injuria de un su vecino, que injustamente pretendía quitarle una pieza de tierra; y por más que repetidas veces había acudido a quejarse ante el juez de la injuria que se le hacía, nunca pudo recabar ser atendido. Después de esto se fué el labrador a palacio del Rey para hacerle evidencia de la injuria que se le hacía, pero no pudo lograr ocasión oportuna para hablarle; pues unas veces había salido el Rey a cazar, otras estaba retirado solo en su cámara, otras estaba comiendo o dormía y otras se estaba de recreo y divertimento. En vista de esto, recurrió el labrador al Canónigo de Misericordia, y después de haberle informado del aprieto en que se hallaba, y cómo no había podido lograr en tantas veces hablar con el Rey, imploró su patrocinio. Estaba a la sazón el Canónigo en la Curia, defendiendo a una pobre mujer en un pleito, y alzando la voz dijo: “¿Hay alguno que espere y confíe en la Misericordia?” Y luego muchos hombres y mujeres respondieron que sí, que ellos esperaban en la Misericordia. Entonces el Canónigo les rogó le ayudasen en honrar a la Misericordia; y se fué con todos al palacio del Rey, y allí en altas voces clamaron juntos: “¡Misericordia, misericordia!”

5. Mucho se admiró el Rey y cuantos estaban con él de aquellos clamores, y saliendo a la puerta preguntó al Canónigo por cuál motivo él y sus compañeros gritaban así. Respondióle el Canónigo, y dijo: “Nuestro Señor Jesucristo por tener misericordia se entregó a la muerte, y vos, señor, por misericordia os habéis dado en comer y dormir, cazar y pasearos, y en otras

diversiones, por cuya causa no podemos veros ni hablaros nosotros, ni los que acuden a vos precisados a pedir justicia". Avergonzado sobremanera se quedó el Rey por lo que le decía el Canónigo, y mandó y estableció que en adelante, en la puerta de palacio, estuviese perenne un hombre que recibiese y oyese a cuantos acudirían a él por falta de juez ordinario, y que le informase de todo, para que fuesen castigadas las justicias, jueces o cualesquier oficiales o ministros que debidamente y justamente no se hubiesen portado en el oficio y empleo que se les tenía encargado.

6. En presencia del Canónigo aconteció un día que un labrador al principio del invierno, que se comienza a sembrar, perdió un buey, quedándose con uno solamente. El pobre hombre, recogiendo todo el dinero que pudo, se fué al mercado para comprar otro buey. Estaba en el mercado un pañista, a quien el labrador debía algunos dineros, y se fué al juez a instar para que el labrador le pagase lo que le estaba debiendo: y luego el juez le obligó a pagar, sin darle más tiempo. Entonces el pobre labrador recurrió al Canónigo de Misericordia, suplicando le ayudase e intercediese para que se le concediese más tiempo para satisfacer la deuda, y que en ínterin pudiese comprar el buey de que necesitaba para no perder la siembra, para que su mujer y sus hijos tuviesen de qué vivir en aquel año. Luego el Canónigo se fué con el labrador al juez y al pañista, y les rogó que, por amor de Dios, diesen alguna dilación al pobre hombre para pagar la deuda, para que su familia en aquel año tuviese de qué alimentarse; pero, por más súplicas que hizo, no pudo recabar ni del juez ni del pañista que se le dilatase la paga; antes hubo de pagarle con el dinero que traía para comprar el buey. No tenía el Canónigo con qué pudiese socorrer a este hombre, porque ya había repartido por amor de Dios todo el producto de su Canonicato; pero dijo que le trujese el buey que le quedaba. Y habiéndolo ejecutado el labrador, anduvieron los dos con el buey por el mercado y por toda la ciudad, diciendo a alta voz: "Si había en aquella ciudad quién quisiese darse a sí mismo por aquel buey". Pero por más que fuesen gritando y buscando, no en-

contraron quién quisiese darse a sí mismo por el buey. En ínterin encontraron al Rey, que venía de oír misa, y el Canónigo le preguntó si quería darse a sí mismo por aquel buey. Mucho se maravilló el Rey de lo que decía el Canónigo, y le dijo le declarase lo que significaban sus palabras.

7. “Señor, dijo el Canónigo, Dios se da a sí mismo a todos los que se dan a El; y en cuanto Dios excede y vale más que no valen aquellos a quienes se da, en tanto les hace misericordia del exceso. Luego mayor es la misericordia que Dios hace de sí mismo cuando se da a aquellos a quienes perdona, y a quienes se da, que no sería la misericordia que vos harías de vos mismo a este labrador, si él os diera el buey y vos le diéseis a vos mismo”. Agradó mucho al Rey y a todos los circunstantes el razonamiento que hizo el Canónigo de la misericordia de Dios, y mucho les alentó en la esperanza de su misericordia; y en seguida de esto contó al Rey cuanto había pasado con el labrador, y la necesidad en que se hallaba. Entonces mandó el Rey que fuesen luego restituidos al labrador los dineros que el juez le había hecho pagar, y satisfizo por aquél de su propio al pañista, e hizo notar en su libro todo lo acontecido por si algún día el pañista recurriese al Rey pidiendo misericordia, porque había resuelto usar con el pañista de justicia y no de misericordia, puesto que éste no había querido usarla con el labrador. Y estableció después que ningún hombre fuese apremiado ni despojado de cosa alguna que le fuese precisa para ejercer su oficio.

8. Todos los días andaba el Canónigo por la ciudad reparando con aquellos que agraviaban a la misericordia, y escribía sus nombres, y después acudía al Canónigo de Mundicia para que les hiciese cargo de conciencia, y al Canónigo de Llantos se los nombraba para que llorase sus pecados, y que el Canónigo de Aflicción ayunase, orase y sufriese alguna mortificación y aflicción por ello. En este modo trabajaba noche y día el Canónigo de Misericordia para servir y honrar a la Misericordia; y todos los ocho Canónigos oficiales de las ocho Bienaventuranzas se juntaban todos los días en un puesto destinado, y se ayudaban los unos con los otros en honrar y servir a las ocho Bienaventuran-

zas, para que con ellas fuese Dios servido y honrado. El bien y la bella ordenación que de sus obras se seguía en aquella ciudad, ¡quién os lo pudiera decir! Y el buen ejemplo que de ello tomaban las otras ciudades, ¡quién os le pudiera explicar!

CAPITULO LXXXI

De la Mundicia de corazón, sexta bienaventuranza, y cómo deba el hombre en todo tiempo procurar de obtenerla y guardarla en sí, según la bella doctrina y ejemplo del Canónigo predicador de ella.

UTILISIMA DOCTRINA PARA MANTENER LIMPIEZA DE CORAZON

1. El Canónigo de Mundicia predicaba todos los días la mundicia y limpieza de corazón, para que en la otra vida vieses a Dios todos los que tendrían limpia su conciencia, según había prometido Jesucristo en el Evangelio. Este Canónigo iba cada día por la ciudad observando los que vivían en estado de pecado mortal y los que vivían en estado de penitencia; y a los que estaban en pecado mortal les predicaba, proponiéndoles muchos símiles y ejemplos, con que les movía a tener remordimientos y conciencia de sus pecados.

2. Sucedió un día que este Canónigo, en presencia de muchas personas de distinción, hizo esta comparación, y dijo así: 'En cierto país había un hombre que tenía en el vientre una gran culebra que le roía el vientre y devoraba las entrañas, y tenía en su mano una piedra preciosa muy hermosa, con cuya vista divertía algún tanto los cuidados en que se hallaba por la culebra que la atormentaba y le acababa la vida sin remedio. Mientras este hombre se hallaba en esta congoja, vino un médico y le dijo que le sacaría del vientre la culebra, con tal que él le diese aquella piedra preciosa; pero aquel hombre la estimaba tanto, que no quiso darla al médico que quería curarle; y luego después, la serpiente le mató en presencia del médico, y éste se llevó

la piedra preciosa. La culebra, prosiguió el Canónigo, significa la conciencia del hombre que está remordiéndolo al alma por los pecados en que está. La piedra preciosa significa las riquezas temporales, que aunque mal adquiridas se poseen con gusto. Y la muerte significa, que las riquezas quedan para los vivos y la alma del que malamente las poseía las pierde y va al fuego eterno. Luego siendo esto así, más loco es el que con conciencia de pecado muere en pecado, que no aquel hombre que quiso antes morir, que dar al médico aquella piedra preciosa”.

3. A tiempo que el Canónigo decía esto un hombre lloraba copiosamente en su presencia, y dijo estas palabras: “La culebra tengo en el vientre que me roe el corazón y la piedra preciosa que me está pidiendo el médico tengo en mis manos; y la muerte viene con el demonio, que quiere quitarme la piedra preciosa y llevarse mi alma consigo”. El Canónigo secretamente rogó a aquel hombre que le explicase aquello que significaban sus palabras. Díjole el hombre, “que estaba en pecado mortal y que le remordía la conciencia, porque no se confesaba y salía de él; pues veinte años había que perseveraba en la culpa, y no se había confesado”. Muy severamente reprendió el Canónigo a aquel hombre porque no salía del pecado en que estaba, y mayormente porque no se confesaba. “Señor, respondió el hombre, temo de manera que la confesión no me quite la piedra preciosa, que no quiero confesarme; y cuando quiero confesarme, pienso que no dejaré de pecar, despreciando la confesión, la cual nada aprovecha si el que confiesa no lleva intención de dejar del todo el pecado”. Grande fué la disputa que hubo entre el Canónigo y aquel hombre, sobre si el que permanecía en voluntad de no dejar el pecado debía confesarse o no. Mientras estaban los dos en esta contienda llegó el Canónigo de Misericordia, a quien eligieron por juez, y luego dió la sentencia, diciendo: “Que la misericordia de Dios era más cercana a los confesantes *sin ficción ni dolo*, ya sea que no estén con propósito de dejar el pecado, *descubriéndolo al Confesor*, que a los no confesantes; y esto era, porque la misericordia, la conciencia y la confesión concuerdan entre sí contra la obstinación, la crueldad y desesperación”.

4. Estaba el Canónigo de Mundicia discurriendo con algunos hidalgos en la plaza, cuando pasó por delante de ellos una mujer muy ricamente vestida, que se había puesto en la cara muchos afeites y colores para ser más bien vista y mejor parecida para los deleites sensuales. Entonces el Canónigo, haciendo de manera que la mujer lo entendiese, propuso esta cuestión a los circunstantes: “¿Cuál puede ser mayor, o la limpieza del cuerpo, o la suciedad del alma?” Un hombre sabio de los circunstantes respondió, y dijo: “Que por cuanto el alma era más noble criatura que el cuerpo, y tenía mayor limpieza y pureza, en tanto podía ser más ensuciada por la voluntad desordenada, o por sucia memoria, que recordase la tal suciedad, a fin que la voluntad la amase”. Agradó mucho al Canónigo lo que en verdad había dicho aquel sabio, y rogóle fuese su compañero para servir a la Mundicia de corazón. Estando los dos en estas razones, pasó por allí un marrano, que se había revolcado en un lodazal muy hediondo; y luego dijo el Canónigo, en presencia de todos, “que no había en aquel cerdo tanta suciedad y hediondez como en la mujer que llevaba aquellos afeites y colores en la cara”. En aquella misma plaza había un hombre menos cuerdo, pariente de aquella mujer, y reprendió y amenazó al Canónigo por lo que estaba diciendo; mas el Canónigo le respondió: “que tan contrario era a la limpieza de corazón el callar la verdad, como el hablar contra su propia conciencia; por lo cual, pidió que dijese los demás cuál de los dos había cometido el error”.

5. Continuaba todos los días el Canónigo en ir por las casas de los eclesiásticos para inquirir quiénes eran los que llevaban una buena y santa vida, e iba escribiendo sus nombres, y después les indicaba al Obispo y a los Canónigos, para que viniendo el caso de haber de elegir algún Canónigo, o de proveer algún beneficio, supiesen ya a quién debía ser proveído. Informábase también de los pecados de los seglares y de su mala educación y costumbres, notándolo todo por escrito; y después procuraba con todo su poder plantar en ellos las buenas costumbres, y desarraigar las malas. Por las noches iba por las calles tañendo un caracol para ser oído, y decía en alta voz estas palabras: “Ya pasó

el día y ha venido la noche. Antes de dormir examine cada uno su conciencia, por si en este día ha hecho alguna cosa contra la limpieza de corazón y su conciencia, y por la mañana vaya a pedir perdón y tomar penitencia. Si es cosa sucia el que se vea en la persona lo que por indecente manda la naturaleza que se cubra, ¡cuánto más sucia cosa es el amar, recordar y entender culpas y pecados, que son la causa de que el alma pierde el ver a Dios y se está en infierno por toda una eternidad, viéndose a sí misma y a los demonios, que es el más feo y horroroso espectáculo!"

CAPITULO LXXXII

Trata de la Paz, séptima bienaventuranza, y del buen modo con que el Obispo Blanquerna, que le había tomado por propio oficio, todos los días la trataba y enseñaba entre los que estaban en riñas y en discordia, y la predicaba a ejemplo e imitación de Jesucristo.

UTILISIMA DOCTRINA PARA PACIFICAR A LOS QUE VIVEN EN DISCORDIA

I. Eligió para sí el Obispo Blanquerna el oficio de pacificación, porque los que se ejercitarán en él serán llamados hijos de Dios; y por esta razón quiso el Obispo tener este encargo y destinar la tercera parte de sus rentas para emplearla en pacificar a los que estaban en riñas y enemistades. Viniendo un día el Obispo de cantar Vísperas en la catedral, donde para el mayor decoro de la misma iglesia concurría todos los días a Horas y a cantar Misa, aconteció que muchos judíos acudieron a él, quejándose de los cristianos, que en la víspera de Pascua de Resurrección les habían apedreado y herido malamente a dos de ellos. Mucho discurrió el Obispo en la querella que le habían dado los judíos contra los cristianos, y pensó que la enemistad y mala voluntad que hay entre judíos y cristianos cesarían si tuviesen todos una misma fe y creencia, por lo cual determinó ir todos los sábados a la sinagoga a disputar con los judíos y a

predicarles para que se hiciesen cristianos para alabar y bendecir a Nuestro Señor Jesucristo, y que tuviesen paz y amistad con los cristianos. Por este medio se logró que muchos judíos venían a bautizarse y recibir la santa fe de los cristianos; y el Obispo, de aquella tercera parte de sus réditos que repartía por amor de Dios, les hacía copiosa limosna; y señaló un procurador que cuidase de todos los que se harían cristianos, socorriéndoles hasta que tuviesen algún oficio o algún medio para poder vivir, o con que pudiesen sudando y trabajando pasar la vida.

2. En los contornos de la misma ciudad había dos caballeros hermanos, a quienes el padre había dejado un castillo y no podían ajustarse en la repartición de la heredad, y particularmente litigaban sobre una viña, por cuyo motivo había tal ojeriza entre los dos que estaban resueltos a matarse, sin que ninguno fuese bastante a ponerles en paz. Supo el Obispo Blanquerna la discordia de los dos caballeros hermanos, y convidó un día a uno de los dos y le regaló un hermoso caballo, rogándole después encarecidamente le vendiese aquella parte de la viña sobre que pleiteaba con su hermano; y logró que el caballero se la vendiese por mil morabatines. Otro día convidó el Obispo al otro hermano, regalóle otro caballo y compróle también su parte de la viña por otros mil morabatines. Toda la viña no valía más de los mil morabatines, y así el Obispo la compró dos veces, porque cada uno de los caballeros tuvo intención de vender toda la viña, por cuanto cada cual la tenía toda por suya. Después que el Obispo hubo tomado posesión de la viña, pasó allá y rogó a los dos caballeros hermanos le ayudasen a partir la viña en dos partes iguales; y hecha la partición por los dos, junto con el Obispo, dió éste una parte al uno y la otra al otro, y así hizo que en adelante estuvieran en paz y concordia los dos hermanos.

3. En la ciudad en que Blanquerna era Obispo había un ciudadano muy honrado por su linaje y riquezas, pero sin honra en cuanto era muy sujeto al pecado de la lujuria. Vivía este hombre en continua inquietud y riña con su mujer y con sus parientes, porque por una vil mujercilla no cuidaba de su casa ni de su mujer. El Obispo Blanquerna no podía recabar en nin-

guna manera con el hidalgo que se apartase de aquella mala mujer. Un día, pues, el Obispo envió a llamar secretamente la mujercilla, y la instó vivamente que dejase y no admitiese aquel ciudadano, y por razón de su oficio se lo mandó; mas ella respondió al Obispo: "Que le placía, pero que era pobre y que si aquel ciudadano, u otro, no se lo daba del suyo, no tenía con qué vivir". Con tan devotas y humildes palabras la rogó y amonestó el Obispo, prometiendo darla del suyo y socorrerla, que ella, en fin, le prometió que se casaría con la limosna que le diese y que jamás por ningún tiempo volvería ni estaría con aquel hidalgo. Dióle el Obispo quinientos florines para su dote y le dió marido; y aquel ciudadano, por el buen ejemplo y castigo que le dió el Obispo, y porque la mujer no quiso en adelante volver al pecado de lujuria en que vivía antes con él, volvió a querer y amar a su mujer, e hizose la paz con todos sus parientes, y se acabó toda aquella mala voluntad en que solían estar.

4. Esforzóse el demonio un día y procuró en aquella ciudad que un pañista matase a un mercader a quien debía gran cantidad de dinero por paños que le había comprado. El mercader tenía dos hijos: el uno era ya de edad robusta y perseguía fuertemente al homicida de su padre, por lo cual había bandos muy reñidos en la ciudad entre las dos parcialidades, que eran muy prepotentes, sin que ninguno pudiese ponerlos en paz. Los prohombres de aquella ciudad acudieron al Obispo Blanquerna, suplicándole que, supuesto que tenía el oficio de pacificar, pusiese en paz aquellos dos partidos, de que se originaba la ruina y perdición de toda la ciudad. El Obispo inmediatamente pasó en casa de aquel que deseaba vengar la muerte de su padre y le rogó le diese al otro hermano estudiante, pues quería cuidar de su educación y cuando estuviese en edad hacerle Canónigo. El hombre, gustosísimo, entregó su hermano al Obispo, quien en adelante le convidaba muchas veces en la semana para trabar con él amistad estrecha, y le hizo también su Bayle; y toda la vez que se entretenía con éste, para ganar más su amor, se mostraba muy cariñoso con su hermano el estudiante, con muestras de grande amor. Después que el Obispo hubo hecho tanto que conoció y

vió que su Bayle le amaba y temía mucho, siendo así que amor y temor concuerdan entre sí, hizo un día un gran convite, donde fueron convidados y comieron juntos todos los bandoleros de la ciudad de una y otra facción; y acabada la solemnidad del convite, hizo al hermano del Bayle, en presencia de todos, Rector de una gran iglesia, muy rica; y en seguida de esto, empuñando una Cruz, arrodillóse a los pies del Bayle, rogándole que en honor y reverencia de la Santa Cruz en que Nuestro Señor Dios Jesucristo perdonó a los que le estaban crucificando, quisiese perdonar al pañista, quien muy arrepentido de haberle muerto a su padre le estaba pidiendo perdón. Todos los prohombres, los Canónigos y demás personas que estaban allí, al ver al Obispo arrodillarse se arrodillaron también. Viendo el Bayle que el señor Obispo, junto con el pañista, tan humilde y devotamente le pedían perdón, movido a gran piedad y misericordia, perdonó generosamente al pañista; y luego allí, en presencia del Obispo, inmediatamente se concluyó la paz, amistad y concordia entre los dos bandos; y para mayor seguridad y firmeza fué tratado entre las dos partes matrimonio, a que contribuyó el Obispo con dineros y joyas de la renta que tenía destinada para tratar y componer paces entre los hombres. Con muchos y distintos modos el Obispo Blanquerna iba pacificando a los que estaban reñidos, convidando y regalando a los prohombres de aquella ciudad, y les honraba mucho a fin que todos le amasen y por amor le bendijesen; y como estaba en gracia y estimación de todo el pueblo, que le amaba, luego que sucedía alguna riña o disensión en la ciudad, de contado lo ajustaba todo y poníalo todo en paz. continuamente estaba el Obispo predicando la paz, y decía y enseñaba que las riñas y disensiones eran ocasión de todo mal, y la paz y concordia lo eran de todo bien; y por esta razón Nuestro Señor Jesucristo, mientras estuvo acá entre nosotros predicaba cada día la paz. Grande era en verdad el bien que el Obispo hacía y procuraba con su buena conducta a todo el pueblo, y todos alababan y bendecían a Dios, que les había dado tan buen Pastor, y por sus méritos llenaba Dios de bendiciones a toda aquella ciudad.

CAPITULO LXXXIII

Trata de la Persecución, octava bienaventuranza, y de la buena dirección que el Canónigo su procurador tenía en ejercer su oficio, reprendiendo y corrigiendo los vicios de cuantos conocía ser viciosos, tolerando con paciencia las injustas maldiciones y escarnios de muchos, para obtener el Reino de los Cielos.

UTILISIMA DOCTRINA PARA SUFRIR AFRENTAS CON PACIENCIA

I. Consideró el Canónigo de Persecución el gran cargo que llevaba por razón de su oficio, y para obrar según justicia iba todos los días por las calles de la ciudad observando si acaso encontraría alguna cosa en que pudiese ejercer su oficio; cuando un día, al pasar por delante de una taberna, reparó que se habían juntado allí muchos tahures, golosos, truhanes y otros pícaros glotones que bebían en la taberna y cantaban, bailaban y tañían instrumentos. Entróse luego el Canónigo en la taberna, compró vino y bebió con todos aquellos tahures; y después, bailando con ellos, cantó las siguientes coplas en honra y alabanza de la Virgen Santa María:

Señora Virgen Santa, a Vos, María,
Doy mi querer, que quiere enamorarse
Tanto de Vos, que sin Vos no querría
Amar nada de cuanto puede amarse,
Si amor que os lleva a Vos por norte y guía
Suele sobre otro amor más afinarse;
Quien quiere amar sin Vos, su amor malogra;
Con vos, Madre de amor, amor se logra.

Pues quiere mi querer a Vos, Señora,
Mi recuerdo y saber os quiere dar;
Pues de ellos, sin querer, ¿qué haría ahora?
Si os place haced al Clero memorar,
Entender y amar, yendo ya en buen hora

A Siria y demás partes de Ultramar
A convertir los moros predicando,
Los cristianos aquí pacificando.

¿Cuántos son hoy los fieles
Que dicen morirían
Por vuestro Hijo, sin lances se ofrecían?
Pero muy pocos van a los infieles
Para les convertir,
Pues los más temen mucho allí morir.

2. Cuando el Canónigo hubo acabado de cantar rogóles se sentasen y bebiesen, y que cantasen algunas canciones agradables. Mientras el Canónigo se entretenía en la taberna con aquella gente vil, los que pasaban por la calle le escarnecían y reprendían, porque estaba en compañía de aquellos pícaros; mas el Canónigo sólo ponía todo su cuidado en ganarles el amor y la amistad, y con esto todos gustaban de su compañía, respetándole como a su principal, y escuchaban de buena gana lo que les decía de Jesucristo y de los Apóstoles y del desprecio del mundo; y por las palabras dulces y devotas que les decía, y porque muchos días en la semana iba acompañándose con esta gente, muchos de ellos se convertían y se ejercitaban en obras buenas; y no dejaba de continuarlo, por más que la gente le murmurase y le mofase.

3. El Canónigo de Persecución iba todos los días por las calles observando los artífices de aquella ciudad, como son pañistas, sastres, curtidores, zapateros, plateros, herreros y así de los demás; y cuando veía o conocía que alguno de ellos hacía alguna maula en su oficio, luego se lo afeaba y reprendía en tal modo, que toda la vecindad lo oyese y lo notase; por lo cual, todos los artífices de la ciudad le tenían grandemente y le respetaban, y con esto no cometían engaño alguno en su oficio, aunque otros lo llevaban mal y le tenían mala voluntad.

4. En la calle de los Pañistas, cuando éstos se habían ido a comer, vino un día el Canónigo de Persecución acompañado de una tropa de tahures y zagalones, y subiendo en los cobertizos que

suelen tener sobre las puertas de sus tiendas para oscurecerlas y hacer que no se pueda bien distinguir el color y la mala calidad del paño, los rompieron y los destrozaron todos, como también las cortinas que estaban allí para embarazar la luz, y lo echaron todo en la calle. Cuando los dueños, volviendo ya de comer en sus casas, encontraron que el Canónigo y sus compañeros habían hecho aquel destrozo, se encolerizaron grandemente, y se dijeron de una y otra parte mil villanías y vituperios; mas el Canónigo y sus compañeros estaban gritando “¡Justicia! ¡justicia!” mientras los pañistas acudieron a dar querella contra el Canónigo y toda su comitiva El Bayle y el Juez de la ciudad, informados del suceso, reprendieron muy severamente al Canónigo y a sus compañeros hasta perderles el respeto, diciendo que habían hecho muy mal, y señaladamente al Canónigo, porque se acompañaba con gente tan vil.

5. Hallábase a la sazón en la misma Plaza el Canónigo de Misericordia, el cual acudió a mantener la razón de su compañero, y dijo así: “El Canónigo de Persecución trabaja para que se mantenga justicia, la cual quiere y manda que la luz del sol, que ilumina los ojos, por cuyo medio quiere Dios que el hombre vea, no sea impedida de entrar en las tiendas, por los engañosos pañistas, que trampean a los que vienen a comprarles el paño. Los jugadores bellacos, ni los demás pícaros no encubren con aite sus vicios, antes los están manifestando a todos; mas los pañistas celan con maña, y ocultan lo que la justicia manda que esté patente y manifiesto; por cuya razón más vil gente son estos pañistas que aquellos pícaros desvergonzados, en cuanto están más opuestos a la justicia”. Después que el Canónigo de Misericordia hubo dicho esto, el Canónigo de Persecución con todos los tahures y demás pícaros que iban con él, clamaron con altas voces: “¡Injuria, injuria hace el Rey en no tener Bayles, Jueces o Ministros que amen y sirvan a la justicia!” y continuando en clamar “¡injuria, injuria!” fuéronse todos al Rey a querellarse del Juez, del Bayle y de sus Ministros todos, como también de los pañistas, requiriéndole que les administrase y mantuviese justicia. El Rey, después de estar informado de todo el suceso,

mandó y estableció que en adelante ningún pañista o mercader tuviese en su tienda cobertizo, ni cortinas, ni otra cosa alguna que pudiese allí impedir la luz y claridad del cielo, ni la vista a los que quisiesen comprar paños.

6. En aquella ciudad murió un caballero, y mientras le llevaban a la iglesia a enterrar, seguían el cadáver su mujer, sus hijos y sus parientes, todos enlutados y llorábanle grandemente, explicando el sentimiento con mesarse los cabellos y rasgarse los vestidos. Acompañaba también el entierro un escudero armado, montado en un caballo, arrastrando bayetas, quien con fuertes gemidos lloraba la muerte de su señor, llevando las armas punta abajo. Encontróse el Canónigo de Persecución con el entierro, y vió que los que lloraban así, hacían deshonor a la voluntad de Dios Nuestro Señor, la cual quería que aquel caballero hubiese pasado de este mundo al otro. Ocasión le pareció ésta de trabajar por la justicia, y recurrió luego al Canónigo de Llantos y al Canónigo de Pobreza, rogándoles vivamente le ayudasen a mantener el honor que convenía hacerse a la voluntad de Nuestro Señor Dios; y los tres Canónigos acudieron al Príncipe y al Obispo, y propusieron a los dos estas razones.

7. “Señores, dijo el Canónigo de persecución, en vosotros dos está representado el Divino Señorío; por tanto, os pido decidáis si los que lloran al caballero difunto, que Dios quiso que muriese, hacen deshonor a la voluntad de Dios. Y si por derecho de justicia juzgáis que ofenden a Dios, pido por satisfacción que de hoy en adelante no acompañe al difunto persona alguna que llore, ni de muestras de tener sentimiento ni disgusto de lo que Dios quiere y dispone su divina voluntad; ni que con sus llantos vayan perturbando el divino sacrificio de la Misa”. Luego después el Canónigo de Llantos añadió: “Que el llorar debe ser por contrición y confesión; y como los que acompañan al difunto lloran por vanagloria e hipocresía, y sean sus llantos contra la voluntad de Dios, por tanto, me querello de los que con sus llantos hacen deshonor al oficio que se me ha encargado, en cuanto no lloran por lo que debe el hombre llorar”. El Canónigo de Pobreza habló después, y dijo: “Que todo el dinero que

se gastaba en las garnachas y mantos de luto que vestían los que lloraban y asistían a la función fúnebre era hurtado a los pobres y a al alma del difunto, y quería recobrarle, y que se mandase que en adelante todo lo que habían de gastar en lutos, fuese dado de limosna a los pobres de Jesucristo, quedando prohibido el vestir luto por muerte de ninguno jamás. El Obispo y el Príncipe tuvieron junta con los prohombres de la ciudad sobre lo dicho y alegado por los tres Canónigos, y fué acordado y resuelto que en aquella ciudad para siempre se observase y guardase la ordenación y pragmática que se hizo al tenor de lo propuesto y suplicado por los tres Canónigos.

8. Después de Navidad aconteció que el Arcediano quiso cantar su primera Misa, y fué grande el concurso de la gente forastera que acudió para hacerle honor. Cuando el Arcediano hubo llegado a la Iglesia, con mucho fausto y pompa, acompañado de juglares, y estaba ya para empezar la Misa; empezó el Canónigo de Persecución a decir en altas voces: "Simple fué Nuestro Señor Jesucristo, que quiso nacer y conversar con los hombres con suma humildad y pobreza, para darnos ejemplo; más el Arcediano, que con soberbia y vanagloria ha juntado aquí tanta gente, no parece quiera ser semejante a Jesucristo, ni seguir su doctrina".

9. Mientras el Canónigo exclamaba en esta forma, los circunstantes le reprendían y le amenazaban; mas por eso no dejaba el Canónigo, levantando la voz cuanto podía, de corregir la falta del Arcediano, diciendo: "Que no era lícito ni conveniente que hombre alguno cantase Misa ni ministrase un tan alto sacrificio como es el Santo Sacramento del altar, teniendo en su cuerpo el demonio de la vanagloria"; sobre lo cual lloró el Canónigo de Llantos el deshonor que se hacía a la Misa. El Obispo predicó para componer la paz entre el Arcediano y la Humildad; pero el Canónigo de Mundicia reprendió al Obispo por haber dado el permiso al Arcediano de empezar con tanto fausto y soberbia el más alto y más noble y más santo ministerio de cuanto hay; y reprendió, asimismo, al Rey por haber venido a oír aquella Misa, que habían deshonrado cuantos habían concurrido allí.

10. Era por el mes de abril, cuando en aquella tierra, donde había venido el Canónigo a predicar, se experimentaba una grande escasez de agua, por lo cual el Obispo con muchos clérigos y religiosos hicieron una procesión a honra de Dios para que les diese lluvia para las mieses que morían de sed. El Canónigo de Persecución, como si fuese loco, según tenía por costumbre, iba por la ciudad diciendo algunas locuras, a fin de inducir con estas a los hombres a buenas costumbres; y mientras continuaba en ir así, pensando todos que fuese loco, púsose en medio de la procesión entre el Clero, y en alta voz, para que todos le entendiesen, dijo estas palabras: "Aquí es Dios honrado por muchos clérigos y frailes para que envíe la lluvia para las mieses; pero pocos son los eclesiásticos y religiosos que honren o quieran honrar a Dios, yendo a predicar a los moros y a los judíos y a los demás infieles, entre quienes es deshonorado y desconocido el Santo nombre de Dios, cuyas almas por esta causa van perdidas y condenadas, de cuya perdición se sigue mayor daño, que no sería si se secasen todas las mieses de la tierra. Luego si en esta ciudad hay tantos frailes y clérigos para pedir a Dios la lluvia, ¿cómo puede ser que en todo el orbe no pueda juntarse igual número, que vayan a predicar a los infieles la Santa Trinidad de Dios y la Encarnación y Pasión del Hijo de Dios?" Muy fuertemente decía el Canónigo estas palabras en alta voz, sin querer callar por ninguno. Dos Capellanes le dieron algunos golpes y le sacudieron malamente por lo que decía; pero cuanto más le maltrataban, tanto más rogaba a la justicia que le ayudase, pues la servía.

11. Acabada la procesión, sucedió que llevaban a ahorcar a un hombre por ladrón. Preguntó el Canónigo de Persecución a los que le acompañaban por qué habían de ahorcar aquel hombre; y respondieronle que "porque era un gran jugador, y gran ladrón". Preguntó después al sentenciado "si era verdad lo que decían". Y respondióle "que había sido ladrón para poder jugar a la gresca con los dados". Entonces dijo el Canónigo "que el Rey debía ser ahorcado antes que el ladrón, y en horca más alta". Sintieron mucho aquellos ministros que el Canónigo hablase

del Rey con tal desprecio; y después de haberse ejecutado la sentencia, llevaron al Canónigo maniatado, como si fuera un loco, a presencia del Rey, diciéndole todo lo que había dicho. El Rey quiso saber por cuál motivo había hablado así. Y respondióle el Canónigo “que por Justicia, a quien servía; pues por no haber prohibido el Rey en sus dominios el juego a los dados, había sido ladrón aquel, que hubiera sido hombre veraz y justo, a no ser por los dados. Luego cuando el Príncipe que da ocasión a la maldad manda ahorcar a los que hacen lo que él no quiere, debiera más presto ser ahorcado él mismo, que no los que ejecutan la maldad”. Mucho consideró el Rey en las palabras del Canónigo loco, y dijo “que éste se fingía loco, y quería parecer tal, para hacer sabios a los demás”; y mandó que todos le honrasen, y que ninguno le perdiese el respeto por lo que dijese o hiciere y, asimismo, ordenó se publicase por todos sus dominios un bando, prohibiendo el juego a los dados bajo de cierta pena.

12. En ocasión que el Canónigo de Persecución salía de aquella ciudad para pasar a otra, aconteció encontrarse con una tropa de peregrinos que venían de Santiago, vestidos a semejanza de los Apóstoles. Preguntóles el Canónigo de cuál Orden eran. Y respondieronle “de la de los Apóstoles”. Y luego el Canónigo les dijo: “Que el oficio que él ejercía y el nombre del Orden que ellos profesaban concordaban entre sí”. Entonces estos religiosos que habían dicho ser del Orden de los Apóstoles, rogáronle les explicase “en qué estaba la concordancia que decía”. Explicóse el Canónigo diciendo: “Que el Apóstol debe ser perseguido injustamente, por cuya razón, si ellos querían ser del Orden de los Apóstoles, convenía que en las ciudades, villas y lugares por donde pasasen, predicasen allí la palabra de Dios, y reprendiesen severamente los pecados de los hombres, sin temer la muerte o sufrir cualquier otro trabajo, y que fuesen a predicar la Santa Fe católica a los infieles sin temor alguno, a fin de ser más semejantes a los Apóstoles. En esta forma iba el Canónigo de Persecución por aquellos países, corrigiendo a todos los que no cumplían con todo su poder y deber en sus oficios y empleos, aunque muchas veces era perseguido, herido y

atormentado por aquellos que él estaba corrigiendo; y por sus méritos hacía Dios muchos beneficios a todos aquellos países donde iba y moraba este Canónigo; porque en la multiplicación de los trabajos y persecuciones que padecía, multiplicaba Dios en su pueblo su virtud y gracia por los méritos del Canónigo.

CAPITULO LXXXIV

Trata de la disputa de qualibet, esto es, de varias cuestiones que el Obispo Blanquerna ordenó se tuviese en su presencia para tener ocasión de saber mejor regular y ordenar su Obispado en todo lo que fuese menester; y de las diez cuestiones, que entre otras se le propusieron, a quienes no quiso dar solución, si que las llevó a Roma a proponerlas al Papa y a los Cardenales para que allí las decidiesen. Y como en el tiempo en que se habían de resolver murió el Papa.

CÓMO DEBE EL PRELADO INQUIRIR LAS COSTUMBRES DE SUS SÚBDITOS

I. Según tenía por costumbre el Obispo Blanquerna, ordenó y mandó se tuviese una disputa *quodlibetal*, a fin que si algún eclesiástico o seglar veía o conocía alguna cosa que pudiese mejorarse o establecerse nuevamente en su Obispado, fuese allí propuesta a manera de cuestión, para que él la pudiese reformar y poner en ejecución. Mientras el Obispo en una ocasión se estaba en Capítulo con la disputa *quodlibetal*, vino un hombre seglar a proponerle esta cuestión a saber: Si el Obispo al levantarse por la mañana debe ir a paseo antes de decir u oír Misa. Muchas razones se alegaron a favor de una y otra parte; pero el Obispo soltó la cuestión, diciendo: "Que si los seglares tienen por regla y costumbre de ir primero a oír Misa antes de ir a pasearse o hacer otras cosas, ¿con cuánta mayor razón los eclesiásticos, que viven del patrimonio de la Santa Madre Iglesia, deben primero oír o decir Misa, que hacer cualquiera otra cosa? Y no siendo así, dan mal ejemplo a los seglares".

2. Otras muchas cuestiones muy buenas fueron propuestas en presencia del Obispo, quien las soltó y resolvió todas; pero señaladamente se le propusieron diez cuestiones, que son las siguientes:

I. La primera: Si los cristianos son culpables de la ignorancia en que están los infieles que ignoran la Santa Fe católica.

II. La segunda: ¿Quiénes son los que tienen mayor poder y oportunidad, o los católicos, que tienen y siguen la verdad, para reducir a los infieles a abrazar y seguir las sendas de la verdad; o los infieles, para echar a los católicos de la verdad y ponerles en error?

III. La tercera: Si los cristianos son culpables de que esté en poder de los moros la Tierra Santa de Ultramar, donde Jesucristo fué concebido, y nació y fué crucificado y muerto.

IV. La cuarta: Si los artículos de la Santa Fe católica de los cristianos pueden ser entendidos por razones necesarias.

V. La quinta: Si la Fe vale más o vale menos, en caso de poder ser entendidos sus artículos por razones necesarias.

VI. La sexta: ¿Cuál es la más principal razón por que el hombre fué criado?

VII. La séptima: Si debe hacerse la visita sobre los Obispos y los Arzobispos, por la cual sean depuestos en caso de usar mal de su oficio.

VIII. La octava: ¿Cuál es mayor pecado, o que el Obispo de a sus parientes los bienes de la Iglesia; o el retenerse para sí los bienes del cristiano, que se encontrase ser judío?

IX. La nona: Si los bienes de la Santa Iglesia debe el hombre emplear y gastar en pacificar los Reyes y demás Príncipes cristianos.

X. La décima: ¿Cuál es la obra más noble que el hombre pueda procurar a honra de Dios?

3. Maravillado se quedó el Obispo de las diez cuestiones referidas cuando le fueron propuestas, porque tenían mucho fondo y harta dificultad, y mucho se discurrió sobre ellas por una y otra parte; mas el Obispo no quiso resolverlas, sí que determinó pasar a Roma para proponerlas al Papa y a los Cardenales que las sol-

tasen y resolviesen, y que obrasen en consecuencia de la resolución y determinación que tomarían; y si tal vez no lo hiciesen así, estaba en ánimo de reprenderles delante de todos, sin temor de perder su Obispado, y sin temer cualquier trabajo, ni aun la muerte.

4. Cuando el Obispo Blanquerna estuvo en Roma, propuso en el Consistorio ante el Papa y los Cardenales las diez cuestiones referidas, y dijo en esta forma: "El error se ha introducido en el mundo, y nos hallamos muy faltos de caridad y devoción. Extrañada de entre nosotros está la virtud de Valor, según se notó ya en el libro de Religión, por lo cual vengo a suplicar se me resuelvan y determinen estas diez cuestiones, y a sus verdaderas resoluciones y determinaciones se haga la debida satisfacción en que la verdad eche del mundo al error, multiplicando en él la caridad y la devoción". Muy del agrado del Santo Padre Apostólico, y de los Cardenales, y de toda la corte fueron las cuestiones; y pasando a informarse del sujeto, supieron que el Obispo Blanquerna era hombre muy docto y de muy santa vida. Mientras que el Papa y los Cardenales trataban de resolver y determinar las cuestiones referidas, fué voluntad de Dios Nuestro Señor que el Papa cayese en una enfermedad de que murió y por esta razón quedaron las cuestiones indecisas.

Finido es el tercer libro del estado de Prelacia, en que, por gracia de Nuestro Señor Dios, se ha mostrado, con el ejemplo del Obispo Blanquerna y de sus Canónigos, el buen modo que podrían los Prelados practicar en regir y apacentar las ovejas de sus Obispados que están a su cargo, como lo ejecutó santamente Blanquerna en su Obispado para el servicio de Dios con muy buenas ordenaciones, pías exhortaciones, y bellos ejemplos, según queda dicho en todo este libro.

LIBRO CUARTO

QUE TRATA DEL APOSTÓLICO SEÑORÍO QUE RESIDE EN EL PADRE SANTO, PARA DIRIGIR Y CONSERVAR EN BUEN ESTADO A TODO EL MUNDO EN HONOR DE DIOS COMO TIENEN PODER PARA ELLO; EL CUAL ES DIVIDIDO EN DIECIOCHO CAPÍTULOS, Y EN ELLOS ESTÁN OBTENIDAS LAS BELLAS ORDENACIONES Y REFORMA QUE EL PAPA BLANQUERNA HIZO DEL ESTADO DEL MUNDO SEGÚN LAS RÚBRICAS DEL GLORIA IN EXCELSIS DEO, LAS CUALES REPARTIÓ EN OFICIOS PARA SÍ Y PARA LOS CARDENALES

CAPITULO LXXXV

Del razonamiento que el Obispo Blanquerna tuvo con uno de los Cardenales después de la muerte del Papa sobre la solución de sus cuestiones y sobre si los Artículos de la Fe pueden ser demostrados, y con qué demostración. Y de las grandes alabanzas que aquel Cardenal dió a los otros de la ciencia del Obispo Blanquerna, y cómo fué también alabado a los otros mismos Cardenales por el juglar del Emperador y por aquel Obispo que renunció a su Obispado por hallarse todos entonces en la Curia Romana por negocios del servicio de Dios. Y cómo por todas estas alabanzas, virtud, ciencia y santa vida que los Cardenales conocieron en él, de unánime voluntad, le eligieron Papa.

SANTIDAD Y SABIDURIA PROMUEVEN A LA MAYOR DIGNIDAD

I. Muy gran disgusto tuvo el Obispo Blanquerna de la muerte del Papa por muchas razones, y señaladamente por razón de las cuestiones que había propuesto al Sacro Colegio. Mientras los Cardenales trataban la creación de Papa, el Obispo

Blanquerna se fué a un Cardenal para decirle: Que si por algún motivo se dilatase la elección de Papa, rogaba y suplicaba con todas veras que él interino se dignase de proveer se le diese respuesta y solución a las *diez cuestiones* que él había propuesto, por cuanto deseaba mucho saber el dictamen de los Cardenales que tomarían en la determinación de aquellas cuestiones. Respondióle el Cardenal, diciendo: "Que en breve tiempo creía que se haría la elección del Papa, porque era muy grande inconveniente y sería cosa muy peligrosa que el Pontificado estuviese vacante por mucho tiempo. Pero que él mismo, según le parecía a primera vista, respondería a una de las cuestiones, pero sin determinar aquélla"; y dijo de esta manera: "Que si los Artículos de la Santa Fe cristiana pudieran ser entendidos por razones contrarias, la Fe, por esto, valdría menos, porque el hombre no tendría por ello tanto mérito."

2. Respondió el Obispo, diciendo: "Dos maneras hay de demostración: La una es cuando la cosa se demuestra sin que pueda en ello haber contradicción, así como es demostrar que el cuadrángulo tiene más ángulos que el triángulo. La otra es cuando en ella puede ser hecha contradicción, como es probar la causa por su efecto. Y por esto la fe tiene sujeto en aquello en que la demostración puede ser calumniada e impugnada. Pero que él no entendía decir que los Artículos de la Fe pudiesen ser demostrados de tal modo que no pudiese ser hecha contradicción, como se ha dicho de su primera especie de demostración; porque si pudiesen ser demostrados por el primer modo de demostración, sería imposible que los Artículos estuviesen fundados en la Fe; y sí que él preguntaba si por el segundo modo de demostración podían ser o no entendidos los Artículos, de forma que pudiese ser destruída por razones necesarias, y que lo contrario, por razones necesarias, pudiese ser destruído." Aún dijo más el Obispo: "Que si los Artículos podían ser entendidos por razones necesarias, que él entendía probar por necesarias razones que la Fe por ello sería más noble y mayor y más meritoria, y que el entendimiento y la caridad estarían con más noble disposición, según está demostrado en el primer libro de la demos-

tracción de los Artículos. Y si esto no fuese así, se seguiría que la fe y el entendimiento serían el uno para la destrucción del otro; lo cual es imposible, según las condiciones de los árboles del libro intitulado *Del gentil y de los tres sabios.*”

3. Agradó mucho al Cardenal la respuesta del Obispo; y cuando se halló en el Consistorio con sus compañeros, él alabó mucho al Obispo Blanquerna por su ciencia, según la respuesta que le había dado. Mientras el Cardenal así alababa al Obispo Blanquerna, sucedió que aquel eclesiástico que había renunciado el Obispado que tenía el Obispo Blanquerna había venido a la corte romana con dos religiosos y un hombre seglar, y todos cuatro habían aprendido y sabían muy bien la lengua arábiga, y habían pasado a la corte para pedir licencia y la bendición con letras apostólicas para pasar a alguna tierra de infieles a predicar y convertir aquellas gentes, hasta recibir el martirio por amor de Dios. Y mientras estaban en el Consistorio con los Cardenales declarando su petición, sobrevino el Obispo Blanquerna, y como se conocieron, fué muy devoto y amoroso el recibimiento que recíprocamente se hicieron; y habiendo salido Blanquerna del Consistorio, los Cardenales preguntaron a aquellos cuatro que allí se habían presentado de las cualidades de Blanquerna, y ellos dijeron mucho bien de él, y les refirieron todo el bien que primeramente hizo en la Abadía y lo que últimamente había obrado en su Obispado, según ya hemos dicho.

4. Sucedió cierto día que, estando comiendo un Cardenal, vino a su corte un juglar muy bien vestido y muy bien aderezado, que era hombre de muy agradable y graciosa loquela, de bello y gentil talle, y cantaba y tañía muy bien los instrumentos. Aquel juglar se hacía llamar juglar del Valor, y era aquel mismo que Blanquerna encontró en la selva cuando encontró al Emperador y a Valor, como está dicho en el libro segundo, capítulo de *Valor*. Cuando el Cardenal hubo ya comido, entró el juglar y cantó unas canciones y coplas que el Emperador había compuesto a honor de la Virgen Santa María y de Valor, y tocó algunos instrumentos, con los cuales formaba las danzas y notas que el Emperador había hecho a honor de Nuestra Señora. Y

fué muy gustoso y agradable de ver al juglar con sus instrumentos. Cuando el juglar hubo concluído toda esta diversión, le preguntó el Cardenal de algunas noticias y de su estado.

5. “Señor, respondió el juglar: por disposición de Dios sucedió que mi señor el Emperador y yo nos encontramos en una selva con un santo hombre, que se llamaba Blanquerna, el cual iba buscando por aquel desierto algún puesto proporcionado en donde pudiese poner su ermita, para adorar y contemplar a Dios Nuestro Señor todos los días de su vida. En aquella selva estaba la *Virtud de Valor*, que se lamentaba contra aquellos que la habían quitado y mudado su nombre, y todos los días la están persiguiendo en este mundo. Y por eso mi señor el Emperador ha nombrado diversos juglares, para que vayan por el mundo y sean predicadores y pregoneros de *Valor*; y entre ellos, me ha enviado a mí a esta corte para ser loador de *Valor*, y reprender y calumniar a todos aquellos que son sus contrarios, alabando a *Desvalor* en apariencia de *Valor*.” Agradaron mucho al Cardenal y a todos los de su corte las palabras y razones del juglar, y después el Cardenal le mandó dar una bella copa de plata dorada en que él bebía; pero el juglar no la quiso aceptar, diciendo estas palabras:

6. “Mandamiento se me ha hecho por el Emperador, mi señor, y lo he jurado corporalmente sobre los Santos Evangelios, de no tomar cosa alguna de este mundo de ninguna persona, sino solamente de mi señor el Emperador, el cual me da renta bastante todos los días para todo lo necesario que yo he menester para mi subsistencia; por lo cual yo estoy excusado de recibir vuestro regalo, y también porque por dádivas son corrompidos los juglares en alabar aquellos que deben ser blasfemados, y en blasfemar aquellos que deben ser alabados; y por cuanto por semejantes falsas alabanzas y blasfemias sea deshonorada y olvidada la virtud de *Valor*, por tanto, mi señor el Emperador no quiere que yo, ni otro juglar alguno de su corte, tome dádiva alguna de vos ni de hombre alguno del mundo.”

7. “Buen amigo, respondió el Cardenal, ¿por ventura, conoceríais vos aquel hombre que vos llamáis Blanquerna si lo

viérais?" "Señor, respondió el juglar, muy bien le conocería yo si le viera; pero no creo verle en un lugar como éste, porque creo tiene hecha su habitación en lugares desiertos e inhabitados, en la cual propuso mi señor el Emperador ser su compañero cuando hubiese ordenado su imperio y educado a su hijo, hasta que fuese mayor y pudiese y supiese regir bien y gobernar su imperio." El Cardenal envió por el Obispo Blanquerna, a que viniese luego a estar con él; y habiendo llegado allí, el juglar le miró y remiró, y, conociéndole, tuvo gran gusto de verle; pero se maravilló mucho porque lo vio tan noblemente vestido y que traía anillo de oro en los dedos. El Obispo le preguntó por el Emperador, y refirió al juglar toda su vida, porque el juglar quiso saberla, para que le corrigiese, si acaso se había entibiado en su devoción, que tenía antes de ser ermitaño.

8. Gran complacencia tuvieron uno del otro de haberse encontrado allí, y el juglar rogaba mucho al Obispo Blanquerna que le ayudase en aquella corte a mantener *Valor* mientras estuviese en ella; y el Obispo le prometió que lo haría muy gustosamente. Al otro día por la mañana, después de Misa, el juglar se presentó en el Consistorio de los señores Cardenales, en donde se esperaban el uno al otro para hacer su elección; y cuando estuvo dentro, en presencia de los Cardenales, dijo estas palabras: "*Valor* tiene mayor esperanza en aquellos que son mayores y más honrados en este mundo, que no en los otros; y aquellos le hacen más deshonor que por ella están en mayor honor, y por esto se les sigue y espera mayor culpa y maldición, por la cual llevarán en el otro mundo mayor pena, que no tendrán aquellos a quienes *Valor* no les tiene tan honrados, por el mayor deshonor que hacen en este mundo a la virtud de *Valor*."

9. Cada uno de los Cardenales consideró muy profundamente lo que el juglar les había dicho; y después de haber salido éste del Consistorio, el Cardenal que le había convidado refirió a sus compañeros todo lo que el juglar le había dicho de Blanquerna; y por aquellas palabras que el Cardenal les dijo en favor de Blanquerna, y por otras muchas que habían oído decir a otros, concordaron unánimes todos los Cardenales en elegir

que Blanquerna fuese creado Papa, y todos quisieron y dijeron en una voz que él fuese Papa, y luego inmediatamente cantaron el *Veni Creator Spiritus* y el *Te Deum Laudamus*; y tomaron a Blanquerna para sentarlo en la Silla Apostolical; pero Blanquerna no lo quiso, y dijo estas palabras:

10. "Fama es por todo el mundo que el Papa podría con sus hermanos, los Cardenales, ordenar y poner en buen estado a todo el mundo si quisiese. Y como el mundo ahora se halle en tan gran discordancia y desorden es cosa temerosa el ser Papa, y en él es significada gran culpa, mientras no use de su poder en ordenar el mundo, siguiendo su voluntad todo el poder que Dios le dió para ordenarle; y como yo sea indigno de tener poder tan grande, en cuanto me falta el saber y querer, por esto tan noble y tan grande poder, como es este poder apostolical, no debe ser encomendado a mi flaco saber y querer. Y, por tanto, yo renuncio el poder apostolical, y pido que sea dada respuesta a las diez cuestiones que yo he propuesto a esta corte."

11. Cuanto más fuertemente el Obispo Blanquerna se excusaba y renunciaba el Pontificado, con tanta mayor fuerza se movía la voluntad de los Cardenales a que él fuese Papa, siendo condición de la elección que aquellos que más fuertemente se excusan y renuncian deben ser preferidos en la elección, como se convenga con las demás condiciones que corresponden al hombre digno de ser elegido. Mientras que así se estaban, excusándose el Obispo Blanquerna en que de ninguna manera quería ser Papa, uno de los Cardenales, que deseaba serlo, dijo que él quería hablar aparte a sus compañeros, y les dijo estas palabras: "Muchas veces sucede que los hombres, con maestría, se hacen de rogar y forzar en admitir el Pontificado, para que tengamos voluntad en crearle Papa; luego, si en él hay esta tal voluntad, por esto es indigno de ser Papa."

12. Pensaron mucho los Cardenales en lo que el Cardenal les propuso; pero por cuanto vieron que en las palabras del Obispo Blanquerna no se significaba haber maestría alguna, y ya por la buena fama que tenía, y porque aquel Cardenal quería ser Papa (de lo que tuvieron algún conocimiento por ciertos indi-

cios), por esto conocieron que lo que el Cardenal decía era todo cautela, y quisieron de todas maneras que el Obispo Blanquerna fuese Papa por la buena fama que tenía. Pero con todo eso no quiso admitirlo ni otorgarlo, hasta tanto que uno de los Cardenales le dijo que si él era Papa podría ordenar todo aquello que deseaba cumplir por la solución de las *cuestionas sobredichas*. Y por este motivo el Obispo Blanquerna, con gran temor y con grande esperanza de que Dios le ayudaría, y con la intención de que podría hacer mayor fruto y provecho a la ordenación que significaban las cuestiones, consintió entonces en recibir el oficio papal, y dijo estas palabras:

13. “En mí hay falta de saber y querer que se iguale al poder apostolical. Si por vosotros soy elegido Papa, os pido que me ayudéis, como por igual querer y saber usemos del poder que se me ha dado en procurar que Dios sea conocido y amado, y que su pueblo sea por El bienaventurado; y si no lo hiciéreis, me haréis grande injuria y gran pecado.” Todos los Cardenales prometieron gustosamente al Papa que le ayudarían en todo lo que era su voluntad, según la libertad del saber y del poder que Dios les había dado, y según el cargo a que Dios había sujetado su voluntad a servirsele. Y de esta forma el Obispo Blanquerna fué elegido Papa.

CAPITULO LXXXVI

Del buen modo con que el Papa Blanquerna, luego que fué elegido, iba todos los días informándose del estado de la corte y de los Cardenales. Y del sabio que vino a él en forma y especie de necio para servir a Dios y hacer sabios a otros en aquel oficio. Y de las bellas ordenanzas que el Papa hizo, repartiendo entre los Cardenales las rúbricas y versículos del GLORIA IN EXCELSIS DEO, por oficios y cargos, de los cuales tomó el primero para sí en propio oficio, para que todos, a su ejemplo, den gloria a Dios.

ANTES DE REFORMAR LOS INFERIORES, REFORMENSE PRIMERO
LOS SUPERIORES

1. Según dejamos ya referido, quedó elegido y creado Papa el Obispo Blanquerna. Bendito sea Dios por ello. Antes que el Papa Blanquerna dispusiese alguna ordenación en su corte, estuvo así por algún tiempo con inacción, por el fin de examinar y conocer el estado y modo de la corte, y todos los días iba notando en unas tablillas que llevaba consigo todas aquellas cosas que necesitaban de mejorarse en su corte. Sucedió un día que, estando el Papa Blanquerna en la ventana, vió venir un Cardenal con mucho acompañamiento de su familia, los cuales iban muy bien vestidos y montados a caballo; había muchos parientes del Cardenal; y poco después vió venir a otro Cardenal con poco acompañamiento, y que no iban tan bien vestidos y ataviados. Consideró mucho el Papa todo esto que había visto de los dos Cardenales, y cuando estuvo en el Consistorio dijo estas palabras al Cardenal que había venido con poco acompañamiento y humildemente vestido y ataviado:

2. “Saber quiero de vos la causa: ¿por qué no habéis venido a mi corte con tanta compañía y tan noblemente vestida como el otro Cardenal que venía delante de vos? ¿Siendo así que vos tenéis obligación de honrar tanto a mi corte como el otro Carde-

nal, teniendo vos tanta renta como aquél?” “Señor, respondió el Cardenal, yo para la manutención de mi familia, y en la limosna, consumo toda la renta del Cardenalato, que no me sobra nada, y he prestado juramento de no tomar dádivas de hombre ninguno por servicios ni sobornos; y como mis rentas no basten para más, por eso no he podido llevar más acompañamiento ni más bien ataviado.” Preguntó el Papa al otro Cardenal por qué había venido con tanto acompañamiento y tan bien vestido. Respondió el Cardenal: “Que para honrar a su corte.” El Papa hizo estar a la vista de este Cardenal, y quiso informarse con toda diligencia de su modo de vivir; y halló que el Cardenal tomaba servicios y sobornos, y había quebrantado el Sacramento y promesa que había prestado cuando fué creado Cardenal; y que las gentes le prestaban servicios, y rogaban con donativos para el despacho de sus peticiones y negocios, y le acompañaban siempre que iba a la corte; y por eso llevaba mayor acompañamiento que los otros Cardenales.

3. Ciento día sucedió que el Papa convidó a todos los Cardenales, y tuvo gran corte aquel día; y después de haber comido entró por el palacio un hombre vestido como loco, raso de cabeza, que en la una mano traía un gavilán y en otra un perro atado con una cuerda; el hombre saludó al señor Papa, a los señores Cardenales y a toda la corte, de parte del señor Emperador, y dijo estas palabras: “Yo soy Raimundo el fatuo, y vengo a esta corte de mandamiento del Emperador para usar de mi oficio y para buscar a mis compañeros”; y habiendo dicho estas palabras, dió de comer al gavilán e hízosele venir a la mano dos o tres veces. Después le hirió con la cuerda con que llevaba atado a su perro, y otro vez le llamó que viniese a la mano; pero el gavilán, escarmentado de haberle herido el loco, se escapó volando fuera del palacio del Papa, y se hizo salvaje. Después que Raimundo el fatuo hubo perdido el gavilán, él sacudió y castigó muy fuertemente a su perro dos o tres veces; pero siempre, y cuando le llamaba, el perro se volvía a él voluntariamente, que no se le esquivaba.

4. “Raimundo fatuo, preguntóle el Papa, ¿cuál es tu oficio?

¿Y por qué has venido, como dices, a esta corte para buscar a tus compañeros? ¿Y qué significa lo que has hecho ante nosotros con tu gavilán y con tu perro?" "Señor, respondió Raimundo el fatuo, yo me hallaba en la corte del Emperador, y aprendía de ser loco para ganar dineros. El Emperador me ha contado tantas cosas de la Pasión de Jesucristo y de la nobleza de Dios, que quiero ser loco para hacerle reverencia y honor; y no quiero guardar modo en mis palabras, a fuer de gran amor. Y por cuanto vuestra corte tiene mayor honor por la Encarnación y la Pasión de mi Amado que cualquiera otra corte, creo encontrar aquí muchos compañeros que sean de mi oficio. El gavilán significa los hombres que no ayudan a sostener el honor y la ordenación de vuestra corte sin paga y sin servicios; y cuando el hombre les pide alguna cosa sin darles nada, entonces el hombre les hiere su corazón con pena y trabajo, y por eso se hacen al hombre extraños y esquivos. El perro significa los hombres que viven tan inflamados del amor y unidos con el honor y ordenación de vuestra corte, para que Dios sea en ella honrado, que sin satisfacerles el hombre sus trabajos sufren voluntaria y gustosamente trabajos y afanes por aquellos que tienen pretensiones en la corte, y esos son amables a los hombres y agradables a Dios."

5. Habiendo Raimundo el fatuo hecho su oficio y respondido al Papa, el juglar de Valor cantó y tocó sus instrumentos muy dulcemente a honra de Valor, y después dijo estas palabras: "Para la honra del señor se hace honra a su caballo con bello freno, bella silla y ricos jaeces; y si el señor en su corazón tiene amor a las virtudes, entonces es honrada la virtud de Valor en su corazón, en su cota de malla y en sus adornos. Y cuando es honrado el señor que ama los vicios y aborrece las virtudes, queda entonces deshonorada la de Valor en el honor de su enemigo, quien ama el deshonor de Valor." "Juglar de Valor, dijo el Papa, ¿qué quieres decir con estas palabras?" "Señores, respondió el juglar, mis palabras significan las preguntas que vos habéis hecho a los dos Cardenales; de los cuales, el uno, honraba a Valor con injuria, perjuicio y vanagloria, y el otro, la honraba con justicia, verdad, humildad y fortaleza."

6. Habiendo dicho el juglar estas palabras, exclamó el Papa, y con lágrimas en los ojos dijo: “¡Oh, Canónigo de Llantos, cuánto quisiera yo que os halláreis en esta corte, para ayudarme a llorar el deshonor que en ella se hace a Valor, por el cual cesa el honor que se debe a mi Señor Dios Jesucristo!” Lloró mucho el Papa, y dijo: “Que a no echarse de su corte al deshonor que se hace a Valor, y hacer que en ella se mantenga con honor que todos los Cardenales faltarán a su obligación, y serán contrarios a Valor, y mayormente al Papa su señor, al cual libremente prometieron que de todo su saber y querer ayudarían a mantener el poder que tenían en honrar a Valor.” Todos los Cardenales, a excepción del Camarlengo, dijeron al Papa que estaban prontos a convenir en ordenar todas aquellas cosas por las cuales fuese restablecido a Valor el honor que solía tener. Y el Papa, con grandes lágrimas y devoción, teniendo presente vivamente el cargo tan grande en que estaba constituido para honrar la Santa Pasión de Jesucristo, dijo estas palabras: “Quince son los Cardenales que me están dados por compañeros, por los cuales pueda yo ser conservado y asistido en ser en la tierra Procurador de Jesucristo. Dividamos en *diez y seis partes* el himno *Gloria in excelsis Deo*, y la primera parte me sea dada a mí, por ser el primero por la dignidad de oficio, y a cada uno de los Cardenales le sea dada su parte según el orden y antigüedad de su oficio, y según la serie de cada una de las partes o versículos; y cada una sea el propio oficio, con el cual se tenga cada uno por obligado en honrar y mantener la corte, para que en ella y por ella sea honrado Jesucristo, y por toda la redondez del mundo.” Todos los Cardenales tuvieron por muy santo y bueno lo que el Papa les propuso, y Su Santidad tomó por oficio propio *Gloria in excelsis Deo*; después el Cardenal decano tomó *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis*; y así onsecutivamente los demás Cardenales, por su orden, tomaron las partes y versículos siguientes; y a cada una parte le asignaron por propio oficio, y cada uno de los Cardenales era llamado con el propio nombre del versículo que le correspondía por la serie y el orden del *Gloria in excelsis Deo*.

7. Habiendo hecho el Papa y los Cardenales la ordenación sobredicha, ordenaron también que todos los Cardenales tuviesen rentas iguales para el gasto necesario, y determinado número de familia y cabalgaduras, según lo que convenía a justicia, templanza y humildad. Como también que tuviesen alguna ayuda de costa supernumeraria para los gastos extraordinarios, y tan suficiente que no tuviesen necesidad de tomar de ninguna persona servicio alguno ni soborno, mientras no fuese alguna cosa comestible; y el Cardenal que tomase servicio de cualquiera persona, que fuese privado desde luego del Cardenalato; cuando no, que el Papa y todos los Cardenales hiciesen alguna penitencia, ayunando a pan y agua todos los viernes, hasta que el Cardenal hubiese perdido el Cardenalato. Este establecimiento fué confirmado por el Papa y los Cardenales, y fué estipulado con promesa y juramento. Después fueron nombrados varios oficiales, que se llamaban espías, para que éstos velasen si algún Cardenal contravenía a los establecimientos referidos; y sobre estos espías fueron asignados otros, para inquirir si aquéllos cumplían bien en su oficio; y si no lo hiciesen, que fuesen privados perpetuamente de toda prebenda y de cualquiera otro beneficio eclesiástico. Muy bien ordenado fué el establecimiento referido, siendo muy necesaria su conservación, a fin de que los Cardenales por el motivo del mayor poder no tengan disensiones entre sí, ni soberbia el uno contra el otro, y que los que van a la corte a sus pretensiones no sean robados ni vivan con pobreza ni mal ejemplo, ni se les dé ocasión de murmurar del Papa y de sus compañeros; antes bien, conciban mayor devoción de loar y servir a Dios y por la santa vida, caridad y hermandad del Papa y sus compañeros.

8. A más de las ordenaciones y establecimientos sobredichos, fué asimismo ordenado que de los bienes de la Santa Madre Iglesia y de los que sobre del gasto a los Obispos y Arzobispos y demás prelados y religiosos fuesen procurados, gobernados y mantenidos los oficios; y que todos los Obispos, Arzobispos y prelados, y sus súbditos, deban ser tenidos en abastecer y

reemplazar a los Cardenales, para que puedan proveer con sus oficios en todas sus diócesis.

9. Fué ordenado también por el Papa y los Cardenales que un día en la semana el Papa tuviese Consistorio con los Cardenales tan solamente, y que en él cada uno acusase al otro, como lo hacen los religiosos en su Capítulo; y que cada uno de los Cardenales pidiese venia, y tomase disciplinas por sus faltas en presencia de los otros. Y este mismo establecimiento fué ordenado por los mismos Cardenales, en que un día en la semana tuviesen capítulo o residencia cada uno en sus oficiales. Después fué ordenado que uno de los Cardenales tuviese capítulo a los escribanos un día en la semana, y después de aquél, otro Cardenal, y asimismo los jueces y abogados de la corte, según se seguían por orden.

10. Otro estatuto muy importante y necesario ordenaron el Papa y los Cardenales, y es que por todo el mundo tuviesen procuradores que les hiciesen saber por cartas o por otros mensajeros el estado en que se hallaban los pueblos, para el fin de que si en ellos ocurriese alguna irregularidad o mudanza, o se necesitase de enmendar en ellos alguna cosa, que pudiesen desde luego tratar y prover de remedio para la utilidad y provecho de aquellas tierras. De este modo ordenó el Papa Blanquerna y enderezó su corte, cuyo buen gobierno y ordenanza no lo pudiera ninguno expresar; y el mérito que por ello tendría, ¿quién os lo podrá decir y escribir?

CAPITULO LXXXVII

De GLORIA IN EXCELSIS DEO, y de los varios y bellos modos que el Papa Blanquerna con sus Cardenales inventaron todos los días, por razón de su oficio, cómo pudiesen honrar la gloria de Dios, y reducir todo el mundo en buen estado. Y de la bella ordenación que hizo, para que todos se redujesen a la unión de la Santa Fe católica; y del grande bien que por aquélla se siguió a la Iglesia; y de la fama que corrió por todo el mundo del bien que hacía el Papa Blanquerna.

AL EJEMPLO DEL SUPERIOR, PUEDE EL ORBE TODO COMPONERSE

I. El Papa Blanquerna tuvo Consistorio con sus Cardenales para el fin de que por sus buenas obras fuese dada gloria a Dios en las alturas; y por esto el Papa rogó muy encarecidamente a los Cardenales que le ayudasen a usar de su oficio en dar gloria a Dios, de tal manera, que las gentes pudiesen restituirse a la interción por la cual son los oficios y las ciencias, y dar gloria a Dios; por cuanto el mundo ha llegado a tan grave defecto, que apenas hay hombre alguno que tenga verdadera intención al fin por que es creado, ni al oficio en que está constituido. Mientras el Papa así exhortaba a los Cardenales, un embajador moro entró en el Consistorio, y en presencia de todos presentó al Papa una carta de parte del Soldan de Babilonia, en la cual, entre otras muchas cosas, le decía: "Que se maravillaba mucho de él y de todos los príncipes y reyes cristianos, porque no conquistaba la tierra santa de Ultramar, y porque querían llevar el método de su Profeta Mahoma, que adquirió aquellas tierras por conquista a fuerza de armas, y no querían llevar el modo que usó Jesucristo y sus Apóstoles, los cuales, con la predicación y martirio, convirtieron a todo el mundo. Y por cuanto el Papa y los cristianos no querían seguir el modo que tuvieron

los primeros fundadores en conquistar las tierras, por esto no quería Dios que ellos fuesen poseedores de la Tierra Santa de Jerusalem, ni de las demás ultramarinas." Estas letras presentó el moro al Papa, y otras semejantes a los reyes y príncipes cristianos.

2. Consideró mucho el Papa y los Cardenales en lo que el Soldan le había escrito; y entonces Raimundo el fatuo les dijo estas palabras: "Envío la Fe a Contrición para que la Esperanza le remitiese devoción y perdón para que le honrasen en aquellos lugares en donde su amado Jesucristo es deshonorado y vilipendiado." El juglar de Valor dijo también: "Que gran deshonor recibe la virtud de Valor en aquellos lugares en donde el Hijo de Dios y los Apóstoles la hicieron mayor gracia y honor que en ningún otro lugar del mundo." Habiéndose pronunciado estas sentenciosas palabras, entró por la corte un mensajero con la noticia de que dos asesinos habían muerto a un rey cristiano, y que los habían cogido y hecho morir a mala muerte; y habiendo el mensajero acabado su relación, entonces dijo el juglar de Valor: "¿Qué valió a Jesucristo su humildad y la gran caridad que hizo de sí mismo a su pueblo, cuando quiso sufrir muerte y pasión? ¿Si por error los asesinos tienen mayor devoción de morir por su superior, que no la tienen los cristianos de morir para honrar a Dios y Señor?" A este tiempo vió el fatuo a los Cardenales que se hablaban en secreto, y pensó que hablaban de su Amado, y ellos hablaban de la elección de dos Obispos, que habían sido elegidos en discordia, y por eso dijo a los Cardenales, "que las palabras de mayor gusto son aquellas que pasan entre el amigo y el Amado".

3. Muy maravillosa fué la moción que tuvo el Papa en ordenar, y cómo la Fe de la Santa Madre Iglesia puede multiplicarse, y que la devoción que solía haber entre las gentes en rogar a Dios pudiese restablecerse en este mundo; y por eso envió mensajeros por todas las tierras a los superiores de las religiones, y a los Maestros del templo y del hospital, con orden de que viesesen a hablar con él, para ordenar el modo cómo pudiesen todos dar *Gloria a Dios*. Habiendo ya llegado todos aquéllos, y pre-

sentándose delante del Papa y los Cardenales. Raimundo el loco dijo estas palabras: "*Encontráronse el amigo y el Amado, y sus bocas callaron; y los ojos, con que se hacían señas de amor, lloraron; y sus amores hablaron.*" "Este ejemplo, dijo el juglar de Valor, significa aquello que se ha denunciado al Papa y a los Cardenales por el Soldan, y el suceso de los asesinos; y si de esto no se sigue algún provecho se hace injuria a Valor, y no son amados los criados más honrados que mueren por amor, puesto que valen más los amores que entre sí se hablan, que las bocas que comen." Dijo también Raimundo el loco: "*Que un escribiente escribía en un libro los nombres de los amantes y los de los amados; y uno de los amantes le preguntó si había escrito en aquel libro el nombre de su amado. El escribiente le respondió: ¿Has tú comido tal vez algún manjar que haya sido escogido con fuego de amor? ¿Y te has lavado las manos con lágrimas de tus ojos? ¿Y eres tú beodo y loco por amor que hayas bebido? ¿Te expusiste jamás a peligro alguno para honrar a tu Amado? ¿Tienes tú materiales de amor de que hagas tinta con que escriba tu Amado? Sin todo esto, no eres digno de que tu Amado sea escrito en este libro.*"

4. Concluídas estas palabras, el Papa y los Cardenales y los religiosos, para honrar la *Gloria de Dios*, establecieron que de todos los religiosos científicos fuesen señalados algunos para aprender varias ciencias y lenguas; y que por todo el mundo fuesen establecidas casas de estudios, en donde fuesen suficientemente proveídos y abastecidos de todo lo necesario para su manutención, según la planta del monasterio de MIRAMAR, que hay en la isla de MALLORCA. Del agrado del Papa y de todos los demás fué esta ordenación; y entonces el Papa envió por todas las naciones de los infieles a que hiciesen venir algunos de ellos para aprender nuestra lengua, y que se aprendiese la suya, y después juntos con ellos fuesen a sus tierras a predicar a los otros infieles. Y que a aquellos infieles que habrían aprendido la lengua latina, y tendrían conocimiento de la Santa Fe católica, se les fuese dando dinero, bagajes y ricos vestidos, a fin que con esto se diesen por agradecidos y satisfechos, y ala-

basen a los cristianos, y, habiéndose restituído a sus tierras, les ayudasen y mantuviesen.

5. Dividió el Papa todo el mundo en doce partes, y señaló doce procuradores, para que fuese cada uno de ellos a aquella parte que le estaba asignada, para informarse del estado de aquella tierra, a fin que con esto el Papa pudiese tener puntual noticia del estado general de todo el mundo. Aconteció que aquellos procuradores que pasaron a los infieles trajeron de Alejandría y de la Gorgia, de la India y la Grecia algunos cristianos religiosos para habitar entre nosotros, y que su voluntad se conformase con la nuestra, y con nuestros religiosos, y que por la unión y comunicación fuesen dirigidos y avisados en aquellas cosas en que yerran contra la Santa Fe romana, y después se volviesen para enseñar y dirigir aquellos que poseen sus tierras. Por este motivo el Papa envió algunos de nuestros religiosos a aquellos procuradores, y mandó que cada año tuviesen obligación de enviarle cierto número de religiosos de los de allá, para comunicar con nosotros y aprender nuestra lengua.

6. "Amables hijos, dijo el Papa a los religiosos, judíos y moros viven entre nosotros, que tienen creencia y están en error, destruyendo y despreciando la Fe católica; y porque todos estamos obligados a honrar la Gloria de Dios, quiero y mando que de los judíos y moros que viven entre los cristianos sean señalados algunos para aprender latín y entender las Escrituras, y que lo aprendan dentro de un cierto y determinado tiempo; cuando no, que lleven alguna pena; y mientras estén ocupados en este estudio sean proveídos y gobernados de los bienes de la Santa Iglesia; y cuando lo hubieren aprendido sean hechos francos, y que los honren sobre todos los demás. Y de este modo serán más a propósito para entender la verdad y convertir a los otros."

7. Habiendo dicho el Papa estas palabras, el Camarlengo dijo: "Que si el Papa ponía tal estatuto, todos los judíos y moros que viven entre nosotros se huirían a otras tierras, y de este modo se disminuiría el fondo de la Santa Madre Iglesia." Y entonces Raimundo el loco dijo al Camarlengo esta parábola: "Un hombre amaba mucho a una bella mujer, a quien decía que la

amaba más que a ninguna otra; la mujer le preguntó por qué la amaba más que a ninguna otra mujer, y él le respondió que porque era más bella que cualquiera otra mujer. Entonces ella con el dedo señaló hacia una parte, dijo que allá, en aquella parte, había otra que era más hermosa que ella: el hombre se volvió luego a aquella parte a mirarlo; y porque lo hizo, le dijo la mujer que si otra hubiese visto allí más hermosa que ella, que sin duda la amaría más; y con esto significó que no la amaba perfectamente." Entonces dijo el juglar de Valor: "Que si hubiese otra cosa mejor que los dineros, que el Camarlengo la amaría más que a los dineros, y por esto propuso esta cuestión: ¿Cuál cosa es contraria a la *Gloria de Dios* y a Valor: la disminución de las rentas, o el deshonor que los moros y judíos hacen a la *Gloria de Dios* y a Valor?" Y en virtud de esto, fué establecido todo en la forma y modo que quiso y mandó el Papa.

8. A más de todo esto, preguntó el Papa a los Maestros del templo y del hospital "qué parte pondrían ellos en honrar la *Gloria de Dios*". Y respondieron los dos, "que ellos ya estaban en Ultramar para defender la Tierra Santa y exaltar la Fe católica". Entonces dijo el juglar a Raimundo el loco: "Si el amor que tenía él a su Amado iba creciendo a medida que recibía de El más gustos y consuelos, o si disminuía cuando su Amado le escaseaba los placeres." Respondió el loco: "Si el Amado me disminuyera los placeres que me da, se seguiría que le amaría menos, si le podía amar más. Y si no pudiera dejarle de amar, el amor no podría multiplicarse en amar a su Amado. Pero que los trabajos que sufría iban creciendo todos los días; y en cuanto mayores eran, multiplicaban más los placeres que tenía en amar a su Amado." Entonces dijo el Santo Padre Apostólico a los dos Maestros: "Que según lo que significaban las palabras sobredichas, se seguía que para honrar la *Gloria de Dios* los dos Maestros ordenasen que se formase de las dos una sola Orden, para que el juglar del Valor no se quejase del deshonor que hacen a Valor, en cuanto se contrarían en aquello en que tendrían concordancia, si tuviese una Orden solamente; y que en sus casas y maestrazgos erigiesen y ordenasen estudios, en los

cuales sus caballeros aprendiesen algunas breves razones *por el Arte abreviado de hallar la verdad*, para probar los Artículos de la Santa Fe católica, y para dar consejo por este Arte y ser consejero de los Maestros, Príncipes y Prelados; y que habiendo aprendido en ellos diferentes lenguas, se fuesen después a los reyes y príncipes infieles para desafiar un caballero a otro en hechos de armas o ciencia para mantener la verdad y el honor debido a Valor, que tiene la Santa Fe católica." Otorgado fué al Papa la ordenación referida por los Maestros y por todos los frailes de sus Ordenes; y entonces Raimundo el fatuo dijo estas palabras: "Venció la humildad a la soberbia. Y el amigo dijo a su Amado: Si tú, Amado mío, murieras, yo iría a llorar sobre tu sepulcro. Y el Amado le respondió: Lloro en presencia de la Cruz, que es mi momento. Lloró amargamente el amigo, y dijo que por mucho llorar se le oscurece la vista de los ojos, y se le aclara la ciencia en los ojos de su entendimiento. Y por esta causa hizo aquella Orden cuanto pudo para honrar la *Gloria de Dios*."

9. En el modo que arriba se ha dicho, ordenó el Papa cómo la Gloria de Dios fuese honrada, teniendo oficiales administradores y procuradores para cumplir y observar todo aquello que había ordenado, y todos los días se esforzaba cuanto podía en que se consiguiese el fruto y utilidad de esta ordenación. Cierta día sucedió que Raimundo el fatuo y el juglar de Valor se presentaron delante del Papa con papel y tinta, diciéndole que ellos querían enviar escrita la ordenación referida al Soldan y al Califa de Baldach, para que viesen si ellos tenían tan nobles súbditos como el Papa, en quienes pudiesen hacer tan bella ordenación como el Papa había hecho para honrar la Gloria de Dios en los cielos, y para restituir en el mundo a Valor. Aconteció también un día que el Cardenal de *Domine Deus Agnus Dei Filius Patris* envió a cierta tierra para explorar el gobierno del Obispo y del Príncipe de aquella tierra; y mientras la espía se mantenía en aquel país, fué hecho mandamiento a aquel Obispo de orden del Papa, que mantuviese y proveyese cada un año cincuenta tártaros y veinte frailes que el Papa enviaba a su Obispado, para

que los tártaros enseñasen su idioma a los frailes, y éstos el suyo a los tártaros, conforme se había ordenado en la corte de Roma, y, asimismo, que el Obispo hiciese construir un monasterio fuera de la ciudad, en que estuviesen todos ellos juntos, y les contribuyese perpetuamente con cierta renta con que pudiesen vivir. Muy descontento quedó el Obispo del mandamiento del Papa, porque sentía mucho el gasto; y por esto dijo mal del Papa y de los Cardenales en presencia del Príncipe de aquella tierra, el cual respondió muy fuertemente al Obispo, diciéndole: "Que por ningún tiempo jamás había oído decir que ningún Papa y otros Cardenales hubiesen usado tan bien de su poder en ordenar cómo la Gloria de Dios fuese tan honrada; y que él para honrar la Gloria de Dios, y por el buen ejemplo que el Papa y los Cardenales le daban, quería ser participante en gasto que causarían los estudiantes, y quería a sus costas y expensas hacer la mitad de aquel monasterio." Muchas alabanzas dió el Rey de la ordenación del Papa y de los Cardenales, y dijo: "Que le parecía haber llegado ya el tiempo en que Dios quería que sus siervos le diesen grande honor, y que los errantes viniesen a su conversión."

10. Inmediatamente que la espía tuvo noticia de las palabras que el Obispo y el Príncipe habían dicho, lo escribió todo a su señor el Cardenal, y le escribió también que el Obispo había comprado una heredad para un sobrino suyo por veinte mil libras, según se había podido informar. Aquella carta fué leída en el Consistorio ante el Papa; y el Cardenal a quien se había remitido la carta anotó el nombre de aquel Rey, a fin que si sucediese alguna ocasión de pasaje a Ultramar, o de hacer el Papa alguna gracia a algún Rey, se la concediese a aquél. Envió luego el Papa su Nuncio al Rey para darle las gracias, y mandó que fuese suyo aquel castillo o heredad del Obispo, y que este hombre hubiese de pagar diez mil libras para la obra del monasterio referido; y mandó también al Cabildo de aquel Obispado, que en caso de resistirse el Obispo en pagar el gasto y obra de aquel monasterio fuese depuesto de su dignidad, y en su lugar eligiesen a otro Obispo que hiciese la obra y gasto referido, y que aquel

Obispo que había hablado mal del Papa se quedase en la iglesia con la renta de un simple canónigo." Dijo entonces el loco a su Amado: "Págame y dame el galardón del tiempo que te he servido. Multiplicó el Amado al amante sus amores y la enfermedad de amor que padecía, y le dijo: Mira cómo el Papa y los Cardenales honran la Gloria de su Señor y hacen bien lo que deben cada uno en su oficio." Y el juglar, por medio de Devoción, envió carta a la virtud de Valor para consolarla, la cual lloraba por el deshonor que sus enemigos habían hecho por largo tiempo a su Señor.

11. Por todo el mundo se extendió la fama del gran bien y santa vida del Papa, y cada día multiplicaba Valor y disminuía deshonor. El bien que se seguía de la ordenación que el Papa había establecido iluminaba a todo el mundo. Y Devoción decía a todos aquellos que oían hablar de la ordenación: "Que por todo el mundo estaba ya escrito y trasladado el tenor de aquella ordenación." Sucedió un día que el Papa envió un caballero eclesiástico del orden de ciencia y de caballería a un Rey moro; y aquel caballero, a fuerza de armas, venció a diez caballeros moros, uno por uno, en distintos días; y después venció con razones a todos los moros sabios de aquella tierra, probándoles a todos ellos, con toda claridad, que nuestra Santa Fe católica es verdadera. Por este tal bienaventurado mensajero, y por otros semejantes, iluminaba el mundo la ordenación que el Santo Padre había establecido.

12. Aconteció un día que de aquellos cincuenta tártaros que aprendieron nuestro idioma y se catequizaron en nuestra santa Fe, se convirtieron los treinta; y el Papa los envió con cinco frailes que sabían la lengua tártara al gran Can, a quien predicaron la santa Fe de los cristianos y convirtieron a muchos en su corte, y al gran Can le sacaron del error en que estaba, poniéndole en estado de duda; por cuya duda después, con el tiempo, se redujo a vía de salvación. En una tierra también estaban estudiando en nuestras letras diez judíos y diez moros con diez religiosos; y habiendo aprendido nuestra ley y nuestra ciencia, convirtiéronse a Dios la mitad de ellos; y predicaban a los otros

judíos y moros la Santa Fe católica delante de aquellos que no se habían convertido, y esto lo continuaban todos los días. Y por cuanto la corte apostólica empleaba su poder, y por la continuación de la predicación y disputas, y porque asimismo la verdad en todos los tiempos es poderosa y dominante sobre la falsedad, Dios Nuestro Señor dió gracias a aquellos predicadores y disputadores, de tal suerte, que todos los judíos y moros de aquella tierra se convirtieron y bautizaron, y predicaban a los demás la Santa Fe cristiana. Luego, como esto fuese así, ¿quién podría referiros el bien y honor que se seguía a la Santa Fe católica por el Papa Blanquerna honrando la Gloria de Dios?

CAPITULO LXXXVIII

De ET IN TERRA PAX HOMINIBUS BONAE VOLUNTATIS; y del oficio de pacificar que ordenó el Papa Blanquerna según esta rúbrica, y del buen modo y régimen que el Papa y el Cardenal que tenía dicho oficio usaban en pacificar a todas las gentes y Príncipes que estaban en discordia y guerra. Y del gran bien y loor y gloria de Dios que se seguía por todo el mundo entre las gentes por medio del Cardenal de ET IN TERRA PAX.

NO SE GANAN LOS ENTENDIMIENTOS SI NO SE GANAN PRIMERO LAS VOLUNTADES

1. El Cardenal que servía el oficio de *in terra pax hominibus bonae voluntatis* enviaba por toda la ciudad de Roma sus espías para espiar y saber si algún hombre estaba reñido con otro, y lo mismo hacía por varias tierras tratando paz todos los días con todo su poder. Aconteció que un espía que había enviado por la ciudad de Roma le dijo un día que en aquella ciudad había un cristiano y un judío que estaban todos los días en contiendas y disputando sobre su ley, y tenían entre sí gran discordia, en tanto que, mientras disputaban, se airaban mucho el uno contra el otro y por esto vivían entre sí con mala voluntad.

Cierto día vino el Cardenal a aquel puesto donde disputaban, y hablando con ellos les dijo estas palabras:

2. "Naturaleza es del entendimiento que entienda mejor cuándo el hombre está alegre y contento; que cuando está airado, porque la ira turba el entendimiento, y por la turbación, no entiende aquello que podría y debería entender, si el hombre no estuviera airado. Otra naturaleza tiene el entendimiento para entender; es, a saber, que el hombre afirme ser posible aquello que la voluntad quiere que entienda el entendimiento; porque si antes que el entendimiento lo entienda afirmase ser imposible aquella cosa, entonces el entendimiento no estará dispuesto para poder entender la posibilidad o imposibilidad que fuere inteligible en aquella cosa. Aún tiene otra naturaleza el entendimiento para subir a entender alguna cosa, y es que ame igualmente la voluntad aquello que afirma o niega, antes que el entendimiento la entienda; porque cuando la voluntad se inclina a una parte antes que el entendimiento la entienda, entonces queda impedido el entendimiento para entender. Todos estos modos y otros muchos son menester para entender y aún más, a fin que el entendimiento pueda entender. Y dado caso que por todos estos modos el entendimiento no pudiera entender, convendrá que el hombre recurra al *Arte abreviado de hallar la verdad*, que es arte por el cual el entendimiento asciende a entender, del mismo modo que la voz va subiendo con el canto por el arte de la música." De tal manera instruyó el Cardenal a aquellos dos sabios disputantes, que, por la humildad que usó en irles a buscar, quedaron los dos muy amigos y se amaron, y amigablemente continuaron en sus disputas, otorgándose en adelante el uno al otro la verdad. Partiéndose el Cardenal de los dos dándoles su bendición y amonestándoles que se regalasen el uno al otro, para que así tuviesen ocasión de grande amistad, por la cual más fácilmente pudiesen entenderse en sus disputas.

3. En aquel tiempo dos Reyes cristianos, muy nobles y poderosos, se estaban reñidos entre sí y en sangrienta guerra, habiéndose ya presentado batalla. El Cardenal, con letras del Papa, pasó a aquellos dos Reyes, para efecto de pacificarles, y

trajo consigo muchas joyas y mucha moneda para regalar a uno y a otro, y dió también mucha moneda a sus caballeros. Todo el esfuerzo puso el Cardenal para poner paz a aquellos dos Reyes, porque había mucho tiempo que perseveraban los dos en su mala voluntad, sin que jamás se hubiese tratado de paz; por cuyo motivo estaba el uno tan airado contra el otro, que el Cardenal no pudo conseguirla, ni aun hubo modo con que les redujese a unas treguas, ya que no podía lograr la paz, por lo cual escribió al Papa esta carta:

4. "Guerra hubo entre Dios y el género humano después que Adán hubo pecado, y todos éranos desviados de la paz y de la bendición de Dios. Y, por cuanto la guerra era muy grande, fué conveniente que Dios en su propia Persona viniese a poner paz y concordia entre El y la criatura, y como soberano Bien darse a Sí mismo a la criatura. Y, por tanto, la Persona del Hijo de Dios quiso venir a tomar carne humana en la humilde Virgen María, y subió después a padecer muerte y Pasión en la Cruz en cuanto Hombre." Esta carta fué leída en presencia del Papa y de los Cardenales, y Raimundo el loco dijo este ejemplo: "Cierta mujer padecía gran discordia y grandes trabajos con su marido. y estando en esta desunión, se nació un hijo; y por el hijo, que los dos amaban mucho, tuvieron paz y concordia todo el tiempo de su vida." Dijo el juglar de Valor: "Que Humildad, Caridad, Verdad y Paz eran hermanas de Valor."

5. El Papa consideró mucho en lo que aquellas palabras significaban, y, por la gran voluntad que tenía de tratar de todo bien, entendió lo que significaban. Y por esto el Papa, con cuatro Cardenales, se fué a los dos Reyes, que estaban muy remotos de la corte romana, y les regaló de muchas joyas y donativos, y tuvo gran corte de Prelados, Príncipes y Barones, y gastó mucho en aquellas cortes. Antes que el Papa hablase de la paz a aquellos dos Reyes, dijo en presencia de todos, "que él había venido allí para tratar una expedición y pasaje a Ultramar contra los enemigos de la Cruz; y que quería y rogaba a los dos Reyes que ellos emprendiesen el pasaje y expedición, el uno contra los moros de Levante, y el otro contra los de Poniente; y habiénd-

dolos conquistado, que se juntasen los dos y fuesen a conquistar los moros que están al Mediodía. Y el Papa les concedió grandes indulgencias, y otorgóles la Cruz da; y de los bienes de la Santa Madre Iglesia hizo grandes donativos a los dos Príncipes y otros Barones, y él se encargó del gobierno y comando de las tierras de los dos Reyes. Tan del gusto de los dos fué aquella ordenación, y fué tan grande el ardor y coraje que cada uno de ellos concibió en esta empresa contra los infieles, que ambos a dos acordaron de poner en manos y poder del Papa el hecho de sus pretensiones, que eran el motivo de la guerra, y emprendieron la expedición y sobreseyó la cuestión del punto sobre que litigaban, y con el fin que no se dilatase su ejecución.

6. Habiendo hecho aquellos dos Reyes grandes prevenciones con los pertrechos necesarios para la expedición, emprendieron el pasaje, en el cual concurrieron muchos de aquellos religiosos que habían aprendido la lengua árábica, con el destino de mensajeros de los moros, para que se convirtiesen antes que los dos Reyes les quitasen las vidas y sus almas no fuesen a parar en el fuego perdurable. Volvióse el Papa a Roma, y procuraba con todo su poder que el santo pasaje de Ultramar llegase a su total cumplimiento. El Cardenal que tenía el oficio de *pacificar* se mantuvo por dilatado tiempo en aquellas tierras de los dos Reyes, con el fin de pacificar las unas gentes con las otras. Aconteció un día que, pasando a caballo por la plaza, vió a dos roperos que se reñían, por la envidia que el uno tenía al logro del otro, pareciéndoles a cada uno que el otro le quitaba la ganancia. El Cardenal compró las dos tiendas, que eran de un ciudadano de aquella ciudad, y mandó construir otras dos, distantes la una de la otra, y a cada uno de los dos roperos dió una de ellas; y de las dos que había fabricado hizo fabricar dos casas, en cada una de las cuales puso un hombre, que viviese encerrado, y que los dos se mantuviesen de limosna y predicasen la paz y concordia y otras buenas doctrinas a las gentes de aquella plaza y a los que pasarían por aquella calle.

7. Un día aconteció que un espía del Cardenal, pasando por la plaza, vió a los dos encerrados que se reñían, diciéndose el

uno al otro palabras villanas, porque se tenían envidia. Luego que lo supo el Cardenal sacó a uno de aquellos reclusos y lo mudó a otro lugar distante de aquél; y de la casa que lo había echado hizo construir una plaza, donde viviesen hombres a quienes el encerrado les hablase de palabras de paz y de Dios, y semejante plaza hizo para el otro recluso. Muy grande era el bien que aquellos dos hombres ocasionaban en aquella ciudad, y fué igualmente muy bueno el establecimiento que allí hizo el Cardenal de que en las plazas, donde se cometían tantos males, deban estar hombres buenos y devotos, para que mortifiquen allí los males por el ejemplo de buena vida, por devotas palabras y por la lición de libros de oraciones y contemplaciones.

8. Pasó el Cardenal a esta ciudad, que mediaba entre la tierra de un Arzobispo y de un Rey, los cuales lidiaban sobre los lindes de aquella ciudad, por cuyo motivo había grande enemistad entre los dos. El Cardenal no pudo componer sus diferencias porque nunca pudo echar la avaricia, que estaba arraigada en el alma de cada uno de los Príncipes, y por eso se volvió a Roma y suplicó al Papa se dignase de pasar en persona a poner paz entre el Arzobispo y el Rey. Condescendió el Santo Padre, y pasó luego a aquella ciudad donde había la disensión, y convocó al Rey y al Arzobispo, haciéndoles un gran convite y una solemne fiesta, en cuyo día les predicó la paz, diciéndoles que Nuestro Señor Jesucristo la predicaba todos los días. Antes de irse a comer quiso el Papa que el Rey le manifestase el punto sobre que lidiaba con el Arzobispo, y el Rey le enseñó los lindes hasta donde pretendía extenderse su señorío. El Papa dijo al Rey que, “según tenía entendido, aún se extendía más allá su señorío, y por eso quiso que el Rey tomase algo más de lo que era de la Iglesia, porque más apreciable era la paz que de esto resultaba, que no valía la renta que el Arzobispo percibía de aquella porción”. Cuando el Rey vió que el Papa le quería dar más porción de la ciudad de lo que él pretendía, dijo al Pontífice estas palabras: “Venid, señor, y tomad vuestra parte de mi porción, de la cual por mucho tiempo he desheredado a la Iglesia.” Y por eso el Rey quiso asignar a la Iglesia aun mucho más

de lo que pedía el Arzobispo. Gran trabajo y contienda hubo entre el Papa y el Rey antes de poderse concordar, porque cada cual quería dar al otro de los derechos de su propio señorío; y por esto fué puesta la cuestión en manos de dos varones ancianos bien noticiosos de la verdad de las lindes, y aquéllos dieron su dictamen, y fué aprobado su parecer, con lo cual fué hecha la paz y amistad entre el Rey y el Arzobispo.

9. En una ciudad donde se hallaba el Cardenal que iba procurando la paz, había un hombre viejo casado con una mujer moza, a la cual amaba tan excesivamente que la tenía grandes celos, los cuales le causaban gran trabajo en su persona; y llegaba a tal extremo su celosía, que su mujer, y él propio, y toda su familia, padecían grandes trabajos y graves daños. Aconteció un día que, hallándose en la plaza el celoso viejo, pasó por allí el Cardenal, y al verle dijeron todos: *Aquel es el Cardenal que va tratando paz*. Consideró entonces el buen hombre si el Cardenal podría ponerle en paz y sacarle del gran trabajo en que los celos le habían puesto. Cuando el Cardenal se hubo restituído a su posada, fué el viejo celoso a visitarle, y le refirió secretamente cuanto le pasaba, y le suplicó se dignase darle consejo cómo podría lograr la paz. El Cardenal respondió al buen hombre, y le dijo muchas buenas palabras y razones, y le encargó que todos los días fuese una vez a hablar con él secretamente. Al otro día, el Cardenal envió a llamar a aquella mujer y la habló, aconsejándola que no se adornase con vestidos ni atavíos, ni se pudiese afeites en la cara, ni mostrase en su persona señal alguna ni gesto de liviandad; antes bien, que a su marido le diese todo honor, y que en sus rígidas palabras ejereitase la paciencia. Cuando el Cardenal hubo dado esta doctrina a la mujer, sin que su marido lo supiese, predicaba todos los días cosas de Dios y de santa vida, vituperando el vicio de la torpeza y alabando la virtud de la castidad; y en cualquier parte que el Cardenal predicase, llevaba siempre en su compañía aquel hombre celoso; y cuando se volvía a su posada el Cardenal lo convidaba, y leían los dos la Sagrada Escritura. Tanto tiempo se mantuvo el Cardenal en aquella ciudad con el fin de pacificar a aquel hombre y

librarle de la celosía en que vivía, hasta que aquellas palabras que el Cardenal le hablaba de las cosas de Dios, y la buena vida de la mujer le libraron de aquellos malos pensamientos, que son la causa de ponerse celosos los hombres.

10. A otra ciudad pasó el Cardenal para inquirir si en ella había alguna enemistad o trabajo. Sucedió un día que el Cardenal (según había siempre acostumbrado) envió por cuatro prohombres de aquella ciudad para informarse si en ella había algún hombre que necesitase de apacificarse con otro. Entre aquellos cuatro prohombres había uno, que era de muy honrado linaje y había sido muy rico, y estaba en grande aflicción y trabajo noche y día, cuando consideraba que no podía conservar el honor que había empezado a mantener y había por mucho tiempo mantenido. Por lo cual pidió consejo al Cardenal, refiriéndole el trabajo en que le habían puesto sus pensamientos. Aquel buen hombre no tenía mujer. Pero tenía cinco hijos, y el Cardenal le aconsejó que entrase en alguna Religión, en la cual no tendría miedo de venir en pobreza y sonrojo; y recomendó uno de sus hijos al Príncipe de aquella tierra; y otro al Obispo de aquella ciudad para hacerle eclesiástico, y el Cardenal tomó otro para criarlo y aconsejarlo, con que los dos restantes se quedaron bien heredados de los bienes su padre, y éste se entró en orden de Religión, donde tuvo paz todos los días de su vida, huyendo del mundo y de la vanagloria en que antes estaba.

11. Mientras el Cardenal se hallaba en aquella ciudad, le vino de Roma un mensaje o enviado de un espía que el Cardenal mantenía en ella, avisándole que se restituyese a aquella corte para pacificar a dos procuradores de dos Príncipes que estaban muy encontrados uno contra otro. Pasó el Cardenal a Roma, y secretamente envió por uno de los procuradores, y le hizo prestar juramento de guardar el secreto de lo que el Cardenal le diría; y habiéndolo jurado, le dijo el Cardenal que en su nombre regalaría con dádivas y joyas al otro procurador, su contrario, y por cuanto él era hombre avaro, y pensaría que el otro le enviaba las joyas, refrenaría de este modo y mitigaría su ira; advirtiéndole, que en el caso de que su contrario le diese las

gracias por alguna cosa, le diese a entender que él se la había regalado. La misma diligencia practicó el Cardenal con el otro procurador, adversario del primero, y les enviaba a los dos muy frecuentemente dádivas y presentes, de manera que cada cual de ellos se creía que el uno regalaba al otro. Y por este medio, sin que el Cardenal tuviese necesidad de hablarles más en adelante, quedaron ambos a dos muy amigos. En esta y otras muchas maneras pacificaba el Cardenal a los hombres para que se tuviesen buena voluntad y hubiese paz en la tierra, la cual fuese ocasión de vida y de la vía de salvación. Grande era el bien que hacía el Cardenal procurando la paz en la tierra; porque cuando en ella se experimentaba algún trabajo, recurrían luego todos a él para que tratase la paz y concordia entre las gentes.

12. Iba también el Cardenal por las cortes donde había pleitos y contradicciones, y mantenía en ellas sus procuradores para pacificar y componer los litigantes, y muchas veces él mismo pasaba en persona y los ajustaba y pacificaba. Asimismo trataba el Cardenal con muchas devotas y virtuosas mujeres, privadas suyas, a quienes daba regla y doctrina cómo pacificasen a otras mujeres que se hallaban con trabajos y en mala voluntad. Aquel gran bien que hacía el Cardenal pacificando a las gentes era tan agradable a Dios y a ellas, que Nuestro Señor, por los méritos del Cardenal, abundaba la paz en aquellas tierras, adonde iba y moraba, y toda la gente alababa a Dios.

CAPITULO LXXXIX

De LAUDAMUS TE. Y del buen modo que usaba en alabar a Dios el Cardenal que tenía este oficio, y cómo por su medio y de sus oficiales, que enviaba por varias tierras de cristianos, todas las gentes loaban a Dios. Y de las cuestiones y disputas que aquéllos tenían entre sí todos los días sobre cuál mejor lo alababa.

MEDIOS POR DONDE PUEDE DIOS SER MAS O MENOS ALABADO

1. El Cardenal de *Laudamus Te* se apropió el oficio de loar a Dios en la corte de Roma, y enviaba sus procuradores por las tierras de cristianos para loar a Dios, y aun él mismo iba muchas veces en persona por aquellas tierras, dando loores a Dios por la predicación de la Obra que tiene en sí mismo; esto es, en sus Personas divinas por la generación y expiración, y loándolas también por la Obra que tiene en las criaturas, creándolas y conservándolas, y beatificando en su gloria a los ángeles y a los hombres, y cómo castiga en el infierno a los condenados. En un tiempo sucedió que el Cardenal alababa a Dios en una ciudad, en la cual había una buena mujer que tenía dos hijos, uno eclesiástico y otro seglar, y la buena mujer y sus hijos alababan mucho a Dios todos los días; y sobre eso era la cuestión: ¿cuál de todos tres alababa más a Dios? Cada una de las partes tenía sus defensores, que daban sus razones y ponderaban las alabanzas que cada una daba a Dios en esta forma.

2. La buena mujer había educado a sus hijos en la buena crianza de alabar a Dios; y ella tenía en costumbre, después que su marido había muerto, de ir entre las mujeres reprendiéndolas de todos aquellos defectos en que erraban, y en su presencia alababa a Dios con todo el esfuerzo que podía; y por la reprensión que la buena mujer daba a las otras por sus vestidos, por sus afeites y malas crianzas, y por las alabanzas que le veían dar de Dios, eran muchas de ellas bien morigeradas en aquella ciudad

y todas la temían, porque así tan fuertemente reprendía, conocía y expiaba sus secretos y faltas.

3. El hijo eclesiástico era Sacerdote y amante de la pobreza, y decía misa todos los días; y cuando era hora de comer, se iba a casa de algún bienhechor, y le pedía de comer aquel día por amor de Dios, y que al día siguiente él diría misa por su alma. Muchas veces aquel eclesiástico iba a comer y pedir limosna con los pobres a las puertas de los conventos de religiosos y del palacio del Obispo. E iba entre los eclesiásticos, reprendiéndolos de las faltas que les veía cometer, y no reparaba en decir la verdad, reprendiendo a cualquier eclesiástico que le viese ultrajar la honestidad y santa vida; y cuando los reprendía, loaba siempre a Dios y bendecía su santo nombre; y loando a Dios los corregía. Aquel eclesiástico tenía por costumbre de ir todos los días por las calles de la ciudad, y cuando se encontraba con otros eclesiásticos y los veía cometer algunos yerros, luego los reprendía, y después se entraba en una iglesia que tenía por costumbre, y allí se estaba muy despacio en oración y contemplación, loando siempre y bendiciendo a Dios Nuestro Señor; y si en aquella iglesia veía algunos eclesiásticos deslizar en algunas acciones defectuosas, los reprendía, y lo mismo ejecutaba en todas las demás iglesias.

4. El otro hermano, que era hombre seglar, iba por las calles de la ciudad, y cuando encontraba algún otro seglar que cometiese alguna falta y se desordenase en su vestir o en el porte, como en el hablar, o en cualquier cosa que fuese, le daba luego su reprensión, sin que temiese la calumnia, ni daño alguno en su persona; y cuando él los había reprendido, alababa y bendecía a Dios delante de aquellos mismos que había corregido. Y por la gran libertad que tenía en reprender a los errantes y en loar a Dios Nuestro Señor, todos los hombres de aquella ciudad le temían, mayormente los que erraban.

5. Grande era el bien que aquel hombre hacía en aquella ciudad, y grande igualmente el bien que en ella hacía la buena mujer, su madre, y su hermano el eclesiástico. Y por eso había muy fuerte cuestión en aquella ciudad entre las mujeres y los

eclesiásticos, y los seglares, cuál de los tres más y mejor alababa a Dios; y cada una de las tres parcialidades defendía a aquel que en su estado era loador de Dios. Todas las partes comparecieron delante del Cardenal, y le propusieron la cuestión, la cual fué muy del gusto del Cardenal, y la pasó a Roma, para que Su Santidad la decidiera y estableciera que en la ciudad de Roma hubiese otra mujer y otro eclesiástico y un hombre seglar, que del mismo modo alabasen a Dios, y que aquellos tres oficios se conservasen perpetuamente en dicha ciudad de Roma.

6. Cuando el Cardenal estuvo ya en la corte romana y hubo propuesto al Pontífice y a los Cardenales aquella cuestión, Raimundo el loco se presentó ante el sagrado Consistorio y trajo fuego, leña, un cedazo, harina y agua, y dijo “que él quería hacer una hogaza de Esperanza, Justicia, Castidad y Humildad para darla a comer a aquellos en quienes se halla desesperanza, crueldad, injuria, lujuria y soberbia”. Y después el juglar de Valor dijo al Cardenal que había propuesto la cuestión que le suplicaba muy mucho que Raimundo el loco fuese entendido y oído en aquella cuestión, porque para loar a Dios y reprender los defectos de la corte romana *Raimundo el Sabio* había tomado el oficio de loco. Agradó mucho al Cardenal y a todos los demás que Raimundo el loco fuese oído y entendido en la cuestión.

7. Mientras el Papa y los Cardenales trataban de decidir la cuestión, un correo del Emperador trajo una carta al juglar de Valor, en que se mandaba dijese al Papa y a los Cardenales se dignasen de declarar: cuál de *cuatro loadores* alababa más altamente a Dios, los cuales se expresan en el contenido de estas palabras: En un monasterio había un religioso de santa vida, que era grande eclesiástico; tenía aquel religioso gran devoción de alabar a Dios en aquellas obras que Dios tiene en sí mismo, a saber: en engendrar el Padre al Hijo, y en proceder el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. Aquel religioso se había entregado totalmente en alabar la Santa Trinidad, diciendo que, sobre todas cosas, debe darse alabanza a la más noble y más alta obra que sea; y por cuanto la mayor y más alta obra es en el

engendrar a Dios y dar procesión a Dios, en el cual, Engendrado y Procedido, existe la afinidad y eternidad de bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor y perfección; por eso no tenía el religioso intención de alabar a Dios, sino tan solamente en su Santa Trinidad y Unidad. En el modo susodicho alababa continuamente a Dios de palabra y de pensamiento este buen religioso. Y por las criaturas, y por la obra que Dios hace en ellas, se esforzaba con todos sus poderes en probar a los cristianos aquello por que se loaba y debía loarse a Dios; y de los loores que él decía y probaba se originaba gran devoción y caridad en aquellos en quien el religioso decía alabanzas de Dios; y por la devoción y caridad que tenían, se seguía de ello muy buenas obras y se evitaban y cesaban muchas malas.

8. Había también un Obispo que tenía gran devoción de alabar a Dios en la obra de la Encarnación del Hijo de Dios, por cuanto la mayor obra que el Creador puede hacer en la criatura es unir a sí mismo el Creador y la criatura, con lo cual sea *una persona solamente*. Y por la gran devoción que el Obispo tenía de alabar a Dios en la mayor obra que Dios puede hacer a la criatura, propuso de ir a loar a Dios entre los infieles, para con aquel loor poderlos convertir y allí pudiese recibir martirio. Aquel Obispo pasó a tierra de moros para loar la Santa Encarnación y Pasión del Hijo de Dios, y con la predicación causó mucho bien en aquella tierra; y, finalmente, por loar a Dios Nuestro Señor en esa moda, logró en ella la corona de martirio.

9. En la misma ciudad en donde el santo Obispo recibió el martirio había un filósofo, que era grande maestro en filosofía; y, por las razones que había oído decir al Obispo de la Encarnación del Hijo de Dios, se convirtió a la fe cristiana, y tuvo devoción de loar a Dios en aquellas tierras, en que no es conocido, y todas las gentes que hay en ellas creen y adoran a los ídolos. Y, en efecto, aquel filósofo se fué a aquellas tierras para loar a Dios y probar que Dios existe, y que es un solo Dios, el cual es primera causa y soberano Bien sobre todas las cosas; y le loaba asimismo en el bien que hacía a las criaturas, las cuales, según su bondad, significan y demuestran la bondad de su

Creador. Mientras el filósofo por las criaturas les probaba y demostraba que hay Dios, y que es todo bueno soberanamente, el pueblo de aquella ciudad lo mató y fué mártir por loar a Dios, diciendo que era Señor y Creador de todas las criaturas.

10. Después de la muerte de aquel filósofo, un caballero cristiano vino a aquella ciudad misma en que el filósofo había recibido martirio, para loar a Dios, por cuya muerte y martirio obraba Dios en ella muchos milagros, por los cuales muchas gentes se convirtieron a Dios y le loaban. Aquel caballero había pasado a aquella ciudad para desafiar cuerpo a cuerpo a cualquiera que dijese que no había Dios, y que Dios no había creado el sol, la luna y las estrellas, y a todas las demás criaturas del mundo, algunas de las cuales adoran los idólatras en semejanza de Dios; y sobre este punto combatió con muchos caballeros, y venció a muchos, hasta que finalmente lo mató un archero con un dardo que lo tiró, partiéndole por medio el corazón. Y con esto el caballero fué mártir por loar a Dios con las armas.

11. Habiéndose leído aquella carta, el Papa y los Cardenales loaron y bendijeron a Dios por los loores que aquellos cuatro loadores le habían dado; y fueron muy grandes los encomios que se dijeron en la corte, y los razonamientos que por una y otra parte se hicieron; y cuanto más fuertemente se empeñaban las partes en juzgar cuál de todos los cuatro había alabado mejor a Dios, tanto más fuertemente crecía la devoción en los que oían las contiendas y disputas de las partes. Y por eso el Cardenal de *Laudamus Te* suplicó al Santo Padre que dilatase y suspendiese la solución y decisión de aquellas cuestiones por largo tiempo, y que al entretanto fuesen asignados en la corte abogados a cada una de las partes, y que diesen todas sus razones por escrito; porque si en la corte había dos reyes que lidiaban sobre sus derechos por espacio de veinte años, y aún no se había dado sentencia ni declaración, con cuánta mayor razón debía ser prorrogada la determinación de las referidas cuestiones, a fin que por este medio fuese creciendo en la corte la devoción y el buen ejemplo entre las gentes, por cuyo ejemplo y

devoción se dispusiesen muchos en ser loadores de Dios y morir mártires, a imitación de los sucesos referidos.

12. Fué concedido al Cardenal de *Laudamus Te* por el Papa y los Cardenales todo lo que pedía, y de los bienes de la Santa Madre Iglesia fueron gratificados abogados para que todos los días alegasen en favor de las partes sobredichas. Sucedió un día, que el abogado que defendía la parte del Obispo que fué martirizado por loar la Encarnación del Hijo de Dios, puso dos razones en su alegato, a saber: que Dios puede ser más alabado por justicia y por misericordia en un pecador eclesiástico, que en otro hombre que no sea eclesiástico; porque el eclesiástico que hace oficio de Jesucristo, es más pecador, cuando peca, que cualquier otro hombre; y por esto Dios puede manifestarle mayor justicia en castigarlo, o mayor misericordia en perdonarle sus pecados. Y por esta mayor demostración de loor se forma por la Encarnación del Hijo de Dios y por el Sacrificio del altar, y por la Santa Pasión de Jesucristo; por tanto, entendía probar el abogado que el Obispo loaba más fervorosamente a Dios que todos los demás. Semejantes razones formaban los abogados de las otras partes, y proponían muchas y muy buenas cuestiones en su pleito, de lo cual se originaba en la corte mucho bien en todos aquellos que las oían.

13. Mientras que el pleito referido se sustanciaba, todos los días en la corte, Raimundo el fatuo propuso al Papa y a los Cardenales esta cuestión: ¿Cuál debe ser la causa que en las crónicas e historias fueron y son más alabados los Papas que fueron pobres y menesterosos de los bienes temporales, que los Papas que tienen muchas riquezas y abundancia de bienes de este mundo, después que adquirieron el Imperio de Roma? Respondió el Papa, y dijo a Raimundo el loco, “que muy leve y fácil de soltar era aquella cuestión”.

CAPITULO XC

De BENEDICIMUS TE y de la gran diligencia y buen modo que el Cardenal de aquel título tenía en procurar que Dios fuese bendito por sus oficiales en diversas tierras del mundo, y cómo por su ejemplo y doctrina muchas gentes loaban y bendecían a Dios y formaban cuestiones, y discurrían diferentes modos cada día, cómo mejor pudiesen bendecirle.

NO DEBE OMITIRSE DILIGENCIA PARA QUE TODOS BENDIGAN A DIOS

I. El Cardenal de *Benedicimus Te* se presentó delante del Papa y los Cardenales acompañado de muchos hombres, a quienes había asignado diferentes oficios para bendecir a Dios y que fuesen por varias tierras bendiciéndole, para que Dios bendijera a aquellas tierras, a fin que en ellas fuese bendecido su santo nombre. Aquellos hombres habían de tener obligación de ir gritando por las calles, y decir: "Bendito sea Nuestro Señor Dios, que ha creado los ángeles y los cielos, y las estrellas, los hombres, las aves, las bestias, los peces, los árboles, las plantas, las yerbas, las piedras, los elementos, los metales y todas las otras criaturas. Y bendito sea Dios, quien como Ordenador del mundo, ha puesto y ordenado en él tantos y tan diversos oficios, como son eclesiásticos, religiosos, caballeros, Prelados, Príncipes, labradores, mercaderes, roperos, curtidores, carniceros, pescadores, herreros, carpinteros y todos los demás oficios." Aquellos hombres habían prometido de ir pregonando a alta voz y bendecir a Dios, porque quiso humillarse a tomar carne humana, sufrir Pasión y muerte en ella por nosotros para redimir nuestros pecados y salvarnos; y porque quiso hacer milagros, y porque ha creado el Paraíso y el infierno; y porque resucitará a los buenos y a los malos, sentenciando los buenos a gloria sin fin, y a los malos a pena eterna. Aun deben aquellos hombres pregonar y bendecir a Dios en su Esencia divina y en su Trinidad Santa, y

en sus divinas virtudes, y en todas las demás cosas en que puedan significar su divina nobleza y voluntad.

2. Habiendo el Cardenal hecho relación al Papa y a los otros Cardenales de la ordenanza que había establecido para bendecir el santo nombre de Dios, suplicó al Santo Padre concediese grandes indulgencias a todos aquellos que se encargarían y servirían el dicho oficio, mandando a todos los eclesiásticos, que donde quiera que aquéllos anduviesen, se les diese de comer todo el tiempo que se mantuviesen en sus tierras bendiciendo el nombre de Dios. Aplaudió mucho el Papa y los Cardenales lo que el Cardenal de *Benedicimus Te* había ordenado. Y mandó a todos los Obispos y demás Prelados cuidasen de la asistencia de aquellos operarios en todo lo necesario, mientras se mantuviesen en su diócesis, y concedió grandes perdones a aquéllos y a todos los que les diesen favor y auxilio; y les envió de dos en dos con sus privilegios por varias tierras y Obispados. Muy admirablemente loaban y bendecían a Dios estos operarios, pregonando noche y día el santo nombre de Dios y su alta virtud; y por las bendiciones que decían de Dios les bendijo Dios a ellos y a sus palabras, y daba devoción a las gentes, por lo cual vivían en santa vida.

3. El Cardenal andaba por la ciudad de Roma y traía consigo mucho dinero, el que repartía entre los pobres, para que bendijesen a Dios; y por las calles rogaba y exhortaba a las gentes que bendijesen a Dios. Sucedió un día que un pregonero, que hacía las gridas por la ciudad, consideró en la gran devoción del Cardenal y por la voluntad divina concibió devoción de hacer gridas del nombre de Dios por la ciudad; y vino el Cardenal, y con su licencia tomó el oficio de pregonar que el santo nombre de Dios fuese bendecido por todas las gentes. Y el Cardenal le asignó todos los días cinco sueldos de renta para mantenerse y comprar fruta y avellanas para dar a los muchachos que le siguiesen gritando que el santo nombre de Dios fuese bendito y alabado, diciendo así: "Bendito sea Nuestro Señor Dios; loado sea Dios; adorado sea Dios; obedecido sea Dios, y la Obra y la Virtud de Dios sea por siempre loada y servida." Aquel prego-

nero andaba todos los días por la ciudad de Roma acompañado de un gran número de muchachos, y pregonaba y bendecía con ellos a Dios y a su virtud. Mientras el pregonero y los muchachos así gritaban y bendecían a Dios, muchos hombres pecadores recordaban, entendían, amaban y temían a Dios y mortificaban sus vicios, y vivificaban en sus corazones las virtudes; y los hombres justos, por ello, exaltaban su devoción de amar y servir a Dios.

4. En cierta ciudad, donde moraban dos de aquellos hombres que pregonaban y bendecían a Dios, sucedió un día que un rico y sabio mercader, que había quedado viudo, tuvo voluntad de bendecir a Dios en aquella manera que más fuertemente le pudiese bendecir, y vendió todo lo que tenía y del dinero compró un buen caballo y una copa de oro muy bella y muy ricamente labrada. Aquel mercader, montado a caballo y llevando la copa de oro en la mano, andaba por la ciudad gritando que él daría el caballo y la copa al que mejor le enseñase a bendecir a Dios. Mientras el mercader iba de este modo gritando por la ciudad, había en ella muchos hombres que deseaban haber el caballo y la copa, que valían mucho, y discurrieron muchos diversos modos de bendecir a Dios, y por eso se puso en cuestión cuál de aquéllos era el mejor modo de bendecir a Dios.

5. En cierta elección de Obispo tuvo un Canónigo muchos votos para serlo, y bendijo a Dios por no haber sido Obispo; y el que tuvo la elección bendijo a Dios por haberle encargado de un cargo tan grande y tan peligroso, y de tan honrado y provechoso oficio. Y por esto fué hecha cuestión cuál de los dos daba a Dios mayor bendición.

6. ¿Y es cuestión quién da mayor bendición a Dios? ¿El hombre a quien multiplica Dios sus bienes, y le da salud y honra en este mundo, y bendice a Dios, o aquel que está enfermo y deshonrado, y a quien Dios le quita los bienes temporales, y lo lleva con paciencia, y bendice a Dios?

7. Un hombre hirió de muerte a otro con gran sinrazón, y el herido tuvo paciencia y bendijo a Dios; y el que le hirió bendijo y alabó a Dios, cuando lo ahorcaban, y se juzgó culpable

y lo llevó con paciencia. ¿Es cuestión cuál de los dos bendecía mejor a Dios?

8. Un hombre loaba y bendecía a Dios cuando veía a los leprosos y a las bestias por no haberle hecho Dios bestia ni leproso, sino que le había hecho hombre. Otro bendecía y loaba a Dios porque le había hecho gracia de vivir sin pecado mortal. ¿Y por eso es cuestión cuál le bendecía más vivamente?

9. Entre un hombre y una mujer había cuestión: ¿quién debía bendecir más a Dios: o el hombre, porque no le había hecho Dios mujer, o la mujer, porque no le había hecho hombre, y estaba más sujeta en este mundo que el hombre?

10. Otra cuestión hubo entre un cristiano y un moro: cuál debía, según su ley, bendecir mejor a Dios Nuestro Señor.

11. Entre una mujer y un hijo suyo había cuestión. Porque el hijo bendecía a Dios por haberle dado buena madre, y la madre bendecía a Dios por haberle dado un buen hijo; ¿cuál de los dos bendecía más a Dios?

12. Un Rey bendecía a Dios porque le había dado un buen pueblo. Y el pueblo bendecía a Dios porque le había dado un buen Rey. Y por eso era cuestión: ¿quién bendecía mejor a Dios: el Rey, o el pueblo? Todas estas cuestiones y otras muchas fueron dadas por escrito al mercader, para que él diese el caballo y la copa a aquel que le había traído la mejor cuestión, que era significativa del que mejor y más altamente bendecía a Nuestro Señor Dios.

13. Cuando el mercader tuvo por escrito las cuestiones sobredichas, montado en su caballo con las cuestiones y la copa, se fué a Roma, al Cardenal de *Benedicimus Te*, y le suplicó hiciese determinar aquellas cuestiones, a fin de que él pudiese escoger aquel modo con que pudiese bendecir a Dios y diese el caballo y la copa al que le habría traído la mejor cuestión. El Cardenal, acompañado del mercader, vino en el Consistorio ante el Papa y los demás Cardenales, para decidir y determinar según cual de aquellas cuestiones se alababa más a Dios. Pero de común acuerdo del Papa y Cardenales fué resuelto que las cuestiones se disputasen por largo tiempo en la corte, a fin que no

fuesen olvidadas, y que por el recuerdo que de ellas habrían muchos hombres, tomasen ejemplo y modo de devoción en loar y bendecir a Dios, y el oficio del Cardenal lograrse por ello mayor utilidad. Y por esto fué ordenado que a la puerta de la iglesia mayor de Roma fuese fabricado un caballo de mármol, y montado en él un hombre que llevase una copa en la mano, y en el pedestal fuesen grabadas y escritas las cuestiones sobredichas y el motivo por que el mercader pasó a Roma.

14. Aconteció un día que, paseándose el Cardenal a caballo por la ciudad de Roma para ver si oiría a algún hombre bendecir a Dios, acertó a pasar por delante un bodegón, donde había muchos pícaros y holgazanes, que jugaban a dados, uno de los cuales maldecía y blasfemaba de Dios, diciendo muy viles y sucias palabras contra Jesucristo y la Virgen Santa María, por causa de un juego que había perdido a los dados. El Cardenal se apeó del caballo que montaba, y lo dió a este pícaro que blasfemaba de Dios, para que le bendijera, y que por ningún tiempo jamás le maldijese ni blasfemase; y después se fué al Papa y a los otros Cardenales, y les dijo estas palabras: "Había un religioso que, hallándose presente un día a la misa que cantaba un maestro en Teología, consideraba cómo el maestro, por sus palabras, había dado razón y doctrina por dilatado tiempo, cómo Dios fuese loado y bendecido por sus discípulos. Y así yo estoy más fuertemente airado, dijo el Cardenal, cuando considero y veo con mis ojos que por el juego de dados son tantos los pícaros y tacaños que blasfeman y maldicen a Dios y a Santa María y a los santos de la gloria. Y por eso pido se me dé satisfacción de la injuria y agravio que me hacen los dados en perjuicio del ministerio que se me está encomendado. Y si no se diere satisfacción a mi oficio por aquellos que tienen el poder, son contrarios a la bendición de Dios, y concuerdan en llevar en El la maldición" Tan vivas y eficaces palabras dijo el Cardenal al Papa y a sus compañeros, que movieron sus corazones a contrición y a pensamientos, y tuvieron conciencia del poder que tenían, el cual superaba a su querer en el bien que podían hacer y no lo hacían. Entonces el juglar de Valor dijo: "¡Qué vale el

amigo que no veda el deshonor de su Amado!" Y Raimundo el loco dijo: "Que el amante fué atormentado por su Amado, al cual amigo preguntaron si era hora de descansar mientras le atormentaban. Y él respondió diciendo: Con que lo supiese su Amado, hora era de descansar en los trabajos que sufría por su amor."

15. Y mientras estaban en estas razones, entró en el Consistorio un Legado del Papa, dándole relación de haber cumplido su mandato en excomulgar a un Príncipe, que usurpaba los bienes de la Iglesia. Entonces el Cardenal de *Benedicimus Te* propuso esta cuestión al Papa: "¿Cuál cosa debía ser más prohibida: aquellos por que las gentes blasfemaban y deshonoraban a Dios, o el Príncipe que usurpaba solamente bienes a un Obispado?"

16. Paseábase un día a caballo el Papa Blanquerna y vió a muchos holgazanes, pícaros y gente perdida, que estaban en una taberna gritando y diciendo: "Bendito sea Dios, y alabado sea el nombre de Nuestro Señor Dios." Preguntó el Papa: "Cómo podía ser que los pícaros bendijesen a Dios en aquel lugar, y que el nombre de Dios fuese por tal gente alabado." "Señor, respondió un caballero romano, ahí hay uno de esos, a quien el Cardenal *Benedicimus Te* ha dado un bello caballo, y aquél ha tomado la costumbre de que, cuanto está en compañía de otros pícaros y semejante gente perdida, les habla muchas buenas palabras de Dios; y tan devotamente las dice, que muchas veces los hace llorar, hablándoles de la misericordia de Dios y de su Santa Pasión, que voluntariamente quiso padecer para salvar los pecadores; y los conforta en su pobreza, haciendo que la tomen con paciencia; y cuando los tiene dispuestos en aquella devoción, los hace gritar y bendecir el santo nombre de Dios. Y toda aquella gente perdida de esta ciudad lo han hecho caporal y señor a aquel pícaro, el cual es ahora de tan buenas costumbres, que causa gran devoción a las gentes con sus palabras y con las buenas obras que hace." El Papa se alegró de lo que oyó decir a aquel hombre, y dijo: "Que si el nombre de aquél era vil, su vida era santa y gloriosa; y le hizo venir a su presencia, y le preguntó "cómo podía hacer bendecir a Dios a gente tan vil

como son todos los pícaros y semejante gente ruin, mayormente en la taberna". "Señor, respondió aquél, en todos los lugares es en donde el santo nombre de Dios es más frecuentemente deshonrado y vituperado, y por aquellas gentes que menos le aprecian y le bendicen, debe el hombre esforzarse más en que su santo nombre sea allí bendito y alabado por ellos y por aquellas gentes que menos le bendicen." Consideró profundamente el Santo Padre en las palabras que le dijo aquel perdido, y dijo: "Que era cosa muy necesaria que el santo nombre de Dios fuese bendecido entre aquellas gentes que están sin creencia, y que no hacen honor ninguno ni reverencia al nombre de Dios."

17. Habiendo el Papa dicho estas palabras, vino un caballero a su presencia, y le dijo: "Señor, yo he sido hombre de armas, y toda mi vida he gastado en matar y destruir hombres, para ganar nombre y fama entre las gentes sobre otros en la destreza de las armas. Y si fuere de vuestro agrado, quisiera yo ahora el oficio de que todos los días de mi vida vaya asistiendo a los que están próximos a la muerte, o por enfermedad o por la justicia, y les predique devotas palabras de Dios, para que así satisfaga a Nuestro Señor por mis culpas, y que los hombres moribundos estén en devoción y queden mejor informados en nuestra santa Fe católica y la misericordia de Dios, y que mueran loando y bendiciendo su santo nombre, y que después sea yo el consolador de los parientes del difunto." Gran consuelo tuvo el Papa de estas palabras, y concedió aquel oficio al caballero que se lo pidió; y cuando estuvo en su palacio, hizo un libro en que estaba escrita la doctrina que daba al caballero de las palabras que había de decir a los moribundos. El caballero tomó aquel libro en que estaba escrito todo lo que convenía a su oficio, y, andando por la ciudad de Roma, preguntaba y se informaba por los que estaban cercanos a la muerte, y les decía tan devotas palabras, que ellos se quedaban confortados y confirmados en la santa Fe católica, y los hacía tener tanta conciencia, que satisfacían los daños y las injurias, y les hacían despreciar este mundo y desear la vida eterna; y, a la fin, cuando morían, loaban y bendecían el santo nombre de Dios. Y después a los parientes

de los difuntos les decía el caballero tan buenas palabras, que ellos se quedaban consolados, lo llevaban con paciencia, y alababan y bendecían la justicia de Dios y su gran misericordia. Tan grande era el bien que hacía el caballero en aquella ciudad, que cuando en ella había algún moribundo o alguna persona que necesitase de consuelo por alguna tribulación en que se hallase, luego enviaba a buscar al caballero, y éste traía su libro, y leyendo les decía aquella doctrina que el Papa Blanquerna le había dado, con la cual les consolaba en las tribulaciones o necesidad en que se hallaban.

CAPITULO XCI

De ADORAMUS TE, y de la diligencia y aplicación grande que ponía por sí y por sus oficiales al Cardenal que tenía este oficio, para que Dios fuese honrado perfectamente por todo su pueblo. Y del modo cómo muchas gentes se convertían a Dios por medio del Cardenal.

MOTIVOS POR LOS CUALES DEBE DIOS SER ADORADO, Y MEDIOS PARA DARLE UNA ALTISIMA ADORACION

I. El Cardenal de *Adoramus Te* entró en gran consideración cómo pudiese encontrar modos con que Dios Nuestro Señor fuese perfectamente adorado y contemplado como conviene, y según que Dios le tiene encargado a su pueblo. Mientras que el Cardenal se encaminaba al ermitaño y discurría en aquello que tanto deseaba, encontró en el camino por donde pasaba una iglesia, en la cual servía de sacristán y limosnero un pobre hombre, el cual, de las limosnas que recogía, hacía cantar misas en aquella iglesia. En ella había un crucifijo muy grande de bulto, y noblemente entallado. En aquella iglesia había entrado un peregrino, que a grandes pedradas destrozaba el crucifijo, y el buen hombre sacristán se lo impedía con todo su esfuerzo. Al tiempo que los dos luchaban entró el Cardenal en la iglesia, y se admiró

en gran manera de la acción del peregrino, que de aquella manera apedreaba al crucifijo, y le dijo: "Que por qué deshonraba y apedreaba la figura que representaba la imagen de Jesucristo." "Señor, respondió el peregrino, costumbre era en los tiempos pasados que las gentes adoraban ídolos, y en el tiempo en que ahora nos hallamos, del mismo modo, hay gentes que adoran ídolos; y los moros y los judíos reprenden mucho a nuestros cristianos porque adoramos las imágenes. Y por cuanto imagen entallada y de bulto es más propinqua y cercana en figura a ídolo que imagen plana; y, por tanto, para significar que las imágenes planas son más a propósito y convenientes que las de bulto, he tomado yo la costumbre, cómo destruya todas las imágenes entalladas que están sobre los altares semejantes a los ídolos."

2. Estando el Cardenal con el peregrino en estas razones, entró en aquella iglesia un hombre que venía de tierras extrañas, y, arrodillándose delante del altar, adoró a Dios y le hizo oración muy devota. El Cardenal consideró que Dios había puesto en aquel hombre alguna virtud, por la cual adoraba tan devotamente a Dios, y quiso saber de aquel hombre la manera con que adoraba a Dios tan devotamente. "Señor, respondió el hombre, casi en todos los hombres del mundo es costumbre de que adoren a Dios para que les dé la gloria y no les dé pena. Y muchas veces le adoran para que les dé bienes temporales a medida de su deseo. Y como sea cosa muy injuriosa adorar a Dios por respeto de lo que el hombre ha menester, más que por respeto a la bondad que es en Dios, por eso yo me voy a pedir la bendición del Papa, y quiero predicar y pregonar por las plazas y por las calles de las ciudades y de las villas el modo cómo las gentes deben adorar a Dios principalmente, y mayormente por ser el supremo Bien, y digno que por su bondad y por su misma perfección el hombre le adore, le ame y le tribute honor y reverencia.

3. Con admiración grande quedó el Cardenal; y con el peregrino y aquel hombre que quería ser pregonero y predicador de la mejor manera que puede tener el hombre en adorar a Dios retrocedió su camino, y se encaminó a la ciudad de Roma, para

representar al Papa lo de aquellos dos hombres, como arriba se ha dicho. Mientras los tres iban de camino, hablando del modo cómo el hombre debe adorar a Dios, encontraron a un judío anciano, que iba a la corte del Papa, y estaba muy fatigado del viaje tan dilatado que había hecho, el cual, en su cara y gesto, daba muestras de gran pena y tristeza. El Cardenal le preguntó la causa de por qué iba tan triste y pensativo. "Señor, respondió el judío, de mucho tiempo acá he entrado en un pensamiento que no me deja, y me atormenta tan frecuentemente el alma, que apenas siento gusto alguno en cuanto veo y oigo." El Cardenal quiso saber de cualquier manera el pensamiento del judío; y éste le manifestó sus consideraciones con las siguientes palabras: "Señor, dijo el judío, en los principios, cuando plugo a Dios (bendito sea El, que ha honrado al pueblo de los judíos sobre los otros pueblos), estuvimos dos veces en cautiverio. La primera duró por espacio de cuatrocientos años; la segunda duró setenta años; en cuyos dos cautiverios estuvimos en castigo de algunos pecados que habíamos cometido. Pero después del cautiverio, y de las penas que padecimos en él, recuperamos la libertad en que de antes nos hallábamos. Ahora, que ya no matamos profetas ni adoramos a ídolos, como antes lo hacíamos, pasamos esta vida mundana con grandes trabajos y deshonras, y estamos en cautiverio más ha de mil doscientos años, sin saber el por qué. Y por eso me temo mucho que nosotros no tengamos gran culpa en la muerte de Jesucristo, por la cual nos hallamos en esta prolongada cautividad, por cuya causa voy yo como un hombre desterrado, buscando si alguno podría significarme y mostrarme si nosotros estamos en cautividad porque no adoramos a Jesucristo, a quien hemos crucificado y muerto."

4. Cuando el judío hubo acabado sus palabras, el Cardenal le propuso esta cuestión: "Entre tres sabios se disputaba cuál de todos tres adoraba más altamente a Dios. El uno de ellos iba por los montes y por los llanos adorando a Dios en las yerbas, en las plantas, en las bestias, en las aves, en los peces, en los hombres y en todas las criaturas. El otro sabio adoraba a Dios en aquello que Dios obraba sobre el curso de la naturaleza,

como son los milagros que Dios hizo en crear el mundo de la nada y en resucitar a los muertos, y en todas las demás cosas que la naturaleza no puede hacer. El tercer sabio adoraba a Dios en aquello que Dios es, y obra en Sí mismo, y de Sí mismo, y por Sí mismo, y en aquello que Dios hizo de la criatura en Sí mismo. Pregunto ahora: ¿cuál de los tres sabios adoraba más perfectamente a Dios? Y si hubiera otro que adore a Dios según los tres modos referidos, pregunto: ¿éste le adoraría más altamente que cualquiera de los tres sabios referidos?" "Señor, respondió el judío, más perfectamente adora a Dios aquel que le adora en aquello que Dios es y obra en Sí mismo, que no aquel que le adora en aquello que obra fuera de Sí. Y aquél adora más alta y perfectamente a Dios, que le adora con los tres modos referidos, que no el otro, que lo adora con un solo modo." A que respondió el Cardenal, diciendo: "Rectamente has juzgado; y le dijo que los filósofos antiguos eran aquellos que adoraban y loaban a Dios en los milagros y en las obras que creían hacia Dios sobre la naturaleza. Ahora ha llegado el tiempo que los judíos no creen en los milagros y no adoran a Dios, en cuanto no creen lo que hace sobre la naturaleza para demostrar su poder. Pero los cristianos creen que Dios en Sí mismo tiene mayor obra de la que la naturaleza pueda hacer ni recibir, engendrando el Padre, que es Dios, al Hijo, que es Dios, y procediendo de los dos juntos el Espíritu Santo, que es Dios; y todos juntos, no son más que un Dios y una esencia tan solamente; y creen también que Dios Hijo ha unido a Sí la naturaleza humana de Jesucristo, con la cual no es más que una Persona; y como éste, que es verdadero Dios y verdadero Hombre, haya sido por vosotros, judíos, crucificado y muerto, y El haya venido entre vosotros a tomar carne humana, y para salvaros ha sufrido Pasión y muerte, y porque vosotros no lo adoráis, por esta causa os ha castigado a que estéis en cautiverio de los cristianos, y aun de los moros, para significar que de todas maneras sois indignos de la libertad, en cuanto os hace estar sujetos a los fieles e infieles." Consideró mucho el judío las palabras del Cardenal, y, por las preguntas y razones que le hizo,

entendió la verdad y se convirtió a la fe cristiana, y se tomó el oficio de ir por las sinagogas de los judíos, y, en presencia de todos, adorar a Dios con aquellos tres modos referidos, de cuyo oficio le concedió el Papa especial gracia.

5. Hallándose el Cardenal con sus oficiales delante del Papa a procurar su oficio, entró un sarraceno muy viejo y anciano, y presentó al Papa una carta de parte de un Rey moro, con la cual le suplicaba le enviase a decir si era verdad lo que un cierto cristiano le había referido de la Fe católica, y lo había desengañado de la ley de Mahoma, en que estaba, quería ser cristiano; pero por cuanto el cristianismo le decía que la Fe católica no podía probarse con razones, por esto dudaba en hacerse cristiano, porque no quería dejar una fe por otra; pero decía que por inteligencia dejaría la fe de Mahoma y entraría en la Fe católica, como el Papa le dijese que era probable; pues si lo era, él se haría cristiano y adoraría a Jesucristo como Dios, y sujetaría todo su reino a la obediencia de la Iglesia romana, para que todos sus vasallos adorasen a Jesucristo.

6. Cuando aquella carta fué leída en presencia del Santo Padre Apostólico y de los Cardenales, entró un gentil, que venía de aquellas partes del Mediodía de un tierra muy adentro en las arenas, que está junto a una ciudad que se llama Gana. En aquellas tierras había muchos Reyes y Príncipes que adoraban ídolos, y al sol, a las estrellas, a las aves y a las bestias. La gente de aquel país es muy numerosa, y de estatura muy altos, y negros, y no tienen ley. En cierta ocasión sucedió que un hombre de aquel país consideraba que convenía que una cosa solamente fuese adorada, y que aquella fuese más noble que cualquiera de aquellas que ellos adoraban; y a honor de aquella cosa, que él ignoraba lo que era, andaba por las tierras gritando en altas voces que se buscase y preguntase cuál era aquella cosa que debía ser adorada tan solamente. Por tanto tiempo se empleó aquel hombre en tal oficio, y lo sirvió con tal diligencia, que movía a devoción a todos los moradores de aquel país, y a un deseo muy grande de tener conocimiento de aquella cosa que debía ser adorada sobre todas las cosas; y por esto tuvieron consejo y acordáronse y ordenaron que

enviasen por varias tierras mensajeros para inquirir cuál podía ser aquella cosa que era digna de ser adorada sobre todas las cosas; y uno de aquellos mensajeros fué aquél que vino el Papa. Y el Santo Padre, luego prontamente envió los artículos de la fe, y los libros por los cuales son demostrados probables, por medio de religiosos que habían aprendido la lengua arábiga, los cuales anduvieron a aquel Rey sarraceno que había remitido la carta al Papa; y cuando los religiosos estuvieron allá, por la gracia de Dios, convirtieron al Rey, y gran número de sus vasallos. Y después, aquellos mismos religiosos mensajeros del Papa, se pasaron con el gentil a aquellas tierras de donde habían venido, y denunciaron y demostraron con razones necesarias que Dios es el Soberano de todas las cosas. Y aquellas gentes le adoraron y loaron, y destruyeron todos los ídolos, en quienes antes creían y adoraban; y fué establecida concordia y amistad entre aquellas gentes y los católicos; y por la amistad y participación que esto tuvieron en ellos, en breve tiempo recibieron el Santo Bautismo.

7. En una solemne fiesta que se celebró, se hizo una procesión, en que concurrió el Papa y los Cardenales con muchos Prelados y religiosos y gran número de eclesiásticos, en la cual fueron muy grandes los cánticos y alabanzas que dieron todos a Nuestro Señor. En aquella procesión concurría también el Cardenal de *Adoramus Te*, y consideró cuántas y varias son las tierras en el mundo donde hay muchas gentes por las cuales Dios no es alabado ni adorado; y deseaba vivamente que Dios fuese adorado en todas aquellas tierras. Mientras el Cardenal estaba en aquella consideración, pasaba en esta ocasión por una calle de muchos botigueros y plateros, los cuales tenían en sus tiendas muchas copas, fuentes, aguamaniles, platos y escudillas de oro y plata, y otras muchas joyas, como son sortijas, cintillos, bolsas, perlas y otras piedras preciosas. Entonces mandó el Cardenal a cuatro de sus criados que echasen a la calle todas aquellas joyas y vajilla, y que dijese que él se lo había mandado. Los criados cumplieron su mandato, arrojando toda aquella vajilla y joyas a la calle. Los dueños de aquellas joyas se quedaron muy escandalizados y alborotados; y estuvo para descomponerse la proce-

sión por aquella función que mandó el Cardenal a sus criados, y por la pendencia que pensó formarse entre ellos y los dueños de las joyas.

8. Después de éste sucedió otro lance, y es que el Cardenal de *Adoramus Te* vió una mujer que seguía la procesión muy adornada de oro y plata y piedras preciosas, y brillaba su cara, por los afeites que se había puesto, del modo que lucen las imágenes embarnizadas. El Cardenal se arrodilló delante de la mujer, y, con ademanes de quererla adorar, la dijo: "Según os ví tan afeitada y gentil, os parecéis a algún ídolo, y por esto os he hincado la rodilla." Muy avergonzada se quedó aquella mujer y todos los circunstantes de esta acción. Y cuando el Papa hubo celebrado misa (concluída la procesión), quiso saber la causa por qué el Cardenal había turbado la procesión, y por qué se había arrodillado delante de aquella mujer; y aquel Cardenal le refirió la devoción que había tenido, considerando que eran muchas las tierras en el mundo donde Dios no era adorado, y que como las copas de oro y plata y demás joyas de que los Prelados adornaban sus mesas y llenan sus cofres embarazan su oficio de *Adoramus Te*, por cuya causa había mandado echar a la calle todas aquellas joyas. Y entonces el Papa estableció: que de allí en adelante, en ninguna ciudad ni lugar donde se hallase se permitiesen ni usasen semejantes joyas ni aderezos, para que no fuesen ocasión alguna de inhonesta voluntad de Prelado. Y después ordenó: que ninguna mujer que anduviese vestida ni ornada a semejanza de ídolo pudiese concurrir en ninguna procesión ni en iglesia alguna donde el Papa cantase misa.

CAPITULO XCII

De GLORIFICAMUS TE, y del ministerio que el quinto Cardenal tomó de honrar la voluntad de Dios; y de los muchos oficiales que estableció, para que en varias tierras del mundo le ayudasen perennemente en aquel oficio, a fin de que todos los hombres diessen gloria a Dios y fuesen glorificados en el Paraíso por la voluntad divina.

NO DEBE OMITIRSE DILIGENCIA PARA QUE EN TODO Y POR TODO
SE CUMPLA LA VOLUNTAD DIVINA

I. Aquel Cardenal a quien el Papa había encomendado el oficio de *Glorificamos Te* dijo al Padre Santo que él quería usar el oficio de honrar en este mundo la voluntad de Dios contra aquellos que le hacen deshonor; y por eso propuso este ejemplo: En una ocasión cierto Rey se fué a pasear y divertirse en una selva en compañía de muchos Barones y otros caballeros privados suyos, y en ella andaba, comía y se recreaba con gran delicia. Aconteció un día, a esta sazón, que entró un tiempo muy fuerte, de recios fríos, de nieves y lluvias, en aquella selva en que el Rey se estaba divirtiéndose, y el Rey se mantenía retirado en su tienda y allí comía buenas viandas con buenas salsas y bebía buenos y generosos vinos, y vestía con mucha ropa; y con esto no le ocasionaba ningún daño a su persona ni el frío ni el mal tiempo que hacía en aquel sitio, pero destruía y mataba a sus siervos y a su familia, porque no podían defenderse del mal tiempo que hacía. Cuando el Cardenal hubo concluido el ejemplo, él mismo hizo la exposición por estas palabras: "Aquí el Rey es el Papa, y los Barones y los caballeros son los Cardenales y Prelados de la Santa Iglesia, los cuales no ponen por fronterizos algunos religiosos y otros hombres buenos que aprendan varias lenguas, para que participen con aquellas gentes infieles y puedan entenderles y predicarles sin necesidad de intérpretes y tur-

cimanes. Y porque esta obra sería muy agradable a la voluntad divina, todos aquellos que podrían y deberían hacer, y no hacen aquello, por lo cual la voluntad de Dios sea en este mundo servida y muy glorificada, tienen gran culpa. Los que mueren sin poderse defender del mal tiempo que hace son los cristianos que están entre los sarracenos y los tártaros en sujeción y cautiverio, y tienen ignorancia de la Santa Fe, y necesidad de predicadores; y por el cautiverio en que se hallan, temiendo el que se les haga injurias en sus personas o en sus mujeres e hijos, por esto muchas veces les creen y reniegan de la Santa Fe católica y abrazan la creencia de los infieles, en la cual permanecen contra la voluntad de Dios.”

2. Habiendo oído el Papa estas palabras, ordenó a las Ordenes y Religiones que cultivan las ciencias: que así como el Príncipe que guerrea con otro Príncipe ordena y pone sus guarniciones en las fronteras de sus dominios, del mismo modo fuesen construídos monasterios de religiosos por las extremidades de las tierras de los cristianos que confinan con los infieles, y que, según fuese su idioma, que le aprendiesen, para comunicar con ellos y les prediquen y enseñen los artículos de la Santa Fe católica. Todo esto ordena el Papa por el fin de emplear todo su poder y esfuerzo en tener contenta y honrada la voluntad de Dios.

3. Grandes deseos tenía el Cardenal de honrar la voluntad de Dios para que, honrando su voluntad, glorificase a Dios; y destinó varios oficiales que con diferentes oficios le ayudasen a honrar la voluntad de Dios. Aconteció un día que, paseándose el Cardenal por la ciudad de Roma, pasó por una plaza donde había mucha gente, y preguntó a aquellos hombres, que pasaban arriba y abajo por aquella plaza, cuáles eran sus deseos, que así les obligaban a andar con tanta diligencia. Y le respondieron: “Que la pasión que tenían a los negocios temporales les hacía andar con aquella diligencia.” Y por esto el Cardenal ordenó que en adelante estuviese por él un hombre perpetuamente en aquella plaza, que dijese en altas voces a toda la gente que enderezasen su intención a servir a Dios cuando quisiesen procurar los

negocios de este mundo; y que por la intención de servir a Dios los procurasen siempre con El, para que en aquella solicitud y procuración fuese más honrada la voluntad de Dios que la que ellos tenían en amar los negocios temporales. Aquel hombre estaba perennemente en la plaza gritando a las gentes del modo cómo el Cardenal lo había ordenado, y eran muchos los hombres que, por lo que oían decir y gritar, enderezaban su voluntad a servir la voluntad de Dios.

4. El Cardenal nombró otro nuevo oficial, que tuviese la obligación de ir gritando por las calles, diciendo a las gentes cómo debían obedecer la voluntad de Dios en creer los catorce Artículos de la Santa Fe católica, y en obedecer y cumplir todo aquello que se les manda hacer en los diez Mandamientos de la Ley, y que glorificasen la voluntad de Dios por haber querido crear el mundo y haber querido encarnarse, y haber dado al hombre el mundo para su servicio. Y este oficial que dijese también a cada uno de los hombres que glorificasen perennemente la voluntad de Dios, por razón de que si la voluntad de Dios no hubiese querido no hubiera creado el mundo, ni hubiera tomado nuestra naturaleza, ni dado el mundo al hombre para su servicio; y a los que ha hecho hombres podía haber hecho bestias. Cuando el Cardenal hubo dado estas doctrinas a aquel hombre, ministro suyo, éste le preguntó de qué había de vivir. Y el Cardenal le respondió: "Que si un juglar vivía de las dádivas que las gentes le regalaban, y éste no sabía decirles otra cosa sino adularles y acusarles dónde hay buen vino, cuánto más segura tendría él su vivienda si servía la voluntad de Dios diciendo las palabras sobredichas."

5. Aún ordenó el Cardenal otro oficio muy necesario para honrar la voluntad de Dios, a saber: que otro hombre anduviese entre los eclesiásticos y religiosos por las calles y por las iglesias, y en cualquier lugar les encontrase les presentase a la memoria la obligación de obedecer la voluntad de Dios, quien les manda en el Evangelio que vayan por todo el mundo a predicar su Evangelio a todas las criaturas. Después que aquel oficio fué establecido por el Cardenal, aconteció un día que, encontrán-

dose aquel oficial con dos eclesiásticos en la calle, les dijo todo aquello que el Cardenal le había mandado decir; y ellos le respondieron, que cuando sería la voluntad de Dios que el hombre anduviese a predicar a los infieles, que Dios ya daría al hombre los deseos. Aquel oficial se quedó muy escandalizado de la respuesta de los dos eclesiásticos y replicó, diciéndoles: "Que Dios ya se lo había mandado, cuando lo dijo a los Apóstoles en persona de toda la Iglesia Santa. Y que Dios, en cuanto había querido ser hombre y morir por todos aquellos que están en el gremio de la Iglesia, había encargado tanto a cada uno de hacer y obrar por su amor, que ninguno debía esperar que Dios le fuese su libre albedrío, sin el cual no sería digno de predicar la voluntad de Dios." Gran contienda hubo entre aquel procurador del Cardenal y los dos eclesiásticos, y sobre este punto se hubo razón en juicio en la corte del Papa.

6. Propuso un día el Cardenal a un criado suyo, que le había servido mucho tiempo, si quería servir la voluntad de Dios en ir mendigando de puerta en puerta por el mundo para honrar la voluntad de Dios; y cuando le darian limosna, que glorificase a Dios; y cuando se la negaría alguno a quien la pidiese, lo sintiese con dolor de su alma y llorase, por cuanto aquellos que no dan limosna por la voluntad de Dios, sino por su propia voluntad, no son amados de Dios. Aquel escudero quiso aceptar el oficio, y andaba con los pobres pidiendo limosna por amor de Dios para conocer aquellos que honran la voluntad de Dios dando limosna, y los que aprecian menos la voluntad de Dios que la limosna que les piden, cuando la niegan a los pobres que la piden por amor de Dios. El escudero cumplía muy bien su oficio todos los días; y cuando había mendigado por las puertas la comida que había menester aquel día, se estaba lo restante de él en la iglesia contemplando la voluntad de Dios.

7. Presentóse un filósofo al Cardenal y le dijo estas palabras: "Señor, costumbre es entre nosotros negar todo aquello que es sobre el curso natural; y como yo la haya tenido también hasta ahora, la quiero mudar en otra costumbre en adelante y quiero tomar el oficio de andar entre los filósofos y los grandes

maestros, diciéndoles: que si la obra milagrosa es cosa inconveniente a la naturaleza, ¡cuánto más inconveniente ha de ser al Señor de la naturaleza el que no pueda hacer aquello que pertenece a su deber sobre la obra de la naturaleza!” Muy a propósito le pareció a aquel Cardenal aquel oficio, y se lo concedió: y después aquel filósofo hizo con él mucho bien, probando que ha muchas cosas que son sobre el curso de la naturaleza, por tal que Dios no sea contrario a su voluntad en perfección de justicia, bondad, infinitud, poder, sabiduría, humildad y misericordia. Todos estos oficiales y otros muchos ordenó el Cardenal de *Glorificamus Te*, para que, honrando la voluntad de Dios, fuese Dios glorificado por los hombres, y que éstos, después, fuesen glorificados en la gloria por la voluntad de Dios.

CAPITULO XCHII

DE GRATIAS AGIMUS TIBI, y del oficio que tomó el sexto Cardenal de honrar la sabiduría de Dios conforme esta rúbrica y versículo. Y de las peticiones que hicieron al Papa muchos sabios. Y de los oficiales e institutos que ordenó el Cardenal para honrar la sabiduría y manifestarla a los hombres, para que con ella alaben a Dios y le rindan gracias por los beneficios que continuamente les hace.

DE CUANTO RECIBE EL HOMBRE, SEAN CONVENIENCIAS O INFORTUNIOS, DEBE DAR GRACIAS A DIOS

I. El Cardenal de *Gratias agimus Tibi*, que había tomado el oficio de honrar la sabiduría de Dios, estando un día delante el Papa y sus compañeros los Cardenales, les dijo estas palabras: “Es cosa natural que en cuanto el entendimiento humano está mejor aderezado a entender a Dios, en tanto la voluntad está mejor dispuesta para amar a Dios y aborrecer los pecados. Y por eso yo pido el oficio cómo pueda tratar que el entendimiento humano sea exaltado a entender a Dios, para que sea conocido

y muy amado por su pueblo, y que éste le dé las gracias y bendiga su gran gloria.” El Papa y los Cardenales le concedieron el oficio que pedía.

2. Mientras esto se trataba, entró en el Consistorio un célebre y famoso artista, el cual representó al Papa: que con la multiplicación y variedad de declaraciones que se hacen en cada una de las ciencias en teología, filosofía natural, derecho y medicina, se habían multiplicado muchas y varias opiniones, y que crecían de día en día; y esto se originaba, de que los doctores y maestros escribían muchas obras sobre cada una de ellas, en las cuales los unos eran de distinta opinión de los otros; y por esto el artista dijo al Papa y a los Cardenales “que era conveniente que el hombre concordase todas las ciencias sobredichas, y, reduciéndolas a breves y necesarios principios, que discurriesen por vía de arte, para que si se levantase algún error o falsa opinión, pudiese el hombre dirigirse y regularse por el arte en los principios de cada ciencia, y destruyese el hombre todos los errores y falsas opiniones contrarias a las ciencias referidas”. Aplaudió mucho el Cardenal de *Gratias agimus Tibi* la propuesta del artista, y la corroboró y se interesó en que fuese recibida su petición.

3. Luego después entró ante el Papa un doctor canonista y de leyes, y representó que eran tantas las glosas y los escritos que había en la ciencia del derecho, que el entendimiento humano entraba por ello en gran confusión, y por esta causa no podía juzgar ni discernir con claridad los hechos ni los pleitos, ni los estudiantes que aprendían aquella ciencia podían bastantemente instruirse en sus fundamentos. Y por eso aconsejaba que aquella ciencia fuese reducida a arte y a breves principios, que insiguiesen necesidad y razón, a los cuales se refujese toda la ciencia del derecho. Con semejantes súplicas y propuestas representaron en distintas ocasiones tres maestros, uno en teología, otro en filosofía natural y otro en medicina, suplicando al Papa y a los Cardenales que a cada una de estas ciencias fuesen establecidos por arte breves y necesarios principios, para que la multitud de escritos no ocasionase confusión en el entendimiento

humano en ninguna ciencia, y a fin que en los tiempos de Anticristo pueda el hombre estar más prevenido para destruir breve y artificiosamente todos sus falsos errores.

4. Cuando aquellos maestros hubieron hecho sus representaciones, el Cardenal de *Gratias agimus Tibi* respondió: "Que aquellas palabras le causaban mucha alegría, y que aquel proyecto correspondía a su oficio, que había tomado para honrar la sabiduría de Dios, y por eso quería que su empleo fuese el de procurar aquel negocio." Después de esto, un sabio religioso se levantó en pie y, en presencia de todos, dijo: "Que él pedía el oficio de andar entre los judíos, moros, tártaros y los demás infieles, para exponer y declararles los Artículos de la Santa Fe católica, porque muchos de los infieles dudaban en entrar en la Santa Fe romana y hacerse cristianos, por cuanto no entendían el modo cómo los cristianos tienen otra creencia distinta de la que profesan, y por eso no quieren ser cristianos."

5. Antes que el Papa y los Cardenales diesen respuesta a los maestros antedichos sobre las providencias y oficios que suplicaban, se presentaron ante el Papa dos sabios, uno griego y otro latino, y dijeron al Papa y a los Cardenales estas palabras: "En el libro de *Espíritu Santo* hay escrita una controversia y disputa entre un latino y un griego, ante un sabio sarraceno, el cual les preguntaba: "¿Cuál cosa es verdadera de la Persona del Espíritu Santo? ¿Que proceda del Padre y del Hijo, o si tan solamente del Padre?" Cada cual de los dos sabios, con todo su esfuerzo, probó por diez razones, y el sabio sarraceno se quedó perplejo, a cuál de las dos ciencias debía inclinarse. Y por esto dijeron aquellos sabios: "Nosotros hemos andado toda la Grecia y mucha parte de tierra de los latinos, y en cada lugar que hemos entrado hemos propuesto aquella cuestión a los sabios, para que inquieran la verdad de cuál Fe les parece deba haber tomado aquel sabio sarraceno." Muý gustosos quedaron el Papa y los Cardenales de la representación de los dos sabios, y el Papa cometió la respuesta al Cardenal que había tomado el oficio de honrar la sabiduría de Dios. Entre aquellos sabios había un cristiano que andaba entre los sarracenos y judíos a pre-

guntar al gentil cuál de las tres leyes había abrazado, según que se refiere en el libro *del Gentil y los tres sabios*.

6. El Cardenal de *Gratias agimus Tibi* tuvo muchos Coadjutores para servir su oficio, y los enviaba por varias partes del mundo a informarse del modo cómo los maestros usaban de las ciencias que enseñaban; y cuando encontraba que algún maestro usaba mal de la ciencia que enseñaba le castigaba luego, y privaba de su oficio, y de esto se seguía mucho bien, porque todos los maestros le temían, por cuyo temor los estudiantes quedaban más prontamente fundados en las ciencias que estudiaban, por cuanto los maestros con mayor diligencia y más breves palabras los instruían y enseñaban. Aconteció en cierta ocasión que el Cardenal iba a una ciudad, donde había un grande estudio de ciencias, y, al entrar dentro de la ciudad, encontró a dos hijos del Rey, señor de aquella ciudad, el cual hacía enseñar a sus hijos de manejar armas y saber esgrimir. El Cardenal preguntó a los maestros de aquellos dos infantes “si el Rey les hacía enseñar ciencia de letras”. Y los maestros respondieron: “Que sólo les hacía enseñar de montar a caballo y manejar las armas.” “Simple es el Rey, dijo el Cardenal, que enseña primero a sus hijos de matar hombres, que de conocer a Dios, ni si el hombre debe matar hombres.” Después el Cardenal se fué al Rey y le reprendió muy fuertemente, porque no cuidaba de hacer enseñar a sus hijos buenas letras y ciencias, como era costumbre en los tiempos antiguos entre los Reyes y los Príncipes, los cuales mandaban enseñar a sus hijos ciencias para saber regir y gobernar a sus pueblos. Plugo mucho al Rey la amonestación del Cardenal, y fué prontamente obediente a su consejo.

7. Tan fervoroso era el Cardenal de *Gratias agimus Tibi* en enderezar y multiplicar la sabiduría, que iba a los capítulos generales de los religiosos que amaban y cultivaban las ciencias, y junto con ellos ordenaba y dirigía el modo cómo podía honrar la sabiduría de Dios, y que la ciencia fuese multiplicada en todos los hombres, para el fin que conociesen y amasen a Dios. En cierta ocasión aconteció que un hijo de un Conde pasaba a Boloña para estudiar leyes, y el Cardenal, que también iba a aquella

ciudad, donde se había de celebrar el capítulo general de los Padres predicadores, se encontró con él, y por el camino le habló de tan buenas palabras, que se enamoró de la ciencia de la teología, la cual es más necesaria a los eclesiásticos que la ciencia de leyes; y por esto el hijo del Conde se volvió a París, y allí estudió la sagrada Teología, en la cual fuese después gran maestro.

8. Iba un día el Cardenal a la escuela de los Padres predicadores a oír la lición de teología, y de camino encontró una escuela de leyes, en la cual había muchos estudiantes vestidos en hábito clerical; y prosiguiendo más adelante, encontró otra escuela llena de canonistas, que vestían hábito eclesiástico. Por lo cual el Cardenal hizo mandamiento a los estudiantes legistas, que por cuanto las leyes eran ciencia secular que la estudiasen en hábito seglar, para que no hiciesen deshonor al honor que la ciencia del derecho canónico debe haber sobre la ciencia del derecho civil; y más principalmente hizo aquel mandamiento, para que la simonía no tomase principio en los legistas, los cuales, después de haber estudiado la ciencia de las leyes, se hacen canonistas para obtener algunas prebendas y prelacias en la Iglesia.

9. Establecida esta ordenación, pasó el Cardenal a visitar la escuela de los Padres predicadores, en la cual leía un maestro teólogo, y en ella cuasi no había otros estudiantes, sino religiosos. Por lo cual el Cardenal, entonces, en altas voces se quejó, diciendo: "Que gran deshonor recibiría la sabiduría por aquellos que aman más la ciencia lucrativa que la meritoria y demostrativa de la Divina Sabiduría." Y por esto mandó el Cardenal, que una vez cada semana los Padres predicadores y los Menores predicasen en cada una de las escuelas de leyes, ponderándoles el grave perjuicio que recibe la teología por causa de aquellos que, siendo beneficiados de los bienes de la Santa Iglesia, aprenden ciencia de leyes, o se aplican más a las leyes que a la teología. Por estos medios y otros muchos se esforzaba el Cardenal de *Gratias agimus Tibi* en honrar a Dios y a la sabiduría, a fin de que por ésta el hombre adquiriese conocimiento, como es tenido y obligado cada uno en dar gracias a Dios de los bienes que le

concede, y a bendecir su gran gloria, a todo lo cual es contraria la ignorancia y el usar mal cada uno de su saber.

CAPITULO XCIV

De DOMINE DEUS REX COELESTIS PATER OMNIPOTENS, y del oficio que tomó el séptimo Cardenal de honrar el Poder Divino. Y del razonamiento que tuvo con el Papa y el Camarlengo y otros Cardenales, por cosas tocantes a su encargo, y de la fervorosa devoción que tenía en servirlo, para lo cual estableció diferentes oficiales, que con diversos modos lo manifestasen a los hombres por el mundo.

EL PODER DE DIOS ES SOBRE TODO EL MUNDO

1. Entró en el Consistorio el Cardenal de *Domine Deus Rex Coelestis Deus Pater Omnipotens*, y en presencia del Papa y de los demás Cardenales les dijo: "Que él quería servir el oficio de honrar el poder de Dios, el cual era deshonrado en este mundo por muchos hombres de varias maneras. Aconteció un día que el Papa había resuelto enviar a sus mensajeros a cierta tierra, que se llama Gorgia, y está bajo el dominio de un Rey cristiano, para rogarle le enviase algunos religiosos de sus dominios que pudiesen enseñar su lenguaje y sus letras a los religiosos latinos, que aquéllos aprendiesen la lengua latina y después se volviesen a sus tierras juntos con los latinos, para predicar allí la Santa Fe católica y la doctrina de Roma, en la cual les instruyesen. Mientras el Papa Blanquerna estaba ordenando todas estas cosas, dijo el Camarlengo: "Que sería cosa muy trabajosa el enviar a aquellas gentes a aprender su idioma y enseñarles nuestra latinidad, y que todo eso requería mucho tiempo e importaba mucho gasto."

2. Desagradó mucho al Cardenal lo que el Camarlengo había dicho, y propuso este ejemplo: "En cierta ocasión aconteció que cierto hombre, que se llamaba Jofat, iba por un camino y vino

a parar en una orilla de una gran laguna o río, donde habia muchos hombres que estaban mirando a un pobre hombre que se habia ahogado en aquella agua. Preguntó Jofat a aquellos hombres por qué aquel no habia pasado más arriba del agua, donde habia muy poca, y hubiera pasado por allí a la otra parte. Respondióle uno de aquéllos: Pero decidme, ¿hasta cuándo lo habria él ejecutado, habiendo de aqui al cabo del agua cinco jornadas enteras? ¿Y me sabiais vos decir, respondió Jofat, hasta cuándo se levantara este hombre de ahí y se volverá vivo?" De este modo respondió el Cardenal al Camarlengo, y le reprendió fuertemente, diciéndole que el poder de tan dilatado tiempo puede dirimir y llevar a su debido efecto todo esto que el Papa quiere ordenar sobre los religiosos de Gorgia, pero el poder de los hombres no puede volver los condenados a estado de salvación, porque ya han pasado de la presente vida.

3. El Cardenal tenia un escudero que le habia servido muchos años para lograr de él algun ascenso. Este cayó enfermo de una calentura continua muy fuerte, y el Cardenal sentia mucho su enfermedad; el escudero le decia que le curase y quitase la calentura, porque aquel poder era tan solamente propio de Dios, cuyo poder hacia del poder de la naturaleza todo lo que queria. Curó en fin el escudero de la enfermedad, y después tomó el oficio de honrar el poder de Dios, discurriendo por varias tierras, gritando en altas voces y diciendo: "Que el poder de Dios es superior a todo el poder de la naturaleza, y por esto puede Dios resucitar el primer hombre y hacer concebir y parir a mujer virgen por divina gracia; y que el poder de las estrellas y de los cuerpos celestes es vencido y superado y dispensado por el poder soberano de Dios. Muy buen oficio era el que tomó aquel escudero, con el cual muchas veces confirmaba los fieles cristianos en su fe, y vencía y reducía a los infieles, que no creía que mujer virgen pudiese concebir y parir, y que hombre alguno pudiese resucitar. Siendo así que el poder de Dios sea tan poderoso para ello, como lo es en haber creado el mundo de la nada, la cual creación fué sobre el poder de la naturaleza.

4. "Señor, dijo el Cardenal al Papa, preguntóos: ¿cuál

cosa tiene mayor poder: la verdad, o la falsedad? Respondióle el Papa, diciendo: "Que la verdad tenía mayor poder que la falsedad, por cuanto la verdad tenía la ayuda de Dios y se convenía con el *Ser*; y la falsedad no tenía ayuda de Dios, porque se convenía con el *no Ser*." Preguntó otra vez el Cardenal al Papa: "¿Pues cómo puede tener la falsedad tanto poder en el mundo, siendo más los hombres idólatras que creen en ídolos, que no son aquellos que creen en Dios?" Respondió el Papa: "Que aquel error no provenía de que la falsedad fuese más poderosa que la verdad, sino que era por la falta de devoción y de caridad, que no quieren enseñar la verdad; y por eso, como las tinieblas son por deficiencia de la luz, del mismo modo el error y la falsedad son por defecto de aquellos que no osan decir ni predicar la verdad."

5. En cierta provincia sucedió que aquellos bienaventurados devotos que iban a predicar la palabra de Dios a los infieles no fueron de ellos oídos, sino que los echaron de aquella tierra. En vista de esto, el Cardenal de *Domine Deus Rex Celestis* recurrió al brazo seglar, y trató con los Príncipes cristianos y con el Papa, que a fuerza de armas fuesen invadidos todos aquellos Príncipes que no permiten entrar ni detenerse en sus dominios a los devotos y sabios cristianos, que les irían a predicar la palabra de Dios; y que la Iglesia nunca hiciese treguas con ningún Príncipe ni dominio de infieles que impidiese la predicación de los cristianos y enseñanza de la verdad de la Santa Fe católica. Y fué tan grande el poder de los cristianos, que los infieles de aquella tierra hubieron de sufrir que les pudiesen predicar y tuviesen treguas con ellos todo el tiempo, que ellos consentirían la predicación de los cristianos en sus tierras, y en ellas convirtiesen a los infieles.

6. Aconteció después que un Rey sarraceno muy poderoso no quiso consentir a que los religiosos cristianos entrasen a predicar en su reino; y dos religiosos que los moros habían echado de su tierra recurrieron al Cardenal de *Domine Deus*, representándole que ellos no podían mantenerse ni predicar en aquella tierra, porque los moros no lo querían; pero el Cardenal respondió: "Que ellos habían deshonrado el poder de la voluntad,

el cual es más noble y más fuerte que el poder corporal"; y por eso fué a clamar al Papa, y le dijo estas palabras: "Señor Padre apostólico, el poder de la voluntad hace a los hombres ayunar y llorar y trabajar para honrar y loar el Poder de Dios, el cual ha sujetado y subordinado el poder corporal al poder espiritual. Luego si el Rey moro se defiende con el poder corporal contra el de nuestras almas, conviene que su poder sea vencido y superado por mucho amar y honrar la Santa Pasión del Hijo de Dios, con derramar lágrimas y sangre, y por varones santos, los cuales ocultamente, y a cara descubierta, vayan a los infieles y se detengan entre ellos, predicándoles y enseñándoles el camino de salvación; y en esta forma, por dilatada continuación de tiempo, el poder corporal de aquéllos sea vencido por el espiritual, para significar que el Poder de Dios, espiritualmente, vence y apodera el poder sensual e intelectual que hay en todas las criaturas, según se nos está representando en la Hostia consagrada."

7. Tan fervoroso y devoto era el Cardenal en honrar y servir el Poder de Dios, que estableció por ello varios oficios: pues a uno encargó el oficio de andar por el mundo predicando y gritando a altas voces: Que ninguno se confiase en el poder de la riqueza, ni de amigos, ni de sabiduría, ni juventud, ni de agüeros, ni hados, ni adivinaciones, ni en otro poder alguno por los cuales el hombre pierde la gracia del Poder Divino. Otro oficial instituyó el Cardenal, que iba también gritando y diciendo: Que el poder de Dios era tan grande, que podía hacer todas las cosas, como no se siguiese de ello algún pecado y contradicción. Otro oficial gritaba y decía: Que Dios no podía haber pecado, por cuanto el pecado y el no poder eran concordantes entre sí, y contrarios al poder y a las virtudes que se concuerdan. Otro oficial gritaba y decía: Que Dios en las criaturas no usaba de todo su poder, porque podía hacer más cosas de las había hecho y que ahora hacía. Otro oficial, asimismo, iba gritando y decía: Que Dios, en su Trinidad, que es la suprema obra, hacía lo que podía. Muchos otros oficiales había que honraban el poder de Dios, y todos tenían su regla y doctrina, como honrasen y bendijesen el poder de

Dios. Y entre los otros oficiales había un oficio de enseñar por la naturaleza el modo cómo podía el hombre mortificar los vicios, y multiplicar las virtudes y llorar sus pecados. Había también otro oficio de un hombre, que traía un ramo y una ave y un perro, y andaba diciendo a gritos: "Que no había hombre alguno que pudiese hacer una hoja de ramo, ni una pluma de ave, ni menos un pelo de perro, ni una uña de su mano, sino sólo el Poder de Dios".

8. En tan grande fama estaba el Cardenal de *Domine Deus Rex Coelestis*, y también sus oficiales, de buenos honradores del Poder de Dios, que cuando algún hombre tenía falta de poder, prontamente era socorrido, aconsejado y consolado por el Cardenal y sus oficiales, y lo mismo se experimentaba por medio del Cardenal que servía a la Voluntad de Dios, y del Cardenal que servía a la divina Sabiduría; y por esto, aquellos que tenían falta de querer y de saber y de poder, luego, inmediatamente, recurrían a aquellos Cardenales, y quedaban socorridos en sus necesidades.

CAPITULO XCV

DE DOMINE FILI UNIGENITI JESU CHRISTE, y del oficio que el Cardenal de este título se tomó de inquirir y administrar noticias para servir, con él, al Unigénito, Hijo de Dios. Y de los muchos procuradores que envió por varias tierras del mundo, de los cuales cada día recibía aviso, y daba relación al Papa del estado de todas las gentes, a fin de mejor proveer cómo Dios fuese alabado por ellos en todo el mundo.

DEL ESTAR BIEN INFORMADOS LOS SUPERIORES, DEPENDE NO POCAS VECES EL REMEDIO DE LOS DAÑOS

1. Muy grande fué la devoción que tenía el Cardenal a la Persona del Hijo de Dios, que unió a Sí a la naturaleza humana, y por aquella su gran devoción dijo al Papa y a los Car-

denales estas palabras: "Cosa manifiesta es que vos, Señor Padre Santo, y todos nosotros los Cardenales hemos recibido grande honor sobre todos los demás cristianos del mundo por el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo; y por esto es cosa muy digna y somos obligados a que enviemos por todo el mundo diferentes mensajeros, los cuales inquieran y nos den aviso del estado de aquellas tierras, y del modo cómo en ellas es honrado y servido el Hijo de Dios por algunos de ellos, y deshonorado y olvidado por otros; y así, para procurar este negocio, yo pido se me dé este oficio, y las asistencias para mensajeros, que yo enviaré por todo el mundo, para que me informen y avisen de todo el estado del Orbe. Y después yo lo pondré en vuestra noticia, para que ordenéis lo que convenga, a fin de que el Hijo de Dios amado, loado y honrado por toda la redondez del mundo, y que en él, sea anunciada y predicada su virtud, y todo lo que El hizo por nuestro amor en la tierra". Pareció muy bien al Papa y los Cardenales este oficio de administrar noticias que pedía el Cardenal de *Domine Fili*, y fuéle otorgado cuanto pedía. Y entonces se cumplió la figura o administración de cómo los Emperadores romanos, que dominaban todo el mundo, enviaban y tenían sus mensajeros en todas las tierras, los cuales les daban noticia e informaban del estado de todo el mundo. En lo cual estaba figurado cómo el Papa había de ser Lugarteniente de Dios en la tierra, y Señor de Roma, y sabría el estado de todas las tierras, para sujetarlas a la Santa Fe católica romana.

2. El Cardenal de *Domine Fili* dividió el mundo en doce provincias, y estableció doce mensajeros para que fuesen a todas las tierras, y saber el estado general de todo el mundo. Aconteció que un mensajero del Cardenal, que pasaba hacia las partes del Mediodía, encontró una cáfila de seis mil camellos cargados de sal, que salían de una villa que se llamaba Tibelberche, y se encaminaban a una tierra donde tiene origen el río de Daniata, y se fué en compañía de aquella cáfila, y vió allí el mensajero tanta gente, que en el espacio de quince días fué vendida toda aquella sal que traían aquellos hombres con quienes iba de conserva. Aquella gente son todos negros e idó-

latras, y son hombres de un genio jovial, y mantienen justicia muy severamente, y matan a todo hombre que encuentran en mentira, y de todo cuanto tienen hacen comunidad. En aquel país hay una isla en medio de un gran laguna, en la cual tienen un dragón, a quien sacrifican todas aquellas gentes y lo adoran como Dios. Aquel mensajero anduvo por todas aquellas tierras para ver e informarse de las costumbres de sus moradores y de la gran multitud de aquellos. Admirábanse mucho aquellas gentes de ver aquel mensajero, por que era hombre blanco y cristiano, pues por ningún tiempo habían visto ni oído decir que ningún cristiano ni hombre blanco hubiese arribado a aquellos países. Aquel mensajero, por mano de un criado suyo, envió por escrito relación de todo lo referido y de otras muchas cosas, al Cardenal de *Domine Fili*, quien lo relató todo al Papa y a sus compañeros. Muy grande fué el disgusto que todo el Colegio apostólico tuvo cuando oyeron que el dragón era adorado allí como Dios, y trataron luego los medios cómo pudiesen derribar aquel error en que vivían aquellas miserables gentes.

3. Otro mensajero se fué hacia las partes del Norte, y allí vió y oyó decir a algunos hombres latinos que en aquel país había muchas gentes que vivían en varias creencias, y el demonio los tenía obcecados con muchos errores por algunas ilusiones con que los tenía engañados; por que había una tierra que se llama Girlanda, a la cual, de cinco años, viene un oso blanco que les anuncia en aquel año gran abundancia de pescado, que es el pasto de aquellas gentes. Hay otra tierra también, donde por encantamiento hacen hablar los árboles. Y hay otra tierra, cerca de Bohemia, en la cual viene una abubilla a un gran bosque; y si algún hombre se atreve en él a cortar algún ramo mientras ella se halla en el bosque, inmediatamente caen del cielo relámpagos y truenos, que ponen en gran peligro de la vida a todos los que entonces se encuentran en el bosque. También hay otra tierra en la cual cada uno cree tener un Dios en su campo, otro en su ganado y otro en su jardín. En otra tierra, cerca de Dacia, hay gentes que no viven de otra cosa sino de la caza, y van corriendo tras la fiera o caza hasta haberla muerto,

y allí se parán hasta que la han comido, y después van a perseguir otra. Todas estas noticias y otras muchas envió escritas el mensajero del Norte al Cardenal de *Domine Fili*, el cual las comunicó al Papa y a sus compañeros; y en su consecuencia, fué establecida la ordenación de que fuesen enviados a aquellas gentes hombres devotos y de santa vida, que supiesen y aprendiesen aquel lenguaje, y les predicasen por ejemplos, por metáforas y semejanzas, hasta que sus sensualidades estuviesen ordenadas para elevar sus semejanzas a los poderes del alma, con los cuales por la intelectualidad fuesen iluminados en la Santa Fe católica.

4. Otro mensajero del Cardenal pasó a la parte de la Berbería, y allí vió muchos galiadores y alfaquines que predicaban a los moros el Alcorán y las bienaventuranzas de su paraíso; y les predicaban con tan devotas palabras, que cuasi todos los que lo oían lloraban. Admiróse mucho el mensajero de la devoción que aquella gente tenía en aquellas palabras, siendo todo cuanto los predicaban un error muy grande; y conoció que por el buen modo y tan devoto que tenían aquéllos en predicar y llorar, y porque en las predicciones les referían la vida de muchos hombres que morían por devoción, por esto lloraban aquellas gentes. También halló *un Libro del Amigo y del Amado*, en el cual se refiere que los hombres devotos hacían cánticos de Dios y del Amor; y cómo por el amor de Dios renunciaban los deleites temporales e iban por el mundo padeciendo pobreza y otros muchos trabajos. Aún vió el mensajero que en la curia, donde se sentenciaban los pleitos, eran brevemente terminadas las causas y las cuestiones de los litigantes. Todas estas cosas y otras muchas escribió el mensajero de Berbería al Cardenal, y le envió copia del *Libro del Amigo y del Amado*, para que por él se tomase regla y modo cómo por devoción de buenas palabras fuesen los sermones más agradables a las gentes, y cómo por la ordenación que los moros observan se pudiesen abreviar los pleitos y las diferencias que hay entre nosotros.

5. Otro mensajero pasó a la Turquía, en donde encontró a cuatro religiosos que habían aprendido aquel lenguaje; pero

los turcos no les dejaban predicar en aquella tierra, y sobre este punto escribió al Cardenal, el cual lo refirió al Papa y a sus compañeros; y luego fueron elegidos otros mensajeros, y el Papa los envió con grandes donativos al gran señor de los turcos y al de los tártaros, que habían sujetado a su dominio a la Turquía; y el Papa, por medio de aquellos mensajeros, suplicó al gran señor que se sirviese de permitir y tolerar que aquellos cuatro religiosos pudiesen predicar por toda la Turquía a honor del Hijo de Dios. El tártaro señor de la Turquía, movido de los ruegos y donativos del Papa, consintió y toleró aquella predica-ción, y en adelante los turcos ya no se atrevieron a impedir aque-llos religiosos.

6. Pasó también a Ultramar otro mensajero denunciador, el cual dió noticia al Cardenal cómo dos asesinos habían muerto a un Príncipe, y que los habían muerto a ellos. En vista de lo cual, entonces el Cardenal se fué a exhortar a los religiosos, que aprendían varias lenguas, se dispusiesen a desear con todo ardor el morir por amor de Jesucristo, en vista de que por el error había hombres en el mundo que deseaban morir por la libertad de sus parientes. Y por esta razón, fué hecho estatuto que un día a la semana se predicase a aquellos religiosos, a fin que con mayor afición estudiasen y desearan morir.

7. En el modo que se ha dicho, fué hecha la ordenación de los mensajeros, que se distribuyesen por varias partes del mundo. Y en otra manera había también muchos hombres que tomaban el oficio de contar ejemplos y buenas palabras a las gentes, para que más a menudo se acordasen del Hijo de Dios y de la crue-lísima pasión que sufrió por nosotros. Estos operarios iban por las villas, y por las ciudades y castillos, y comunicaban con los oficiales y otras gentes, refiriéndoles buenos y saludables ejem-plos. Aconteció un día que uno de aquellos hombres fué a un carpintero, que acepillaba un madero, y le refirió cómo había oído decir que en el mundo había habido un leño tan fuerte, que había sostenido más peso que todo el mundo. Quedóse muy admirado el carpintero de aquella noticia, y por la admiración que tuvo concibió devoción, cuando aquél le declaró y expusió

aquellas palabras, diciéndole: "Que aquel leño de que hablaba era el Madero de la Santa Cruz en que fué enclavado el Hijo de Dios, el cual ha cargado y obligado más a su pueblo a servirle y honrarle, que no es todo el mundo." Y por la devoción que el carpintero concibió en aquellas palabras, fué después hombre de buena vida y salió de un pecado mortal en que se hallaba.

8. Sucedió un día que, saliendo de una villa uno de aquellos operarios, iba a un castillo, y encontró por el camino muchos peregrinos que iban en romería a Santiago; y, juntándose en su compañía, se fué con ellos a aquel santuario. Por el camino les contaba muchos ejemplos y otras buenas y devotas palabras, y les refería historias del Antiguo y del Nuevo Testamento, y los hechos de los Apóstoles, y también de los Emperadores, como se hallan escritos en las crónicas. Tan grande era el placer que aquellos peregrinos tenían en las palabras de su compañero, que por esto sentía menos trabajo y fatiga del camino, y se les aumentaba la devoción de proseguir su romería; a cuyo ejemplo hubo muchos de ellos que tomaron este mismo oficio para aliviar a los peregrinos el camino y mantenerles en su devoción.

9. Muy grande era el bien y provecho que se seguía del oficio del Cardenal, y éste tenía muy gustoso al Papa y a los demás Cardenales con aquellas noticias que le venían todos los días de varias partes del mundo. Sucedió un día que cierto hombre, por la ambición de juntar dinero, se hizo relator de noticias de parte del Cardenal, y andaba con los peregrinos, y éstos le hacían mucha limosna y asistencia; pero como el hombre no estaba bien instruído en aquel ministerio de contar buenos y devotos ejemplos, viniendo a noticia del Cardenal de *Domine Fili*, le hizo prender y poner en la cárcel por el atrevimiento de haberse apropiado este oficio sin su licencia. Por cuyo motivo estableció que de allí en adelante ningún relator de noticias se atreviese a tomar dinero ni admitir cosa alguna de ningún peregrino; y que si cosa alguna necesitase, se le fuese dada por el Obispo de la ciudad donde se hallase, y que cada uno de estos operarios llevase sus despachos sellados del Cardenal.

CAPITULO XCVI

De DOMINE DEUS AGNUS DEI FILIUS PATRIS, y de la bella ordenación que hizo el Papa Blanquerma de que anualmente, por todos los Obispos y Arzobispos, fuese tenido Capitulo en sus Obisposados, y por cuatro Cardenales sobre aquéllos, y por el Papa sobre los Cardenales, y después sobre él mismo; y del oficio de pesquisidor mayor que dió al Cardenal de DOMINE DEUS AGNUS DEI, y de sus oficiales.

AL REFORME DEL ESTADO ECLESIASTICO CONDUCE MUCHO QUE LOS
PRELADOS JUNTEN CADA AÑO SUS SUBDITOS A CAPITULO

1. Entró un día el Papa con los Cardenales en Consistorio, y les dijo estas palabras: “Es cosa muy cierta que las Ordenes de los religiosos que están entre nosotros se rigen y gobiernan por el Capítulo que tienen, en el cual ordenan todos los años el modo cómo la Orden sea conservada en Religión y santa vida; y por eso es cosa muy necesaria a nosotros, eclesiásticos seculares, que ordenemos de tener Capítulo en tal forma y manera, que nuestra vida sea agradable a Dios y a las demás gentes buen ejemplo; pues sin tener Capítulo general y especial no podemos estar perfectamente ordenados en este mundo. Y siendo esto así, por tanto, yo os exhorto a cada uno de vosotros, hermanos y compañeros míos, que me ayudéis a tratar cómo ordenemos de tener Capítulo general y provincial entre nosotros. Aplaudieron mucho todos los Cardenales lo que el Papa les propuso, y, unánimes con el Papa, ordenaron de tener Capítulo en esta forma:

2. Primeramente fué establecido que cada Obispo tuviese Capítulo una vez al año en su Obispado, donde tuviese varios pesquisidores, que en Capítulo denunciasen si había algún eclesiástico que mereciese ser castigado por algunas faltas que hubiese cometido en aquel año. Después fué establecido que una vez al año el Arzobispo tuviese Capítulo a todos sus Obispos sufragáneos, y que en cada uno de sus Obispos tuviese pes-

quisidores, que en los Capítulos les acusasen de sus faltas y fuesen castigados por el Arzobispo. Después ordenó el Papa con los Cardenales que se dividiese el mundo en cuatro partes, y que los Arzobispos de una parte se juntasen todos en un lugar, y los de la otra parte en otro, y así de las demás, y que cuatro Cardenales les tuviesen Capítulo; pasando un Cardenal a cada una de las cuatro partes, y que los Cardenales hiciesen pesquisa sobre los Arzobispos. A más de esta ordenación, establecieron que el Papa tuviese Capítulo a aquellos cuatro Cardenales una vez al año, y que tuviesen pesquisadores sobre ellos para saber si habrían administrado justicia contra aquellos Arzobispos, y si habrían cometido alguna falta contra su regla que los castigase. Después ordenaron que el Papa, una vez al año, tuviese Capítulo a todos los Cardenales de su corte, sobre los cuales tuviese asimismo pesquisadores; aún después fué hecha ordenación que fuesen señalados pesquisadores sobre el Papa, celebrándose Capítulo una vez al año, y manifestándose que el Papa hubiese cometido algún defecto en todo aquel año, se tomase alguna penitencia. Establecieron también que de cinco en cinco años se celebrase Capítulo general, al cual concurriesen todos los Arzobispos con dos Discretos electos por los Obispos de cada metrópoli. Finalmente, ordenaron que de diez en diez días celebrasen su concilio, donde concurriesen todos los Arzobispos, Obispos y Abades.

3. Cuando estuvo ya ordenado y establecido el método de tener Capítulo, preguntó el Papa a los Cardenales: “¿Cuál de vosotros quiere servir el oficio de pesquisidor mayor, debajo de cuyas órdenes deben estar sujetos los demás pesquisadores, el cual pesquisidor mayor sea el director del Capítulo?” A esta proposición del Santo Padre respondió un Cardenal, diciendo: “Que él quería y deseaba aquel oficio para honrar y servir *Dominus Deus Agnus Dei Filius Patris*.” Y el Papa le concedió aquel oficio para siempre, con tal que le sirviese con toda diligencia y cuidado, usando bien de él. E inmediatamente compusieron un libro de la regla y método cómo el Cardenal pudiese y debiese proceder en su oficio, y según la cual se debía celebrar el Capítulo.

4. Luego el Papa envió por todas las tierras, convocando a los Prelados a la corte romana para celebrar Concilio, en el cual fué establecida y conformada toda la ordenación referida. Y después el Cardenal de *Domine Deus* ordenó y estableció sus espías y pesquisidores para inquirir y saber secretamente si los Prelados observarían y guardarían el establecimiento antedicho, y si las cosas llegaban a noticia del Capítulo tan puntuales como el Cardenal lo hacía inquirir y espiar. Y también si las espías de los eclesiásticos contra los Prelados, y de los Prelados contra los eclesiásticos, y de los de un Cardenal contra el otro, se concordaban con las espías del Cardenal. Grande fué el bien y utilidad que resultaba de la ordenación referida, y los Príncipes y Barones tomaron de ello tan buen ejemplo, que del mismo modo ordenaron en sus cortes varios pesquisidores, a fin que en sus dominios fuese mantenida la justicia y la paz.

5. Las cosas sobre que se debía hacer inquisición y pesquisa son éstas, a saber: sobre vanagloria, soberbia, avaricia, lujuria, injusticia, infidelidad, gula y otras cosas semejantes a éstas. Aconteció un día que un Obispo había hecho inquisición en su Obispado contra dos eclesiásticos, que halló culpables, y por dinero que recibió de éstos no los acusó ni castigó en su Capítulo; y los pesquisidores del Arzobispo averiguaron que el Obispo había perdonado a aquellos eclesiásticos por los dineros que había admitido de ellos; y cuando el Arzobispo tuvo su Capítulo, sus pesquisidores acusaron al Obispo; pero éste regaló secretamente con dineros al Arzobispo, y por esto no le castigó; pero los pesquisidores del Cardenal lo averiguaron, y acusaron al Arzobispo cuando vino a Capítulo, y el Cardenal, celebrado el Capítulo, castigó severamente al Arzobispo y Obispo, privándoles de sus dignidades y oficios.

CAPITULO XCVII

De QUI TOLLIS PECCATA MUNDI. Y del oficio de procurador que tomó el Cardenal de este título; y de los oficiales procuradores que nombró. Y de la memoria y recuerdo que hizo cierto hombre lego de cómo los infieles mueren condenados en el infierno, y del establecimiento y ordenación que sobre esto hizo el Papa Blanquerna con el Cardenal de QUI TOLLIS PECCATA MUNDI.

MUCHOS PECADOS SE QUITARIAN DEL MUNDO, SI SE PROCURARA QUE EN LOS PROCURADORES NO FUESEN TANTAS LAS FALTAS

I. Por largo tiempo consideró uno de los Cardenales cómo pudiese tomar algún oficio para servir a Jesucristo, que cargó sobre sí los pecados del mundo. Cierta día, mientras andaba paseando a caballo por la ciudad de Roma, discurriendo qué oficio podía tomar para servir a Jesucristo, vió a dos procuradores de dos Príncipes, que tenían sus cuestiones y contiendas con mucho enfado y cólera, diciéndose el uno al otro muy villanas palabras. Por lo cual el Cardenal consideró que en la ciudad de Roma era necesario que hubiese un procurador superior a todos los demás procuradores, a quien todos temiesen; y por eso se fué al Papa y le dijo estas palabras: "Señor Padre Santo. Vos sabéis muy bien que en vuestra corte hay muchos procuradores de varias tierras del mundo, que unos son contradictorios a los otros, y por eso hay grandes trabajos y contradicciones entre ellos; por lo cual, si fuese de vuestro agrado, yo tomaría gustoso el oficio de procuración, y sería causa y razón por donde los procuradores estarían ordenados en sus negocios y en sus palabras; y no siéndolo, que yo les pudiese castigar según la justicia que pidiese." Muy gustoso concedió el Papa al Cardenal aquel oficio sobre todos los procuradores. Y después el Cardenal estableció otros procuradores subordinados a él, para ser procuradores en corte generalmente de todos aquellos que en ella no tienen procurador; y aquéllos habían de ser asalariados de

los bienes de la Santa Iglesia, con el fin que no tomasen salario ni otro estipendio de ningún hombre del mundo.

2. Sucedió un día que había de determinarse un pleito que se seguía entre un Obispo y un Canónigo de su iglesia, y antes de publicarse la sentencia el uno de los dos procuradores murió, por lo cual hubo de suspenderse el pleito, por cuyo motivo el otro procurador recurrió al Cardenal de *Qui tollis peccata mundi*; y éste substituyó y nombró a otro procurador para proseguir la causa que llevaba el procurador difunto, y con esto se dió sentencia en el pleito; de lo cual resultó en corte la cuestión: si la sentencia era válida o no de derecho. Y fué declarado en la corte que la sentencia era válida, en cuanto el Papa había hecho la ordenación de que el Cardenal pudiese nombrar y substituir procurador que fuese suficiente por los ausentes, el cual no tomase ningún salario de aquéllos.

3. En otra ocasión sucedió que un procurador de un Arzobispo puso demanda en la corte contra los Canónigos de su Cabildo, los cuales no tenían procurador en la corte, y el Cardenal envió uno de sus procuradores para seguir la causa de los Canónigos, y escribió luego al Cabildo, y les envió a decir cómo el procurador de su Arzobispo había puesto la demanda contra ellos en la curia romana. Y aquel procurador del Cardenal llevó tanto tiempo la causa en la corte, hasta que los Canónigos enviaron su procurador.

4. Asimismo, el Cardenal de *Qui tollis peccata mundi*, instituyó un procurador entre aquellos con obligación de estarse siempre a las puertas de la antesala del Papa, el cual fuese procurador de todos aquellos que no tienen dineros que dar a los porteros, y representando al Papa todo lo que aquéllos pidiesen y hubiesen menester. Un día sucedió que aquel procurador se estaba a la puerta de la antesala del Papa, y un pobre eclesiástico, a quien el Obispo había quitado injustamente una Rectoría que poseía, quiso entrar a clamar al Papa; pero los porteros no le dejaron entrar y lo permitieron al Obispo que le había quitado la prebenda, y por esto el procurador de pobre presentó aquei eclesiástico al Cardenal de *Qui tollis peccata mundi*, y el Carde-

nal defendió la causa por él delante el Papa contra el Obispo.

5. En cierta ocasión dijo el Cardenal al Papa: "Padre Santo, olvidados son los difuntos, y no tienen procuradores que soliciten el que sean cumplidas sus voluntades en los testamentos que ordenan; y por esto os pido vuestra licencia para ser yo su procurador." El Papa fué muy contento de ello, y mandó que el Cardenal fuese procurador de los difuntos; y éste luego nombró otros de sus procuradores, y les envió por varias partes del mundo a informarse si en ellas había algunos que se quejasen de los hombres vivos que no han cumplido la voluntad de los ya difuntos. Por eso cada uno de aquellos procuradores del Cardenal hacía inquisición contra el Obispo y Arzobispo de aquella tierra donde moraba, si había apremiado a los albaceas de los difuntos a cumplir sus testamentos; y si algún Obispo o Arzobispo había sido en ello negligente, inmediatamente era acusado al Cardenal, quien le castigaba como le parecía conveniente.

6. En una ciudad llamada *Mompeller*, en la cual fué escrito este libro de *Evast* y *Blanquerna*, se celebró un gran Capítulo general de los Padres predicadores, en que concurriesen muchos Obispos y otros Prelados y gran número de religiosos de todas las partes de la cristiandad. Y los frailes leyeron en el Capítulo diferentes cartas y libros, que relataban la muerte de muchos religiosos de su Orden, que habían fallecido hasta aquel año. A esta sazón levantóse en pie un *hombre lego* que allí estaba de procurador como los infieles vienen a la Santa Fe católica, y dijo en presencia de todos estas palabras: "Si de la muerte de los religiosos, cuyas almas son vivas en el Paraíso, se hace tan puntual memoria, ¡con cuánta mayor razón debería hacerse de la de los infieles que mueren en pecado de ignorancia, y pierden la vida perdurable, y muriendo se van endrechura al fuego infernal! ¡Y que se les fuese dada doctrina por la cual entrasen en conocimiento de cómo Nuestro Señor Jesucristo ha cargado sobre sí los pecados del mundo por su Encarnación, por su Pasión y muerte y por su Resurrección!" Al Cardenal procurador de difuntos llegó la noticia de la propuesta que aquel hombre lego había hecho en el Capítulo; y por este motivo ordenó que

en todos los Capítulos generales de los frailes religiosos fuese hecha memoria de los infieles difuntos que mueren en pecado de ignorancia. Y el Cardenal enviaba sus procuradores a cada uno de estos Capítulos generales con sus letras, con el fin de que la Santa Fe católica fuese por todo el mundo predicada y exaltada.

CAPITULO XCVIII

De QUI TOLLIS PECCATA MUNDI SUSCIPE DEPRECATIONEM NOSTRAM. Y de la queja que un cristiano pobre tenía contra un judío, que le oprimía en un pleito, por tener más favor. Y de la cuestión que propuso el Cardenal de SUSCIPE DEPRECATIONEM NOSTRAM ante el Papa; y de los jueces y abogados que estableció y asalarió el Papa de los bienes de la Santa Iglesia, para que declarasen las causas igualmente de todos los litigantes en la Curia romana, sin que tomasen servicio ni honorario alguno de ningún particular.

MAS BREVES SERAN LOS PLEITOS, CUANDO EN ABOGADOS Y JUECES
SEAN MENOS LOS INTERESES

I. El Papa y todos los Cardenales, a excepción de cinco de ellos, habían ya tomado y repartidose varios oficios, que fueron intitulados según las rúbricas del *Gloria in excelsis Deo* (como hemos referido), y por esto el Santo Padre dijo a aquellos cinco Cardenales que, “según el estado de la corte romana, discurriesen de tomar oficios para completar el número de las rúbricas del *Gloria in excelsis Deo*”; por lo cual, uno de aquellos cinco Cardenales andaba a caballo por la ciudad de Roma para ver y observar en qué oficio debía ocuparse, que fuese nombrado con el título de *Qui tollis peccata mundi suscipe deprecationem nostram*. Y el tiempo que iba así a caballo por la ciudad de Roma, pasando por la Curia, en donde se tenía audiencia, vió un hombre, que llorando decía entre sí mismo estas palabras: “¡Ah, desdichado e infeliz de mí, cuán grande es el deshonor que se hace a la Santa Fe católica! ¡Pues un judío que reniega y descrea

y blasfema todos los días al Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo, el cual es Cabeza y fundamento de la Santa Madre Iglesia, tiene a su pleito abogados y procuradores contra ti! ¡Y tú, que eres cristiano, no tienes hombre alguno que hable por ti, y defienda tu buen derecho contra aquél! ¡Por lo cual habrás de ser pobre y andar con tu mujer e hijos de puerta en puerta pidiendo una limosna por amor de Dios!"

2. Se admiró mucho el Cardenal de las palabras que aquel hombre decía en sí mismo; y preguntándole por qué lloraba y decía aquellas palabras, le respondió diciendo: "Señor, un judío, por su gran riqueza, me hace injuria; sin razón me pide más dinero del que le debo, ni pudiera tener, y sobre esto habemos litigado largo tiempo; y por cuanto yo no me hallo en posibilidad bastante como él para poder dar gran salario al juez ni abogado, por esto no puedo hallar justicia en la corte contra él y a favor de mi derecho, y téngolo a gran afrenta, pues por falta de dinero pierdo mi buen derecho en la corte de Roma, a la cual son más contrarios los judíos malvados por su creencia y mala voluntad, que ninguna otra gente del mundo."

3. Muy grande e inponderable fué el disgusto que sintió en su corazón el Cardenal cuando oyó las palabras que aquel buen hombre le dijo, y entró en grandes y profundos pensamientos. Mientras el Cardenal tenía así preocupada su imaginación, entraba en Roma un Obispo que tenía veinte mil marcos de plata de renta todos los años, y pasó por la plaza en que se hallaba a la sazón el Cardenal; y la gente que allí había, al verle pasar, decían: "Ese es el Obispo que tiene veinte mil marcos de plata de renta, y ha comprado para un hermano suyo treinta mil sueldos de renta." Al oír el Cardenal estas palabras, prorrumpió en un gran suspiro, y en su misma conciencia dijo estas palabras: "¡Oh, mezquino, pobre de entendimiento, de devoción y caridad, a quien Dios ha dado sus veces en la tierra! ¡Cuán mal repartidos son los bienes de la Santa Iglesia!"

4. Cuando el Cardenal hubo considerado largo tiempo sobre este punto, vino ante el Papa y los otros Cardenales, y les propuso esta cuestión: "En una ocasión sucedió que el Entenli-

nimiento fué requerido para dar una sentencia. Aquel Entendimiento tenía dos hermanas: la una se llamaba Memoria, y la otra Voluntad. Cuestión hubo entre las dos, cuál de ellas debía más presto acompañar al Entendimiento. Alegaba la Voluntad contra la Memoria, que por voluntad es el entendimiento diligente en inquirir la verdad y en querer juzgar según la rectitud de justicia, y por el mucho recordar está muchas veces impedido el entendimiento para entender, y por esto era razón que más presto la voluntad acompañase al entendimiento para dar aquella sentencia. De otra parte, alegaba la Memoria contra la Voluntad, diciendo que por el demasiado querer es corrompido el entendimiento e inclinado a la ignorancia; y por esto conviene más presto que la memoria y el entendimiento estén en concordancia, que no el entendimiento y la voluntad. Por lo cual, según el derecho natural, es razón que la memoria más presto acompañe al entendimiento, que no la voluntad." Habiendo propuesto el Cardenal las razones de una y otra parte, suplicó al Papa y a los Cardenales que le determinasen aquella cuestión por recta justicia.

5. Por ser la cuestión tan fuerte y difícil, fué conveniente que se tuviese sobre ella deliberación y consejo para inquirir la solución verdadera. Y habiendo el Papa y los Cardenales examinado las razones de una y otra parte, y deliberadamente inquirido el derecho de aquéllas, sentenciaron: que la memoria fuese primero con el entendimiento, para que la voluntad en el principio no inclinase el entendimiento a una parte, sino que fuese igual entre las dos partes; y que después viniese la voluntad, la cual sería igual por la igualdad de la memoria y del entendimiento. Agradó mucho al Cardenal la sentencia que dieron el Papa y los Cardenales, y dijo estas palabras:

6. "Según la naturaleza de las tres potencias del alma, está ordenado en derecho que sea dado juez que lleve primeramente su memoria con el entendimiento, y que los dos abogados que llevan el pleito, uno contra otro, usen primeramente de memoria que de voluntad; pues por dádivas y servicios se muda muchas veces en el juez la voluntad en lugar de la memoria, y los abo-

gados, por presentes y servicios, multiplican la voluntad y disminuyen la memoria, por cuya disminución se desvía su entendimiento del entender, y por esto se dilatan muchas veces los pleitos y se dan sentencias injustas, de que se originan disensiones, trabajos, guerras y muertes, y se multiplican los pecados; de donde para evitar todos los males sobredichos, mucho más conveniente sería el que de los bienes de la Iglesia se diese tanta renta a diez jueces y a veinte abogados que estuviesen en la corte de Roma y no tomasen salario ni servicio de hombre alguno, que no es el dar a ese Obispo veinte mil marcos de plata de renta, el cual ha comprado para su hermano treinta mil sueldos de renta, cuyos dineros por ahora ya están alineados de los negocios de la Santa Iglesia." Aplaudieron mucho el Papa y los Cardenales lo que el Cardenal de *Suscipe deprecationem nostram* había propuesto, e inmediatamente fué hecha ordenación y establecimiento de que diez jueces y veinte abogados se mantuviesen en la corte de Roma, y que el Papa les pagase cumplidamente sus salarios de los bienes de la Santa Madre Iglesia con calidad de que no tomasen de hombre alguno otra paga, dádivas ni servicios, y que si lo hiciesen, fuesen luego depuestos de sus oficios y castigados condignamente." Por cuya ordenación fueron abreviados los pleitos en la corte y fueron establecidas otras muy bellas ordenaciones para la expedición de los pleitos.

7. Divulgóse la fama por todas las tierras de la ordenación sobredicha, y muchos pretendientes venían a la corte romana para que sus pleitos fuesen determinados con gran brevedad; y fué tan grande la multitud de los que acudieron a aquellos diez jueces y a los veinte abogados, que ya no bastaban para defender y sentenciar las causas que se avocaban a la corte; por lo cual recurrieron al Cardenal de *Suscipe deprecationem nostram*, a quien estaban subordinados los oficios de aquellos jueces y abogados, y le representaron que ellos ya no podían llevar todo aquel trabajo; y por eso el Cardenal presentó al Papa y Cardenales aquella súplica, y les ponderó cuán sobradamente ocupados y cansados se hallaban aquellos jueces y abogados por la gran multitud de pleitos. Por lo cual el Papa y los Cardenales orde-

naron “que en cada Obispado se nombrasen jueces y abogados que del mismo modo juzgasen y abogasen los pleitos y cuestiones de la gente pobre, y que fuesen asalariados de los bienes de la Santa Iglesia, sin tomar salario ni servicio de persona alguna por quien abogasen ni juzgasen, so pena de veinte marcos de plata y pérdida de su empleo y de ser descomulgados.”

CAPITULO XCIX

De QUI SEDES AD DEXTERAM PATRIS MISERERE NOBIS. Y del oficio de comparaciones que dió el Papa Blanquerma al Cardenal del título de esta rúbrica. Y del libro de las comparaciones que mandó a sus discípulos proponer a las gentes por todo el mundo. Y cómo por las comparaciones que el Cardenal y sus discípulos hacían cada día a los hombres atribulados, muchos de ellos se reconocían a sí mismos, loaban a Dios y se ponían en vía de salvación.

LA BONDAD Y LA MALICIA DE LAS COSAS QUE POR SI MISMAS NO SE CONOCEN, SE DAN A CONOCER POR LA COMPARACION Y COTEJO

1. En una fiesta muy grande que se celebraba en la ciudad de Roma, sucedió que un Diácono cantaba aquel Evangelio en el cual dijo Jesucristo (Math. 18) que mejor cosa es entrar en el Paraíso con un ojo y con un pie que entrar en el infierno con dos ojos y dos pies. Y considerando profundamente aquel Diácono sobre esta comparación, por la gracia del Espíritu Santo fué movida su voluntad de ir por todo el mundo haciendo comparaciones a las gentes, para inducirles a la vía de salvación. Por lo cual el Diácono se presentó ante el Papa y los Cardenales, y pidió el oficio de Comparaciones. Pero el Santo Padre le respondió “que aquel oficio lo tenía destinado para un Cardenal que tuviese sujetos a sí muchos oficiales, los cuales anduviesen por todo el mundo haciendo comparaciones, y que aquel oficio debía ser llamado *Qui sedes ad dexteram Patris miserere nobis.*” Ha-

biendo el señor Papa proferido estas palabras, uno de los Cardenales se levantó en pie, y dijo que se encargaba de aquel oficio. Aquel Cardenal compuso un gran libro, en que estaban escritas las comparaciones que sus discípulos debían proponer a las gentes.

2. Aconteció un día, que cierto Rey vino a la corte romana a clamarse al Santo Padre Apostólico y a los Cardenales contra otro Rey, que injustamente le había desheredado del reino, sin que le hubiese hecho agravio ni injuria alguna; y cuando hubo explicado su querella, aquel pobre Rey, vertiendo muchas lágrimas y manifestando gran tristeza de su corazón, prorrumpió en estas palabras: "Honrado he sido yo en el mundo por mucho tiempo, y ahora estoy hecho un pobre miserable, despreciado de las gentes, y vivo en grande rubor y vergüenza por causa de un Rey soberbio e injurioso, el cual, con su gran poder y desordenada codicia, me ha usurpado injustamente mi reino!" Mientras que el Rey estaba en este llanto y desconsuelo, el Cardenal de *Qui sedes ad dexteram Patris* preguntó al Rey cuál cosa le era más agradable: ¿la justicia, o la injuria? Respondióle el Rey que la justicia. Entonces el Cardenal le dijo: "Que más le valdría y mejor cosa era el ser desheredado y ser justo y paciente, que no el ser Rey injusto, avaro y soberbio; y que por esta razón él hacía contra justicia en cuanto lloraba por lo mismo que debía alegrarse, y que el otro, que le había desheredado, era el que debía llorar, porque tenía en sí la injuria y la soberbia." A más de ésta, le hizo otra comparación, a saber: "Que mayor provecho lograba en ser amado de Dios aquel que ejercita la paciencia y la humildad, que no es el daño que recibe de ser despreciado y vituperado de las gentes." Consideró mucho el Rey lo que había dicho el Cardenal, y dijo estas palabras: "Si mi corazón ha poseído en este mundo un reino terrenal, que me han quitado, de aquí en adelante posea mi alma el reino de la paciencia, esperanza, humildad, justicia y caridad, loando y amando para siempre la voluntad de Dios." Muy agradables al Papa y a todos los Cardenales fueron aquellas palabras del Rey; y de los bienes de la Iglesia le destinaron una pensión correspondiente

para su manutención, y trataron el modo cómo fuese reintegrado en el reino de que estaba desposeído.

3. En otra ocasión vino a aquella corte un Obispo, con el motivo de haber sido capitulado por su Cabildo; era aquel Prelado muy justo y de santa vida; y porque mantenía justicia en sus eclesiásticos intentaron deponerle, deseando aquéllos tener una Prelado que les consintiese sus defectos. El Obispo se fué al Cardenal y le pidió consejo: "Cuál cosa les convendría más de estas dos: ¿o que se dejase escapar sin defenderse, y lo tomase con paciencia, humildad y pobreza, o que se defendiese y acusase al Cabildo, y prosiguiese en la corte su acusación según tuviese lugar en derecho?" Largamente conferenciaron el Cardenal y el Obispo sobre la materia, y discurrieron en cual de las dos partes sobredichas podría el Obispo usar de mayor perfección y demás virtudes; y concluyeron que, en cuanto a la persona del Obispo, era cosa más virtuosa el que no se defendiese, pues se seguía de ello mayor paciencia, fortaleza y humildad. Pero en cuanto a justicia y caridad, era cosa muy buena el que no se defendiese y se manifestase la verdad, para que la justicia no perdiese su derecho en su Cabildo, que injustamente le acusaba; por lo cual dijo el Cardenal al Obispo que escogiese la que más le gustase, por cuanto en cada una de las partes antedichas podía obrar virtuosamente, de tal manera, que sería a Dios muy agradable.

4. A cierta ciudad llegó un hombre que se empleaba en hacer comparaciones y andaba gritando por las calles, diciendo:Cuál cosa era más necesaria: ¿o criar sus hijos en las buenas costumbres, o enriquecerles de grandes heredades? Y cuál cosa era mejor: ¿o restituir lo mal ganado, y dejar a sus hijos pobres, y entrar en el Paraíso, o no restituirlo, y dejar a sus hijos con riquezas, sin satisfacer sus injurias, y entrar en el infierno? Mientras este hombre iba así gritando por las calles, pasó por casa de un logrero, el cual, oyendo las palabras de aquel hombre, entró en gran consideración de ellas; y como se le oía gritando con tanta frecuencia, la conciencia le venció en la sensualidad, y le fortificó en la caridad, y satisfizo todas sus injurias y agravios, y crió a sus hijos en buenas costumbres.

5. La muerte, que no perdona a los jóvenes ni a los ancianos, mató a un hijo de un honrado ciudadano de Roma, el cual no tenía sino a este solo hijo, ni esperaba tener otro, por cuya muerte estaba muy triste y apesarado. Supo el Cardenal el desconsuelo de aquel ciudadano y fué a visitarle, y le propuso las siguientes comparaciones: "Amable hijo, le dijo el Cardenal, ¿cuál cosa es de mayor provecho al hombre: o el loar a Dios por los bienes que le ha dado en este mundo, o alabarle por los bienes que le quita?" "Señor, respondió el ciudadano, la una alabanza tiene respecto a la gratitud, y la otra a la paciencia; y por cuanto la virtud de la paciencia causa pasión en el hombre sin culpa, conviene que se siga de ello mayor mérito que no de la virtud de la gratitud, la cual da placer al hombre sin pasión." "Bienaventurado hijo, dijo el Cardenal, rectamente has juzgado, y por esto tú mismo te has sentenciado a haber de tener paciencia; y así, entiende que Dios te ha probado en dos maneras: la una por la virtud de la gratitud, la cual ejercitas en alabar a Dios por haberte dado a tu hijo en este mundo, la otra por la virtud de la paciencia, en cuanto te lo ha quitado y arrebatado de esta vida; y así, si tu hijo no hubiera muerto habrías perdido el mérito de la paciencia, el cual es a tí disposición para obtener gran bienaventuranza."

6. Por la plaza de Roma iba otro hombre gritando: "¿Cuál cosa vale más: vender a buen mercado y decir verdad, o mentir y vender caro?" Mientras decía aquel hombre esta comparación, pasaban por la plaza muchas mujeres, y entre ellas iba una muy adornada, y su bella cara muy compuesta de afeites y colores, y otras cosas; y al verla aquel hombre, a grandes gritos dijo: "¿Cuál cosa vale más: o la mujer hermosa que se muestra amante de la lujuria, o la mujer fea que da muestras de castidad?" Y en esta forma iba gritando aquel buen hombre delante aquellas mujeres, repitiendo las mismas palabras; y aquella mujer, a quien acompañaban muchos escuderos, les mandó zurrasen a aquel hombre por las palabras que decía, y los escuderos sacudieron fuertemente al pregonero de las comparaciones; pero no quiso éste llevarlo con paciencia, antes bien, se fué a clamar al Cardenal

de la injuria que le habían hecho; y el Cardenal le reprendió severamente por haberse querellado, y le depuso del oficio, y en su lugar subrogó otro que fuese más amante de la paciencia.

7. A otra ciudad vino un hombre que por las calles iba del mismo modo gritando y diciendo: “¿Cuál cosa vale más: o poco se me da de eso, o qué dirán las gentes?” Mientras que pasaba por la plaza así gritando, la gente que estaba allí le preguntaron qué significaba aquello que decía. Y él respondió: “Que el qué dirán las gentes contra aquellos que desprecian las vanidades de este mundo, y el poco se me da de eso, era el desprecio que el hombre hace de la murmuración de las gentes, mientras no obre cosa alguna contra las virtudes y contra la honra de Dios, despreciando el mundo.” Entonces respondió a aquel hombre un sabio varón, y le dijo: “Que el qué dirán las gentes tenía muchos secuaces, pero el poco se me da de eso los tenía mejores.”

8. Aconteció en cierta ocasión que dos religiosos que habían aprendido la lengua arábiga se fueron a tierra de moros a predicar la Encarnación y la Pasión del Hijo de Dios. Enfrióse en uno de ellos la devoción y la caridad, y se volvió atrás, dejando a su compañero, porque la muerte le causaba espanto y extrañaba las buenas viandas que solía comer y las honras que tenía entre las gentes. De camino que se volvía atrás, al entrar por una ciudad, se encontró con un hombre que en altas voces decía: “¿Cuál muerte valía más: o la que venía por enfermedad, o la que venía por martirio? Y ¿cuál de las dos se convenía mejor con las siete virtudes y era más contraria a los siete pecados mortales? O si no, ¿por cuál muerte es el hombre más semejante a las vestiduras encarnadas que el Hijo de Dios vistió en la humana naturaleza?” Mientras este hombre iba así gritando, aquel religioso que había retrocedido de su viaje vino a ponerse junto a una mujer hermosa, y sintió luego la tentación carnal; en cuya ocasión el oficial de comparaciones, con grandes gritos, prorrumpió diciendo: “¿Cuál cosa es más meritoria: o loar a Dios entre los infieles con peligro de la muerte, mortificando el temor a fuer de coraje, o estarse entre los fieles cristianos combatiendo con los deleites corporales?” Consideró mucho aquel religioso en

las palabras de aquel buen hombre, y tuvo contrición de la pusilanimidad de su corazón, en que le puso la falta de devoción; con que volvió a tierra de moros a encontrar a su compañero.

9. En otra ocasión sucedió que aquel mismo oficial clamaba en el palacio del Rey, y decía: "¿Cuál cosa vale más: o ser Rey, o caballero de un simple escudo?" Después pasó al palacio del Obispo, y decía con gran grito: "¿Cuál vale más: el ser Obispo, o simple clérigo parroquial?" De aquí pasó a una Abadía de monjes, y gritaba diciendo: "¿Cuál vale más: o ser el Abad, o monje claustral?" Y, por último, se fué delante el Papa, gritando: "¿Cuál vale más: o que la décima de la Santa Madre Iglesia sea para siempre asignada a enderezar el mundo, o que los Obispos no gasten supérfluamente en vanidades?" En todos estos modos y otros muchos gritaban por todo el mundo los oficiales de comparaciones, siendo muy grande el bien que ocasionaban, pues todos los días despertaban los corazones de las gentes a la devoción, conciencia, caridad, diligencia y otras muchas virtudes.

CAPITULO C

De QUONIAM TU SOLUS SANCTUS; y del oficio de predicación y de consideraciones que encargó el Papa Blanquerna al Cardenal del título de esta rúbrica; y de los oficiales que nombró para andar por todo el mundo proponiendo consideraciones a los hombres de las penas del infierno y de la gloria del Paraíso, y cómo estableció predicadores, a quienes dió arte y modo cómo debían predicar y exaltar la voluntad de las gentes a la devoción.

MEDIOS PARA QUE LA PREDICACION SEA FRUCTIFERA

1. Estando un día el Papa Blanquerna con sus Cardenales discurriendo en si podían hacer una obra de utilidad y exaltación de la Santa Fe católica, entró un Cardenal, el cual venía de predicar a un grande auditorio. Preguntóle el Papa "si había

visto llorar a alguno en su sermón". Y respondió el Cardenal, que "no había visto llorar a alguno, pero sí había visto dormir a muchos en su sermón". "Gran maravilla es, dijo el Papa a los Cardenales, cómo las gentes tienen tan poca devoción en los sermones, cuando los sarracenos, que viven en error, lloran en los sermones, y los oyen con tanta devoción." Respondió a la sazón un Secretario del Papa de la lengua árábica, el cual había nacido y criádose en tierra de Ultramar, y era de los cristianos de la Sintura, y dijo: "Que los sarracenos predicaban de devoción y de las consideraciones de la gloria del Paraíso, y de las penas infernales; y por esto tienen tanta devoción en sus sermones, y lloran por la devoción que tienen."

2. Dichas estas palabras, uno de los Cardenales, que era gran filósofo natural y gran predicador, dijo: "Que para el ministerio de la predicación sería cosa muy útil y provechosa probar por razones naturales el modo cómo las virtudes y los vicios son contrarios, y cómo una virtud concuerda con otra virtud o con dos, y cómo puede juntar y vivificar una virtud con otra virtud; el cual modo y regla se halla en el *Arte abreviado de hallar la verdad*, y en el libro de los *Sermones de las virtudes y vicios*, que se compuso después de aquél en la ciudad de Mallorca." Por lo cual dijo el cardenal: "Que para la predicación se convienen estas cosas: Arte natural, devoción y consideración de las penas del infierno y de la gloria del Paraíso, y breve sermón, a fin que las gentes no se fastidien y queden con la devoción."

3. Habiendo el Cardenal concluído su dictamen, el Papa y los Cardenales ordenaron: que se compusiesen tantos sermones como días tiene el año, y que en ellos fuese tratado de la mejor materia que se hallase a propósito y conveniente para predicar; y que fuesen de proporcionada cantidad e inteligible a las gentes, pues por la ignorancia se hallan muchas veces los corazones de los hombres faltos de devoción. Y también que aquellos 365 sermones fuesen generales y se predicasen por su orden cada año uno después de otro, y que fuesen breves. Después ordenó el Santo Padre: que algunos hombres devotos y de santa vida anduviesen todos los días por las calles de las ciudades y villas,

diciendo y proponiendo a las gentes consideraciones de las penas infernales y de la gloria celestial, para que lo tuviesen presente todos los días.

4. Después que estas cosas estuvieron ordenadas, el Papa encomendó este oficio a un Cardenal, para que fuese oficial de *Quoniam Tu solus Sanctus* por medio de consideraciones y predicación. Este Cardenal, condecorado con el oficio referido, tuvo y estableció después sus procuradores y oficiales, para que fuesen por varias tierras clamando y predicando las penas infernales, y la gloria y bienaventuranza del Paraíso, y la muerte y brevedad de la vida en este mundo, en el modo que está expresado en el libro *de la doctrina pueril, que compuso un hombre para su amado hijo*; y después ordenó el Cardenal con los religiosos, y con los que tenían el oficio de predicadores, el cómo debían predicar: y si en aquel oficio se cometiese algún exceso o falta, cómo se pudiese corregir, y cómo por la predicación se pudiese la voluntad en tal manera exaltar, que Dios Nuestro Señor, por el esfuerzo y exaltación de la devoción, fuese en gran manera amado y servido.

CAPITULO CI

De QUONIAM TU SOLUS DOMINUS. Y de la bella ordenación que hizo el Papa Blanquerna con sus Cardenales cómo por todo el mundo se supiese hablar en latín, por ser este idioma el más conveniente para entenderse entre sí todas las gentes, y para convenirse más fácilmente en profesar una misma Fe y servir a Dios más cómodamente; y cómo la procuración de este negocio fué encomendada por oficio propio al Cardenal del título de esta rúbrica.

LA EXTENSION DE LA LENGUA LATINA ES UTILISIMA PARA LA
DILATACION DE LA FE

1. Aconteció un día que el Cardenal de *Tu solus Sanctus* envió un mensaje al Cardenal de *Tu solus Dominus*, noticiándole que, por la diversidad de lenguas, se hallaba muy impedida

la predicación; y las gridas o pregoneros de consideraciones no podían con tanta facilidad y claridad influir a las gentes devoción del Paraíso, ni temor de las penas infernales. Habiendo el Cardenal recibido este aviso, lo representó al Papa, a fin que se hiciese alguna ordenación para que los predicadores y oficiales de consideraciones consiguiesen mayor libertad y mejor modo en el dicho su oficio.

2. Mientras el Cardenal de *Tu solus Dominus* hacía presente al Papa las letras que le había enviado el Cardenal de *Tu solus Sanctus*, aconteció que otro mensajero del Cardenal de *Domine Fili Unigenite Jesu-Christe*, que tenía el oficio de relator de noticias, se presentó ante el Santo Padre refiriéndole cómo por el mundo había experimentado grandes guerras y tribulaciones entre las gentes por ser de distintas naciones y tener varios lenguajes, por lo cual no se entendían los unos a los otros, y por cuya diversidad de idiomas lidiaban entre sí, y por aquellas guerras habían venido en variedad de afectos y creencia los unos contra los otros. Consideró mucho el Papa sobre la relación de ambos a dos mensajeros, y mandó juntar todos los Cardenales, pidiéndoles consejo de lo que se debía obrar en este caso para destruir la diversidad de tantos lenguajes, de que se originaban tantos males. Y qué lengua les parecía ser más a propósito y conveniente se enseñase a todas las gentes del mundo en general, para que todos se entendiesen y se amasen y se conviniesen mejor en servir a Nuestro Señor Dios.

3. Respondió uno de los Cardenales, y dijo: “Señor Padre Santo, por lo que vos proponéis es cosa muy necesaria que vos y vuestra corte seáis muy amables a los Príncipes cristianos, y que éstos y sus vasallos concuerden en las costumbres, eligiendo a los mejores; y que en cada provincia sea destinada una ciudad, en la cual todos hablen en latín, por cuanto la lengua latina es la más general, y en ella hay muchas palabras de varias lenguas, y en latín están todos nuestros libros escritos y estudiados. A más de esto, conviene que para ellos sean señalados y destinados hombres y mujeres de varias naciones que vayan a aquella ciudad para aprender la lengua latina, los cuales, cuando vuelvan a sus

tierras, la enseñen a los hijos cuando empezaren a saber hablar; y de este modo, por larga continuación de tiempo, podréis llevar al fin deseado que en todo el mundo no se hable sino una lengua, ni haya sino una creencia y una fe, continuando un Papa después de otro, que todos asimismo tengan devoción en este negocio, según conviene, para tratar de un asunto tan grande como el que vos ahora habéis emprendido."

4. Habiendo el Cardenal concluido su discurso, respondióle el Camarlengo del Papa: "Que lo que él había propuesto era muy dificultoso de llevarlo a su debido efecto, y que importaría un gran gasto y dispendio el procurar tan grave negocio." Mientras el Camarlengo dijo estas palabras, se presentó ante el señor Papa un electo Obispo, que venía a la corte para ser confirmado en su Obispado, el cual tenía quince mil marcos de plata de renta; con aquel Obispo electo venía también un mensajero del Cardenal de *Domine Fili Jesu-Christe*, el cual refirió que por todos los lugares en donde él había estado había oído decir: "Que todo el mal y el error que había en el mundo era por culpa y omisión del Papa y de los Cardenales, quienes pudiendo tomar los medios para poner en orden todo el mundo, no ponían en ello todo el cuidado y diligencia; y que por este mal ejemplo que recibían las gentes de ellos y sus oficiales, se hallaba el mundo en tribulaciones y en error."

5. Habiendo finido el mensajero su relación, preguntó el Santo Padre Apostólico a su Camarlengo: "Qué cosa le parecía mejor, ¿o tratar el negocio referido, y aplicar para ello cinco mil francos de plata de renta, o confirmar el Obispo y quedarse en la mala fama en que estaban él y los Cardenales y demás Prelados de la Iglesia?" Respondió el Camarlengo, y dijo: "Que mejor cosa era tratar aquel gran negocio, como fuese seguro el que pudiese llegar al fin deseado." Preguntó aún el Papa al Camarlengo: "¿Si con el poder de Dios y el de la Santa Iglesia sería posible que aquel negocio, o en todo o en parte, viniese a cumplido efecto?" Pero el Camarlengo, avergonzado y confuso, se vió entonces precisado a otorgar al Papa su intención

6. "Hermanos, amigos, compañeros e hijos míos muy ama-

dos, dijo el Papa a los Cardenales, para honrar la Pasión de Jesucristo os requiero que me ayudéis a tratar cómo todos los lenguajes del mundo puedan reducirse a un solo lenguaje; pues no habiendo sino uno solo en el mundo, podrán de este modo entenderse las gentes las unas con las otras; y por este recíproco entenderse, amaránse y serán más semejantes en sus costumbres, con las cuales se concordarán entre sí. Y por este tal trabajo y comunicación nuestros predicadores irán con mayor afición y con más secreto a tratar con los infieles, los cuales más presto y de mejor modo entenderán la verdad de la vía saludable; y por este medio podrá todo el mundo venir en buen estado y ser más fácilmente destruidos los errores y convertidos los errantes a la verdad." Muy agradable fué a los Cardenales todo lo que el Papa les exhortaba y requería, y cada uno de ellos se le ofreció a tratar aquel negocio con todos los poderes de su saber y querer. Y de esta ordenación establecieron luego oficio e instituto, el cual encomendaron especialmente a un Cardenal que se llamase con el título de *Tu solus Dominus*, el cual tuviese bastante dotación de los bienes de la Iglesia para poder mantener con toda diligencia aquel tan alto oficio.

CAPITULO CII

De TU SOLUS ALTISSIMUS JESU-CHRISTE CUM SANTO SPIRITU IN GLORIA DEI PATRIS. AMEN. Y del oficio que ordenó el Papa de enviar mensajeros para resguardo de los caminos y seguridad de los que irían a predicar la palabra de Dios a los infieles. Y del oficio de tratar la paz entre los Comunes, que encomendó el Papa al Cardenal que tomó el título de esta rúbrica; y del gran bien que con su diligencia hacía con su oficio.

VANO ES EL DESEO DE LA CONSECUENCIA DEL FIN, SI NO SE PREVIENEN LOS MEDIOS

I. En grandes pensamientos se hallaba el Papa Blanquer-
na, considerando cómo podría tratar paz y concordia, por cuanto no se convienen en sujetarse a la obediencia de un solo Príncipe

que los mantuviese en paz y justicia. A esta sazón dos religiosos, que habían aprendido la lengua árábica, no habiendo podido pasar a una ciudad en donde querían predicar los Evangelios, remitieron una carta al Papa representándole cómo se hallaban impedidos en su misión por el motivo de no poder viajar con seguridad por los caminos, y suplicaban al Santo Padre se dignase de escribir a los Príncipes y señores de aquella tierra, para que les diesen una escolta con que pudiesen pasar seguros a aquella ciudad donde deseaban predicar.

2. Habiendo leído el Papa aquella carta, llamó a los Cardenales, y les habló en esta forma: "De común acuerdo fué resuelto entre nosotros que en tanto que durase la *Gloria in excelsis Deo*, que se canta en la Santa Iglesia, fuese asignada a cada uno de los Cardenales una parte en propio oficio y título para servir a gloria de Dios. Y así es cosa muy necesaria destinar mensajeros que vayan por el mundo a los Príncipes, y traten con ellos el modo cómo nuestros religiosos puedan seguramente ir por todo el mundo a predicar la palabra de Dios; y que enviemos cartas a los Príncipes, suplicándoles que por nosotros den todo favor y auxilio a dichos religiosos. También es necesario que enviemos continuadamente mensajeros a las repúblicas, para poder tratar paz entre la Lombardía, Toscana, Venecia, Pisa y otras repúblicas, y que procuren cómo se trate en justicia y caridad entre una y otra república, y, por tanto, yo encargo este oficio al Cardenal que aun no le tiene asignado."

3. Con mucho agrado recibió aquel Cardenal el oficio de mensajeros que el Papa le había encomendado, y luego envió los suyos por varias provincias a examinar qué caminos eran los más practicables y convenientes a los religiosos y otros sujetos que se habían instruído en diferentes lenguas, para que por ellos pudiesen pasar secretamente de una a otra tierra. Y cuando el Cardenal tuvo todas estas cosas bien ordenadas, envió el Papa sus Nuncios y mensajeros a aquellos Príncipes de aquella comarca con cartas y regalos, pidiéndoles tuviesen los caminos asegurados para aquellos que serían enviados por el Papa.

4. El Cardenal hacía construir por los caminos puentes,

iglesias y casas de campo para que los viandantes pudiesen pasar con seguridad, y que por la comunicación de unas naciones con otras hubiese caridad y concordia entre ellos; y que la Santa Fe romana fuese predicada, conocida y amada en las tierras de los infieles. Grande era el gasto que costeaba el Camarlengo al Cardenal para tratar este negocio, y por esto dijo al Santo Padre: "Que recogiese mucho tesoro de la Santa Madre Iglesia, para que pudiese ser bastante a todos los oficiales de *Gloria in excelsis Deo*." Y el Papa mandó que todos los oficiales fuesen muy bien asistidos de todo lo necesario, y por la extensión y mejoras que la Santa Iglesia romana adquiría por los operarios de *Gloria in excelsis Deo* lograba el Papa más renta que no importaba todo el gasto que se empleaba en los referidos oficiales.

5. "Padre Santo, dijo un día el Cardenal de *Tu solus Altissimus*, deseo saber cómo podríamos ordenar nuestros mensajeros para tratar la paz entre las repúblicas." A que respondió el Papa: "Que los mensajeros procurasen saber e inquirir ante las repúblicas cuál de ellas tenía quejas y agravios de la otra; y que después él trataría cómo cada potencia anualmente viniese a un lugar señalado, donde concurriesen todas las demás potencias, para que según forma de Capítulo o Congreso se tratase allí de amistad y corrección de unos a otros, y que se estableciese entre ellos una pena pecuniaria contra el que no quisiese convenir a las resoluciones de los finidores de aquel Capítulo. Y por esta ordenanza, dijo el Papa, podrán las repúblicas reducirse a la paz y concordia."

6. En una ocasión sucedió que dos embajadores del Rey de la India vinieron al Papa a suplicarle les diese algunos estudiantes para aprender su lengua; y el Papa luego inmediatamente envió a llamar al Cardenal de *Tu solus Altissimus*, y le mandó procurase en cumplir lo que el Rey de la India pedía, pues aquella procuración pertenecía a su ministerio; por lo cual el Cardenal, sin pérdida de tiempo, procuró dar las disposiciones correspondientes a aquel negocio. Muy grande era el bien y buen ejemplo que se seguía por el oficio del Cardenal de *Tu solus Altissimus*; y por cuanto el Papa y los Cardenales contribuían

con todo su poder en cumplir y servir sus oficios, pues los habían aceptado para servir a Dios, según el orden de *Gloria in excelsis Deo*; por esto Dios Nuestro Señor les concedió su gracia, bendición y acierto en todas sus operaciones, y les hacía agradables a las gentes.

Finido está por gracia de Dios Nuestro Señor el Libro del Apostólico Señoría, en todo lo que ordenó y obró el Papa Blanquerna con sus Cardenales para enderezar el mundo y reducirle a buen estado, según el cántico de *Gloria in excelsis Deo. Amén.*



LIBRO QUINTO

DEL ESTADO DE VIDA EREMÍTICA, EN QUE SE TRATA DE LA ALTA
CONTEMPLACIÓN Y SANTA VIDA EN QUE BLANQUERNA ESTUVO EN SU
EREMITORIO, SIENDO ERMITAÑO, DESPUÉS DE HABER RENUNCIADO AL
PONTIFICADO

CAPITULO CIII

De cómo el Papa Blanquerna renunció al Pontificado para hacerse ermitaño y estarse toda su vida alabando y contemplando en Dios Nuestro Señor, y suplicarle por la conservación del buen estado en que había venido el Pontificado y toda la corte romana por la ordenación del GLORIA IN EXCELSIS DEO

CUANDO LOS OFICIOS GRANDES SON EMBARAZO PARA SERVIR A
DIOS, EL DEJARLOS ES DISCRECIÓN Y PRUDENCIA

I. Envejeció finalmente el Papa Blanquerna, y se le acordaron los primeros deseos de vivir vida eremítica; teniendo Consistorio secreto con los Cardenales, les habló de esta forma: "Por la divina bendición, en buen estado se halla al presente el Pontificado y toda la corte romana, por cuya ordenación se sigue gran exaltación de la Fe; y así por la gracia que Dios ha repartido en esta corte, y para que Dios mantenga en ella el buen orden en que está, bueno sería que eligiésemos un oficial que fuese procurador de la corte y que hiciese todos los días especial oración, estándose de continuo en vida contemplativa para rogar

a Dios que mantuviese esta corte en la buena ordenación en que se halla, a fin que su honor fuese exaltado con provecho de esta misma corte." Cada cual de los Cardenales aprobó la propuesta, y buscaron entre ellos uno que fuese santo y devoto y de gran perfección, para que su oración fuese más agradable a Dios. Cuando el Papa Blanquerna hubo entendido el parecer de todos los Cardenales, hincóseles de rodillas, rogándoles que consintiesen en que él renunciase el Pontificado y que se le diese el oficio de emplearse en aquella oración. Levantáronse al oír esto todos los Cardenales, y, arrodillándose delante del Papa, se opusieron con grande esfuerzo, diciendo que "no convenía renunciase la dignidad Apostólica, y más cuando en este caso peligraba la corte de no permanecer en tan grande y buena ordenación como era la en que se hallaba entonces por la gracia de Dios y de la santa vida del Pontífice". A que satisfizo éste, diciendo: "Que a tan grande y buena ordenación y perfección habían arribado los Cardenales por los oficios del *Gloria in excelsis Deo*, que no había peligro se destruyese aquella buena ordenación, y mayormente por el buen régimen del Papa su sucesor, cuando fuese elegido según el arte de elección con que fué elegida en Abadesa Sor Cana." Tanto tiempo perseveró el Papa Blanquerna de rodillas, y lloró tanto delante de los Cardenales, y con tanta devoción y afección demostraba pedirles esta gracia, que finalmente obedecieron a sus plegarias y llantos.

2. Cuando el Papa Blanquerna logró el ser suelto del Pontificado, y se vió y se sintió libre para retirarse a servir a Dios en vida eremítica, es indecible el gozo y la alegría que tuvo; y las gracias que hizo a Dios y los Cardenales, ninguno sería bastante para explicarlas. Estando, pues, en este gozo y consuelo, díjoles estas palabras: "Mucho tiempo he deseado, señores, servir y contemplar a Dios en vida eremítica, para no tener en mi corazón sino a Dios tan solamente. Mañana, después de haber celebrado misa, me conviene partirme en busca de mi ermita, y despedirme de vosotros, señores, que tendré muy presente toda mi vida en mi memoria en todas oraciones; y hago gracias particulares a Dios y a vosotros todos, por lo que me habéis ayudado

con tanta solicitud y cuidado en mantener y regir el Pontificado por tanto tiempo.”

3. Gran sentimiento tuvieron los Cardenales al oír que estaba determinado de irse al desierto para ser ermitaño, y le rogaron vivamente quisiese estarse en Roma o en otra ciudad que más le gustase, pues allí podría estar apartado de las gentes en oración y contemplación. Mas el bienaventurado Blanquerna estaba tan inflamado de la divina inspiración, que no quiso condescender a sus ruegos. Al otro día, después de misa, quiso partirse para su ermita y despedirse de sus compañeros. “Señor Blanquerna, dijéronle los Cardenales, todos nosotros os hemos sido obedientes por largo tiempo, y hemos cumplido vuestros mandamientos. Vos sois ya muy viejo y flaco, y necesitáis que vuestra comida y vuestra habitación sea tal, que baste a sustentar vuestro cuerpo, para que mejor podáis trabajar en la vida espiritual contemplativa; por lo que encarecidamente os rogamos os quedéis acá entre nosotros hasta tanto que hayamos encontrado un eremitorio a propósito para vos, y compuéstole de manera que podáis habitar en él y celebrar divino oficio; y al entretanto nosotros, con vuestro consejo, elegiremos Papa, quien os dará su gracia y bendición cuando os partiréis de nosotros, que sin duda quedamos muy tristes y desconsolados de vuestra partenza.” Tan devotos y razonables fueron los ruegos de los Cardenales, que obligaron a Blanquerna a condescender a sus deseos. Estando así Blanquerna en Roma con los Cardenales, enviaron éstos algunos mensajeros que buscasen por las selvas y por los montes un puesto a propósito donde pudiese habitar y aprovecharse en su devoción; y en una alta montaña, donde había una iglesia solitaria y eremítica, cerca de una bella fuente, aparejaron una celda, donde pudiese Blanquerna habitar, y dispusieron de un monasterio que había al pie de la montaña cuidase de proveerle allí todos los días de cuanto necesitase. Al entretanto que esto se disponía, de consejo de Blanquerna eligieron por Papa al Cardenal de *Laudamus Te*, quien debieron elegir los Cardenales según se lo demostró el arte de elección. Y luego se tomó para sí el oficio de *Gloria in excelsis Deo*, que

tenía antes Blanquerna, siendo Pontífice, y el oficio del Cardenal fué dado a otro nuevamente elegido, quien entró a ejercer el empleo en lugar del Cardenal de *Laudamus Te*.

CAPITULO CIV

De cómo Blanquerna se despidió del Papa y de los Cardenales, partiéndose para el desierto, donde ya se había prevenido su eremitorio, hasta donde le acompañaron dos Cardenales, por no haber querido quedarse entre los ermitaños de Roma.

EL QUE TIENE VOCACION VERDADERA SUELE SER FIRME Y CONSTANTE EN SU RESOLUCION

1. Levantóse muy de mañana Blanquerna, y celebró privadamente misa del Espíritu Santo. Y algo después el Papa nuevamente electo cantó misa solemne, y predicó y refirió todo el bien y las sabias ordenaciones que su antecesor Blanquerna había hecho en la corte, y cómo por el fervor y deseo de servir a Dios más altamente había renunciado el Pontificado y se iba a hacer penitencia en los altos montes, determinado de estarse en compañía de los árboles, de las aves y de las bestias por toda su vida, para contemplar al Soberano Señor Dios de la Gloria.

2. Tan bueno era el asunto que tenía el Papa hablando de Blanquerna el ermitaño, y lo narraba con tanta energía y devoción, que los Cardenales y el pueblo romano que estaban escuchando el sermón no podían contener el llanto, sintiendo todos que Blanquerna les dejase; y compadeciéndose mayormente de él, porque, siendo ya tan anciano, quería atormentar su cansado cuerpo con la soledad y vida áspera y penitente.

3. Continuaba aún el sermón y el desconsuelo y llanto del pueblo, cuando un ermitaño, que tenía su habitación en las montañas de Roma, dijo al Papa estas palabras: "Señor Padre Santo, en la ciudad de Roma hay muchos ermitaños que viven en el recinto de las murallas de la ciudad, y acontece muchas veces

que algunos de ellos son tentados, y no tienen arte para saber contemplar a Dios y llorar sus pecados; y habiendo Blanquerna instituido muchos oficiales para ordenar el mundo al servicio de Dios, vengo yo aquí de parte de todos los ermitaños de Roma a rogarle que quiera estarse con nosotros en la ciudad de Roma, y que sea nuestro Maestro y nuestro Visitador, tomándose este oficio; pues así será de gran provecho para nosotros y para sí, y podrá perseverar y vivir en la vida eremítica que tanto desea.”

4. El Papa y los Cardenales rogaron mucho a Blanquerna que se quedase y tomase el oficio que decía el ermitaño, por el gran bien que se seguiría de ello, y aun más por el buen ejemplo que daría al mundo. Mas Blanquerna se excusó, diciéndo que por ningún modo se quedaría entre el bullicio de las gentes; y con esto se despidió de todos, y les pidió perdón por si en algo les había ofendido o hubiese faltado, y que rogasen a Dios por él; concluido esto, el ermitaño pidió al Papa aquel oficio que decía tomase Blanquerna, y el Papa se lo otorgó y concedió con su gracia y bendición.

5. Humildes y groseros vestidos tomó Blanquerna, según convenía a la vida eremítica que emprendía, y haciéndoles en la frente la señal de la Cruz, por la cual se nos presenta nuestro Redención, besó los pies y la mano del Papa, y con lágrimas le pidió su gracia y bendición, encomendándose de corazón a Dios; y el Papa le dió su bendición, y llorando le dió un ósculo en la boca, y lo mismo ejecutaron los demás cardenales. Mandó el Papa a dos de ellos le acompañasen hasta la ermita donde había de habitar, y que si hubiera allí algo que necesitase de componer, que lo mandase hacer luego. Los dos Cardenales, y todo el pueblo de Roma con ellos, acompañaronle hasta fuera de la ciudad; y allí Blanquerna rogó mucho a los Cardenales que se retirasen, pues bastante le habían acompañado; mas no quisieron los Cardenales volverse, antes bien, fueron juntos con él hasta la celda que se le había prevenido para su ermita. Había allí una bella fuente y una iglesia antigua y una celda muy decente, que había hecho fabricar el Papa para Blanquerna; y a cosa de una milla distante de la Iglesia había también hecho fabricar una casa

para habitación de un hombre que sirviese a Blanquerna, y le aparejase la comida; para que, sin estorbo en ello, pudiese mejor estarse en contemplación. Aquel hombre era un Diácono muy amado de Blanquerna, quien no quiso dejarle, antes quiso estar en su compañía para ayudarle cada día en Oficio divino.

6. Cuando Blanquerna estuvo en su eremitorio, y estuvo compuesto todo lo preciso y necesario para un ermitaño, los Cardenales llorando se despidieron de Blanquerna con recíprocas demostraciones de cordial y sincero amor, y encomendándose a sus oraciones se volvieron a Roma.

CAPITULO CV

De la santa vida que Blanquerna hacía todos los días en su ermita, y de la contemplación y gozo interior que tenía sirviendo a Dios Nuestro Señor.

MODO CON QUE DEBEN EMPLEAR Y PARTIR EL TIEMPO LOS QUE
VIVEN EN SOLEDAD Y RETIRO

1. Estando Blanquerna en su eremitorio, levantábase a media noche y abría las ventanas de su celda para ver el cielo y las estrellas, y empezaba a orar con la mayor devoción posible, a fin que su alma estuviese toda en Dios y sus ojos en lágrimas y llantos. Después de haberse ocupado hasta Maitines en contemplar y llorar copiosamente, entrábase en la iglesia a tocar Maitines, y luego venía su Diácono y le ayudaba a rezarlas, y al romper del alba celebraba devotamente misa y después decía algunas devotas palabras al Diácono, a fin de enamorarle de Dios; y estando así hablando de Dios y de sus obras lloraban juntos, por la gran devoción que sentían en estos espirituales coloquios. Entrábase, pues, el Diácono en el jardín, y se ocupaba en cultivar los árboles, y Blanquerna salía de la iglesia para recrear su alma de las fatigas que había sostenido en su persona, y esparcía

su vista por los montes y por los llanos, a fin de tomarse algún recreo.

2. Luego que Blanquerna se sentía recreado, entraba en oración y contemplación, o leía la Sagrada Escritura, y el *Gran libro de contemplación* hasta la hora de Tercia, y después rezaba Tercia, Sexta y Nona; y concluidas estas Horas, íbase el Diácono a guisar algunas yerbas o legumbres para la comida de Blanquerna, quien al entretanto entraba en el jardín y cultivaba algunas yerbas, para evitar el ocio y conservar con el ejercicio la salud. Entre medio día y hora de Nona comía y después de haber comido se volvía solo a la iglesia, y allí hacía gracias a Dios. Concluída la oración, empleaba una hora en el recreo o en el jardín o en la fuente, paseándose por aquellos parajes donde mejor se alegrase su alma, y después dormía para poder más fácilmente soportar las fatigas de la noche. Después de haber dormido lavábase las manos y la cara, y se estaba así hasta que tocaba Vísperas, y luego acudía el Diácono; y después de haber dicho las Vísperas decían las Completas, y el Diácono se volvía a su celda, y Blanquerna se quedaba solo, pensando y considerando aquellas cosas que más le agradaban y le parecían más a propósito para disponerse a entrar en oración. Después de puesto el sol subía Blanquerna sobre el terrado de su celda, y allí, hasta la primera hora del sueño, estábase en oración mirando con sus ojos llorosos el cielo y las estrellas, y con el devoto corazón considerando los honores y grandezas de Dios, y las faltas que contra él cometen los hombres de este mundo.

3. Con tanta afección y tan gran fervor estaba Blanquerna contemplando desde puesto el sol hasta la hora del primer sueño, que cuando estaba echado para dormir le parecía estar tratando con Dios en aquel punto, según antes había sido el de su meditación y oración. Este modo de vida tan feliz logró Blanquerna, hasta que las gentes de aquella comarca empezaron a tener particular devoción en visitar el altar de la Santísima Trinidad que había en aquella iglesia, por lo que concurría mucha gente a hacer allí sus vigiliás, estándose las noches en oración, y estorbaban la contemplación y oración de Blanquerna, quien no osaba

decir ni prohibirles que viniesen, por no dar motivo que la gente perdiese la devoción que tenía en visitar aquella iglesia; por cuyo motivo mudó su celda en otro puche distante una milla de la iglesia y de la casa que habitaba su Diácono, y allí dormía y estaba Blanquerna, excusándose de ir a la iglesia mientras había concurso, sin permitir que ningún hombre ni mujer alguna entrase en aquella celda que antes habitaba y había dejado después.

4. Así vivía y estaba el ermitaño Blanquerna, considerando que jamás había gozado vida tan alegre y gustosa, ni había logrado nunca tan buena disposición para exaltar su alma en contemplar a Dios. Quien por su santa vida bendecía y enderezaba a todos los que tenían devoción en frecuentar aquella santa iglesia; y el Papa y los Cardenales, como también todos sus oficiales, mejor se conservaban en su estado y en la gracia de Dios, por la santa vida y oraciones de Blanquerna.

CAPITULO CVI

De cómo el ermitaño de Roma, Visitador de los demás ermitaños, vino a rogar a Blanquerna le compusiese un libro para mantenerlos en la devoción y contemplación de Dios Nuestro Señor; y cómo le prometió hacérselo y enviárselo por su Diácono.

LA LICION DE LOS LIBROS SANTOS ES UNO DE LOS MAS EFICACES
MEDIOS PARA ENFERVORIZAR AL ESPIRITU

I. Aconteció un día que el ermitaño que había en Roma, según llevamos dicho, anduvo a visitar los ermitaños y religiosos que vivían retirados en los montes dentro de Roma, y halló que en algunas cosas tenían muchas tentaciones, porque no sabían portarse de la manera que más convenía a su modo de vida; por lo cual pensó ir al ermitaño Blanquerna a rogarle hiciese un libro que tratase de la vida eremítica, para que los otros ermi-

taños se enseñasen con este libro a saber estar en contemplación y devoción.

2. Estaba Blanquerna en oración un día, cuando aquel ermitaño vino a su celda y le rogó por caridad le compusiese y arreglase aquel libro. Mucho discurrió Blanquerna sobre la materia y el método que elegiría para esta obra; y mientras lo estaba discurriendo, le vino en voluntad de entregarse con mayor esfuerzo a la oración y contemplación, para que en ella Dios le enseñase la materia de que había de componer el libro y método que había de observar en él; y continuó así en sus lágrimas y oración, Dios fué servido de exaltar a la suprema elevación de sus fuerzas su alma, que le contemplaba, y sintióse Blanquerna fuera de sí por el gran fervor y devoción en que estaba; y de aquí pensó en que la fuerza de amor no sigue método ni modo, cuando el amigo ama fuertemente al amado; por lo que le vino en voluntad de hacer un libro del *Amigo y del Amado*, entendiendo por Amigo cualquier fiel y devoto cristiano, y por el Amado a Dios Nuestro Señor.

3. Mientras Blanquerna estaba en esta consideración, se acordó de que en cierta ocasión, siendo él Papa, le refirió un moro que entre ellos había algunas personas religiosas, los cuales son muy respetados y estimados sobre los demás, y se llaman Sofies o Morabutos, que suelen decir algunas parábolas de amor, y breves sentencias, que influyen al hombre gran devoción, y necesitan de exposición, y por la exposición sube el entendimiento más alto en su contemplación, por cuya elevación asciende la voluntad y multiplica más la devoción. Después de haber considerado todo eso, resolvió Blanquerna componer el libro según el dicho método, y dijo al ermitaño se volviese a Roma, que en breve le enviaría por su Diácono el *Libro del Amigo y del Amado*, con el cual podría multiplicar el fervor y la devoción en los ermitaños, que deseaba enamorar de Dios Nuestro Señor.

CAPITULO CVII

Que trata de los diálogos y cánticos de amor que son entre los dos, los cuales son ejemplos abreviados y parábolas (que necesitan de exposición), por las cuales el entendimiento sube más alto en la contemplación y devoción y amor de su Amado; y por esta causa son tantos como hay días en el año, y cada cual basta para contemplar todo un día según el Arte de contemplación. El Amado es Nuestro Señor Dios, como Creador y Recreador; y último fin de cuanto tiene ser; el amigo es cualquier devoto y fiel cristiano, puesto en contemplación y servicio de Aquél. Amor es la caridad y benevolencia con que se aman el amigo y el Amado; y los tres (hablando en Dios simpliciter) son una misma cosa; y en todos modos se distinguen entre sí.

1. Poníase en oración Blanquerna, y consideraba la manera con que contemplaba en Dios y sus virtudes; y saliendo de este ejercicio, escribía lo que había contemplado. Esto hacía todos los días, y mudaba y variaba en la oración nuevas y diversas razones para componer el libro del *Amigo* y del *Amado* de distintas materias y diversos modos, para que pudiese el alma en poco tiempo discurrir de muchas maneras. Comenzó Blanquerna con la bendición de Dios su Libro de contemplación, que se sigue inmediatamente después de este libro del *Amigo* y del *Amado*.

* * *

1. Preguntó el amor a su Amado si había quedado en él alguna cosa que amar. Respondióle el Amado que aquello por lo cual el amor del amigo podía multiplicar se restaba aún por amar.

2. Las sendas por donde el amigo busca a su Amado, largas son y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, e iluminadas de amores.

3. Juntáronse muchos amadores para amar a un Amado, quien les abundaba a todos de amores; y cada uno de ellos tenía por joya y caudal a su Amado, de quien concebía agradables pensamientos, por los cuales sentía gustosas tribulaciones.

4. Lloraba el amigo y decía: “¿Cuándo llegará el tiempo en que cesarán en el mundo las tinieblas y los caminos del infierno, para que cesen las carreras infernales? Y ¿cuándo llegará la hora en que la agua, que acostumbra correr hacia abajo, tomará la inclinación y naturaleza de subir hacia arriba? Y ¿cuándo serán más los inocentes que los culpables? ¡Ah, cuándo se gloriará el amigo de morir por su Amado! Y ¿cuándo verá el Amado a su amigo enfermar por su Amor!”

5. El amigo dijo a su Amado: “Tú que llenas al sol de resplandor, llena mi corazón de amor.” Respondióle el Amado: “A no estar tú lleno de amor, no derramarían lágrimas tus ojos, ni tú habrías venido a este lugar para ver a tu Amado.”

6. Tentó el Amado a su amigo para ver si le amaba perfectamente, y le preguntó de dónde nacía la diferencia que hay entre la presencia a la ausencia del Amado. Respondió el amigo, que de la ignorancia y del olvido, del conocimiento y del recuerdo.

7. Preguntó el Amado a su amigo: “¿Te acuerdas de cosa alguna que yo te haya remunerado, para que tú quieras amarme?” “Sí, respondió el amigo, pues entre los trabajos y placeres que me das no hago diferencia.”

8. “Dime amigo, preguntó el Amado, ¿tendrás paciencia si te doblo tus dolencias?” “Sí, respondió el amigo, con tal que dobles mis amores.”

9. Preguntó el Amado al amigo: “¿Sabes aún lo que es amor?” Respondió el amigo: “Si no supiere qué es amor, sabría qué cosa es trabajo, tristeza y dolor.”

10. Preguntaron al amigo: “¿Por qué no respondes a tu Amado, que te llama?” Respondió el amigo: “Ya me ofrezco a padecer grandes peligros porque El venga, y le hablo ya deseando sus honras.”

11. “Amigo insensato: ¿por qué acabas tu cuerpo, gastas

tu dinero y andas despreciado de las gentes?" Respondió el amigo: "Para honrar los honores de mi Amado, el cual es desamado y deshonrado por más hombres que Amado y honrado."

12. "Dime, fatuo por amor, ¿cuál cosa es más visible: el Amado o el amigo, o el amigo en el Amado?" Respondió el amigo, y dijo: "Que el Amado es visto por amores y el amigo por suspiros, llantos, trabajos y dolores."

13. Buscaba el amigo quién dijese a su Amado, leyendo en un libro, en dónde estaban escritas todas las enfermedades que el amor le daba por su Amado, y todos los agradecimientos que de ello había el Amado.

14. La Reina del Cielo presentó su Hijo al amigo para que le besase el pie, y que escribiese en su libro las virtudes de la Madre de su Amado.

15. "Pajarillo que cantas, dime, ¿te pusiste al resguardo de tu Amado, para que te defienda de desamor y que multiplique en ti el amor?" Respondió el pájaro: "¿Y quién me hace cantar, sino sólo el Señor de amor, quien tiene el amor a deshonor?"

16. Entre temor y esperanza hizo el amor su hospicio, en donde vive por pensamientos y muere por olvido, cuyos fundamentos distan mucho de los deleites y placeres de este mundo.

17. Cuestión hubo entre los ojos y la memoria del amigo, porque los ojos decían que más valía ver al Amado que rememorarle, y la memoria decía que por la recordación suben las lágrimas a los ojos, y el corazón se inflama de amor.

18. El amigo preguntó al entendimiento y a la voluntad cuál de los dos era más cercano de su Amado. Y corrieron los dos, y el entendimiento llegó mucho más presto a su Amado, que no la voluntad.

19. Contienda hubo entre el amigo y el Amado; y lo vió otro amigo, el cual lloró tan largo tiempo, hasta que se hizo la paz entre el Amado y el amigo.

20. Los suspiros y los llantos vinieron al Tribunal del Amado, y preguntáronle por quién de los dos se sentía más

fuertemente amado. El Amado sentenció que los suspiros están más cerca al amor, y los llantos, a los ojos.

21. Vino el amigo a beber en la fuente en donde quien no ama bebiendo se enamora, y después de haber bebido se le doblaron sus langores; y vino el Amado a beber en la misma fuente para redoblar a su amigo sus amores, en los cuales le doblasen sus langores.

22. Enfermó el amigo, y estaba en éxtasis y exceso de pensamientos; el Amado le cuidaba: de mérito le alimentaba, de amor le abrevaba, en la paciencia le recostaba, de humildad le vestía y con verdad le curaba.

23. Preguntaron al amigo en dónde era su Amado. Quien respondió diciendo: "Vedle ahí en una casa más noble que todas las demás noblezas creadas, y vedle ahí en mis amores, en mis langores y en mis llantos."

24. Preguntaron al amigo: "¿Adónde vas?" Y respondió: "Vengo de mi Amado." "¿De dónde vienes?" "Voy a mi Amado." "¿Cuándo volverás?" "Me estaré con mi Amado." "¿Qué tiempo estarás con tu Amado?" "Todo el tiempo que serán en El mis pensamientos."

25. Cantaban los pájaros la alba, y despertóse el amigo, que es alba; y los pájaros acabaron su canto, y el amigo murió en la alba por su Amado.

26. Cantaba el pájaro en el vergel del Amado; vino el amigo, y dijo al pájaro: "Si no nos entendemos por la habla, entendámonos por amor; porque en tu canto, se representa a mis ojos mi Amado."

27. Tuvo sueño el amigo, quien había trabajado mucho en buscar a su Amado, y temió que no se le olvidase su Amado; lloró para no dormirse, y para que no se le olvidase su Amado.

28. Encontráronse el amigo y el Amado, y dijo el Amado al amigo: "No hay necesidad de que me hables; mas hazme señas con tus ojos, que son palabras a mi corazón, que te dé lo que me pides."

29. Desobedeció el amigo a su Amado, y lloró el amigo, y el Amado vino a morir con el vestido de su amigo, para que el

amigo recobrase lo que había perdido, y dióle mayor don que el que había perdido.

30. Prendaba el Amado a su amigo, y no le dolía su desfallecimiento para que fuese de El más fuerte amado, y en el mayor desfallecimiento encontró el amigo mayor.

31. Dijo el amigo: "Los secretos de mi Amado me atormentan, y cuando mis obras no lo revelan, y porque mi boca los tiene secretos y no los revela a las gentes".

32. Las condiciones del amor son: que el amigo sea sufrido, paciente, humilde, temeroso, solícito, confiado y que se arriesgue a grandes peligros para honrar a su Amado; y las condiciones de su Amado son: que es verdadero, liberal, piadoso y justo para con su amigo.

33. Buscaba el amigo devoción en los montes y en los llanos para ver si su Amado era servido, y en todos estos lugares halló falta; y por esto cavó en tierra por ver si en el fondo encontraría cumplimiento, puesto que sobre la haz de la tierra había falta de devoción.

34. "Dime pájaro que cantas de amor, ¿por qué mi Amado me atormenta con amor, puesto que me ha recibido para servidor suyo?" Respondió el pájaro: "Si por amor no padecías trabajos, ¿con qué amarías a tu Amado?"

35. Pensativo iba el amigo por las sendas de su Amado, y resbaló y cayó entre espinas, las cuales, le parecieron rosas y flores, y que fueron cama de amores.

36. Preguntaron al amigo si cambiaría a su Amado por otro alguno. Y respondió diciendo: "¿Cuál otro es mejor, ni más noble que el Soberano Bien eterno e infinito en grandeza, poder, sabiduría, amor y perfección?"

37. Lloraba y cantaba el amigo cánticos de su Amado, y decía que más pronta y más viva cosa es el amor en el corazón del amante, que el relámpago en el resplandor, ni el trueno en el oír; y más viva cosa es la agua en los llantos, que el viento en la fluctuación del mar; y que más cercano es el suspiro al Amado, que el candor a la nieve.

38. Preguntaron al amigo: "¿Por qué su Amado era glo-

rioso?", y respondió: "Porque es gloria." Dijéronle: "¿Por qué era poderoso?" "Porque es poder". "Y ¿por qué es sabio?" "Porque es sabiduría". "Y ¿por qué es amable?" "Porque es Amor".

39. Madrugó el amigo, e iba buscando a su Amado y encontró gente que iba por los caminos, y les preguntó si habían visto a su Amado. Y respondiéronle diciendo: "¿Cuándo fué la hora en que tu Amado estuvo ausente de tus mentales ojos? Respondió el amigo: "Después que yo vi a mi Amado en mis pensamientos, nunca jamás estuvo ausente de mis ojos corporales, porque todas las cosas visibles me representan a mi Amado".

40. Con ojos de pensamientos, langores, suspiros y llantos miraba el amigo a su Amado; y con ojos de justicia, gracia, piedad, misericordia y liberalidad remiraba el Amado a su amigo; y un pájaro cantaba el sobredicho placentero aspecto.

41. Las llaves de las puertas de amor son sobredoradas de consideraciones, deseos, suspiros y llantos; y el cordón de ellas es de conciencia, contrición, devoción y satisfacción por obra; y el portero es justicia, misericordia y piedad.

42. Llamaba el amigo a las puertas de su Amado con alabadas de amor, y el Amado oía los toques del amigo con humildad, piedad, paciencia y caridad. Abriéronse las puertas de la Divinidad y de la Humanidad y entró el amigo a ver a su Amado.

43. Propio y común se encontraron y entre sí se mezclaron para que hubiese benevolencia y amistad entre el amigo y el Amado.

44. Dos son los fuegos que calientan el amor del amigo: el uno es de deseos, placeres y pensamientos; el otro se compone de temor y desmayos, lágrimas y llantos.

45. Deseaba soledad el amigo, y fué a vivir solo, para lograr la compañía de su Amado, sin el cual se halla solitario entre las gentes.

46. Sólo estaba el amigo a la sombra de un bello árbol, y pasando varios hombres por aquel paraje, le preguntaron por qué estaba solo. Respondióles el amigo: "Ahora estoy solo, que os he visto y oído; pues antes tenía la compañía de mi Amado".

47. Con señas de amor se hablaban el amigo y el Amado; y con temor, pensamientos lágrimas y llantos refería el amigo a su Amado las angustias de su corazón.

48. Dudó el amigo si su Amado le faltaría en sus mayores necesidades, y el Amado desenamoró al amigo; más el amigo tuvo contrición y penitencia en su corazón, y el Amado restituyó al corazón del amigo la esperanza y la caridad, y a sus ojos, lágrimas y llantos, para que volviese en el amigo el amor.

49. La misma proporción tiene la cercanía entre el amigo y el Amado, que la distancia, porque como mezcla de vino y agua, se mezclan los amores del amigo y del Amado; y como claridad y resplandor se eslabonan sus amores, y como esencia y ser se acercan y se convienen.

50. Dijo el amigo a su Amado: "En Ti está mi salud y mi dolencia; cuando más perfectamente me sanas, crece más mi langor, y cuando más me enfermas, más salud me das."

51. Suspiraba el amigo, y decía: "¡Oh, y qué cosa es mi amor!" Respondió el Amado: "Tu amor es sello que imprime y sella amor cuando manifiestas a las gentes mis honores".

52. Veíase el amigo apresar y atar, herir y matar por amor de su Amado; y los que le atormentaban, preguntábanle: "¿A dónde está tu Amado? Respondióles el amigo: "Hélo aquí en la multiplicación de mis amores y en la tolerancia que me da en mis tormentos".

53. Dijo el amigo a su Amado: "Yo jamás me excusé ni me aparté de amarte desde que te conocí, pues por Ti, en Ti y Contigo estuve donde quiera que me hallase". Respondió el Amado: "Ni yo, desde que tú me conociste y amaste, te he olvidado, ni jamás te engañé ni te he faltado."

54. Iba el amigo como un loco por cierta ciudad cantando de su Amado, y preguntó la gente si había perdido el seso. Respondió "que su Amado le había robado su voluntad, y que él le había entregado su entendimiento; y por ésto le había quedado sólo la memoria con que se acordaba de su Amado".

55. Dijo el Amado: "Milagro es contra el amor del amigo, que éste se duerma olvidando a su Amado". Respondió el

amigo: "Milagro es también, y contra el amor del Amado, si éste no despierta al amigo, pues que le ha deseado".

56. Subióse el corazón del amigo en las alturas de su Amado, porque no tuviese embarazo de amarle en el abismo de este mundo, y cuando estuvo con su Amado, contemplándole con dulzura y placer. Pero el Amado le hizo bajar a este mundo para que le contemplara con tribulaciones y penas que da el amor.

57. Al Amigo preguntaron: "¿Cuáles son tus riquezas?" Respondióles: "Las pobrezaas que por mi Amado padezco". "Y ¿cuál es tu descanso?" "El desfallecimiento que por amor me da". "¿Y quién es tu médico?" "La confianza que tengo de mi Amado" "Y ¿quién es tu maestro?" Respondió "que las significaciones que las criaturas le dan de su Amado".

58. Cantaba una avecilla en un ramo lleno de hojas y flores, y el viento movía las hojas y esparcía el olor de las flores. Preguntaba el amigo a la avecilla "qué significaba aquel movimiento de las hojas y el olor de las flores". Respondió "que las hojas en su movimiento significan obediencia, y el olor de las flores el tolerar tribulaciones y angustias".

59. Iba el amigo deseando a su Amado, y encontróse con dos amigos, quienes con amor y llanto se saludaron, se abrazaron y besaron. Desmayóse el amigo, pues tan vivamente le hicieron los dos amigos memoria de su Amado.

60. Pensó el amigo en la muerte, y temióla, hasta que se acordó de su Amado, y con alta voz dijo a los que tenía presentes: "¡Oh, señores, amad mucho, para que no temáis la muerte, ni los peligros en honrar y servir a mi Amado".

61. Preguntaron al amigo "en dónde tuvieron el primer principio sus amores". Y respondió "que en la nobleza de su Amado, y de aquel principio se inclinó amar a su Amado, a sí mismo, y al prójimo; y a desamar al engaño y a la falsedad".

62. "Dime, insensato por amor, si tu Amado te desamaba, ¿qué harías?" Respondió y dijo: "Amaríale para no morir, puesto que el desamor es muerte y el amor es vida".

63. Preguntaron al amigo qué cosa era perseverancia. Y respondió "que era bienaventuranza y tribulación en el amigo

que persevera en el amar, honrar y servir a su Amado con fortaleza, paciencia y esperanza”.

64. Dijo el amigo a su Amado que le diese la paga del tiempo que le había servido. Tomó el Amado en cuenta sus pensamientos, deseos, llantos, peligros y trabajos que por su amor había padecido el amigo, y añadió el Amado a la cuenta la eterna bienaventuranza, y se dió a sí mismo en paga a su amigo.

65. Preguntaron al amigo qué cosa era bienaventuranza. Y respondió “que tribulación padecida por amor”.

66. Mas preguntaron al amigo qué cosa era miseria. Y respondió el amigo: “Cumplir en este mundo sus deseos, puesto que a deleites brevísimos se siguen perpetuos tormentos en el infierno”.

67. “Dime, loco, ¿qué cosa es tribulación?” Respondió “que memoria de los desacatos que se hacen a mi Amado, digno de toda honra”.

68. Volvió el amigo a mirar un lugar, en donde había visto a su Amado, y dijo: “¡Oh lugar, que me haces presentes las bellas costumbres de mi Amado, dirásle que yo por su amor padezco trabajos y fatigas!” Respondió el lugar: “Cuando en mi estaba tu Amado, padecía por tu amor mayores trabajos, y tribulaciones mayores que todas las que pueden dar a sus siervos el amor.”

69. Decía el amigo a su Amado: “Tú eres todo, y por todo, y en todo y con todo. A Ti quiero entregarme todo para tenerte todo.” Respondió el Amado: “No puedes tenerme si no eres mío todo.” Dijo el amigo: “Tenme a mí todo y yo téngate a Ti todo.” Respondió el Amado: “Si tú me tienes todo, ¿qué tendrá tu hijo, tu hermano y tu padre?” Dijo el amigo: “Tal todo eres Tú, que puedes abundar y ser todo de cada uno, que a Ti se te entrega todo.”

70. Entró el amigo en un delicioso prado y vió a muchas jóvenes que perseguían muchedumbre de mariposas, y hollaban las flores, y cuanto más porfiaban en agarrarlas, tanto más alto volaban las mariposas. De que discurrió el amigo que tales son

aquellos que con curiosas sutilezas piensan comprender a su Amado, quien abre las puertas a los simples y las cierran a los sutiles; y la Fe muestra aquél en sus secretos por la ventana del amor.

71. Extendió y dilató el amigo sus pensamientos en la grandeza y duración de su Amado, y no halló en El principio, ni medio, ni fin; y dijo el Amado: "Mentecato, ¿qué es lo que me dices?" Respondió el amigo: "Mido el mayor con el amor, el cumplimiento con la falta, la infinidad con la cantidad y con el temporal la eternidad, a fin que la humildad, la paciencia, la fe, la esperanza y la caridad sean más vivas en mi memoria."

72. Preguntaron al amigo qué hombres le parecían más enfermos. Respondió: "Que los ciegos que oyen a los médicos del Amado, y, viendo a ellos, no los reciben para su propia curación; puesto que es suma felicidad ver a mi Amado, y pena horrible el no poderle ver."

73. Las sendas del amor son largas y breves, porque el amor es claro, puro, limpio, verdadero, sutil; siempre fuerte, diligente, resplandeciente y abundante de nuevos pensamientos y de antiguos recuerdos.

74. Preguntaron al amigo cuáles eran los frutos de amor. Y respondió "que placeres, pensamientos, deseos, suspiros, ansias, trabajos, peligros, tormentos y dolencias, puesto que sin estos frutos no se deja tocar el amor de sus servidores".

75. Muchas gentes estaban en presencia del amigo, quien se quejaba de su Amado porque no aumentaba sus amores; y quejábase del amor, porque le daba trabajos y dolores. Excusábase el Amado diciendo: "Que los trabajos y dolores de que acusaba el amor era multiplicación de amores."

76. "Dime, fatuo, ¿cómo no hablas?, ¿y qué es esto en que estás turbado y pensativo?" Respondió: "Pienso en las bellezas de mi Amado y en las semejanzas de las felicidades y dolores que traen y dan los amores."

77. "Dime, fatuo, ¿cuál fué primero, tu corazón o el amor?" Respondió "que a un mismo tiempo fueron su corazón y su amor; porque a no serlo, el corazón no fuera creado para amar, ni el amor para pensar".

78. Al insensato de amor preguntaron en dónde comenzó primero su amor: si en los secretos de su Amado, o si en revelarlos a las gentes. Respondió "que el amor, siendo perfecto, no hace en esto diferencia, porque con secreto tiene secreto el amigo los secretos de su Amado, y revélales con secreto, y en la misma revelación los tiene secretos".

79. Secreto de amor sin revelación da pena y sentimiento, y revelar el amor da temor y fervor; y por esto el amigo en cualquiera manera desfallece.

80. Llamó el amor a sus amantes y díjoles que le pidiesen los dones más deseables; y ellos pidieron al amor les vistiese y adornase de sus facciones, por que fuesen al Amado más aceptos y agradables.

81. Llamó el amigo con voz alta a las gentes y díjolas que amor mandaba que amasen caminando, estando sentados, velando y durmiendo, hablando y callando, comprando y vendiendo, riendo, ganando y perdiendo, en placeres y penas; y que en cualquiera cosa que hiciesen amasen en todas, que así lo mandaba el amor.

82. "Dime, hombre sin seso, ¿cuándo vino en ti el amor?" Respondió "que en aquel tiempo, cuando me enriqueció y pobló mi corazón de pensamientos, deseos, suspiros y desfallecimientos, y llenó mis ojos de lágrimas y llantos". "¿Qué te trajo amor?" "Hermosas facciones, honores y valores de mi Amado." "¿En dónde vinieron?" "En la memoria y en el entendimiento." "¿Con qué las recibiste?" "Con caridad y esperanza." "¿Con qué las guardas?" "Con justicia, prudencia, fortaleza y templanza."

83. Cantaba el Amado, diciendo "que poco sabía el amigo de amor si se avergonzaba de alabar a su Amado, y si temía honrarle en aquel lugar en donde es más deshonrado; y poco sabe amar quien se enfada de tribulaciones, y quien desconfía de su Amado, y quien no hace concordancia de amor y esperanza".

84. Envió el amigo sus cartas a su Amado, en que le decía: "Si había otro amante que le ayudase a llevar y a sufrir los grandes afanes que padece por su amor." Y el Amado respondió

a su amigo: "Que no había en él con qué le pudiese hacer injuria ni falta".

85. Al Amado preguntaron por el amor de su amigo. Y respondió "que el amor de su amigo es una mezcla de gozo y tribulación, de temor y confianza". Al amigo preguntaron por el amor de su Amado. Respondió "que el amor de su Amado es influencia de infinita Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría, Caridad y Perfección, la que influye el Amado a su amigo".

86. "Dime, fatuo por amor, ¿qué cosa es maravilla?" Respondió "que amar más las cosas ausentes que las presentes, y amar más las cosas visibles corruptibles que las invisibles e incorruptibles".

87. Buscando el amigo a su Amado, encontró a un hombre que moría sin amor y dijo: "¡Ah, qué daño tan grande es que los hombres, de cualquiera suerte que mueran, mueran sin amor!" Por esto dijo el amigo al moribundo: "Dime hombre, ¿por qué mueres sin amor?" Respondió: "Porque sin amor vivía."

88. Preguntó el amigo a su Amado "cuál era mayor: ¿o amor, o amar?" Respondió el Amado "que en la criatura, amor era el árbol, y amar era su fruto, y los trabajos y fatigas son las hojas y las flores. Pero que en Dios, amor y amar eran una misma cosa, sin algún trabajo o pena".

89. Estaba el amigo lánguido y triste, a causa de la superabundancia de pensamientos, y por esto envió a rogar a su Amado, le permitiese algún libro donde estuviesen escritas sus bellezas, para que le diese algún remedio. Remitió el Amado a su amigo el libro, y se le doblaron sus enfermedades y trabajos.

90. Enfermó de amor el amigo y entró a visitarle un médico, quien aumentó sus dolencias y sus pensamientos, y el amigo en aquella misma hora sanó.

91. El amigo y el amor salieron a recrearse hablando del Amado, quien se les hizo presente. Lloró el amigo y quedó en éxtasis, y el amor se anonadó en el desmayo del amigo. Hizo volver en sí el Amado a su amigo, haciéndole memoria de sus bellezas y facciones.

92. Decía el amigo al Amado que venía a su corazón por

muchas sendas, y por muchas se le hacía presente a sus ojos, y que con muchos nombres le nombraba su habla. Mas que el amor con que le vivificaba y mortificaba no era más que uno solo.

93. Enseñóse a su amigo el Amado vestido de vestiduras nuevas y encarnadas, y extendió sus brazos para que le abrazase, e inclinó su cabeza para que, besándole, le diese ósculo de paz, y está en alto para que le pueda encontrar.

94. Ausentóse el Amado de su amigo, y buscaba el amigo a su Amado con su memoria y entendimiento para poderle amar. Halló el amigo a su Amado, y preguntóle adónde había estado. Respondióle "que en la ausencia de su recuerdo, y en la ignorancia de su inteligencia".

95. "Dime, insensato por amor, ¿te avergüenzas de las gentes cuando te ven llorar por tu Amado?" Respondió "que vergüenza sin pecado es por falta de amor en quien no sabe amar".

96. Sembró el Amado en el corazón del amigo deseos, suspiros, virtudes y amores. Regó el amigo aquellas semillas con lágrimas y llantos, y sembraba el Amado en el cuerpo del amigo trabajos, tribulaciones y enfermedades. Sanaba el amigo a su cuerpo con esperanza, devoción, paciencia y consuelo.

97. En una pomposa fiesta tuvo el Amado grande concurso de muy honrados varones; hízoles espléndidos convites, y dióles grandes dones. Vino en aquella corte el amigo, y preguntóle el Amado: "¿Quién te ha llamado para que vinieras a mi corte?" Respondióle el amigo: "Necesidad y amor me han obligado a que viniese a ver tus bellas facciones, tu gracioso gesto, tus adornos y tu gloria."

98. Preguntaron al amigo de quién era. Respondióles que del amor. "¿De qué eres?" "De amor." "¿Quién te engendró?" "Amor." "¿En dónde naciste?" "En amor." "¿Quién te crió?" "Amor." "¿De dónde vienes?" "De amor." "¿Adónde vas?" "A amor." "¿En dónde habitas?" "En amor." Preguntáronle más: "¿Tienes otra cosa más que amor?" Respondió: "Sí: injurias, culpas y pecados contra mi Amado." "¿En tu Amado hay perdón?" Dijo el amigo "que en su Amado había misericordia y justicia, y por esto su hospicio era entre temor y esperanza;

porque la misericordia le obligaba a esperar, y la justicia, a temer”.

99. Ausentóse de su amigo el Amado. Buscóle el amigo con sus pensamientos, y con lenguaje de amor preguntaba por El entre los hombres.

100. Encontró el amigo a su Amado despreciado entre las gentes, y díjole “que grande agravio se hacía a sus honores”. Respondiéndole el Amado “que padecía agravios por faltarle siervos y amantes devotos”. Lloró el amigo, y se le aumentó su dolor; y el Amado le consolaba enseñándole sus acatamientos, su semblante y magnificencia.

101. La luz del aposento del Amado vino a iluminar el aposento del amigo para expeler las tinieblas y llenarle de placeres, desfallecimientos y pensamientos de amor. Y el amigo echó fuera de su aposento todas las cosas, para que descansase en él su Amado.

102. Preguntaron al amigo qué empresa llevaba en su estandarte el Amado. Respondió el amigo “que de un hombre muerto”. Dijéronle por qué llevaba tal empresa. Respondió: “Porque El fué hombre muerto y crucificado por amor, para que los que se glorian de amantes le sigan.”

103. Vino el Amado a hospedarse en casa de su amigo, y el mayordomo le pidió la paga del hospedaje; mas díjole el amigo que su Amado debía ser acogido graciosamente, y aun con donativo, porque mucho tiempo ha que el Amado pagó el precio de todos los hombres.

104. Juntáronse la memoria y la voluntad, y subieron en la montaña del Amado, para que el entendimiento se exaltase y el error del amigo se duplicase en amar a su Amado.

105. Cada día los suspiros y los llantos son mensajeros entre el amigo y el Amado, para que haya entre los dos consuelo y compañía, amistad y benevolencia.

106. Deseaba el amigo a su Amado viéndose lejos de El, y remitióle sus pensamientos para que le trajesen la bienaventuranza de su Amado, en la cual por largo tiempo le había entretenido.

107. El Amado dió a su amigo el don de lágrimas, suspiros, penas, pensamientos y dolores, con cuyo beneficio servía el amigo a su Amado.

108. Rogaba el amigo a su Amado le diese libertad, paz y honra en este mundo; y el Amado enseñó sus bellezas a la memoria y al entendimiento del amigo, y dióse por objeto a su voluntad.

109. Preguntaron al amigo en qué consistía el honor. Respondió "que en entender y amar a su Amado." Preguntáronle en qué estaba el deshonor. Y respondió "que en olvidar y no amar a su Amado".

110. Amado mío, el amor me atormentaba, hasta que le dije que Tú estabas presente en mis tormentos; y entonces el amor mitigó sus dolencias, y Tú, ¡oh, Amado!, en premio, multiplicaste mi amor, quien me dobló los tormentos.

111. El amigo en la senda del amor encontró al amante que no hablaba; mas con llantos, tribulaciones y macilento rostro acusaba y reñía al amor. Este se excusaba con la lealtad, esperanza, sabiduría, devoción, paciencia, fortaleza, templanza y bienaventuranza; y por esto reprendió el amante, que se quejaba del amor, mientras que tan nobles dones le había dado.

113. Iba el amigo a una tierra extraña, en donde pensaba encontrar a su Amado, y por el camino le embistieron dos leones. El amigo temió la muerte, pues deseaba vivir para servir a su Amado, y envió su recuerdo a su Amado, para que amor asistiese a su tránsito, y con él pudiese mejor padecer la muerte. Mientras que el amigo se acordaba de su Amado, vinieron con mansedumbre los leones al amigo, a quien lamieron las lágrimas de sus llorosos ojos y le besaron las manos y los pies; y el amigo prosiguió en paz su camino en busca de su Amado.

114. Andaba el amigo por montes y llanos, y no podía encontrar puerta por dónde pudiese salir de la cárcel del amor, que largo tiempo le había tenido encarcelado el cuerpo, sus pensamientos, sus deseos y placeres. Mientras que el amigo iba así ansioso, encontró a un ermitaño, que dormía cerca de una hermosa fuente. Despertó el amigo al ermitaño, a quien preguntó

si soñando le había visto a su Amado. Respondióle éste “que igualmente encarcelados estaban sus pensamientos en la cárcel del amor, velando y durmiendo”. Mucho gustó al amigo encontrar compañero en cárcel; y lloraron mucho los dos, porque no tenía el Amado muchos de estos amadores.

115. Preguntaron al amigo cuál era la fuente de amor. Respondió “que aquella en donde el Amado nos ha limpiado de nuestras culpas, y en la cual da de balde agua viva, de la cual, quien bebe, logra vida eterna en amor sin fin”.

116. No hay en el Amado cosa alguna en que el amigo no tenga sus ansias y tribulaciones, ni tiene el amigo en sí cosa alguna en que el Amado no tenga placer y señorío; y por esto el amor del Amado está en acción, y el amigo, por amor, está en dolores y pasión.

117. En un ramo cantaba una avecilla, diciendo “que daría un nuevo pensamiento de amor a quien le diese dos”. Dió el ave el nuevo pensamiento al amigo, y éste le dió dos al ave, para que le prolongase sus tormentos; y el amigo sintió multiplicados sus dolores.

118. Encontráronse el Amado y el amigo, y de su encuentro fueron testigos las saluciones, abrazos y ósculos, las lágrimas y llantos. Preguntó el Amado al amigo por su estado, y quedó confuso y turbado el amigo en presencia de su Amado.

119. Lucharon entre sí el amigo y el Amado, y pusieronlos en paz sus amores, y fué cuestión: ¿cuál puso entre ellos mayor amistad?

120. Amaba el amigo a todos los que tenían a su Amado, y temía a todos los que no le tenían; y de aquí resultó esta duda: ¿Cuál era mayor en el amigo: amor, o temor?

121. Creía el amigo seguir a su Amado, y pasaba por un camino, en donde había un león muy fiero, que mataba a cuantos pasaban por allá perezosamente y sin devoción; y decía el amigo: “Al que no teme a mi Amado, le conviene que todo lo tema; y quien le teme, conviene que en todo tenga osadía y ardimiento.”

122. Preguntaron al amigo qué cosa sea ocasión, y respon-

dió "que ocasion es placer en penitencia, entendimiento en conciencia, esperanza en paciencia, santidad en abstinencia, consolación en reminiscencia, amor en diligencia, lealtad en vergüenza, riqueza en pobreza, paz en obediencia y guerra en malevolencia".

123. Iluminó el amor el nublado que media entre el amigo y el Amado, e hizole así claro y resplandeciente como la luna en la noche, como la aurora en la alborada, como el sol en el día y como el entendimiento en la voluntad, y por aquella nube así resplandeciente y clara se hablaban el amigo y el Amado.

124. Preguntaron al amigo cuáles eran las mayores tinieblas. Respondió "que la ausencia de su Amado"; y preguntado cuál era el resplandor mayor, dijo "que la presencia de su Amado".

125. La seña del Amado aprende el amigo quien por amor se halla en tribulaciones, suspiros, llantos, pensamientos y desprecios de las gentes.

126. Escribía el amigo estas palabras: "Alégrase mi Amado porque le envío mis pensamientos, y por El lloran y están en continuas lágrimas mis ojos, y siento langores, y sin El ni vivo, ni toco, ni veo, ni oigo, ni huelo."

127. "¡Oh, entendimiento y voluntad, gritad y despertad los perros grandes, que duermen olvidando a mi Amado! ¡Oh, ojos, llorad! ¡Oh, corazón, suspira! ¡Oh, memoria, acuérdate del deshonor grande que a mi Amado hacen aquellos a quienes El tanto ha honrado en este mundo!"

128. Aumentóse la enemistad que hay entre las gentes y mi Amado. Mas no por eso deja mi Amado de prometerles dones y retribución; y con justicia y sabiduría amenaza a la memoria y voluntad de aquellos que desprecian sus promesas y sus amenazas no estiman; y de aquí es que su miseria y su mal les viene por su culpa, y no por mi Amado.

129. Acercábase el Amado al amigo para consolarle; éste contentóse de las penas que padecía y de su llanto; y cuanto más el Amado se le acercaba, tanto más amargamente lloraba y sentía las deshonoras que hacían a su Amado.

130. Con pluma de amor, tinta de lágrimas y papel de pa-

sión escribía el amigo a su Amado unas cartas, en que le decía que la devoción tardaba y el amor moría, y que la falsedad y el error, sus enemigos, se multiplicaban en el mundo.

131. Atábanse los amores del amigo y del Amado con memoria, entendimiento y voluntad, para que el amigo y el Amado no se dividiesen; y la cuerda con que estos dos amores se ataban era de pensamientos, suspiros, enfermedades y llantos.

132. Recostado estaba el amigo en el lecho del amor; las sábanas eran de placeres, el cobertor de enfermedades y la almohada de llantos; y dudábase si la tela de la almohada era de la tela de las sábanas, o de la leta del cobertor.

133. Vestía el Amado a su amigo con manteo, sotana y sayo, y le hacía jubón de amor, camisa de pensamientos, medias de tribulaciones y guirnalda de llantos y suspiros.

134. Rogaba el Amado a su amigo que no le olvidase; el amigo le decía "que no podía olvidarle, pues no podía ignorarle".

135. Decía el Amado al amigo "que en aquel lugar donde más se teme el alabarle, le alabase y defendiese". Respondía el amigo "que le abasteciese de amores". Respondió el Amado "que por su amor se había encarnado y fué crucificado y muerto".

136. Decía el amigo a su caro Amado "que le enseñase medio de hacerle conocer, amar y alabar a las gentes". Llenó el Amado de devoción, paciencia, caridad, tribulaciones, pensamientos, suspiros y llantos al amigo; y vino en su corazón osadía para alabarle, y en su boca alabanzas de su Amado, y en su voluntad desprecio de la murmuración de las gentes que juzgan falsamente.

137. El amigo, gritando a las gentes, decía: "Quien verdaderamente se acuerda de mi Amado, en las circunstancias de su recuerdo, olvida todas las cosas; y quien todo lo olvida para acordarse de mi Amado, de todo le defiende mi Amado y le da parte de todo."

138. Preguntaron al amigo "de dónde nacía el amor, de qué vivía y por qué moría". Respondió el amigo "que amor nacía de recuerdo, vivía de inteligencia y moría por olvido".

139. Olvidó el amigo todo cuanto está bajo el alto cielo, para que el entendimiento pudiese subir más alto a conocer al Amado, a quien la voluntad deseaba entender, contemplar, alabar y predicar.

140. Iba el amigo a pelear en honra de su Amado, y llevaba en su compañía fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza con que venciese a los enemigos de su Amado; y el amigo hubiera sido vencido a no ayudarle su Amado, y a no haberle enseñado sus noblezas y significado su voluntad.

141. Deseaba el amigo pasar al último fin, por el cual amaba a su Amado, y los otros fines impedían su tránsito; y por ésto, los dilatados deseos y pensamientos dábanle tristeza y pena.

142. El amigo se consolaba y alegraba en las noblezas de su Amado. Mas a poco rato se acordó del desorden de este mundo, y sus ojos se llenaron de lágrimas por la redundancia de su dolor y tristeza.

143. Adolecía el amigo a causa de la sobreabundancia de pensamientos y deseos, y le fué propuesta esta cuestión: ¿qué sentía más vivamente: los placeres, o los tormentos?

144. El amigo era mensajero del Amado para con Príncipes cristianos e infieles, a fin de enseñarles el Arte y sus principios, para que pudiesen conocer y amar las dignidades de su Amado.

145. Si ves a un amante adornado con ricos vestidos, honrado por vanagloria y gordo por comer, beber y dormir, sepas que ves en él condenación y tormentos. Pero si ves a un amante con pobres vestidos, despreciado de las gentes, pálido el semblante y macilento a causa de los ayunos y vigiliás, sepas que ves en él salvación y eterna bendición.

146. Lamentóse el amigo, y quejóse su corazón del ardor de su amor, y pensó morir. Compadecióse de ello el Amado, y pidióle el amigo consuelo de paciencia, esperanza y tribulación.

147. Dijo el amigo: "Al que en todo tiempo es cautivo no se le debe dar salario, ni premio de sus trabajos, ni menos al que debe más de lo que puede pagar"; y por esto reprendió a los

amantes indiscretos, que no hacen diferencia entre la gracia y el premio.

148. Considerando el amigo el tiempo pasado, lloraba por lo que había perdido; sin que nadie le pudiese consolar, porque sus pérdidas eran irrecuperables.

149. Crió Dios la noche para que el amigo velara y pensara en las noblezas de su Amado, y pensaba el amigo que la hubiese criado para que reposaran y durmieran los que se fatigaron por amor.

150. Escarnecían y reprendían las gentes al amigo porque andaba como fatuo por amor. El amigo menospreciaba sus escarnios, y corregía a las gentes porque no amaban a su Amado.

151. Decía el amigo: "Vestido estoy de vil sayal; mas el amor viste mi corazón de agradables pensamientos, y mi cuerpo, de vestiduras de llanto, lágrimas y penas."

152. Cantaba el Amado, diciendo: "Encaminé a mis loadores a que alabasen mis valores; y los enemigos de mi honor les atormentaban, teniéndoles en grande desprecio; y por esto Yo envié a mis amigos a que sientan y lloren mis afrentas, y sus lamentos y llantos nacieron de mi amor."

153. Juraba el amigo al Amado que por su amor amaba y padecía trabajos y penas, y por esto rogábale que le amase y se compadeciese de sus penas y trabajos. Juró el Amado que era naturaleza y propiedad de su amor el amar a todos los que le amaban, y el apiadarse de todos los que padecían trabajos por su amor. Alegróse el amigo, y consolóse en la naturaleza y propiedad esencial de su Amado.

154. Vedó el Amado a su amigo el hablar, y éste se consolaba en sola la vista de su Amado.

155. Tanto lloró y llamó el amigo a su Amado, hasta que éste descendió de las soberanas alturas de los cielos y vino a la tierra a llorar, compadecerse y morir por amor, y para enseñar a los hombres a amar y a conocer sus honores.

156. Quejábase el amigo de los cristianos, porque no ponen el nombre de su Amado Jesucristo en el principio de sus cartas, para que por lo menos le hagan aquella honra que hacen los sa-

rracenos a Mahoma, hombre falaz y pecador, cuyo nombre ponen en el principio de sus cartas para honrarle.

157. Encontró el amigo a un escudero macilento, descolorido y vestido pobremente, el cual iba pensativo. Saludó éste al amigo, diciéndole: "Que Dios le encaminase al encuentro de su Amado." Preguntóle el amigo "en qué le había conocido". El escudero le respondió "que unos secretos de amor revelan los otros, y que por esto unos amantes conocen a los otros".

158. Las noblezas, los honores y las buenas obras del Amado son tesoro y riquezas del amigo; y el tesoro del Amado son los pensamientos y deseos, los tormentos, los llantos y las lágrimas que sufre el amigo por honrar y amar a su Amado.

159. Un numeroso ejército y una grande multitud de hombres expertos se han juntado, los cuales llevan bandera de amor, en donde está la imagen y divisa de su Amado, y no quieren que en su compañía vaya hombre alguno que no tenga amor, para que su Amado no reciba de ello deshonor.

160. Los hombres, que demuestran ser locos por amontonar dinero, mueven al amigo a ser loco por amor; y el rubor que el amigo tiene de andar como loco entre las gentes, le da modo cómo sea amado y apreciado de las gentes; y por esto, es cuestión cuál de los dos motivos es mayor ocasión de amor.

161. El amor entristeció al amigo por exceso de pensamientos; cantó el Amado, y alegróse el amigo habiéndole oído; y fué cuestión, cuál de estas dos cosas fué mayor ocasión de multiplicar el amor en el amigo.

162. En los secretos del amigo están revelados los secretos del Amado, y en los secretos del Amado están revelados los secretos del amigo; y es cuestión, cuál de estos dos secretos es mayor ocasión de revelación.

163. Preguntaron al fatuo por cuál señal era conocido su Amado. Respondió "que por misericordia y piedad, que están esencialmente en la voluntad sin mutación alguna".

164. Por el particular amor que tenía el amigo a su Amado amaba el amigo el bien común más que el particular, porque su

Amado en general fuese conocido, loado y deseado por todo el mundo.

165. Amor y desamor se encontraron en un vergel, en donde el amigo y el Amado lloraban secretamente; y amor preguntó a desamor a qué fin había venido allá. Respondióle "que para desenamorar al amigo y deshorrar al Amado". Mucho disgustó esto que dijo el desamor al Amado y al amigo, y multiplicáronse ambos su amor, para que el amigo venciera y destruyera a desamor.

166. "Dime, fatuo por amor, ¿en qué sientes mayor complacencia: en amar, o en aborrecer?" Respondió "que en amar, porque aborrecía para poder amar".

167. "Dime amador, ¿en qué tienes más inteligencia: en entender verdad, o falsedad?" Respondió "que entender verdad; mas que entendía la falsedad, para poder entender mejor la verdad".

168. Entendió el amigo que él era amado de su Amado, y preguntóle si su amor y su misericordia eran en El una misma cosa. Afirmó el Amado "que en su esencia no tienen diferencia su amor y su misericordia"; y díjole por esto el amigo "que por qué su amor le atormentaba, y por qué no le curaba de sus males su misericordia". Respondióle el Amado "que su misericordia le daba dolencias para que con ellas honrase más vivamente a su amor".

169. Quiso el amigo pasar a tierras extrañas para honrar a su Amado, y quiso disfrazarse para no ser conocido ni apresado en el camino; y jamás pudo quitar los llantos de sus ojos, ni apartar de su rostro la flaqueza y palidez, y por estas señas fué conocido y apresado en el camino, y entregado a tormentos por los enemigos de su Amado.

170. Detenido en la cárcel del amor estaba el amigo; guardábanle pensamientos, deseos y memorias, porque no huyese de su Amado; enfermedades le atormentaban; paciencia y esperanza le consolaban: moríase el amigo; mas el Amado se le manifestó a sí mismo, a cuya vista recobró el aliento el amigo.

171. Encontró el amigo a su Amado; conocióle, y lloró.

Corrigióle el Amado, porque no lloraba antes de conocerle, y preguntóle "en qué le había conocido, puesto que antes no lloraba". Respondióle el amigo "que en su recuerdo, inteligencia y voluntad, en donde se aumentó el amor, luego que le tuvo presente a sus ojos corporales".

172. Preguntó el Amado a su amigo "qué cosa era amor". Y respondióle "que presencia de facciones y palabras del Amado en el corazón del amante que suspira y adolece por desear al Amado; y amor es un hervor de osadía y de temor por fervor; amor es la fina voluntad en desear a su Amado; amor es aquello que mata al amigo cuando oye cantar las bellezas de su Amado, y amor es aquello en que está mi muerte y en que está mi voluntad todos los días".

173. La devoción y el dolor y la ausencia enviaron los pensamientos por mensajeros al corazón del amigo, para que subiesen las lágrimas a los ojos, que querían cesar del llanto en que habían perseverado mucho tiempo.

174. Decía el amigo: "Si vosotros, amantes, queréis fuego, venid a mi corazón y encended en él vuestras lágrimas; y si queréis agua, venid a las fuentes de mis ojos, que corren en lágrimas; y si queréis pensamientos de amor, venid a tomarlos de mis recuerdos."

175. Aconteció un día que el amigo pensaba en el amor grande que tenía a su Amado y en los grandes trabajos y peligros en que se había visto largo tiempo por su amor; por lo cual discurrió que había de ser grande su premio. Mientras que pensaba en esto, el amigo se acordó que ya su Amado le había pagado, porque le había enamorado de sus perfecciones y porque por su amor le había dado penas.

176. Limpiaba el amigo su rostro y sus ojos de las lágrimas que por amor derramaba, a fin de no descubrir las penas que le comunicaba su Amado, quien dijo al Amigo "por qué ocultaba a los demás amantes las señales de amor, pues se las había dado para que les enamorase a honrar sus valores".

177. "Dime, hombre que por amor andas como fatuo, ¿hasta cuándo serás cautivo y sujeto a llorar y padecer trabajos y

penas?" Respondió: "Hasta que el Amado hará de mi alma y mi cuerpo separación."

178. "Dime, insensato por amor, ¿tienes dinero?" Respondió: "Tengo a mi Amado." "¿Tienes villas, castillos o ciudades, reinos, condados, baronías, ni dignidades?" Respondió: "Tengo amores, pensamientos, deseos, llantos, trabajos y enfermedades por mi Amado, que son mejores que imperios ni reinos."

179. Preguntaron al amigo en qué conocía la sentencia de su Amado. Respondió "que en la igualdad de los placeres y trabajos a que su Amado juzgaba a sus amantes".

180. "Dime, fatuo, ¿quién sabe más de amor: el que tiene placeres, o el que tiene trabajos y penas?" Respondió "que por el uno sin el otro no se puede tener conocimiento de amor".

181. Preguntaron al amigo "por qué no se defendía de las faltas y falsos crímenes de que le acusaban las gentes". Respondió "que porque había de defender a su Amado, a quien las gentes blasfemaban falsamente; y porque el hombre, en quien puede haber error o engaño, no es casi digno de alguna excusa".

182. "Dime, fatuo, ¿por qué defiendes al amor, cuando maltrata y atormenta tu cuerpo y aflige tu alma?" Respondió: "Porque me aumenta el mérito y la gloria."

183. Lamentábase el amigo, y quejábase a su Amado, porque mandaba que el amor le atormentase con tanta fuerza. Excusábase el Amado, aumentándole pensamientos, trabajos, peligros, lágrimas y llantos.

184. "Dime, fatuo, ¿por qué excusas a los culpables?" Respondió: "Para no ser semejante a los que acusan a los inocentes a los culpables."

185. Elevó el Amado el entendimiento del amigo a entender a sus alturas, para que el entendimiento inclinase la memoria a memorar sus propios defectos y la voluntad les aborreciese, y subiese a amar las perfecciones del Amado.

186. Cantaba el amigo cánticos de su Amado, diciendo que era tanta la voluntad que le tenía, que todo cuanto por la voluntad de su Amado aborrecía, le daba mayor placer y gloria que todas las cosas que amaba sin el amor de su Amado.

187. Iba el amigo por una gran ciudad, y preguntaba si encontraría algún hombre con quien pudiese hablar a todo su gusto de su Amado. Enseñáronle un hombre pobre, que lloraba por amor, y buscaba compañero con quien pudiese hablar de amor.

188. Pensativo estaba y entretenido consigo mismo el amigo, discurriendo cómo sus trabajos y penas podían tener principios en la grandeza de su Amado, que tiene en sí tanta gloria: y acordóse del sol, quien, aunque esté tan alto, se infunde todo aquí abajo a los ojos débiles.

189. Los pensamientos del Amado estaban entre el olvido de sus tormentos y el recuerdo de sus placeres; porque los placeres que goza del amor le hacen olvidar la fatiga de los trabajos, y los tormentos que amor padece le hacen recordar la felicidad que logra por amor.

190. Preguntaron al amigo si era posible que su Amado olvidase el amarle. Respondió "que no, mientras que su memoria se acordase de él y su entendimiento entendiese las noblezas de su Amado".

191. "Dime fatuo, ¿de qué se hace la mayor comparación y similitud?" Respondió: "Que de amigo y de Amado." Preguntáronle la razón de esto, y dijo "que a causa del amor que había entre los dos".

192. Preguntaron al Amado "si por ningún tiempo había usado de piedad". Respondió: "A no haberla usado, no habría enamorado al amigo de mi amor, ni le habría atormentado con suspiros, llantos, trabajos y enfermedades."

193. Paseábase el amigo por un dilatado bosque buscando a su Amado, y encontró a la verdad y a la falsedad, que disputaban de su Amado, porque la verdad le alababa y la falsedad le blasfemaba; por lo cual el amigo llamó al amor, que ayudase a la verdad contra la falsedad.

194. Vino la tentación al amigo para ausentarle a su Amado, a fin que la memoria se despertase y recobrase la presencia de su Amado, acordándose de El con más viveza que antes, y

a fin que el entendimiento quedase más sublime en entender y la voluntad en amar a su Amado.

195. Olvidó un día el amigo a su Amado, y en el otro día se acordó de haberle olvidado. En este día que se acordó el amigo que había olvidado a su Amado, estuvo el amigo en tristeza y dolor, y en gloria y alegría por la tristeza que tuvo del olvido y consuelo del recuerdo.

196. Tan vivamente deseaba el amigo las alabanzas y honras de su Amado, que dudaba si se acordaba bastante de ella; y tan vivamente aborrecía sus deshonras y blasfemias, que dudaba si las aborrecía bastante, por lo que estaba el amigo turbado por su Amado entre amor y temor.

197. Moría el amigo a causa de los placeres, y vivía a causa de las penas. Los placeres y penas se unían, y ajustábanse en ser una cosa misma en su voluntad; por lo que a un mismo tiempo vivía y moría el amigo.

198. Deseaba el amigo olvidar e ignorar a su Amado, sólo por el espacio de una hora, para ver si tendría algún alivio en sus penas; mas pensó que le sería mayor pasión el olvido y la ignorancia que de su Amado tendría, por lo que tuvo paciencia en sus penas y elevó por amor a su entendimiento, memoria y voluntad en la contemplación de su Amado.

199. Tanto amaba el amigo a su Amado, que creía cuanto El le decía; y tanto deseaba el entenderle, que cuanto oía decir de El deseaba entender por razones necesarias. Y por esto el amor del amigo se hallaba entre creencia e inteligencia, fe y ciencia.

200. Preguntaron al amigo cuál cosa tenía más lejos de su corazón. Respondió que desamor. Preguntáronle por la razón, y dijo, "que porque lo que tenía más cerca de su corazón era amor, que es contrario a desamor".

201. "Dime, fatuo, ¿tienes codicia?" Respondió: "Sí, toda hora que olvido la liberalidad y riquezas de mi Amado."

202. "Dime, amador, "Tienes riquezas?" Respondió: "Sí, tengo amor." "¿Tienes pobreza?" "Sí, tengo amor." Fué preguntado: "¿Por qué?" Y respondió, "que porque el amor no es

mayor, y porque no enamora a muchos amadores a honrar los honores dignos de mi Amado”.

203. “Dime, amigo, ¿en dónde está tu poder?” Respondió: “En el poder de mi Amado.” “¿Con qué te esfuerzas contra tus enemigos?” “Con las fuerzas de mi Amado.” “¿Con qué te consuelas?” Y respondió: “Con los tesoros eternos de mi Amado.”

204. “Dime, fatuo por amor, ¿a quién amas más: a la misericordia, o a la justicia de tu Amado?” Respondió “que tanto le convenía amar y temer a la justicia, que ninguna mayoría de valor había de tener en su voluntad en amar a cosa más que la justicia de su Amado”.

205. Combatían entre sí las culpas y los méritos en la voluntad y conciencia del amigo, y justicia y reminiscencia multiplicábanle la conciencia: pero la misericordia y la esperanza multiplicaban el perdón en la voluntad del Amado, y por esto los méritos vencieron a las culpas en la penitencia del amigo.

206. Afirmaba el amigo que en su Amado se hallaba toda perfección, y negaba que hubiese en El defecto alguno; y por esto fué cuestión, ¿cuál era mayor: la afirmación, o la negación?

207. Eclipse hubo en el cielo y tinieblas en la tierra, y por esto el amigo se acordó que la culpa había apartado por mucho tiempo a su Amado de su querer, por cuya ausencia las tinieblas habían desterrado de su entendimiento la luz, con la cual se representa el Amado a sus amadores.

208. Vino amor en el amigo, a quien éste preguntó qué quería. Y díjole el amor “que había venido en él para que le educase y acostumbrase de suerte que por él pudiese en la muerte vencer a sus mortales enemigos”.

209. Enfermaba el amor porque el amigo había olvidado a su Amado, y enfermó el amigo porque, por sobras del mucho memorar, le dió el Amado trabajos, ansias y langores.

210. Encontró el amigo a un hombre que moría sin amor; lloró el amigo el deshonor que su Amado recibía en la muerte de aquel hombre, y preguntóle el amigo “por qué moría sin

amor". Respondió, "que porque no había tenido quién le diese conocimiento del amor, ni quién le hubiese instruído a ser amador"; por lo que el amigo, suspirando y llorando, dijo: "¡Oh, devoción, cuándo seréis mayor, para que la culpa sea menor y que mi Amado tenga muchos y fervorosos loadores, quienes no reparen en alabar, honrar y servir a sus honores!"

211. Probó el amigo si el amor podía conservarse en su corazón sin memorar a su Amado; y cesaron el corazón de pensar y los ojos de llorar, y aniquilóse el amor, y quedó el amigo desamparado del amor; y preguntó a las gentes si habían visto al amor, o en dónde podría encontrarle.

212. Amor y amar, y amigo y Amado se convienen tan fuertemente en mi Amado, que son una actualidad en esencia; y amigo y Amado son cosas distintas, concordantes sin contradicción alguna, ni diversidad de esencia, y por esto Amado es amable sobre todos los amores.

213. "Dime, insensato de amor, ¿por qué tienes tan grande amor?" Respondió: "Porque largo y peligroso es el viaje en que voy buscando a mi Amado; y conviene que con fe grande le busque, y que vaya con diligencia; y sin un grande amor, no podría yo cumplir en todas estas cosas."

214. Velaba, ayudaba, hacía limosnas, lloraba e iba por tierras extrañas el amigo para mover la voluntad a su Amado a enamorar sus súbditos, para que honraran sus honores; pero consideró el amigo que no es de la naturaleza del agua el calentar, ni subir arriba, si no es primero calentada; y por esto rogó al Amado se dignase de calentar primero con amor sus peregrinaciones, limosnas y vigiliás, para que pudiese cumplir sus deseos.

215. El amigo vió a un peregrino que cantaba, y decía: "Si no basta el amor del amigo a mover su Amado a piedad y perdón, ya basta el amor del Amado para dar a sus criaturas gracias y bendición."

216. "Dime, fatuo por amor, ¿por cuál cosa puedes ser más semejante a tu Amado?" Respondió: "Por entender y amar con todo mi poder las perfecciones y hermosura de mi Amado."

217. Preguntaron al amigo si su Amado tenía falta de alguna cosa. Respondió “que sí, de amadores y loadores para alabar sus valores”.

218. El Amado hería el corazón de su amigo con varas de amor, para obligarle a amar el árbol del cual coge las varas con que hiere a sus amadores. En cuyo árbol El padeció oprobios, tormentos y la muerte, para restaurar el amor en los amadores, a quienes había perdido por los engaños del enemigo del amor.

219. Encontró el amigo a su Amado, y vióle muy noble, poderoso y digno de toda honra, y díjole: “Que se admiraba mucho de las gentes que tan poco le amaban, conocían y honraban, siendo El tan digno.” Respondió el Amado “que El había criado al hombre para ser de él conocido, amado y honrado. Mas que en esto había quedado defraudado, porque de mil, sólo los ciento le temían y amaban; y que de los ciento, los noventa le temían por el castigo y los diez por la gloria; y que apenas ninguno había que le amase por su bondad y nobleza”. Oyendo esto el amigo derramó muchas lágrimas por el deshonor que se hacía a su Amado, y díjole: “¡ Oh, Amado, Tú que diste tanto al hombre, y le honraste tanto, ¿por qué el hombre te ha olvidado tanto?”

220. Alababa el amigo a su Amado, diciéndole que su lugar era trascendente, porque está en donde no llega el lugar; y por esto, cuando preguntaron al amigo en dónde estaba su Amado, respondió y dijo: “Está, mas no sé en dónde: sabía, pero, que estaba en su reminiscencia.”

221. Compró el Amado con sus honores a un hombre cautivo, y sujeto a pensamientos, langores, suspiros y llantos, y preguntóle qué comía y qué bebía. Respondió, que lo que El quería. Preguntóle más, qué vestía; y respondió. “que lo que El quería dar”. Preguntóle qué quería. Respondióle “que lo que El quisiese”. Díjole el Amado: “¿Tienes voluntad alguna?” Respondió “que el siervo y cautivo no tiene otra voluntad que la de obedecer a su Señor y a su Amado”.

222. Preguntó el Amado a su amigo si tenía paciencia. Respondió “que todo le venía a gusto, y que así no tenía en qué

tuviese impaciencia; porque quien no tenía señorío en su voluntad, no podía ser impaciente”.

223. El amor se daba a quien él quería, y por cuanto no se daba a muchos hombres, y porque a los amadores no les hace fuertemente enamorar a su Amado, pues para ello tenía precepto y libertad, por esto el amigo se querellaba del amor, y le acusaba en presencia, diciendo “que él no era contrario al libre albedrío, porque deseaba para sus amadores grande mérito y gloria”.

224. Grande riña y discordia hubo entre el amigo y el amor, porque el amigo se enfadaba de los trabajos que padecía por amor; y se disputó si era esto por falta del amigo o del amor. Comparecieron en el juicio del Amado, quien castigó al amigo con enfermedades, y le premió con el colmo del amor.

225. Disputóse si el amor era más cercano a los pensamientos o a la paciencia. Soltó el amigo la cuestión, diciendo que el amor se engendraba en los pensamientos y se sustentaba en la paciencia.

226. Los vecinos del amigo son las hermosuras y bellezas del Amado; y los vecinos del Amado son los pensamientos del amigo y los trabajos y llantos que padece por su amor.

227. Muy alto quiso subir la voluntad del amigo, para poder amar mucho a su Amado, y mandó al entendimiento que subiese con todo su poder. El entendimiento mandó a la memoria, y los tres subieron a contemplar al Amado en sus honores.

228. Partióse la voluntad del amigo, y entregóse al Amado, quien encarceló la voluntad en el amigo, para que por él fuese amado y servido.

229. Decía el amigo: “No piense el Amado que yo me haya pasado a amar a otro Amado, porque el amor me tiene unido todo en amar a un solo Amado.” Respondió el Amado, diciendo: “No piense el amigo mío que yo sea amado y servido por él sólo; antes tengo muchos amadores, por quienes soy amado más viva y dilatadamente, que no por su amor.”

230. Decía el amigo a su Amado: “Amable Amado, Tú has acostumbrado y criado mis ojos a ver y mis oídos a oír tus

honores; y por esto acostumbra Tú mi corazón a pensamientos, por quienes mis ojos se acostumbren al llanto y mi corazón a penas." Respondió el Amado "que sin tales costumbres y educación no estaría su nombre escrito en el libro, en el cual están escritos todos los que van a la bendición eterna, y del cual están tildados los nombres de los que van a la muerte de eterna maldición".

231. En el corazón del amigo se congregaban los pensamientos y trabajos en el amigo, quien del todo hubiera acabado y muerto si el Amado hubiese continuado en multiplicar más sus honores y sus atractivas cogitaciones en los pensamientos de su amigo.

232. Vino el Amado a hospedarse en casa del amigo, quien le previno cama de pensamientos, y sirviéronle llantos y suspiros; y pagó el Amado al amigo el hospedaje con recuerdos.

233. Mezclaba el amor los placeres y los trabajos en los pensamientos del amigo. Quejáronse de esta mezcla los placeres, y acusaron al amor en el tribunal del Amado. Mandó el Amado que parase, y acabáronse y desvanecieron los placeres luego que el Amado los hubo separado de los tormentos que el amor daba a sus amadores.

234. Las señas de los amores que hace el amigo a su Amado en el principio son llantos, en el medio, tribulaciones y, a la fin, dulce muerte; y por estas señas predica el amigo a los amadores de su Amado.

235. Entregábase a la soledad el amigo, y en su corazón, pensamientos, y en sus ojos, lágrimas y llantos, y en su cuerpo, aflicciones y ayunos; y en volviendo el amigo a la compañía de las gentes, desamparábale de todas las cosas dichas, y quedaba solo entre las gentes.

236. Amor es un mar alborotado de olas y vientos sin puerto ni ribera. Perece el amigo en el mar; y en su peligro perecen sus tormentos, y nacen sus cumplimientos.

237. "Dime, fatuo, ¿qué es amor?" Respondió: "Una concordancia de teórica y práctica, o un fin al cual se mueve el complemento de la voluntad del amigo, para que obligue a las gentes

a que honren y sirvan a su Amado; y es cuestión: ¿si el fin conviene más fuertemente con la voluntad del amigo que desea estar con su Amado, o del que desea hacerle muchos amadores?"

238. Encontró el amor del amigo al amor mundano, quien luego se convirtió en nada; de lo que se admiraron los hombres que lo vieron, a quienes dijo el amigo: "No tenéis qué admiraros, porque no es contra naturaleza desvanecerse las tinieblas en presencia de la luz."

239. Compró el Amado al amigo un huerto, en donde criase sus amores. Rególe el Amado con sudor, y con cinco ríos que eran más dulces que cualquier otra cosa, por suave que sea, le hizo fertilísimo; y en medio de aquel huerto plantó un bello árbol, cuyo fruto sanaba todas las enfermedades.

240. Al amigo preguntaron quién era su Amado: Respondió "que Aquel que hacía amar, desear, languir, suspirar, llorar, ser escarnecido y, en fin, morir; y el que hace la muerte más dulce que la vida, los escarnios más preciosos que la honra y los llantos y suspiros más deliciosos que la risa y la alegría".

241. Al amigo preguntaron quién era su Amado. Respondió "que Aquel que por honrar y alabar sus honores no dudaba el padecer cualquier trabajo; y el que para vivir con su Amado muere en sí mismo, y el que a todos dice y aconseja que vendan cuanto posean, y lo renuncien todo para comprar el amor de su Amado".

242. En una grande fiesta estaba el amigo en el oratorio de su Amado. Oyó a los músicos que cantaban, y las palabras de su canto eran de Amado, mas la solfa era mundana; y no pudo contenerse el amigo sin decir en altas voces estas palabras: "¿Por qué ensuciásteis las piedras preciosas con el lodo, vosotros, que no sabéis alabar? ¿No sabéis que este modo de cantar no conviene con los honores del Rey de las vírgenes, pues de esto resulta el que las mujeres ruines se inclinan a vivir mal?"

243. "Dime, cautivo de amor, ¿cuál carga es más pesada y más molesta: o padecer trabajos por amor, o padecerles por desamor?" Respondió "que lo preguntasen a los que hacen peni-

tencia por amor de su Amado, y a los que la hacen por temor a las penas del infierno”.

244. Durmióse el amigo y murióse el amor, porque no tenía de qué vivir. Despertóse el amigo, y volvió a vivir el amor en los pensamientos que envió el amigo a su Amado.

245. Decía el amigo que la ciencia infusa venía de voluntad de devoción y de oración; y la adquirida venía de estudio y trabajo del entendimiento, y por eso es cuestión: ¿cuál ciencia es más presto en el amigo, y cuál le es más agradable y es más acomodada para amar al Amado?

246. “Dime, insensato por amor, ¿de dónde has tú necesidades?” Respondió: “De pensamientos y deseos con perseverancia de suspiros y gemidos de mi Amado.” “¿Y de dónde has todo esto?” “De amor”. “¿Y de dónde has amor?” “De mi Amado.” “¿Y de dónde has a tu Amado?” “De sí mismo solamente”.

247. “Dime, fatuo, ¿quieres ser libre en todas cosas?” Respondió: “Sí, menos de mi Amado.” “¿Y quieres ser cautivo?” Dijo: “Sí, de amor, suspiros y pensamientos, trabajos, peligros, destierros y llantos para servir a mi Amado, por quien, dijo el amigo, son creadas todas las cosas para loar y conocer sus valores”.

248. Atormentaba el amor al amigo, por cuyo tormento lloraba y se lamentaba el amigo. Llamábale su Amado, que se acercase a El para curarle; y cuanto más el amigo se acercaba a su amor, porque sentía más amor, y cuanto más de amor y de llanto sentía, tanto más amaba, y más fuertemente el Amado con sus amores le curaba de sus dolencias.

249. Enfermo estaba el amor, y el amigo le curaba con paciencia, perseverancia, obediencia y esperanza. Convaleció el amor, enfermó su amigo; su Amado lo curaba, dándole reminiscencia de sus virtudes y honores.

250. Iba el amigo gritando en altas voces por las calles y plazas: “El nombre de mi Amado es fuerte copiosa de amor: si todos bebiesen de ella, no fueran partidos sus amores, como en el sol no es partido el resplandor. Poco, pues, saben todos los que

rompen el vaso precioso, el cual, después de quebrado, para nada sirve”.

251. “Dime, cautivo de amor, ¿qué cosa es soledad?” Respondió: “Consuelo y compañía del amigo y del Amado”. “¿Y qué cosa es consuelo y compañía?”. Respondió “que soledad, estando en corazón del amigo, que sólo se acuerda de su Amado”.

252. Propúsose al amigo esta cuestión: “¿En dónde había mayor peligro: en padecer trabajos por amor, o en gozar felicidades?” Convino el amigo con su Amado, diciendo “que peligros por felicidades son por falta de conocimiento; y peligros por infelicidades son por impaciencia”.

253. El Amado dió libertad al amor, y facultad a todas las gentes, para que tomasen de él a toda su voluntad. Mas apenas encontró el amor quien le metiese en su corazón; y por eso lloró y se entristeció mucho el amigo, viendo el deshonor que aquí entre nosotros en el mundo recibe el amor de los falsos amadores y hombres desagradecidos, y dijo el amor: “En lugar alto habito, sin desamparar el lugar bajo; de balde me ofrezco a todos; y por esto, quien no me recibe, no tendrá excusa”.

254. Destruía el amor todas las cosas en el corazón de su verdadero amigo para poder caber y vivir en él, y hubiera muerto al amigo a no tener este memoria de su Amado.

255. Dos pensamientos tenía el amigo: con el uno pensaba todos los días en la esencia y virtudes de su Amado; y con el otro, en las obras de su Amado; de aquí nació la cuestión sobre cuál de estos pensamientos era más excelente y más del gusto del Amado.

256. Los que hacen burla del Amado citaron al amigo para que compareciese en juicio; compareció el amigo; mas no tuvo abogado que hablase por él, porque de la pobreza ninguna riqueza aguardaban. Acusáronle de que no vivía como los demás hombres. Respondió el amigo: “Dispensa tengo del amor”. Quisieron prenderle y encarcelarle, mas él apeló a las leyes de su Amado.

257. Saliendo el amigo de la sala y tribunal de justicia vió al sol resplandeciente y claro, y dijo: “¡Oh, sol refulgentísimo, tú que te ensañas obediente a mi Amado, así como cumples cada

día veinticuatro horas justas, así te ruego des claridad a todos los que hacen y administran justicia!”.

258. Pasó el amigo por un hospital, en donde había muchos enfermos, y preguntó “por cuál mayor motivo tenían compañero que le asistían en las necesidades”. Y respondiéronle “que por su Amado”. Entonces dijo el amigo: “Confiad en la gloria del que a nadie falta en la necesidad, y si tanto vale el nombre de mi Amado, ¿mi Amado cuánto podrá?”.

259. “Dime, fatuo, ¿quieres morirte?” Respondió: “Sí; en los deleites de este mundo, y en los pensamientos de los malditos, que olvidan y ultrajan a mi Amado, en cuyos pensamientos no quiero entender ni ser partícipe, pues no se halla en ellos mi Amado”.

260. “Si tú, cautivo de amor, dices la verdad, serás herido de las gentes, escarnecido, reprendido, atormentado y condenado a muerte”. Respondió el amigo: “De esto se sigue, que si yo dijera falsedades, sería amado, alabado y servido y honrado de las gentes, y defendido de los que menosprecian a mi Amado”.

261. Loadores falsos un día maldecían al amigo en presencia de su Amado, y el amigo tenía en ello paciencia, y el Amado, sabiduría, poder y justicia. El amigo estimó más ser maldecido y reprendido, que ser amado de los falsos maldicientes.

262. Sembraba el Amado diferentes semillas en el corazón del amigo, de donde nacía, vestía hojas, florecía y granaba un solo fruto. Es cuestión, si de aquel fruto podrían nacer diferentes semillas.

263. Sobre el amor estaba el Amado en grande altura y debajo del amor estaba el amigo muy ínfimo. El amor, que está en medio, hizo bajar el Amado al amigo y subir el amigo al Amado; y de este ascenso y descenso vive y toma principio el amor, por quien enferma el amigo, y es servido el Amado; y por este acto es libremente sano.

264. A la derecha del amor reside el Amado, y el amigo, a la izquierda; y por esto, sin que el amigo pase por el amor, no puede llegar a su Amado.

265. Delante del amor está el Amado, detrás del Amado está

el amigo; y por esto el amigo no puede pasar al amor hasta haber pasado sus pensamientos y deseos por el Amado.

266. Entró el amigo en el huerto del amor, en donde vió una hermosa azucena, y se alegró, por cuanto le representaba a su Amado, que es más blanco y puro que todas las cosas. Después vió una rosa muy hermosa, y dijo: "Así como la rosa es a los ojos corporales hermosa sobre todas las demás flores, así a los ojos del entendimiento mi Amado es mucho más bello y agradable que todos los amadores".

267. Del profundo abismo de la fuente de bondad y valor salieron dos semejantes en honor y valor, igualmente por el amor de los tres se inflaba el amigo; y el amor, con todo esto, no es más que uno, para demostrar que aunque sean tres Amados subsistentes, pero es uno solamente por esencia.

268. Vistióse el Amado de la tela de que estaba vestido su amigo, para que fuese su compañero en la eterna gloria; y por esto el amigo deseaba continuamente vestidos encarnados, porque la tela fuese más semejante a la vestidura de su Amado.

269. "Dime, fatuo, ¿qué hacía tu Amado antes de crear el mundo?" Respondió: "Mi Amado amaba, porque era de diferentes propiedades eternas personales e infinitas, en donde hay amante, amor y Amado."

270. Lloraba el amigo, y estaba muy triste, porque veía a los infieles que, por ignorancia, perdían a su Amado; y se alegraba en la justicia de su Amado, que castigaba a los que le desconocían y le eran desobedientes; y por esto se le propuso la cuestión, sobre si era mayor su tristeza o su alegría; y si tenía mayor felicidad viendo honrar a su Amado, que displacer y tristeza viendo que no le honraban.

271. Miraba el amigo a su Amado en la mayor diferencia y concordancia de virtudes, y en la mayor contrariedad de virtudes y vicios, y en el ser y perfección que convienen entre sí más fuertemente sin defecto; y por esto dijo "que concordancia con diferencia es perfección que conviene más con el ser sin defecto, que con defecto y no ser".

272. Los secretos de su Amado veía el amigo por la diver-

sidad y concordancia, quienes le revelaban la pluralidad y unidad en su Amado, y por razón de mayor conveniencia de esencia, esencia sin contrariedad.

273. En la aurora se paseaba el amigo y miró al sol que salía, y, lleno de regocijo, empezó a cantar, diciendo: "Del casto lecho de la aurora salió mi Amado en este mundo; quien en ella juzga mancha, en el sol discurre tinieblas."

274. Dijeron al amigo que si en la corrupción, que es contraria al ser, en cuanto es contra generación, que es contraria al no ser, se hallasen eternamente corrompiente y corrompido, sería imposible que la generación concordase con el ser, y que fuese primera; y por estas palabras vió el amigo en su Amado generación eterna.

275. Al amigo preguntaron cuáles eran los parientes de su Amado, y respondió por este enigma: "Mi Amado es un sol que nació sin Madre, y una luna que nació sin Padre. Padre tiene sin Madre, y Madre, sin Padre."

276. Si fuese falsedad aquello por lo cual el amigo puede amar más a su Amado, sería verdad aquello por lo cual el amigo no puede amar tanto a su Amado; y si esto fuese así, seguiríase defecto de mayoridad y de verdad en el Amado, y habría en El concordancia de falsedad y minoridad.

277. Alababa el amigo a su Amado, diciendo "que si el Amado tiene mayor posibilidad en perfección y mayor imposibilidad en imperfección, conviene que el Amado sea simple y pura actualidad en esencia y adoración". Mientras que el amigo de esta suerte alababa a su Amado, le era revelada la Santísima Trinidad de su Amado.

278. El amigo veía mayor concordancia en el número 1 y 3 que en otro número; y esto, porque toda forma corporal pasaba del no ser al ser por el sobredicho número; y por esto el amigo miraba a la Unidad trina, y a la Trinidad una de su Amado, por la mayor concordancia del sobredicho número.

279. El amigo alababa el poder y la sabiduría, la voluntad de su Amado, que todo lo había creado, menos la culpa, la cual no

sería sin el poder y la sabiduría de su Amado; mas ni su poder, ni su sabiduría, ni su voluntad son ocasión de la culpa.

280. Alababa y amaba el amigo a su Amado, porque le había creado y dado cuanto tenía; alabábale y amábale, porque quiso tomar su semejanza y naturaleza; y de aquí conviene se haga la cuestión: ¿cuál alabanza y amor debe tener mayor perfección?

281. El amor tentó al amigo de sabiduría, y propúsole esta cuestión: “¿Si el Amado le amaba más en haber tomado su naturaleza, o en haberle creado?” El amigo quedó perplejo, hasta que respondió “que la oración tiene mira hacia apartar la infelicidad, y la Encarnación, a procurar la felicidad”.

282. Iba el amigo pidiendo limosna de puerta en puerta, para hacer memoria del amor de su Amado a sus siervos; y como en un día no le diese limosna alguna, le fué preguntado si le sabía mal. Respondió “que no, porque humildad, pobreza y paciencia eran cosas agradables a su Amado”.

283. Al amigo pidieron perdón por amor de su Amado, y el amigo, no sólo les perdonó, antes les dió a sí mismo y sus bienes.

284. Con suspiros refería el amigo la pasión y dolor que su Amado sufrió por su amor, y con tristeza y lágrimas escribía las palabras que decía su Amado muriendo; y pensando en su Resurrección triunfante, se consolaba.

285. El Amado educaba al amigo en amar. El amor le enseñaba a tener paciencia; la misericordia, a esperar; la justicia, a temer, y la fe, a creer; y, siendo ya de mayor edad, todas le instruían y enseñaban a amar.

286. Preguntó el Amado a las gentes si habían visto a su amigo, y ellos preguntáronle por las calidades de su amigo. Respondióles el Amado diciendo “que su amigo era osado y temeroso, rico y pobre, alegre y triste, tranquilo y pensativo; y añadió, que de continuo enfermaba de amor”.

287. Preguntaron al amigo si quería vender su deseo, quien respondió “que ya lo tenía vendido a su Amado por tal moneda, cuyo valor basta para comprar el mundo todo”.

288. Preguntó el amigo si habían visto a su Amado, y dijéronle: "¿Qué tal es tu Amado?" Y respondió el amigo: "Mi Amado es cual sin cualidad, porque es bueno y bondad, bello y belleza." "¿Cuánto es tu Amado?" Respondió: "Grande y chico, alto y bajo, simple y compuesto, y por esto El es todo sin composición uno."

289. Con alta voz decía el amigo: "Mi Amado es la luz inmensa, y bajo su sombre es donde vivimos; es inaccesible, a quien se acercan los humildes, y es incomprensible, y le alcanzan los simples. Comprad, pues, humildad, y aprended simplicidad, para que de las tinieblas paséis a la luz infinita."

290. Edificaba el amigo una hermosa ciudad para que la habitase su Amado: los muros eran de fortaleza; los cimientos, de humildad; la mesa, de templanza; la cama, de castidad; las torres, de magnificencia; las puertas, de fe, esperanza y caridad; las calles, de piedad; los centinelas, de justicia; el idioma que en ella hablaban todos era de amor, para que todas estas cosas pasase el Amado.

291. El amigo bebía amor en la fuente del Amado, y se embriagó de amor. Preguntó la causa a otro amador, y éste le respondió "que aquella es la fuente donde nos lava el Amado de las manchas de la culpa".

292. "Dime, embriagado de amor, ¿qué cosa es pecado?" Respondió: "Es inordenación contra ordenación de mi Amado; es desviarse de mi Amado; es por defecto de ordenación; es privación del bien, y es contra el fin por el cual fué creado todo el mundo."

293. Preguntaron al amigo si el pecado era algo. Respondió. "No sé que cosa alguna tenga ser, sino la criatura y el Amado; si el Amado, pues, no creó al pecado, ¿cómo puede el pecado tener ser? Mas así como la ceguedad priva de la vista, así el pecado hace perder a muchos la bienaventuranza."

294. Veía el amigo que la eternidad se conviene mejor con su Amado, que es esencia infinita en grandeza y en toda perfección, que tiene cantidad, entidad y acción finida y terminada; y por esto en la justicia de su Amado veía el amigo que el mundo

era nuevo, y que la eternidad de su Amado conviene ser antes del tiempo y de la cuantidad finida. para que se conociese su inmensidad ser mayor que la capacidad del mundo.

295. Defendía el amigo a su Amado contra los que decían que el mundo era eterno, y dijo “que a la justicia de su Amado, que es infinita en bondad y perfección, conviene que restituya a cada alma racional su propio cuerpo, a quien no bastaría materia ni lugar ordinal, si el mundo fuera eterno, ni el mundo fuera ordenado a un fin sólo, sin el cual no faltaría a su Amado perfección de voluntad y sabiduría”.

296. “Dime, fatuo. ¿en qué conoces que la Fe católica sea verdadera y que la creencia de los judíos y moros sea falsa y errónea?” Respondió “que en las diez condiciones *del libro del gentil y de los tres sabios*”.

297. “Dime, fatuo. ¿en qué tiene principio la sabiduría?” Respondió: “En fe y devoción, que son la escalera por donde sube el entendimiento a entender los secretos de mi Amado.” Mas le preguntaron: “Fe y devoción, ¿de dónde tienen principio?” Respondió: “De mi Amado, quien ilumina la fe y alienta la devoción.”

298. Preguntaron al amigo “qué cosa era mayor: ¿o posibilidad, o imposibilidad?” Respondió “que menos en su Amado, la diferencia era mayor, y en la criatura la posibilidad; pues que posibilidad y potencia concuerdan, como también imposibilidad con actualidad”.

299. “Dime, fatuo, ¿qué cosa es mayor: la diferencia, o la concordancia?” Respondió “que menos en su Amado, la diferencia era mayor en pluralidad y la concordancia en unidad; mas en su Amado eran iguales en pluralidad y unidad”.

300. “Dime, amador, ¿qué cosa es valor?” Respondió: “Lo contrario al valor de este mundo, que es apetecido de los amadores falsos y vanagloriosos que quieren valor, teniendo desvalor, para ser perseguidores de valor, más que para seguir a aquel que a todo otro valor excede.”

301. “Fatuo por amor, ¿sabes qué es vileza?” Respondió “que pensamientos viles”. “Y ¿sabes qué, cortesía y urbanidad?”

Dijo "que temor de mi Amado, procediendo de caridad y ver-güenza que teme el mal hablar de las gentes". "¿Y qué eso no?" Respondió: "Pensar en mi Amado y desear y alabar sus honores."

302. Entró un día el amigo en un claustró de religiosos, y preguntáronle si era religioso. Respondió: "Sí, religioso soy de mi Amado." "¿Qué Regla sigues?" Respondió: "La de mi Amado." "¿A quién votaste?" Dijo: "A mi Amado." "¿Tienes voluntad?" Respondió: "No, mi Amado la tiene." "¿Añadiste algo a la regla de tu Amado?" Respondió "que lo perfecto no admite adición". "Mas, ¿por qué vosotros (dijo el amigo), siendo religiosos, no os llamáis con el nombre de mi Amado? No sea que teniendo el nombre de otro disminuyáis el amor, y oyendo la voz de otro no entendáis al Amado."

303. "Fatuo, ¿qué cosa es amor?" Respondió "que amor es aquella cosa que pone en servidumbre a los libres, y da libertad a los siervos; y de aquí se origina la cuestión sobre si el amor es más cercano a servidumbre, o si a libertad".

304. Llamaba el Amado a su amigo, quien le respondió con estas dulces palabras: "¿Qué es lo que te place, Amado mío, ojo de mis ojos y pensamiento de mis pensamientos, cumplimiento de mis perfecciones, amor de mis amores y aun más principio de mis principios?"

305. El amigo decía al Amado: "A Ti voy, por Ti voy y en Ti voy: ¿por qué me llamas?: a contemplar voy la contemplación de tu contemplación, con la contemplación de tu contemplación. En tu virtud soy, y con tu virtud vengo a tu virtud, de donde tomo virtud. Salúdote con salutación, que es mi salvación en tu salutación, de la cual aguardo salvación y eterna bendición."

306. Decía con altas voces el amigo: "El fuego calienta, el calor alegra, su ligereza atrae hacia arriba. Así, por semejante modo, el amor abrasa al pensamiento, el amor alegra y el amor prontamente eleva a lo superior. Un amor une tres cosas, y las ata fuertemente entre sí."

307. Preguntaron al amigo qué cosa era el mundo. Res-

pondió: "Es libro para los que saben leer, en el cual es conocido mi Amado." Preguntáronle "si su Amado era en el mundo". Respondió: "Sí, como el escritor en el libro." "¿En quién está este libro?" Respondió: "En mi Amado, pues que todo lo contiene mi Amado, por cuya causa el mundo está en mi Amado, y no mi Amado en el mundo."

308. "Amigo (dijeron algunos), ¿cuál amador te parece que sea fatuo?" Respondió el amigo: "Aquel que ama la sombra sin cuidar de la verdad." "¿Y cuál piensas que sea rico?" "El que ama la verdad." "¿Y quién pobre?" Dijo: "El que ama la falsedad." Preguntáronle si el mundo era amable. "Sí, dijo, así como la obra, a causa del artífice, y como la noche, que por razón del día, que la sigue."

309. Otros amadores preguntaron al amigo si entre él y el Amado había alguna proporción. "Preguntadlo, dijo, al cielo más encumbrado, cuyo movimiento es finido, y el vigor de mi Amado es infinito y eterno. Mas si la naturaleza aparte de ellos la proporción, la voluntad los iguala y los hace convenir por proporción, por razón, cuanta es la voluntad de mi Amado en mover, tanta es la velocidad del movimiento del primer cielo."

310. Quejábase el amigo a su Señor de su Amado, y a su Amado de su Señor; y su Señor y su Amado decían: "¿Quién nos divide a nosotros, que somos una cosa misma?" Respondía el amigo: "La piedad del Señor y la tribulación que viene por el Amado."

311. Peligraba el amigo en el grande mar de amor, y confiábase en la ayuda de su Amado, quien le dijo: "El lago de amor es muy al contrario de los otros lagos, porque en aquél se salva quien se zambulle a lo más profundo, y quien no se anega, y sale fuera, éste se pierde, lo que muy al revés acontece en los demás lagos; y por esto el amigo deja de temer."

312. Alegrábase el amigo por el Ser de su Amado, pues que por su Ser todo otro ser ha venido en ser, y es sustentado, obligado y sujetado a honrar y servir el Ser de su Amado, quien por ningún otro ser puede ser destruído ni culpado, disminuído y aumentado.

313. “¿Qué otra cosa es el Ser de tu Amado?” Respondió: “Es rayo, y radiante en todas cosas, como el sol en todo el mundo, el cual, si retira su resplandor, deja todas las cosas en tinieblas, y difundiéndose, es día de todas ellas; y aun más es el Ser de mi Amado, fundamento en cuya similitud es conservado el orbe todo.”

314. Mas le preguntaron: “¿Qué cosa es la unidad de tu Amado?” Respondió: “Es lo que une a tres en eternidad sin distinción de la naturaleza o de substancia, y ata y une tres cosas temporalmente. Y si cosa hay en parte alguna que perfecta sea, en ella son tres unidos por unidad.”

315. “Fatuo por amor, ¿cuán grande es la voluntad de tu Amado?” “Tanta es, respondió, que cualquier otro bien en comparación suya es nada, o un punto sólo, y todo lo cuánto es no cuánto, lo cual, siendo, sin división, tres, tiene en las cosas vestigio individuido en tres, esto es, útil, honesto y deleitable.”

316. “Poder de mi Amado, decía el amigo, quien te quiere medir, intenta con la nada contar el número; mas Tú mides la nada, cuanto de la nada haces algo. Como, pues, Tú solo puedes esto, está claro que Tú solo justificas al impío.”

317. Puesto en angustia el amigo, reclamó la verdad de su Amado, y dijo: “¡Oh, verdad amada, visita la contrición de mi corazón y da lágrimas a mis ojos, pues te ama mi voluntad; y por cuanto tú, verdad, eres suprema, y la culpa es falsedad, socorre mi voluntad, con que venza los pecados que son contrarios a la verdad!”

318. Miraba el amigo al Arco Iris, y le pareció que tenía tres colores, y dijo: “Admirable distinción de tres, y son los tres del todo una cosa misma”; y dijo: “¿Cómo esto aparece en la imagen, si no subsiste en la verdad?”

319. El Amado creó y el amigo destruyó; juzgó el Amado, y lloró el amigo; recreó el Amado, consolóse el amigo; acabó el Amado su obra, y quedóse el amigo eternamente en compañía de su Amado.

320. Por las sendas de vegetación, sentido, imaginación, entendimiento y voluntad iba el amigo buscando a su Amado; en

estas sendas padecía el amigo peligros, enfermedades, trabajos y muchas dificultades para que exaltase su entendimiento y su voluntad; lo que le era muy gustoso, porque su Amado quiere que sus amadores le entiendan y amen altamente.

321. Muévase el amigo hacia el ser por la perfección de su Amado, y muévase hacia el no ser por su propio defecto; y de aquí nace la cuestión: ¿Cuál de los dos movimientos tiene mayor poder en el amigo naturalmente?

322. “Metido me has, Amado mío, entre mi mal y tu bien; y por esto te ruego que de tu parte haya piedad, misericordia, paciencia, clemencia, venia, ayuda y restauración; y de mi parte haya contrición, perseverancia y reminiscencia con suspiros, langores y llantos por tu sacrosanta Pasión.”

323. “Amado que me haces amar, si no me ayudas, ¿por qué me quisiste crear; y por qué quisiste padecer por mí tantos langores, y tan amarga pasión? Ya que tanto ayudaste a exaltarme, ayúdame a descender, para acordar y aborrecer mis culpas y mis defectos, a fin que mejor pueda yo subir mis pensamientos a desear, honrar y alabar tus valores.”

324. “Mi querer, Amado mío, creaste libre, para que pudiese amar y despreciar tus honores, y para que pueda aumentar en él tu amor. En esta libertad, pusiste mi voluntad en peligro; por lo cual te ruego que en este peligro te acuerdes de mí, para que mi libre voluntad ponga yo en servitud para alabar tus honores y multiplicar en mi corazón llantos y langores.”

325. Amado mío, jamás de Ti vino en tu amigo culpa ni defecto, ni puede en tu amigo haber cumplimiento sin tu gracia y tu perdón. Puesto, pues, que tu amigo tiene de Ti un tal posesorio, no le olvides en sus tribulaciones y peligros.”

326. “Amado mío, que en un hombre sólo, que es Jesucristo, eres nombrado Dios y hombre; en este nombre Jesucristo quiere mi voluntad alabarte Dios y Hombre. Si Tú, pues, Amado mío, tanto honraste a tu amigo sin mérito suyo, en nombrar y querer a tu santo nombre de Jesucristo, ¿por qué no quieres honrar a tantos hombres ignorantes quienes a sabiendas no han sido tan culpables para con tu santo nombre, Jesucristo, como

yo en algún tiempo lo fuí en poco temer, amar y honrar a tu nombre santo y saludable?"

327. Lloraba el amigo y decía a su Amado estas palabras: "Amado mío, jamás fuiste avariento, ni dejaste de ser liberal respecto de tu amigo en darle ser, ni en recrearle, ni en darle muchas criaturas que le sirvieran. ¿De dónde, pues, vendría que Tú, que eres liberalidad soberana, fueses avaro en dar a tu amigo llantos, pensamientos, langores, sabiduría y amores para honrar tus honores? Y por esto, Amado mío, te ruega tu amigo le concedas larga vida para poder recibir de Ti muchos de los dones sobredichos."

328. Olió el amigo flores, y se acordó de la hediondez del rico avariento, del viejo lujurioso y del soberbio desagradecido. Gustó dulces el amigo y entendió en ellos las amarguras de los bienes temporales, y de la entrada y salida de este mundo. Sintió el amigo placeres mundanos, y en ellos entendió el breve tránsito de este mundo y los eternos tormentos, de que son ocasión los deleites agradables de este mundo; y por esto el amigo despreció luego todos los deleites vanos.

329. En un día solemne entró el amigo en una iglesia, y consideraba el honor que allí se daba a su Amado, y vió que le hacían deshonor; y por esto con alta voz dijo a toda aquella multitud de gente: "¡Oh, insensatos! No toquéis con irreverencia los altares, pues que son el lecho del Rey eterno. No entréis en lugar sagrado, porque es su tálamo; y corrigió las centinelas porque con tanta negligencia celaban y procuraban el honor de su Amado."

330. "Dime, amigo, ¿qué cosa es amor?" Respondió: "Muerte de quien vive y vida de quien muere: es alegría en el día, y tristeza en la muerte; es deleite y consuelo en la patria, y tristeza y melancolía en la peregrinación; es ausencia suspirada, y presencia alegre sin fin."

331. Mas le preguntaron, ¿si se paseaba de día o de noche? Respondió: "Mi amor me es dulzura amarga, y amargura dulce, y mis lágrimas son testimonio de que todavía no me nació el

día; mas mi amor me conduce a la patria en donde no puede haber noche."

332. Entre trabajos y placeres estaba el lecho del amigo; con placeres se dormía, y con trabajos se despertaba; y fué cuestión: ¿A cuál de estas dos cosas está más vecino el lecho del amigo?

333. El amigo se dormía con ira, porque temía las maldiciones y desprecios de las gentes, y despertóse con paciencia, acordándose de los malos tratamientos del cuerpo de su Amado; y por esto preguntaron al amigo, ¿de quién había tenido mayor empacho? ¿De su amado, o de las gentes?

334. Pensaba el amigo en la muerte, y temió mucho, hasta que se acordó de la noble ciudad de su Amado, de la cual son puerta y entrada la muerte y el amor.

335. Sobre la simplicidad disputaban dos entre sí. El uno decía: simple, es el que no sabe nada. El otro decía: simple es quien vive sin pecado. Sobrevino el amigo, y dijo: "La verdadera simplicidad es la que encomienda con confianza a mi Amado todos sus hechos. Simplicidad es magnificar la fe sobre el saber en lo que la excede, y evitar en toda forma las cosas vanas, superfluas, curiosas y nimiamente sutiles, y presuntuosas en todo lo que es de mi Amado, porque aquéllas son contrarias a la simplicidad."

336. Otra vez le preguntaron ambos les dijese si es grande la ciencia de los simples. Respondió: "La sabiduría en los sabiondones es gran montón y poco grano; mas la de los simples es montón chico, pero de innumerables granos, porque ni presunción, ni curiosidad, ni demasiada sutileza abulta el montón de los simples." "Pues, ¿qué hacen la presunción y la curiosidad?" Respondió el amigo: "La vanidad es madre de la curiosidad, y la soberbia de la presunción; y por esto hacen lo mismo que hacen la vanidad y la soberbia; y por la curiosidad y presunción se encuentran los enemigos de mi Amado, así como por la simplicidad se adquieren sus amores."

337. Quejábase el amigo con su Amado de las tentaciones que cada día le venían disturbándole sus pensamientos, y res-

pondióle el Amado que las tentaciones son ocasión de que el hombre recurra con su memoria a acordarse de Dios, y a amarle y a honrar sus honores con los dones gratuitos que El da.

338. Perdió el amigo una joya que amaba mucho, y con mucha impaciencia sufrió aquella pérdida, hasta que el Amado le propuso esta cuestión: "¿Qué cosa le era más provechosa: o la joya que antes tenía, o la paciencia que tuvo en las obras de su Amado."

339. Caminaba el amigo, y decía: "El primer cuerpo de nadie es contenido, y lo contiene todo; y el primer movimiento no es contenido, mas él contiene todos los otros movimientos. ¿Quién, pues, no conoce que mi Amado, que totalmente es primero que todo, todo lo contiene, y de nadie es contenido?"

340. En presencia del amigo hablaban mal un día de su Amado; oyólo el amigo y ni le respondió, ni le defendió, y de aquí nació la cuestión: ¿Cuál es más culpable: los que blasfemaban al Amado, o el amigo silencioso, que no le defendía?

341. Acordóse el amigo de sus pecados, y, por temor del infierno, quiso llorar y no pudo. Pidió lágrimas al amor, y la sabiduría le respondió que más frecuente, y fuertemente llorase por amor de su Amado, que por temor de las penas del infierno, puesto que le agradan más los llantos que son por amor que las lágrimas que se derraman por temor.

342. Obedeció el amigo a la sabiduría, y con un ojo lloró mucho y mayores lágrimas por amor, y con el otro pocas y chicas por temor, para hacer mayor honra a su Amado por amor que por temor; y las lágrimas por amor le servían de consuelo y descanso, mas las lágrimas por temor le daban pena y tribulación.

343. Contemplando el amigo a su Amado se utilizaba en su entendimiento y se enamoraba de él en su voluntad, y es cuestión: ¿por cuál de estas dos cosas se utilizaba y fecundaba más su memoria en recordar a su Amado?

344. Con fervor y temor iba el amigo en su viaje a honrar a su Amado. Fervor le llevaba y temor le conservaba. Mientras que así iba el amigo, encontró a los suspiros y a los llantos, que

le llevaban recomendaciones de su Amado, y le fué propuesta la cuestión: “¿Por cuál de los cuatro recibía mayor consuelo en su Amado?” Respondió el amigo “que llantos y lágrimas eran hervor de fervor, y el fervor fuego, y el temor guardia”.

345. Preguntaron al amigo, “¿de qué manera se convierte el corazón del hombre a amar a su Amado?” Respondió “que así como el girasol se vierte al sol”. “¿Cómo es, pues, que todos no aman a tu Amado?” Respondió “que a los que no aman les es noche el pecado”.

346. Teología, Filosofía, Medicina y Derecho encontraron al amigo, quien las preguntó si habían visto a su Amado (1). Teología lloraba, Filosofía dudaba, Medicina y Derecho se alegraban. Es cuestión: ¿Qué significaba con esto cada una de las cuatro señoras al amigo, que iba en busca de su Amado?

347. Encontró el amigo a un astrólogo adivino y le preguntó qué cosa era su astrología. El dijo que era ciencia para saber lo venidero. Engañaste, le dijo el amigo; no es ciencia, sino un engaño de ciencia y velo de nigromancia y phitomancia, y ciencia de fingidos y mentirosos profetas, que infaman la obra del soberano Maestro, nuncio en todo tiempo de malas nuevas; la cual reprueba y extirpa la providencia de mi Amado, que promete dar bien en lugar del mal que ella amenaza.

348. Con altas voces iba el amigo diciendo: “¡Oh, qué vanos son muchos hombres en el mundo que siguen curiosidades y aman presunción!; pues por la curiosidad caen en la mayor de todas las impiedades; esto es, que abusan de los hombres de Dios, e invocan con encantos y depreciaciones los espíritus malos, como si fuesen ángeles buenos, y les atribuyen los nombres de Dios y de los ángeles buenos, y profanan malamente las cosas santas con caracteres, figuras e imágenes; y por la presunción se han sembrado en el mundo cuantos errores hay.” Con vivas lágrimas lloró el amigo tantas injurias, que contra de su Amado cometen muchos hombres ignorantes.

349. “Dime, fatuo, ¿cuál es el amor más grande y más

(1) En otro manuscrito se lee así: «Teología hallaba, Filosofía buscaba, Medicina experimentaba, Jurisprudencia deliberaba. Es cuestión, etc.»

verdadero que hay en la criatura?" Respondió "que aquel que es uno con el Creador, puesto que el Creador no tiene en qué pueda hacer más noble criatura".

350. El amigo figuraba con la imaginación y formaba las perfecciones de su Amado en las cosas corpóreas, las que por virtud del entendimiento sutilizaba en las cosas espirituales, y con la voluntad adoraba a su Amado en todas las criaturas.

351. Oía el amigo murmurar e infamar a su Amado, en la cual murmuración veía su entendimiento la justicia y la paciencia de su Amado, porque la justicia castigaba a los murmuradores y la paciencia los aguardaba a contrición y penitencia, y dijo: "Muy clemente y piadoso es el Amado, que tiene prevenidos eternos bienes para dar aún a sus enemigos, si ellos quisieren."

352. Un día estaba el amigo mirando al oriente y poniente, al norte y mediodía, y conoció la señal de su Amado, la que hizo esculpir, y en cada una de las cuatro extremidades hizo colocar una piedra preciosa refulgentísima como un sol; y llevábala de continuo sobre sí, y esta señal le hacía memoria de la verdad.

353. Visitaba varios lugares el amigo, y encontró a muchos que estaban alegres, riendo y viviendo con grande gozo y divertimento. Hízose la cuestión si en este mundo hay más para reír que para llorar. Vinieron las virtudes para ser jueces y declarar de la duda. Dijo la Fe: "Más hay para llorar, porque son más los infieles que los fieles." La Esperanza dijo: "Más hay para llorar, porque pocos son los que esperan en Dios y muchos los que confían en los bienes del mundo." La Caridad dijo: "Más hay para llorar, porque tan pocos son los que aman a Dios y al prójimo." Todas las demás virtudes fueron del mismo voto y parecer.

354. Enfermó el amigo, y de consejo de su Amado dispuso su testamento; sus culpas y pecados mandó a contrición y penitencia; los deleites temporales, al desprecio; los llantos y lágrimas, a los ojos; los suspiros y amores, a su corazón; la contemplación de las perfecciones de su Amado, al entendimiento; a su memoria mandó la pasión que por amor padeció su Amado,

y a su trabajo la solicitud de la conversión de los infieles, los cuales por ignorancia pecan.

355. Pensando en la muerte, el amigo dijo: “¡Oh, Reina del cielo!; estando yo para morir, extended y manifestad vuestro regazo, en que estuvo reclinado mi dulcísimo Amado, y no temeré a daño alguno de cuantos me podrían causar los enemigos.”

356. Cuanto más ásperas y estrechas son las sendas por donde camina el amigo a su Amado, tanto más anchos y deliciosos son los amores; y cuanto más constreñidos son los amores, tanto más anchas son las sendas. De donde se sigue que de cualquiera suerte el amigo tiene trabajos, penas, gozos y consuelos por su Amado.

357. Juntáronse muchos amadores y preguntaron a un mensajero de amor “¿en dónde, y en quién estaba el corazón más inflamado en devoción y amor?” Respondió: “En el templo de mi Amado, humillándose a El con todas las fuerzas y adorando al Amado, porque El es un solo santo de los santos, por lo cual los que esto no saben hacer, no saben legítimamente amar.”

358. Los amadores experimentaron el nuncio de amor, diciéndole que anduviese por el mundo pregonando que los amadores adorasen a los siervos como a siervos, y al Señor como a Señor, para que mejor puedan ser oídos sus ruegos, y porque no hay necesidad de amar a otro más que al Amado, ni de confiar en otro más que en El.

359. “Dí, amador, ¿qué son tus tribulaciones, llantos, suspiros, tristezas, trabajos y peligros en tu Amado?” Respondió, “delectación del Amado.” Mas le preguntaron: “Y ¿por qué son delectación del Amado?” Respondió: “Porque son el conque el Amado sea más amado, y haya el amigo mayor retribución.”

360. Preguntaron al mensajero de amor, “¿de dónde habían venido al Amado tantos siervos inútiles, que son más viles y más despreciables que los hombres seglares?” Respondió “que esto provenía por culpa de aquellos que deben proveer de servidores al soberano Amado, que es Rey de Reyes, y deben examinarles, y no se informan como debieran de la ciencia, vida y costumbres que tiene; y los que ellos no quisieran para su caba-

lizeriza, permiten que sirvan al Rey eterno en su palacio y en el purísimo ministerio de su mesa. Por lo que debieran temer la dura retribución del Amado cuando les llamara a cuentas”.

361. Compró el amigo un día de llantos por otro día de pensamientos, y vendió un día de amores por el precio de un día de tribulaciones, y entonces le fueron multiplicados sus temores y sus pensamientos.

362. Hallábase el amigo en tierras extrañas, olvidándose de su Amado, y sintió la ausencia de su casa, de su mujer, de sus hijos y de sus amigos. Mas volvió a recordarse de su Amado para consolarse, y para que la extrañeza no le diese pena por el deseo y amor.

363. El amigo había de andar camino largo, difícil y escabroso, y había llegado el tiempo de partirse y de llevar sobre sí la carga gravísima que mandó el amor que traigan sus amores; y por esto el amigo descargó su alma de los pensamientos, y de los deleites corporales, porque su cuerpo pudiese más fácilmente llevar la carga que le mandaba el amor, y que la alma por aquellas sendas anduviese siempre en compañía de su Amado.

364. Preguntaron al Amado, “¿en quién había mayor amor: o en el amigo que vivía por amor, o en el amigo que moría por amor?” Dijo “que en el que moría; porque no puede ser mayor el amor en el amigo que muere por amor, y puede ser mayor en el que por amor vive”.

365. Al amigo fué propuesta esta cuestión: “¿En dónde muere el amor?” Respondió, “en los temporales deleites de este mundo.” “¿En dónde vive y se cría?” “En los pensamientos del otro mundo.” De aquí sucedió que los que le preguntaron, resolvieron huirse de este mundo para encontrar muchos pensamientos del otro mundo de que viviese amor, y viviendo se alimentase.

366. “Dime, fatuo por amor, ¿qué cosa es este mundo?” Respondió: “Cárcel de los amadores y siervos de mi Amado.” “¿Y quién los mete en la cárcel?” Respondió “que por una parte la conciencia, el amor, temor, renunciación y contrición, y por otra parte la compañía de gente vil y los trabajos sin galardón,

en donde hay castigo". "¿Quién les da la libertad?" "La misericordia, piedad y justicia." "¿En dónde les colocan?" "En la eterna gloria, en donde hay alegre compañía de los verdaderos amadores alabando debidamente sin fin, bendiciendo y glorificando al Amado de los amadores, a quien sea siempre dada alabanza, honra y gloria por todo el mundo."

Habiendo de tratar Blanquerna del *Arte de Contemplación*, quiso aquí dar fin al *libro del Amigo y del Amado*, el cual es acabado a gloria y honor de Nuestro Señor Jesucristo, y de la humilde Virgen Santa María, Madre suya y Señora nuestra.

ARTE DE CONTEMPLACION

CAPITULO CVIII

En que se continúa por su orden la materia de este quinto libro. La cual Arte hizo Blanquerna en su ermita para elevar su entendimiento en Dios y permanecer todos los días en contemplación, lágrimas y devoción de su divino Amado.

PROLOGO

1. Tan alto y excelente es el Soberano Bien, y tan ínfimo el hombre por sus culpas y pecados, que por esto acontece muchas veces a los ermitaños y santos varones experimentar gran dificultad y trabajo en elevar su alma a la contemplación de Dios; y como el Arte y método sea muy conducente para ello, por eso consideró Blanquerna cómo compusiese un *Arte de Contemplación*, para que con él se ayudase a tener en el corazón verdadera contrición y en sus ojos abundancia de lágrimas y lloros, y que su entendimiento y voluntad ascendiesen más altamente a contemplar a Dios en sus honores y dignidades, y cuanto tiene en sí.

2. Habiendo Blanquerna bien meditado esta consideración, compuso este libro de contemplación por Arte y lo dividió en doce partes, a saber: *Virtudes divinas, Esencia, Unidad, Trinidad, Encarnación, Pater noster, Ave María, Mandamientos, Miserere mei Deus, Sacramentos, Virtudes y Vicios.*

3. El arte de este libro consiste en que las virtudes divinas sean primeramente contempladas las unas con las otras, y des-

pués sean contempladas con las demás partes de este libro, proponiéndose el alma del devoto contemplador por su objeto a las virtudes divinas en su memoria, entendimiento y voluntad, y sepa concordar en su alma las virtudes y divinas dignidades con las demás partes del libro; en tal manera, que todo se encamine a mayor honra y gloria de las divinas virtudes, que son éstas: *Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Virtud, Verdad, Gloria, Perfección, Justicia, Largueza, Misericordia, Humildad, Señorío y Paciencia.*

4. Todas estas virtudes pueden ser contempladas de diferentes modos, porque el un modo es contemplar una virtud con otra solamente, o una virtud con dos, o tres, o más virtudes. Otro modo es, cuando el hombre contempla las virtudes de la *Esencia* o en la *Unidad*, o en la *Trinidad* o *Encarnación*, y así de las demás partes del libro. Otro modo es, cuando en las virtudes contempla la *Esencia*, o la *Unidad*, o la *Trinidad* o la *Encarnación*. Y otro modo es el contemplar en las palabras del *Pater noster*, o del *Ave María*, etc.

5. También puede el hombre contemplar en Dios y en sus obras con todas las dieciséis virtudes expresadas o con algunas de ellas, según quisiese el hombre abreviar o prolongar su contemplación; y conforme que el *modo* de la contemplación se conviene y conforma mejor con unas virtudes que con otras.

6. Las condiciones de este Arte son ésta, a saber: que el hombre esté en buena disposición para contemplar y en lugar a propósito y conveniente; pues que por sobrada reflexión, o por demasiada afición, o por si en el puesto en que se halla hay mucha prisa y ruido de gente, o mucho calor o frío, puede ser impedida la contemplación. Pero la más fuerte condición de este Arte es que el hombre se halle libre de los cuidados y embarazos de las cosas temporales en su memoria, entendimiento y voluntad, cuando entra en la contemplación. Y por cuanto yo me hallo muy ocupado en escribir otros libros, por esto trataré brevemente del modo con que Blanquerna contemplaba por este Arte; y primeramente, empecemos por la primera parte de este libro.

CAPITULO CIX

Del modo con que Blanquerna contemplaba las Virtudes y dignidades divinas cada una por sí, y las unas con las otras, siendo todas una misma cosa, empezando primeramente por la Bondad divina.

1. Levantóse Blanquerna a la media noche y púsose a mirar el cielo y las estrellas, echando de su pensamiento todas las cosas del mundo; y poniéndose todo en la meditación de las Virtudes de Dios, primeramente quiso contemplar la Bondad de Dios en todas las dieciséis virtudes, y todas éstas en la Bondad de Dios; y por esto, puesto de rodillas, levantó las manos al cielo, y su pensamiento a Dios, y dijo estas palabras con su boca y las meditó en su alma con todos los poderes de su memoria, de su entendimiento y de su voluntad:

2. “¡Oh, Soberano Bien, que eres infinitamente grande en eternidad, poder, sabiduría, amor, virtud, verdad, gloria, perfección, justicia, largueza, misericordia, humildad, señorío y paciencia! Adórote recordando, entendiendo, amando y hablando en Ti y en todas las virtudes antedichas, *las cuales son contigo y Tú con ellas una Esencia y una misma cosa sin diferencia alguna.*

3. “Soberano Bien, que eres Grande; Soberano Grande, que eres Bien; si no fueres Tú eterno, no sería tan Grande Bien, que pudiese mi alma llenar en Ti a su memoria de memorar, y en Ti a su entendimiento de entender, y en Ti a su voluntad de amar; pero siendo Tú Bien infinito y eterno, puedes llenar toda mi alma y todas las almas racionales de gracia infusa y bendición, memorando, entendiendo y amando en Ti, Soberano Bien, infinito y eterno.”

4. Por aquel poder que Blanquerna recordaba en soberana Bondad, tenía poder y virtud de elevar su consideración sobre el firmamento; y consideraba una grandeza tan grande que tuviese movimiento infinito, como un relámpago formado en seis

rectitudes generales, que son éstas: *alto, bajo, a la derecha, a la izquierda, delante y detrás*, y que no podía encontrar término ni principio ni fin. Admirado se quedó Blanquerna de tal consideración, y mayormente cuando la dobló considerando aquella Bondad tan grande en eternidad que no tiene principio ni fin. Mientras Blanquerna estaba todo absorto en este pensamiento y consideración, acordóse cuán grande bien es el poder divino, que puede ser tan grande y tan durable, y que puede saber y querer infinitamente y eternamente, y puede tener virtud, verdad, gloria, perfección, justicia, largueza, misericordia, humildad, señorío y paciencia infinita y eternal.

5. Perseverando Blanquerna en esta contemplación, empezó su corazón a calentarse y sus ojos a derramar lágrimas por el placer que sentía por el recordar, entender y amar tan nobles virtudes en la Suprema Bondad. Pero antes que Blanquerna pudiese perfectamente llorar, bajó su entendimiento a la potencia imaginativa, y con ella empezó a pensar y dudar cómo podía ser que antes que fuese el mundo tuviese Dios justicia, largueza, misericordia, humildad y señorío; y por la participación del entendimiento con la imaginativa, aquella duda enfrió el calor de su corazón y disminuyéronse las lágrimas en sus ojos, y entonces Blanquerna desnudó su entendimiento de la potencia imaginativa subiéndole sobre ella, acordándose que el Soberano Bien es infinito en toda perfección, y como tal por su propia virtud y por su propia gloria puede y sabe tener tan perfectamente justicia, misericordia, largueza, humildad y señorío como todas las demás virtudes antedichas, así antes que fuese el mundo como después que es creado, por esto faltaba, o no había, quien pudiese de aquel Soberano Bien recibir los efectos de su gran misericordia, ni la influencia de las demás virtudes referidas.

6. Agradó mucho a la voluntad de Blanquerna la acción que hizo el entendimiento cuando dejó acá abajo la potencia imaginativa que le impedía, y subió arriba a atender sin ella el poder infinito de Dios, el cual conviene que sea en justicia, largueza, etcétera, antes que fuese el mundo; porque si no lo fuese, se seguiría que en la Suprema Bondad habría defecto de poder,

grandeza, eternidad, virtud y verdad; pero siendo imposible que en Dios haya defecto alguno, por eso la voluntad inflamó tanto el corazón de Blanquerna, que sus ojos se llenaron de lágrimas muy copiosas.

7. Mientras Blanquerna contemplaba y lloraba de este modo, allá en el interior de su alma se hablaban mentalmente su memoria, entendimiento y voluntad, y se complacían con grande alegría en las virtudes de Dios, según significan las siguientes palabras: “Memoria, dijo el Entendimiento, ¿qué recordáis de la Bondad y de la Sabiduría y Amor de Dios? Y vos, Voluntad, ¿qué amáis de ellas?” Respondió primero la Memoria, diciendo: “Cuando yo en mi recuerdo he visto y pienso cuán grande bien es saberse a sí mismo mayor y más noble en esencia y voluntad que todas las cosas, no me siento tan grande ni tan elevada, como cuando recuerdo el Soberano Bien ser infinito en saber y querer; y cuando a éste, mi recuerdo, junto yo, según mi consideración, la eternidad, poder, virtud, verdad, gloria, perfección, etc., que son en El una cosa misma, entonces me siento engrandecer y exaltar memorando estas cosas, y me parece que voy creciendo sobre todas cosas.” Con estas y otras muchas palabras respondió la Memoria al Entendimiento, y después la Voluntad le respondió de semejante modo, diciendo: “Que ella no se sentía tan alta y tan grande cuando amaba al Soberano Bien, por ser más Sabio y más Amante que ninguna otra cosa, como entonces, cuando le amaba por tener Sabiduría eterna e infinita.” El Entendimiento después dijo de sí mismo a la Memoria y a la Voluntad, “que él se hallaba en el mismo estado y semejante al de las dos potencias en la contemplación del Soberano Bien”.

8. Acordaron entre sí la Memoria, Entendimiento y Voluntad de contemplar a la Divina Bondad en la virtud, verdad y gloria; y recordó la Memoria virtud de Bien infinito, existiendo la virtud infinita en verdad y gloria; y el entendimiento entendió todo aquello que la memoria recordó; y la voluntad amó todo aquello que la memoria recordaba y el entendimiento entendía. Otra vez volvió la memoria a su recuerdo, y recordó verdad infinita del Supremo Bien, existiendo en la verdad, virtud y gloria

infinida; y el entendimiento entendió gloria infinita existiendo en la gloria virtud y verdad, que son Supremo Bien y glorioso; y la voluntad lo amó todo junto en una actualidad y en una misma perfección.

9. Preguntó Blanquerna a su entendimiento, diciéndole: "Si el Soberano Bien me da la salvación, ¿qué entenderás tú?" Y respondió el entendimiento: "Yo entenderé la misericordia y la humildad y la largueza de Dios." "Y tú, ¡oh, memoria!, si el Soberano Bien me condena, ¿qué memorarás?" Respondió: "Recordaré la justicia y señorío, la perfección y poder de Dios." "Y tú, ¡oh, voluntad!, ¿qué amarás?" Respondió: "Amaré aquello que la memoria recordará, si estuviere en lugar que lo pueda amar; puesto que las virtudes del Soberano Bien por sí mismas son amables."

10. Después de todo esto, Blanquerna se acordó de sus pecados, y entendió cuál grande bien es haber en Dios paciencia; porque si no la hubiera, cuan presto el hombre comete el pecado, sería castigado y privado de este mundo. Y por eso preguntó a la voluntad: "¿Qué gracias daría a la paciencia de Dios, que le sufría y había siempre sufrido?" Respondió la voluntad, y dijo: "Que ella amaría en el Soberano Bien la justicia, aunque fuese posible que el entendimiento pudiese saber que le había de condenar por sus pecados." Agradó mucho a Blanquerna la respuesta que dió la voluntad, y la boca de Blanquerna con todas las tres potencias de su alma loaron y bendijeron mucho la paciencia del Soberano Bien por todas las virtudes divinas.

11. Según este modo contemplaba Blanquerna las virtudes divinas desde la media noche hasta la hora de Maitines, haciendo gracias a Dios que se había humillado a él en haberle guiado y enderezado en su contemplación; y cuando quiso finir la contemplación y tocar a Maitines, empezó a acordarse de que no había contemplado la paciencia de Dios tan altamente como las otras virtudes, por cuanto la había contemplado solamente en respecto a sí mismo, según que arriba va expresado; y por esto le fué conveniente volver otra vez en la contemplación, y dijo "que él adoraba y contemplaba a la paciencia de Dios *en el ser*

una misma cosa con la suprema bondad y con las demás otras virtudes sin diferencia alguna." Por lo cual el entendimiento se admiró en gran manera cómo podía ser la paciencia una cosa misma: esencia con las otras virtudes. Pero la memoria recordó que las virtudes en Dios no tienen diferencia alguna las unas de las otras; pero por cuanto las obras que tiene en las criaturas, por las cuales ellas son representadas como por su efecto, son diversas; así como parece diversa la vista cuando mira en dos espejos, y el uno es recto y el otro oblicuo, y la vista en sí es una sola en cada uno de los espejos, sin diferencia alguna.

CAPITULO CX

De la manera en que Blanquerna contemplaba las virtudes y dignidades de Dios de tres en tres, y después al otro día de cuatro en cuatro, y de cinco en cinco, etc., para usar de diversos modos y tener diferentes materias en contemplar a Dios.

1. "Bondad Divina, dijo Blanquerna, Tú que eres infinitamente grande en eternidad, Tú eres Soberano Bien de donde nace todo otro bien; y de Tu gran Bien viene todo el bien grande y pequeño que haya; y de tu eternidad viene toda otra duración; y así, en todo cuanto eres bien en grandeza y eternidad, te adoro, te invoco y te amo sobre todo mi entendimiento y mi memoria; y por esto te pido que el bien que me has dado me le hagas grande y durable en loarte y servirte en todo aquello que pertenece a tu honor.

2. "Grandeza eternal en poder, Tú eres mucho mayor de lo que yo puedo decir, recordar, entender y amar; y por esto te ruego mi poder que le hagas grande y durable en recordar, entender y amar mucho a tu gran poder, que es y puede ser infinito y eterno, de cuya influencia esperamos acá abajo la gracia y bendición por la cual seamos grandes y durables y podamos vivir contigo eternamente.

3. "Eternidad, Tú que tienes poder de saber sin fin y sin

principio, Tú me has principiado para durar sin fin; Tú me has creado, Tú tienes poder de salvarme o de condenarme. Todo lo que harás de mí y de todos los demás lo sabe eternamente tu saber, y lo puede eternamente tu poder; porque en tu eternidad no hay alteración ni mudanza alguna. No tengo yo poder de saber a que me has Tú de juzgar, porque mi poder y saber tienen su principio; y así por cualquiera cosa que hagas de mí, plégate que en este mundo mi poder y saber y mi duración sea siempre a mayor honra y servicio tuyo y para alabar tu honor.

4. “Poder, que sabes y quieres a todo Ti mismo; Saber, que quieres y puedes a todo Ti mismo; Querer, que puedes y sabes a todo Ti mismo; tomadme todo mi poder y saber para alabaros y serviros pues me habéis tomado todo mi querer. Tú, oh, Poder; Saber, y Querer del modo que eres sin aumento ni disminución ni variación alguna, Tú puedes saber y querer todo cuanto hay según tu poder saber y querer infinito. Y Tú, oh Saber, sabes todo cuanto quieres; y Tú, oh Querer, quieres y puedes todo cuanto quieres en voluntad, poder y saber. Luego como esto sea así, y ninguna cosa lo pueda mudar ni variar; de esta grande influencia venga a mi poder gracia, para que en todo tiempo pueda poder, querer y saber asimismo en honrar a tu poder; y a mi saber en honrar a tu saber, y a mi querer en honrar a tu Amor y Honor.

5. “Sabiduría Divina, en Ti es Amor y Virtud: Tú te sabes a Ti misma Saber sobre todo otro saber, y te sabes a Ti misma Amor sobre todo otro amor, y te sabes a Ti misma Virtud sobre toda otra virtud. Y por esto, si mi saber sabe que mi querer es menor virtud en amar a tu Querer, conviene que tu Saber sepa que tu Amor es mayor en amarme a mí que mi amor en amarte a Ti; y si esto no lo supiese así, no sabría tu Sabiduría ser mayor la virtud de tu Amor en el querer que lo que es la mía; ni mi sabiduría y amor no tendrían virtud con que poderte perfectamente contemplar”. Mientras Blanquerna contemplaba de este modo, se acordó que si Dios supiese que su Querer amase al pecado, no tendría Virtud con que amarse a sí mismo; y por esto entendió Blanquerna que si él desamara a Dios, no tendría

virtud con que pudiese desamar al pecado; y por esta razón lloró dilatadamente Blanquerna cuando se recordó culpable y pecador por el tiempo en que había pecado.

6. “Amor Divino, tu Virtud es más verdadera que ninguna otra virtud; y por ésto eres Tú, Amor, más verdadero que cualquiera otro amor, y tu Virtud es más verdadera que cualquiera otra virtud; porque si es verdadera la virtud que tiene el sol en iluminar y la del fuego en calentar, mucho más verdadera es la Virtud que tienes Tú en amar, por cuanto entre el sol y su resplandor, y entre el fuego y su calor hay diferencia; *pero entre tu Amor, Virtud y Verdad no cabe diferencia esencialmente*. Y cuanto tu Amor pone en Verdad, todo lo hace con Virtud infinita y eternal en amar a la Verdad; y cuanto hacen los cuerpos celestes y los demás, lo hacen con virtud finida, con tiempo y cantidad. Luego como esto sea así, a Ti, Amor, Virtud y Verdad, me obligo y sujeto por todos los días de mi vida a honrar tus honores y anunciar a los infieles y a los devotos cristianos la verdad de la Virtud de tus Amores”.

7. La Virtud, Verdad y Gloria se encontraron en los pensamientos de Blanquerna cuando contemplaba a su Amado, y consideró a cuál de las tres daría mayor honor en sus pensamientos y voluntad; *pero por cuanto no podía entender en ellas diferencia alguna por ser una misma cosa sin distinción*, por esto igualmente las hizo honor y reverencia con memorar, entender y amar a su Amado, y dijo: “Adórote, Virtud, que me has creado, adórote, Verdad, que me has de juzgar, y adórote Gloria, en quien espero ser glorificado en Virtud y Verdad, que no cesará por ningún tiempo de dar gloria sin fin”.

8. Preguntó Blanquerna a la Verdad de su Amado: “Si en Ti la gloria y Perfección no fuese aquello que Tú eres, ¿qué serías Tú?” Respondió el entendimiento de Blanquerna: “Que sería falsedad, o una verdad semejante a la nuestra o sería nada, o alguna cosa en la cual habría pena eterna sin fin”. Insistió Blanquerna: “¿Y si la Verdad no fuese, que sería la Gloria?” Respondió la Memoria: “Que sería trabajo y defecto”. “¿Y si la Perfección no fuese, qué sería la Gloria?” Respondió la Vo-

luntad: "Que sería todo lo que es nada, o sería todo cuanto es defecto".

9. Consideró Blanquerna en el color, y entendió en él diferencia entre lo blanco y lo rubio y contrariedad entre blanco y negro. Consideró en la Gloria, Perfección y Justicia de su Amado, y *no pudo entender entre ellas diferencia ni contrariedad*. Consideró la blancura, y no pudo entender en ella diferencia ni contrariedad. Consideró la Gloria, y entendió en ella Perfección y Justicia. Consideró la Perfección, y entendió en ella Gloria y Justicia. Consideró a la Justicia, y entendió en ella Perfección y Gloria. Maravillóse mucho Blanquerna de tal consideración, en la cual exaltó mucho a su memoria, entendimiento y voluntad para contemplar a su Amado; y, deseando su Gloria, llenó sus ojos de lágrimas y lloró amargamente, temiendo la Justicia de su Amado.

10. La memoria, entendimiento y voluntad de Blanquerna se esforzaban a subir a su Amado; la memoria quiso elevarse para memorar la Perfección; el entendimiento para entender la Justicia, y la voluntad para amar la Largueza; pero ninguna de las tres potencias pudo trascender a la otra, porque cada una había menester a las tres Virtudes de su Amado: *para significar que las tres Virtudes referidas son una misma cosa en su Amado*.

11. "Justicia, dijo Blanquerna, ¿qué quieres Tú de mi Voluntad?" Respondió la Memoria por la Justicia: "Quiero en vos contrición y temor, y quiero en vuestros ojos lloros, y en vuestro corazón suspiros, y en vuestro cuerpo aflicciones." "Y tú, Largueza, ¿qué quieres de mi voluntad?" Respondió el Entendimiento por la Largueza: "Quiérola tener toda para amar y para arrepentirme, y despreciar las vanidades de este mundo". "Y tú, Misericordia, ¿qué quieres de mi memoria y de mi entendimiento?" Respondióle la voluntad por la misericordia: "Quiero toda la memoria para memorar y todo el entendimiento para entender su don y su perdón, y mayormente para contemplar a sí misma." Y entonces Blanquerna se entregó todo en contemplar todo cuanto deseaba de él las virtudes de su Amado.

12. Adoraba y contemplaba Blanquerna en su Amado la

Largueza, Misericordia y Humildad; y las consideraba mayores y mejores que cuando las contemplaba en sí mismo; y por esto decía a su entendimiento que en su Amado no podía entender toda Liberalidad, Misericordia y Humildad, y decía a su voluntad que la Misericordia de su Amado tenía tan gran largueza, que podía tomar de ella cuanta humildad quisiese, y podía haber de ella tanta largueza y misericordia, cuanta había menester para su salvación.

13. En peligro se vió Blanquerna en su pensamiento de creer y juzgar que el Señorío de su Amado fuese mayor que la Misericordia y Humildad, puesto que su Señorío es sobre cuantos hombres hay, y su Humildad y Misericordia no iluminan en la Fe católica a los infieles, pero el Amado despertó la memoria de Blanquerna y la hizo recordar de que la Misericordia hizo humillar el Hijo de Dios a encarnarse y morir en Cruz en cuanto hombre, para que su Señorío fuese revelado y predicado en todo el mundo por aquellos a quienes Dios se ha humillado en el Santo Sacrificio del altar, y a quien ha hecho Dios tantas honras y los espera su Misericordia para la satisfacción de tantas y tan graves faltas mortales desagradables a Dios y a las gentes.

14. Decía Blanquerna que en este mundo no conviene al Príncipe señorío sin humildad y paciencia, para significar que sería inconveniente el que en Dios hubiese Señorío sin Humildad y Paciencia; y por esto Blanquerna, que era Príncipe y Señor de su memorar, entender y querer, humilló su principado a la Paciencia, para poder subir a contemplar en su Amado Humildad, Señorío y Paciencia, de quien tiene a feudo su principado, del cual debe dar cuenta a su Amado.

15. De esta suerte concluyó Blanquerna su oración; y al otro día la prosiguió en otra manera; es, a saber, que, dejando la consideración de la Paciencia, empezó por el Señorío, combinando las Virtudes de tres en tres para usar de distinto modo; y otro día consideraba las Virtudes de cuatro en cuatro, o de cinco en cinco, o de seis en seis, o de dos en dos, o las combinaba todas con la Grandeza y Eternidad, y así de las demás Virtudes. Y de este modo, cada vez que en su contemplación mudaba la

combinación de una Virtud con otra, se le ofrecían nuevas razones y varios modos y asuntos para contemplar a su Amado. Y porque seguía arte en su oración y contemplación, por eso era Blanquerna tan fecundo en contemplar su Amado, que sus ojos no cesaban todos los días de llorar y su corazón de suspirar, y su alma se derretía en contrición, devoción y amor de su Amado.

CAPITULO CXI

De la Esencia de Dios y del modo cómo Blanquerna la contemplaba por las Dignidades y Virtudes Divinas, y según ésta le representaba por la esencia y el ser de las criaturas como por su efecto.

1. Comenzó Blanquerna a contemplar la Divina Esencia con las Divinas Virtudes, y memorando, entendiendo y amando aquellas, decía estas palabras: “¡Oh, Esencia Divina!; tan grande eres Tú en Bondad y Eternidad, *que entre Ti y entre tu Bondad, Grandeza y Eternidad no hay diferencia alguna.* Tú eres Esencia y Tú eres Dios; y pues entre Deidad y Dios no hay diferencia alguna, adórote Deidad y Dios, Esencia y Ser en una cosa misma; porque si la Deidad en Dios y la Esencia y Ser no fuese una misma cosa, sin diferencia alguna, tu Grandeza sería finida y terminada entre tu Bondad y tu Bien, y entre tu Eternidad y tu Ser eternal; y se seguiría que tu Deidad sería una cosa y Dios otra, y lo mismo se seguiría de tu Ser y de tu Esencia; y porque tu Grandeza es infinita en Bondad y Eternidad, por eso, soberana Esencia, yo te adoro y bendigo en una pura actualidad y simple igualdad con todas tus Virtudes y Dignidades Divinas.

2. ”De tu Bondad y Grandeza, y de tu Bien Grande, ¡oh, Esencia gloriosa!, memora y entiende tu Memoria y Entendimiento lo que no puede memorar y entender de ninguna otra cosa, en que la bondad y el bien, grandeza y grande, duración y durante no son una misma cosa; porque si lo fueran, no habría diferencia entre la esencia y el ser de la criatura y la Esencia y

el Ser del Creador; y si esto no fuera así, tu Bondad no sería soberana en Grandeza, como conviene que lo sea. Para que, pues, sea significada mayor la Nobleza de tu Esencia y de tu Ser, entiendo y memora ser mayor en ser una cosa misma tu Esencia y tu Ser, que no la esencia y el ser creado, en quien es defectuosa la grandeza, por cuyo defecto tenemos conocimiento de tu grande e infinita Grandeza, a quien alabo y bendigo sujetando toda la grandeza de mi voluntad para adorar, contemplar, loar y servir a tu Esencia gloriosa.

3. “La esencia en la criatura es distinta del poder, saber y querer creado; porque una cosa es el poder, otra cosa es el saber y otra el querer; y por esto la esencia creada no puede ser una misma cosa en su poder, saber y querer; más porque Tú, gloriosa Esencia, no tienes diferencia en tu Poder, Saber y Querer, *ni menos entre tu Poder, Saber y Querer hay diferencia alguna*; por esto eres una Esencia y una misma cosa con tu ser, sin diferencia ni distinción de tu Poder, Saber y Querer. Y siendo esto así, por eso eres Tú Soberano Bien, pues todo otro bien es deficiente en poder, saber y querer para ser una cosa misma con su esencia; y de ahí por su naturaleza se inclina a la corrupción, a cuya inclinación sería contraria su naturaleza si no hubiese diferencia entre el ser y su esencia.”

4. “Gloriosa Esencia, Tu Poder en tu Ser no puede obrar ningún defecto. Mi poder puede hacerlo contra mi ser; y la razón de esto es porque una cosa es mi ser y otra es mi esencia y otra mi poder; y porque mi poder es distante por gran diferencia de mi ser y de mi esencia, por esto puede contra mi ser y mi esencia. Mas cuanto tu Poder es tu Esencia y tu Ser sin diferencia alguna, por esto no puede hacer cosa alguna contra tu Esencia y Ser Divino; y por esta razón tienes Tú, ¡oh Esencia!, cumplido, perfecto, infinito y eterno Poder en Virtud, Verdad, Gloria y perfección.

5. “De la *Humanidad* es llamado el hombre tal; la cual es esencia del hombre; y de *Caballería* es llamado tal el caballero; y de la *Justicia* el justo, y de la *Sabiduría* el sabio. De donde en tu Deidad eres Tú Dios, y quien dice tu Deidad dice Dios;

y quien dice Dios dice tu Esencia; porque tu Virtud es bastante para ser tu Esencia y tu ser en Verdad, Gloria y Perfección; y mayor verdad es en ser una cosa misma tu Sér y tu Esencia, que no es en la criatura ser una cosa la esencia y otra el ser, y en ser una cosa justa y otra justicia; y por esto muchos justos y muchos hombres y muchos caballeros pueden ser diversos en alguna cosa debajo razón de la justicia, humanidad y caballería. Pero no es así de tu Ser y de tu Esencia, por cuanto tu Gloria y tu Perfección tienen Virtud y Verdad, donde no hay diferencia de ser y de Esencia."

6. "Si justicia no se hallara en la criatura, sería imposible que el justo fuese creado, así como es imposible que sea el hombre sin la humanidad. De donde cuando el hombre y su humanidad y las demás criaturas aun no eran cosa alguna, ya en tu Esencia había Justo y Justicia, sin que en tu Esencia haya Justo, ni en Ti Justo haya Justicia por razón de la criatura, sino que Tú eres Justo y Justicia por Ti mismo; porque así como el hombre no podría ser sin su esencia, esto es, sin la humildad y naturaleza humana, así, por contrario sentido, puede ser en Ti Justo y Justicia sin la criatura; y así como el hombre no puede ser sin alguna otra cosa que no es hombre, esto es, sin los elementos materia, forma, accidentes, naturaleza y causa eficiente, así en tu Esencia no podría ser Justo ni Justicia, si pudieran en ella caber accidentes, cualidad y diferencia entre el Ser y la Esencia. Y si tu Justicia tuviera necesidad de alguna cosa que no fuese Dios ni Esencia Divina, no podría ser eterna, infinita, virtuosa, ni cumplida como lo es en toda perfección.

7. "Esencia Divina, antes que fuese aquel a quien das, había en Ti Largueza, pues si Tú eres la Largueza y la Largueza es Tú mismo, no es tu largueza en tu Eternidad e Infinitad posterior a tu Esencia; y lo mismo se sigue de tu Misericordia y de las demás Virtudes. Ni ahora cuando son y existen las criaturas a quienes Tú das y perdonas, tu Largueza y Misericordia son mayores. Y si hubiese diferencia entre tu Largueza y tu Misericordia en tu Esencia, no serías Soberano Bien Libe-

ral en dar y perdonar; y tendrías Misericordia hasta tanto que hubieses creado la criatura; y sería imposible que creases cosa alguna sin que antes de la creación de aquélla tuvieses Largueza y Misericordia.”

8. Consideró Blanquerna que la humildad, señorío y paciencia en la criatura son cualidades, y en Dios son Esencia; y como las cualidades son distantes de la esencia, y mucho más en comparación con la Humildad, Señorío y Paciencia, como Esencia y Ser Divinal; por eso Blanquerna adoró a la Humildad, Paciencia y Señorío como Ser Divinal, y dijo estas palabras: “Humildad sin humillar, y Señorío sin dominar, y paciencia sin paciencia no se convienen en ser Esencia Soberana, en Bondad y Grandeza eternal sobre todas las criaturas. Ni en la Esencia de Dios se conviene humillarse de mayor a menor, pues no las hay; ni se conviene haber en ella Señor y vasallo, ni agente y paciente, según distinción de mayor a menor.”

9. Mientras Blanquerna contemplaba de este modo, se quedó turbado y temió de afirmar contradicción; pero por la grande elevación en que se hallaba su entendimiento por la contemplación, conoció que la imaginación pecaba en la falsa comparación; y *la memoria recordó cómo a Dios se deben atribuir todas las cosas buenas que hay en las criaturas y que dicen perfección; en tanto que todas ellas convienen que sean en la Divina Esencia, como no se siga alguna imperfección en Dios; y por cuanto es cosa buena la Humildad, Señorío y Paciencia en la criatura, conviene que asimismo sean en la Esencia Divina, pero como en la criatura no sean aquéllas en tan grande perfección como lo son en Dios, conviene que por otro más noble modo, esto es, por identidad, entendamos existir en la Esencia Divina Humildad, Señorío y Paciencia que es distinto del modo según el cual existen en la criatura, en la cual son aquellas Virtudes cualidades accidentales tienen Principio, Medio y Fin.*

10. En esta contemplación decía Blanquerna “que la Esencia de su Amado era incommutable, por cuanto comprendía y no era comprendida; y era inalterable, por cuanto era Eternidad; y era incorruptible, porque su Poder, Querer y Saber, su Vir-

tud, Justicia y Periección eran eternas, y que por eso una tal y tan gloriosa Esencia debía ser tenida más a menudo en su memorar, entender y amar que cualquiera otra esencia o esencias."

11. Decía también "que el Rey, por razón de su Señorío, ni por sus fuerzas, belleza, sabiduría, poder, justicia y demás cualidades, no es más cercano a la esencia humana ni es más hombre que el hombre de fea figura que es su vasallo y es hombre pobre y de poco poder y saber; y esto se manifiesta ser así por cuanto el Rey puede privarse asimismo de todas estas cosas; pero no es así de la Esencia de Dios y de sus Virtudes; porque como sean una misma cosa la Esencia y las Virtudes, esto es, Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Perfección, etc., por esto es la Divina Esencia presencialmente en Virtud, en Sabiduría, Poder, Perfección y en todas las otras Dignidades pertenecientes a Ella; y en todo lugar y parte de él, y en todo tiempo y por todos tiempos infaliblemente. Y esto no conviene sino solamente a la Voluntad de Dios; pues que ninguna otra cosa que no sea Dios, no puede poseer las Virtudes de Dios, no puede ser su Esencia misma."

12. Por este modo y por otros muchos contemplaba Blanquerna la Esencia de Dios combinando las unas Virtudes con las otras, según su inteligencia, para tener muchas razones y nuevos modos, más abundante materia para contemplar la Esencia de Dios. Y cuando hubo finido su oración, escribió lo que había contemplado, y después leyó lo que había escrito, y no sintió tanta devoción mientras lo leía, como cuando lo contemplaba. Y por esto la contemplación no es tan devota en leyendo el libro como lo es contemplando las razones escritas en él; y la razón es porque en la contemplación la alma asciende más altamente a memorar, entender y amar la Divina Esencia (por cuanto habla con Dios sin medio) que no cuando lee lo que ha contemplado, y porque devoción se conviene mejor con contemplación que con escritura.

CAPITULO CXII

De la unidad de Dios, y del modo cómo Blanquerna la contemplaba por sus Virtudes y Dignidades en orden a las criaturas. De donde entendía la necesidad de la existencia de aquélla y el ser Dios uno por Esencia, como se demuestra claramente aquí en este capítulo.

1. Transfirió Blanquerna sus pensamientos, sus consideraciones y amores a contemplar la *Unidad* de Dios, y dijo estas palabras: "Soberano Bien, sólo tu Bondad es infinita en Grandeza, en Eternidad y Poder; porque ninguna otra bondad tiene con que pueda ser infinita eternamente, ni poderosa infinitamente; y por eso, Soberano Bien, yo te adoro a Ti solo un Dios que eres Soberano en todas perfecciones. Tú eres un solo Bien, de quien descienden y emanan todos los otros bienes. Tu Bien tan solamente sostiene a todo otro bien. Sólo tu Bien es principio de mi bien; y por eso todo mi bien doy y sujeto a honrar, loar y servir a tu Bien tan solamente.

2. "Amable Señor, Grandeza sin principio y fin en Esencia virtuosa y cumplida en todas perfecciones, conviene a un Dios tan solamente, y no a muchos; por razón de que Eternidad, que es sin principio y fin en durabilidad, se conviene con Grandeza que en Esencia y Virtud no tenga principio ni fin, antes bien sea sin principio y sin fin cumplidamente. Y si esto no fuera así, seguiríase, Señor, que la Justicia y Perfección serían cosas contrarias en la Eternidad, si la Eternidad, que no tiene principio ni fin en duración, se conviniese también con esencial Grandeza, habiente cantidad finida y terminada, como en esencia indefinida e interminable. Mas como Tú, Señor, inmenso Dios mío, seas tu Justicia y tu misma Perfección, por esto es significado a mi entendimiento que Tú eres un Dios Eterno tan solamente."

3. Memoró la memoria de Blanquerna en la Bondad, Grandeza, Eternidad, Sabiduría y Voluntad el poder de Dios. Por la

Bondad entendió mejor Poder que otro poder; por la Grandeza entendió mayor Poder; por la Eternidad entendió un Poder más durable; por la Sabiduría, un Poder más sabio; por la Voluntad, un Poder más benigno que ningún otro poder, como todas las Dignidades sean en Dios esencialmente una misma cosa. Y cuando el entendimiento de Blanquerna hubo entendido el Poder Divino, entonces la memoria memoró un Poder tan solamente Supremo a todos los otros poderes; por lo cual el entendimiento entendió haber un Dios tan solamente; *por cuanto si hubiese muchos Dioses sería imposible que el entendimiento pudiese entender mayor y más noble que todos los otros poderes.*

4. Consideró Blanquerna en la virtud de las plantas, hierbas y demás cosas que la naturaleza ordena a un fin; y su entendimiento entendió cómo *en cada una de las cosas naturales hay una virtud que domina todas las otras virtudes que se hallan en aquel cuerpo*; y por eso la naturaleza en cada cuerpo elementado tiene natural apetito a un fin más que a otro, por cuanto el un fin, esto es, una perfección, tiene debajo de sí a las demás perfecciones. Mientras consideraba esto Blanquerna, su memoria transfirió su entendimiento a entender el Fin para que son creados los hombres. Y como las bestias, aves, plantas, metales, elementos, cielos y estrellas se han y llevan a un fin, que es servir al hombre. Y por esto le fué significado, según la perfección de Bondad, Poder, Justicia, Sabiduría, Voluntad, y de las otras Dignidades, que todos los hombres están obligados a loar, honrar y servir a un Dios tan solamente; porque si fuesen muchos los Dioses, según la perfección y la justicia, saber y poder de cada uno, Dios hubiera creado y producido las criaturas y los hombres a muchos fines. Contemplando así Blanquerna en la Virtud y Unidad de Dios, según la manera antedicha, sintió muy elevada su memoria, entendimiento y voluntad en la contemplación de Dios, por cuanto se entendía la unidad de Dios con sus Divinas Virtudes, las cuales conservaba en su memoria, entendimiento y voluntad.

5. Dada es voluntad al hombre, por la cual quiere tener solo y poseer su castillo, su ciudad y su reino, y quiere ser se-

ñor de su mujer y de su hijo; y por cuya voluntad quiere también tener libres su entendimiento y su voluntad, y así de las demás cosas. Y cuando injuriosamente contra su voluntad tiene par e igual en estas cosas, siente gran pasión, la cual es contra *gloria* y *señorio*. Habiendo Blanquerna repasado todo esto en su memoria, consideró la Gloria y Señorío de Dios; y entendió que si hubiera muchos Dioses Señores del mundo, su Gloria y Señorío no pudieran ser tan grandes como lo son si hay un solo Dios; y porque a Dios se conviene el que sea conocida su mayor Gloria y Señorío, por esto fué demostrando manifestamente al entendimiento de Blanquerna haber un Dios solamente. Y para que su entendimiento entendiera más altamente, fué su voluntad más exaltada con fervor y devoción a contemplar a su Amado, Esposo de su voluntad, y dijo estas palabras:

6. "Verdad es, mi Señor Dios, que no hay otro Dios si no Tú solamente. A Ti sólo me encargo y me ofrezco para servirte. De Ti sólo espero gracia y perdón, pues otra Largueza no hay que pueda dar gracia, ni otra Misericordia que pueda perdonar si no solamente la tuya. Humilde eres Tú, Señor, si a Ti humilde soy. Señor, soy yo, si Tuyo sólo soy. Victoria consigo sobre todos mis enemigos, si por Ti solamente soy paciente. Y por esto, con todo cuanto soy, puedo ser y seré, a Ti sólo soy culpable y pecador. A ti sólo pido el perdón; y en Ti me fío, y por Ti me expongo a los peligros; y cuanto aconteciere de mí, sea todo a un fin, en que Tú seas loado, servido y honrado. A Ti sólo temo, mi Señor; de Ti recibo esfuerzo y vigor. Por ti lloro y me enardezco en amor; y no quiero a otro Señor si no a Ti sólo, que eres mi creador.

CAPITULO CXIII

De la Trinidad Santísima de Dios y de la operación necesaria intrínseca que hay en El por la producción de las tres Divinas Personas.

1. Contemplar quiso Blanquerna la Santísima Trinidad de Nuestro Señor Dios, y por eso en el principio de su oración rogó a Dios le exaltase las potencias de su alma para poder ascender a contemplar sus divinas Virtudes y Dignidades, para que por ellas pudiese contemplar su Trinidad gloriosa, y dijo estas palabras: "Santa y gloriosa Esencia Divina, en quien es Trinidad de Divinas Personas, gracia te pido, como te plega humillarte, para que mi alma pueda subir a contemplarte en tu Trinidad Santa con tus propias y esenciales Virtudes y Dignidades comunes a las tres *Propiedades Esenciales Personales* y a las tres Divinas Personas. No soy yo digno, Señor, de perderte el don que te pido, ni menos recibirlo más por cuanto Tú, Señor, me lo puedes dar, y yo con él podré mejor amarte, conocerte, recordarte y alabarte, y por esto te lo pido; pues mi alma desea conocer y amar todas aquellas cosas por las cuales pudiese mejor alabarte y servirte, conocerte y amarte; y por las cuales pueda yo hacer amar y conocer tus Honores y Valores y tus honraciones a las gentes."

2. Confióse Blanquerna en el auxilio de Dios, y dijo estas palabras: "No fué jamás, ni es, ni será en la criatura que el Bien infinito y eterno pueda naturalmente ser engendrado ni precedido, siendo así que todo bien creado es terminado y finido en bondad, grandeza, duración, poder, etc. Pero si en la criatura hubiese un bien infinitamente grande en eternidad, poder, saber, querer, etc., sería posible cosa que un bien infinito pudiese engendrar otro bien infinito; y si esto no fuera posible, sería imposible que en la criatura hubiese un bien infinito, según arriba hemos supuesto." Cuando Blanquerna hubo recordado, entendido y amado todo eso, recordó y entendió que

el Soberano Bien es más excelente en Bondad, Grandeza y Eternidad, Poder, Saber y Querer, que el bien creado; y conviene que tenga más alta y más noble Obra y actualidad que el bien creado; porque si no lo tuviera, sería imposible que le fuese superior en Infinitud de Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, etc.”

3. Habiendo Blanquerna, con el auxilio de Dios, elevado las potencias de su alma en el más alto grado que las había podido exaltar, se esforzó cómo por otro modo pudiese más altamente elevarlas; y empezó a considerar que gran Bien es engendrar Dios que sea Bien Infinito, Eterno, Poderoso, Sabio, Amoroso, Virtuoso, Verdadero, Glorioso, cumplido en toda Perfección, Justo, Liberal, Misericordioso, Humilde, Señor de cuanto tiene ser, y en supremo grado Paciente.

4. Después de haber considerado Blanquerna todo esto por largo espacio de tiempo, consideró otra vez cuán grande bien es dar a Dios Procesión en que sean todas las Virtudes comunes sobredichas. Consideró otra vez cuán grande es el Bien de que es engendrado Dios y de donde emana Dios eternal e infinitamente. Y habiendo considerado Blanquerna todas estas cosas, consideró por negación que en el Soberano Bien no fuese el Bien que había considerado, y sintió entonces su alma vacía de devoción e inteligencia; y volviendo a considerar en Dios todo lo que había considerado por afirmación; por este medio sintió luego a su alma llena de recordación e inteligencia y amor al Soberano Bien; y empezó a llorar y alabar a Dios que tan altamente le hacía contemplar.

5. Recordó Blanquerna en su alma a la virtud creada, la cual quiso ascender a más alto grado por especial auxilio de la virtud increada, y, presentándola en su memoria, dijo estas palabras: “Los filósofos antiguos dijeron que el mundo es eterno; y lo entendieron decir a honor de la Virtud increada, a quien se conviene obrar eterna e infinitamente; y porque ellos ignoraron en Dios Trinidad y Operación intrínseca eternal, atribuyeron a Dios obra eterna e infinida en el mundo, y en las cosas de que es compuesto e integrado; pero por cuanto a la virtud

de Dios se conviene mucho mejor el obrar en Sí Obra eterna e infinita en Poder, Sabiduría, Amor, Perfección y Gloria, que en otra cosa que no sea Dios”; por eso la perfecta Justicia, Sabiduría, Verdad y Gloria de Dios significaron a Blanquerna que el mundo había tenido principio, y que la Obra que la Divina Esencia tiene en Sí misma engendrado al Hijo es eternal e infinita en toda Perfección; y si esto no fuera así, se seguiría que tan infinita Virtud y Capacidad tendría el mundo en recibir Eternidad, como es en el Divino Poder y en la Eternidad la Virtud de comunicársela, cual es imposible; por cuya imposibilidad significada a Blanquerna, quedó su entendimiento tan exaltado y su voluntad se elevó tan altamente a amar la Santísima Trinidad de Dios, que el amor dió al cuerpo sus langores, y a los ojos lágrimas y lloros y al corazón suspiros y devoción, y a la boca oraciones y loores de su Dios glorioso.

6. Con gran temor decía Blanquerna a la Santísima Trinidad, mental y corporalmente, estas palabras: “Excelente Trinidad Soberana, por tus comunes Virtudes eleva mi entendimiento a contemplarte y amarte. En tus propias Virtudes Personales desfallece mi entendimiento en tener de Ti conocimiento; pero por cuanto mi voluntad asciende a amarte a Ti, y mi entendimiento a creerte, iluminado con luz de Fe por Tu bendición, por eso están en Ti contemplando estas potencias mías por amor y por Fe e inteligencia, sin que de esto se siga contradicción alguna.”

7. Mientras Blanquerna contemplaba de este modo la Trinidad Soberana, error e ignorancia quisieron inclinarle a descreer la Santa Trinidad en Dios, considerando que toda trinidad hacía composición; pero volviendo sobre sí, recordó Blanquerna cómo la Grandeza de Dios es infinita en Poder, Perfección y Eternidad; por lo cual entendió sería grande inconveniente, que si la pluralidad y trinidad creada no pueden ser sin composición, se siga de aquí que la Trinidad Soberana deba de ser compuesta, ni entrar en ella composición alguna, porque así como la Soberana Trinidad y Pluralidad de las Divinas Personas es superior en Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, etc., a la Pluralidad y

trinidad creada, asimismo conviene que le sea superior en Simplicidad; y porque la Unidad de Dios es superior en Simplicidad a toda unidad creada, asimismo conviene que el Soberano Bien tenga pluralidad, con la cual sea superior en Trinidad personal y en Simplicidad a toda pluralidad creada.

8. Trinidad Santa, en todo lo que no te alcanza mi entendimiento, eres Tú mayor en Grandeza, y es mayor mi fe que mi entendimiento, y es mayor Tu Grandeza que mi fe, y la razón de esto es porque tu Grandeza es infinita en toda Perfección, y mi fe y entendimiento son comprendidos y limitados por tu Grandeza; luego si en lo que cree de Ti mi entendimiento soy yo mayor por fe que por entendimiento, si yo Te entendiera, sería mayor en amor por el entender que por el creer; y si eso no fuera así, se seguiría que el Amor se convendría más con la ignorancia que con el entender; y siendo esto así, aun se seguiría que el amor sería menor en las alturas del entendimiento y mayor en sus desfallecimientos, y esto es imposible, sin que se siga contradicción alguna ni en el mérito ni en el entendimiento por Fe, la cual queda en su estado perfectamente la que era según la diversidad de los objetos que tienen la Fe y el entendimiento, cuya diversidad habemos significado arriba en las Divinas Virtudes y Dignidades comunes a todas las tres Divinas Personas, y según las Propiedades Personales Divinas.

9. Para usar Blanquerna del Arte de Contemplación, consideraba en su alma Generación con Infinitad, Eternidad y Perfección; y también para que no creyese ser semejante la Divina Generación a la de las criaturas, la que no pudo hacer caber en su alma, ni entender, amar, ni recordar el que fuese con Eternidad, Infinitad y Perfección, por cuanto no pudo creer en ella Simplicidad sin composición y corrupción, según su entendimiento tenía de ello conocimiento; y en la suprema Generación entendió Simplicidad sin composición y corrupción, en cuanto no puede ser sin Eternidad, Infinitad y Perfección en su entendimiento, memoria y voluntad, que así la entendía, recordaba y amaba.

10. Trinidad Santa, si Tú no fueras, ¿en qué sería Dios se-

mejante al hombre? Y ¿en qué haría ser verdadera su palabra cuando dijo: “Hagamos al hombre a Imagen y Semejanza nuestra?” Y si hay Trinidad, no es desemejante a la nuestra en aquesto que se la pueda asimilar, aunque sea aquella un infinito y eterno Poder, Sabiduría, Perfección, etc.

II. De esta manera contemplaba Blanquerna la Santísima Trinidad de Dios, y a Ella elevaba todos los poderes de su alma cuanto podía para que así fuese obediente al precepto de Dios, que manda que el hombre ame a su Dios, Creador y Señor, con todas sus fuerzas y con todos sus pensamientos y con toda su alma en quien son la memoria, entendimiento y voluntad.

CAPITULO CXIV

De la Encarnación del Hijo de Dios, y del modo cómo Blanquerna la contemplaba altamente por las Virtudes y Dignidades Divinas. Y de la grande admiración que le causaba el ver cuán pocos son los hombres que creen en ella y la honran, y aún menos los que están a ello más obligados.

1. Recordó Blanquerna la Santísima Trinidad de Nuestro Señor Dios para que el entendimiento entendiese cómo de la influencia de Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría y Voluntad de la Trinidad Divina debía Dios hacer en la criatura una Obra que fuese de gran Benignidad, Durabilidad, Poder, Sabiduría, Caridad, etc. Y por esto el entendimiento entendió, que según la Operación que hay en las Personas Divinas, era cosa conveniente que Dios asumiese naturaleza humana en unión Personal, en la cual y por la cual fuesen significadas sus Divinas Virtudes y las Operaciones interiores que tiene en sus Divinas Personas, y que por aquella significación la voluntad de Blanquerna y la de los demás hombres amase más a Dios y sus Obras, por lo cual dijo estas palabras:

2. “Divina Virtud, tú eres infinita en Bondad, Grandeza, Poder, Sabiduría, Amor y en toda Perfección, y por eso si otra

cosa fuese infinita en Bondad, Grandeza, Eternidad, Paciencia, etcétera, en ella pudieras Tú obrar infinitamente por la Grandeza, Eternidad y Acción, por cuanto tuvieras Poder para ello, y aquella cosa pudieras recibir tu acción. Pero por cuanto toda otra virtud es finida, menos la tuya, por esto no es suficiente cosa alguna a ser paciente en Eternidad, ni en Grandeza infinita a tu Obra y Acción, que es sin principio, tiempo ni cantidad. Para demostrar, pues, todas estas cosas, quiso tu Sabiduría crear una Criatura mayor y mejor en Virtud que todas las otras criaturas y virtudes creadas. Y quiso el Hijo de Dios ser una Persona con aquella Criatura, para significar que así como tu Bondad le había podido dar mayor Virtud que todas las criaturas, y esto tu Sabiduría lo entendió; así también la había querido hacer mayor que la Criatura y que todas las demás criaturas.

3. "Mayor es, Señor, la Gloria de tu Humana Naturaleza, que todas las otras glorias creadas, y esto es por que tu Perfección es mayor que toda otra Perfección; y por cuanto tu Justicia, Señor, tiene mayor Bondad, Poder, Sabiduría y Amor que toda otra naturaleza creada, por eso quiso dar mayor Perfección a tu Humanidad que a ninguna otra naturaleza creada. Y como esto sea así, conviene, pues, que todos los Angeles y todas las almas de los Santos, y aun todos los cuerpos de los Bienaventurados, después de la Resurrección, tengan Gloria en tu Humana Naturaleza y por ella puedan ascender a haberla mayor en tu Naturaleza Divina."

4. Habiendo Blanquerna considerado largo rato en las cosas antedichas, sintió a su memoria, entendimiento y voluntad por elevadas en la contemplación; pero aun con esto no daba su corazón agua a sus ojos por la cual se hallasen en lágrimas y lloros; y por esto elevó Blanquerna las potencias de su alma más altamente en la contemplación para multiplicar la devoción tan vivamente en su corazón hasta que sus ojos corriesen en lágrimas y lloros, por ser cosa inconveniente el contemplar altamente sin derramar lágrimas; y por esto bajó Blanquerna su memoria a recordar la vileza y miseria de este mundo y los pecados que hay en él; y asimismo cuán grande fué la maldad que cometió

nuestro padre Adán contra su Creador cuando le fué inobediente, y cuán grande la Misericordia, Largueza, Humildad, Paciencia y Señorío de Dios, cuando le plugo tomar Carne Humana y cuando quiso entregar aquella Humanidad a la pobreza, desprecios, tormentos, trabajos, congojas y vil muerte, sin tener culpa ni parte en nuestros defectos. Mientras la memoria de Blanquerna estaba acá bajo memorando estas cosas, ascendió el entendimiento a entender, y, siguiéndole la memoria, contemplaron en las otras Divinidades Virtudes Divinas, a saber: en la infinita Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Virtud, Verdad, Gloria, Perfección, etc., y por lo que el entendimiento contempló y la memoria recordó de la Bondad y demás Virtudes de Dios y de la Pasión y muerte de la Naturaleza Humana de Jesucristo, la Voluntad concibió tanta devoción, que dió al corazón suspiros y contrición, y el corazón dió a los ojos lágrimas y llantos, y la boca, confesión y lores de Dios.

5. Grande rato lloró Blanquerna contemplando la Encarnación del Hijo de Dios, como arriba se había dicho; pero mientras lloraba, la imaginación quiso imaginar el modo cómo el Hijo de Dios unió a Sí la humana naturaleza a ser con El un Supuesto y una Persona; y por cuanto no lo pudo imaginar, comenzó el entendimiento a ignorar y Blanquerna a dudar, y cesaron los suspiros y las lágrimas y los lloros por causa de la duda, que desvaneció a la devoción en que antes se hallaba. Cuando Blanquerna advirtió el estado en que había parado su pensamiento, elevó otra vez su memoria y su entendimiento a la Grandeza de la Bondad, Poder, Sabiduría, Amor y Perfección de Dios; y en la Grandeza de aquellas Virtudes entendió su entendimiento que Dios pudo unir a Sí la humana naturaleza, aunque la imaginación no lo sepa ni pueda imaginar, por ser Dios mayor en Bondad, Poder, Sabiduría y Querer que la imaginación en imaginar; y por este tal memorar y entender destruyó Blanquerna la duda que había tenido de la Encarnación; y volvieron en su corazón la contrición y devoción, y en los ojos lágrimas y llantos, y se halló en más alta y fervorosa devoción y contemplación que no en el principio.

6. Meditó y contempló profundamente Blanquerna la Encarnación del Hijo de Dios en el modo arriba dicho; y cuando sintió que su alma se fatigaba de aquel primer modo, eligió otro, para que mudando su contemplación por otra nueva manera, recobrase su alma alguna virtud y fuerza para contemplar; y por eso Blanquerna recordó cómo la Santa Encarnación y Pasión del Hijo de Dios es honrada en la Bondad de Dios, Grandeza, Eternidad y Poder, Sabiduría, Amor y Perfección, etc., y cómo en este mundo ha honrado a muchos hombres con su honor, los cuales no serán como pudieren. A más de esto recordó cómo son muchos los infieles en este mundo que no honran a la Naturaleza humana de Jesucristo, a la cual ha honrado Dios tanto en Sí mismo; antes bien, la descreen y blasfeman; y poseen la Tierra Santa en donde Dios asumió aquella Naturaleza y donde, para honrarnos a nosotros y restituírnos al Supremo Señorío, que habíamos perdido, padeció muerte y Pasión aquella Humana Naturaleza. Cuando Blanquerna tuvo aplicadas las potencias de su alma en esta materia, entonces renováronse en él la devoción, los suspiros, llores y contrición; y fué puesta su alma en altísima contemplación de la Santa Encarnación del Hijo de Dios, y por esto dijo estas palabras: “¡Ah, Señor Dios, que has honrado y exaltado de tan gran manera en tus Divinas Virtudes a nuestra humana naturaleza! ¡Cuándo llegará aquel tiempo que Tú exaltes fuertemente y honres a nuestro memorar, entender y amar a tu Santa Encarnación y Pasión!”

7. Tan alta era la contemplación de Blanquerna, que las potencias de su alma mentalmente se hablaban; y decía la memoria “que Bondad grande, había grande obra; y grande Potestad, poder grande”. Respondía el entendimiento, y decía “que gran Misericordia, Amor, Largueza y Humanidad unía y juntaba menor virtud a mayor”. Y la voluntad decía “que a ella le convenía amar sobre todas las criaturas a su Señor Dios Jesucristo; pero que de una cosa se maravillaba, y era: ¿cómo puede ser, supuesto que Jesucristo amaba tanto a su Pueblo, y por él quiso sufrir tan grande Pasión, y Dios quiso humillarse tanto; por cuál razón hay en el mundo tantas gentes idólatras e infieles,

que todos viven con ignorancia de su honor?" Respondió el entendimiento, y dijo "que aquella cosa era materia a la voluntad para que tuviese tanta devoción que hiciese al hombre desear padecer martirio para honrar la Encarnación; y era materia a la memoria cómo recordase y pensase tan altamente en las Virtudes y Dignidades de Dios que él pudiese ser exaltado en tan necesarias demostraciones que pudiese significar a los infieles la Santa Encarnación y Pasión de su Señor Dios Jesucristo".

8. Tan iluminado e inflamado de la divina luz estaba el espíritu de Blanquerna, que decía estas palabras: "La mayor verdad que sea conjunta de Verdad increada y creada es en la Encarnación; luego ¿cómo son más los hombres que la ignoran, descreen y menosprecian, que los que la honran y creen? ¡Ah, Justicia! Tú, que eres tan grande en Poder, Saber y Perfección, ¿qué harás?; ¿castigarás estos defectos tan grandes y tan mortales? ¡Ah, Misericordia! Tú, en quien hay tanta Benignidad, Amor, Ciencia y Humildad, ¿los perdonarás?" Aquí lloró Blanquerna; y entre temor y esperanza se entristecía y se alegraba contemplando la Santa Encarnación del Hijo de Dios.

CAPITULO CXV

De la Pasión de Jesucristo, Salvador Nuestro; y cómo Blanquerna la contemplaba, después de la Santa Trinidad y Encarnación, con las tres potencias de su alma, por los actos de cada una de las Virtudes y Dignidades Divinas aquí expresadas.

1. Dijo Blanquerna a la memoria, que él quería contemplar la Pasión de Nuestro Señor Dios Jesucristo con el acto de dieciséis Virtudes y Dignidades de Nuestro Señor Dios, para que con las tres potencias de su alma tuviesen arte y doctrina de recordar, entender y amar mucho a su Señor Jesucristo y todo lo que conviene ser recordado, entendido y amado por su amor; y por eso dijo a la Bondad de Dios estas palabras: "Bondad divina, que eres Acto infinito en bonificar, magnificar, eter-

nizar, posificar, conocer y amar, etc., tu Acto y tu Entidad tienen Igualdad en infinitad de bien bonificar por todas las Dignidades Infinitas, en quienes existe acto eterno e infinito de unido Bien y de unidad, que es Bien y Esencia eternal infinita en todas las Dignidades. Y porque Tú, Bondad, eres bonificar y eres Bien en Acto de Paternal, Filial y Procesional Bien, por esto quisiste que la Santa Pasión del Hijo del Hombre, el cual es una persona en tu eternal infinito Bien, fuese a todo el género humano Bien muy útil y provechoso para recuperar el bien que habíamos perdido en nuestro Padre Adán y nuestra Madre Eva; y que por su Pasión las almas cristianas se esforzasen en adquirir Virtudes que son Bien, y a huir vicios que son mal.”

2. “Blanquerna (dijo el entendimiento), grande es Dios en su Esencia y en su Acto, y en Unidad y Unir, y en Dignidades y en Dignificar; pues Infinitad e Infinitir, y Eternidad y Eternificar son la Bondad, Poder, Sabiduría, etc.” Respondió Blanquerna diciendo “que por aquella Grandeza tan grande en la cual no hay minoridad que sea de la Entidad Divinal, fué muy grande la cruel Pasión de mi Señor Dios Jesucristo; y fué grande ser traído, vendido, mofado, azotado, despreciado, desamparado, negado, crucificado y muerto. El dolor y pena tan grande que mi Señor Jesucristo sufrió, ¿quién la pudiera imaginar con toda tu grandeza? Pues en cuanto la naturaleza Humana de Jesucristo es más grande que toda otra grandeza que sea en la criatura; fué mayor su Pasión que toda otra pasión, la cual convenía fuese tan grande que bastase para crear el linaje humano que estaba perdido”. Muchas cosas dijo Blanquerna de la Grandeza de la Pasión de su Redentor, y el entendimiento consideraba *cuán grande es el deshonor que se hace a aquella Pasión por todos aquellos que por Ella están en tan grandes honores, felicidades y riquezas, los cuales no la hacen honrar según lo pueden y deben hacer*; y por lo que el entendimiento consideraba, Blanquerna lloraba y decía estas palabras:

3. “Voluntad amiga: ¿Amáis vos en Dios Acto de Eternificar que sea igual en durar de su misma Eternidad? Si vos desamáis por negación igual Eternificación al Acto de eternal

Duración, amáis en Dios Acto de principio y minoridad en Duración; y amáis en Dios defecto eternal.” Antes de responder a Blanquerna, la voluntad hizo poner los ojos en lágrimas a impulsos de la contrición y a su corazón en suspiros, e hizo a la memoria memorar tanto tiempo hasta que hubo memorado el Acto eternal sin fin y principio de eternidad, el cual une tres distintas Propiedades Personales eternas esenciales; y en el cual Acto eternalmente son distintas y concordantes infinitamente sin contrariedad alguna un Ser eterno y Divinal. Con lo que la memoria había recordado, hubo satisfecho a la demanda que Blanquerna le había hecho; y éste preguntó a la voluntad, diciendo. “que si ella amara mucho la Pasión de Jesucristo, movería su cuerpo a que fuese a morir por su amor y para honrar sus honorificencias e imitar los tormentos que padeció para dar a todos la Salvación”.

4. Avergonzado quedó Blanquerna de lo que dijo la voluntad y empezó a considerar en el acto del Poder Divino, por cuya consideración su entendimiento mentalmente dijo estas palabras: “Si hay Poder infinito sin posificar infinito de cosas infinitas, es aquel poder potencia infinita y su acto es finido, por cuya infinidad y finidad el poder y su acto son compuestos de *mayoridad y minoridad*; y mi hermana memoria no puede memorar en Dios tan gran poder ni actualidad tan grande; por cuyo *no poder memorar*, la hermana voluntad no podría sentir tanto la angustiada Pasión de Jesucristo, ni amar tanto a Dios y a sus Virtudes ni desamar tanto a los vicios; ni yo puedo así bien considerar que el Poder infinito pueda mejor tener acto infinito que finido ni que el acto finido se convenga con poder infinito.”

5. Considerando profundamente en la Divina Sabiduría el entendimiento de Blanquerna, decía que de la Sabiduría de Dios es el Acto de saber infinito y es aquel Acto de Bonificar, Magnificar, Eternificar, etc.; porque si la Sabiduría de Dios no tuviese tal Acto, en su Saber no hubiera Querer y tendría pena y defecto en cuanto la Sabiduría no cabría en su actualidad perfección de acto de querer y de los actos de las demás Dignidades

Divinas. Mientras el entendimiento de Blanquerna consideraba de esta manera, recordó la memoria que la Pasión de Nuestro Señor Dios Jesucristo no es entendida de los infieles por tener de ella ignorancia, ni en su querer es amada ni honrada, y por esto la memoria hizo al entendimiento esta cuestión: *¿Quiénes eran sabidos y reputados de la Sabiduría de Dios por más culpables: o los infieles que por su ignorancia no honran a la Santa Pasión de Jesucristo, o aquellos católicos que la saben y entienden, y no la honran ni la hacen honrar por aquellos que la ignoran, a quienes la pudieran hacer amar, conocer y honrar?*

6. Preguntó Blanquerna al querer (que es acto de su voluntad) ¿en qué era semejante al Acto de Voluntad Divina? A que respondió el querer diciendo “que él era semejante al querer de la Voluntad de Dios en esto que quería ser igual al acto de la memoria y del entendimiento para que pudiese amar perfectamente todo lo que puede ser memorado y entendido sin defecto”. Después de esta pregunta, Blanquerna preguntó al acto de su voluntad ¿en qué cosa era desemejante al Acto de Voluntad de su Dios? Respondió el querer por otra razón, diciendo: “Que en el ser acto diverso de la voluntad, que es potencia, por cuanto el Querer y la Voluntad de Dios son una misma cosa, y el Querer de Dios es igual al Acto de Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría y a las demás Dignidades; y por esto puede Dios haber todo cuanto quiere haber y cuanto es conocido en su Saber, según Acto infinito de Poder, Justicia, Perfección y Gloria.” Agradó mucho a Blanquerna la respuesta que le dió el acto de su querer, y preguntóle qué quería él de la Pasión de Jesucristo. Respondió el querer diciendo: *Que él quería y deseaba que por todo el mundo fuese predicada y conocida entre los hombres, pues ella fué obrada y sufrida para todo el linaje humano.* Y deseaba también que hubiese más hombres que se asemejasen por vía de martirio que por muerte natural, a fin de que más fuertemente fuese objetada al acto de voluntad de las gentes.

7. El entendimiento de Blanquerna entendió que virtud en sustancia sin acto es hábito compuesto de materia y forma, y el acto de la virtud es la obra que era en la potencia antes que fuese

la obra; y por cuanto el entendimiento tiene más noble y virtuoso acto en contemplar el acto de la Virtud Divina, que es el acto de la Virtud creada; por esto, entendió que entre el Acto de la Virtud de Dios, su Esencia y su Substancia no hay diversidad alguna; porque si la hubiera, con igual virtud se llevaría el entendimiento en contemplar los actos creados y los increados; y así en Dios habría hábito y virtud, que sería en potencia sin acto; y esto es grande inconveniente, por lo cual el entendimiento se eleva a entender que en el Acto de la Virtud Divina es la Pater-nidad, Esencia, Acto y Substancia sin alguna diversidad, y lo mismo se sigue del *Acto Filial y Procesional*; y que todos los tres Actos distintos, concordantes e iguales en Propiedades Personales y en Dignidades propias Personales, son un Acto virtuoso en una Esencia, que es Virtud y Acto de Virtud, en la cual son las Dignidades comunes a las tres Personas Divinas. Mientras el entendimiento consideraba de este modo el Acto de la Virtud Divina, al cual entendía distinto en Personas y uno en Esencia sin diversidad, la memoria recordó cuán gran Virtud y acto de Virtud es el desear morir para honrar la Pasión de Jesucristo; y que en la voluntad del hombre hay falta de acto de querer virtuoso, cuando teme más la muerte corporal que perder aquel acto de querer virtuoso antedicho; y por lo que la memoria recordó y el entendimiento hubo entendido, vino en Blanquerna acto de contrición, por el cual la voluntad lloró y lamentóse del deshonor que se hace a Jesucristo y a su Pasión Santísima y dolorosa.

8. Memoró Blanquerna que en la verdad donde haya verificar de verdadero en acto que es infinito en bonificar, magnificar, eternificar, etc., hay mayoría Suprema. Y en la verdad, en el verificar y en el verdadero donde no haya distinción, hay mayoría distinta en verdad con su acto y con su verdadero. Y por lo que la memoria memoró, el entendimiento entendió que en Dios conviene que un verdadero verifique a otro verdadero; porque de no, se seguiría en el Acto de la Verdad Divina minoridad del infinito acto en Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, etcétera, y serían una cosa misma la infinidad y el infinito en el

acto de verdad, y esto es grande inconveniente; por lo cual, el entendimiento de Blanquerna dijo estas palabras: "Acto de muerte es morir; y morir por la Pasión de mi Señor Dios Jesucristo para honrarla, loarla y amarla, enseñarla y servirla, es acto de verdad." Y lloró Blanquerna por la cruel muerte de su Señor Jesucristo, y dijo: "Que temor de morir por su amor es acto compuesto de falso y verdadero, en cuya composición recibe mi Señor desagrado."

9. Mentalmente entendió y amó a Blanquerna el *Gloriar* infinito contemplando el Acto de la Gloria de Dios, y dijo así: "Gloriar infinito, Bonificar, Magnificar, Eternificar, Posificar, etcétera, es acto de Gloria, el cual por acto de infinitud de Gloria es distante de pena. Y si en acto de Gloria, en quien es el acto de infinitud, no hubiera distinción, concordancia e igualdad de iguales propiedades personales en el acto de la Gloria y de la infinitud habría confusa Gloria en Bonificar, Magnificar, etc., por cuya confusión el acto de infinita Gloria tendría mayor concordancia con el finir que con el infinir, y esto es inconveniente". Estas y otras palabras decía mentalmente Blanquerna de la Gloria de Dios y de su Acto; pero la memoria mudó la materia de aquellas palabras en cuanto recordó la cruel Pasión de Jesucristo, la cual, para dar gran gozo, quiso Dios que fuese mayor que todas las demás pasiones de todos los hombres, cuya grandeza es apta y bastante a causar muchos llantos, lágrimas, suspiros, dolores, contriciones y muertes a los hombres, que por ella caminan por la vía de perdurable Gloria; y *por cuanto aquéllos no aman, ni lloran, ni sienten como deberían, la Justicia y su Acto, que es juzgar, es de temer mucho.*

10. Preguntó Blanquerna a todos los tres actos de las tres potencias de su alma si podrían contemplar perfectamente la Santa Pasión de Nuestro Señor Dios Jesucristo. Respondió el entendimiento, y dijo: "Que convenía contemplasen primero en el Acto de la Perfección de Dios, para que por ello recibiesen gracia, bendición e influencia, por la cual consiguiesen Perfección en contemplar la Perfección de la Pasión de Jesucristo." Y habiendo dicho estas palabras Blanquerna, se esforzó con todos

los poderes de su alma a contemplar la Perfección de Dios, diciendo: “¡Oh, Soberana Perfección, cumplimiento de todas las perfecciones! Tu infinito Acto es Perfección por esencia, de la cual descende toda otra perfección en la criatura. Y por esto, negar perfección en acto, que es bonificar, magnificar, eternificar, etcétera, es negar en Ti Perfeccionar en Perfeccionante y Perfecto distintos en tu Esencia perfecta e infinita en Bondad, Grandeza, etcétera; y si esto no fuese así, sería imposible que tuvieses Acto perfecto; y si no lo tuvieras serías potencia sin acto, y esto es inconveniente; por lo cual está significado que en Ti hay Perfeccionante y Perfecto en acto de Perfección y de Bondad, Grandeza, Eternidad, etc.” Contemplando Blanquerna en esta manera la Perfección de Dios, el entendimiento subió más alto, y dijo: “Que la Perfección infinita en Bondad, Grandeza, Eternidad, etc., conviene que dé perfección a cosa infinita en Bondad, Grandeza, Eternidad, etc.; pues tan fuertemente se conviene la Perfección con el Perfeccionar, dando la Perfección a otro, como tener Perfección en sí mismo; porque si no fuera así, el Acto de Perfección sería hábito y potencia en quienes hay acto de imperfección.” Aun quiso la voluntad de Blanquerna ascender más alto a contemplar la Perfección de Dios; pero Blanquerna la dijo que ya era tiempo de bajar a contemplar la Pasión de Jesucristo, y dijo estas palabras: “Memoria amiga, ¿qué recordáis vos de la Pasión de Nuestro Señor Dios Jesucristo?” Respondió la memoria, diciendo: “Yo recuerdo maravillas en la Perfección de Dios, de las cuales estoy muy admirada, pensando cómo puede ser que acá abajo en el mundo no dé Perfección a las gentes para entender, amar, recordar y honrar por la predicación y martirio la Perfección de la Pasión de Jesucristo, siendo así que por imperfección de entender, amar y recordar viven las gentes con ignorancia de Jesucristo, y muere la Devoción y amor en la muerte de la predicación que solía haber en tiempo que los Apóstoles por todo el mundo daban loores de Jesucristo y le tributaban honras con áspera penitencia y santa vida. Lloró Blanquerna grande rato, y en su alma las tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad se hablaron, diciendo: *¡Ah, cuándo llegaré*

aquel tiempo que a la Pasión de Jesucristo se le hará toda aquella honra que le pertenece!

11. Acto de Justicia es justificar; el cual conviene ser en Dios acto de bonificar, magnificar, eternificar, porque, sin justificar, el bonificar no podría convenirse con engendrar Bien infinito, y se convendría con acto de injuria, que es injuriar, si no bonificara, magnificara, eternificara, etc., lo que puede bonificar y magnificar, y eternificar, etc., en su mismo Bien eterno y justo. Y considerando Blanquerna largamente en el Acto de la Suprema Justicia arriba dicho, dijo: “que la Perfección y Justicia no podrían convenirse en infinitad de posificar, saber, querer, glorificar, etcétera, sin el justificar de cosas infinitas, es a saber: que la Justicia justifique en cada uno de los Actos de las divinas Dignidades comunes a las tres Divinas Personas, a fin que los Actos puedan ser en las Propiedades Personales distintas, las cuales tengan distintos Actos en quienes sea Justicia justificante, y que cada un acto sea Bondad, Grandeza, Eternidad, etc., sin cuyos actos distintos la Justicia no pudiera tener perfectamente su acto en las Dignidades Divinas”. Tan altamente contemplaba Blanquerna el Acto de Justicia en la Trinidad de Dios, que apenas pudo bajar a recordar el Acto supremo de justificar que tuvo Dios en la Encarnación del Hijo de Dios y en su Pasión; y se maravilló grandemente, cómo a la Pasión de Jesucristo se hace por tantos hombres deshonra e injuria, habiéndola puesto Dios en tan grande honor y justicia.

12. Si en la Entidad de Nuestro Señor Dios no hubiese Propiedades Personales que tuviesen actos distintos, iguales y concordantes en acto de infinita Largueza, sería Largueza en Dios potencia sin acto, por cuanto no habría quien infinitamente pudiese de ella recibir don en bonificar, magnificar, eternificar, posificar, etc.; y habría Largueza estando Ella infinitamente en defecto en Sí mismo y en el acto de cada una de las Dignidades Divinas en quienes habría avaricia y su acto infinitamente; lo cual es inconveniente. Mientras Blanquerna consideraba de este modo, su memoria recordó que un tan grande acto de Largueza, como él había entendido en la Divina Entidad, era conveniente

que influyese Largueza, y que diese el Hijo de Dios a la humana naturaleza por Encarnación, Pasión y muerte, para que fuese el mayor Acto de don que la criatura pudiese recibir; para significar, que así como la Largueza puede tener en la Divina Esencia Acto infinito, lo puede, en cuanto a su Entidad, tener en la criatura, aunque la criatura no pueda totalmente recibirlo por ser entidad terminada y finida en tiempo y en cantidad, por lo que no puede contener todo el infinito Largueza, que es el acto de la infinita Largueza Divina. Cuando la memoria hubo memorado todo esto, la voluntad hizo llorar, suspirar y lamentar a Blanquerna, diciendo: “que si a la Soberana Largueza plugiera, tiempo y hora sería ya que diese muchos hombres diligentes, fervorosos y devotos para honrar, loar, servir, bendecir y predicar la Santa Pasión de Jesucristo, y dar conocimiento de ella aquellos infieles que la ignoran.” Y el entendimiento respondió a Blanquerna: *Que la Largueza de Dios había dado la mayor ocasión que el hombre pueda recibir de honrar y predicar la Santa Pasión de Jesucristo, en cuanto el Hijo de Dios había ya encarnado y había entregado aquella humanidad a pobreza y tormentos y cruel muerte para salvar a los hombres, y para que ninguno tema ni tenga excusa de haber de honrar sus Honores y obedecer a sus Divinos Mandamientos.*

13. Dios es Misericordia, y Acto de Misericordia es Misericordiar; y por cuanto al perdonar y al misericordiar se convienen entre sí, la imaginación en la fantasía de Blanquerna quiso imaginar que en Dios hubiese perdonar eternamente; y por esto el entendimiento fantásticamente quiso inclinarse a considerar que el mundo fuese sin fin ni principio; pero la memoria desvió la imaginación del entendimiento, acordándose aquélla que Dios es Misericordia y su Acto, en cuanto se conviene con uso y ejercicio de perdonar y en ser principio de la criatura, pues la criatura no puede ser su principio; y la Misericordia sería sin uso de perdonar eternamente, si el eternificar pudiese caber en la criatura. Y por lo que la memoria hubo recordado, el entendimiento se desvió de la imaginación y entendió distinción entre la Misericordia y su Acto en respecto del hombre, según que le

tomaba por objeto; pero, según la Entidad de la Misericordia Divina y su Acto, eran en cuanto Esencia una misma cosa, en Bondad, Grandeza, Eternidad, etc., la Misericordia y su Acto. Muy agradable fué a la voluntad lo que el entendimiento había entendido, y dijo: *¡Oh, Divina Misericordia, que de tu Hijo infinito y eterno has hecho Misericordia al linaje humano por vía de la Encarnación milagrosa y de muerte penosa, para que el Acto de tu Misericordia sea mayor en nosotros para honrarte y servirte! Conviértanse ahora tus ojos hacia nosotros y usa de Misericordia con nosotros dándonos santidad y muchas perfecciones, para que vamos a honrarte enseñando a los infieles el grande Acto de Misericordia que tuviste en aquel tiempo cuando hacías morir, mofar y despreciar en la Cruz a Nuestro Redentor Dios Jesucristo, quien de todo Sí mismo hizo a nosotros Misericordia.* Por lo que la voluntad decía de la Misericordia de Dios, recordó Blanquerna a la grande Humanidad de Dios y en ella no podía entender Acto que fuese humillar en bonificar, magnificar, eternificar, etc., por ser así que el humillar no puede ser si no de menor a mayor (lo que no hay en Dios, antes al contrario); y por esto conviene que entienda Acto de Humildad Divina que lo tenga en la criatura, cuyo Acto no puede entender en mayoridad mayor, que humillarse el Infinito en Bondad, Grandeza, Eternidad, etc., a ser una Persona con el finido, terminando en tiempo y en cantidad, y entregar aquella Persona a Humildad por pobreza, desprecio, olvido de las gentes y por tormentos y muerte. Cuando Blanquerna hubo memorado la grande Humanidad sobre-dicha de la Misericordia de Dios, entendió que si Dios no se hubiese humillado a tomar Carne Humana, y no hubiese humillado aquella Humanidad de Jesucristo a cruel Pasión y muerte accidental, no sería tan contrario al acto de soberbia; y por cuanto por el acto de Humildad ha de tener mayor contrariedad con la Soberbia; y el acto de Humildad convenga más con mayoridad, por esto convino que el Hijo de Dios fuese Hombre, pobre, vendido, olvidado, desamparado, atormentado, crucificado y muerto.

14. En el Acto del Señorío de Dios consideró largamente Blanquerna, diciendo: “¡Oh, Soberano Señorío, que dominas

todo cuanto tiene ser y cuanto no le tiene, pues lo que tiene ser has creado de la nada, cuya nada no puede contrastar el Acto de tus Dignidades, el cual ha creado todo cuanto tiene ser, siendo todo ello sostenido en el ser por el Acto de sus Dignidades; estando debajo de tu Señorío todas las cosas que tienen principio para significar tu Eternidad; y siendo sin fin en duración muchas criaturas para que Tú eres sin fin; y juzgará tu Justicia cuanto Señorío hay en justos y pecadores perdurablemente, según sus méritos. Después de estas palabras dijo al entendimiento "*que si el mundo fuera sin principio*, no pudiera tan manifiestamente conocer el Señorío de Dios, ser dominante sobre todo cuanto tiene y no tiene ser, como ahora lo conoce; por cuanto ninguna cosa pudiera haber sido hecha de la nada ni reducida su entidad a la nada; y la Justicia de Dios sería contra el Acto de su Señorío en todos los Actos de las Dignidades Divinas, si el mundo no tuviera principio. Por las razones del entendimiento, recordó la memoria cómo al Señorío de Dios están sujetos todos los Actos de la naturaleza, pues los unos le están sujetos en cuanto obran naturalmente, siendo ayudados y permitidos por el Señorío Divino, y los otros le están sujetos según que por El son forzados y constreñidos, cuando el Señorío de Dios obra milagrosamente las cosas sobrenaturales, cuya obra conviene sea según actos de Justicia en bonificar, magnificar, etc., para conocerse que el Acto de las Dignidades Divinas es sobre el acto de la naturaleza. Y cuando en mayores cosas y más a menudo y más contra el curso de la naturaleza es el Acto de las Dignidades, tanto más sobre la naturaleza y es más demostrado el Dios de la naturaleza tener acto de Señorío en las cosas naturales. Y por eso recordó la memoria, cómo Dios ha ordenado los siete Sacramentos, el acto de los cuales es muy a menudo en diferentes lugares sobre el curso de la naturaleza. Quiso la voluntad de Blanquerna decir de ellos alguna cosa; pero para evitar prolijidad, mudó la materia en las siguientes palabras, y dijo: *Que el Señorío Divino la había muy fuertemente obligado en amar y tener a su Dios, puesto que por la creación y conservación son grandes los beneficios que El recibe; y aún le estaba más obli-*

gada por haber querido Dios hacerse Hombre, y siendo Hombre quiso morir para que ella fuese a aquel Hombre sierva y comprada por la recreación que hizo con su amarga y dolorosa Pasión que sufrió en la Cruz para salvar los pecadores.

15. “Entendimiento amigo, dijo Blanquerna, ¿entendéis vos cómo el Acto de la Paciencia de Dios es muy grande para con nosotros? Pues Dios nos ha creado y recreado, y cada día recibimos de El beneficios y gracias sin fin, siéndole nosotros a El tan desobedientes, y a los Señores de la tierra y a las cosas del mundo tan obedientes. Acordaos, memoria, dijo Blanquerna, cuántas son las ofensas que todos los días hacemos contra Dios, y cómo la paciencia de Dios espera nuestra satisfacción. Mirad vos, entendimiento, cuántos son los hombres que tienen ignorancia de Dios, le descreen y desprecian y cuán pocos los que le conocen, aman y honran. Y vos, voluntad, llorad, llorad, porque los moros poseen la Tierra Santa de Ultramar, donde tomó Dios Carne Humana y murió en cuanto Hombre; y llorad también, porque los malos Sacerdotes, estando en pecado, tratan el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, y Dios tiene paciencia en todas estas cosas.” Lloró la voluntad, y lloraron también la **memoria** y el entendimiento en los ojos de Blanquerna, quien dijo estas palabras: *¡Ah, y cuán paciente es Dios para con el mundo, quien es tan culpable contra El y tan desconocido!* Después de esos lloros lloraron todos largamente por la Santa Pasión de Nuestro Señor Dios, en la cual fué Dios tan paciente, pues en cuanto su muerte fué mayor y el más vivo y sensible dolor que ninguna otra muerte que pueda sentirse por criatura alguna, en tanto fué mayor su Pasión por haber sido sin culpa traído, vendido, modado, azotado, crucificado y muerto por aquellos a quienes perdonaba, y por quienes había venido a hacerse Hombre; y fué paciente cuando se halló desamparado de todos; y cuando veía ajar y repujar a Nuestra Señora y llorar en su Pasión; y fué paciente en todos sus actos en tanto grado, que corazón ninguno lo puede pensar, ni entendimiento alguno entender.

16. De esta manera y otras muchas, el ermitaño Blanquerna (que era hombre justo) con los tres actos de su alma contem-

plaba y adoraba día y noche los Actos de las Divinas Dignidades, y por los cuales elevaba sus potencias para tener conocimiento de la Santísima Trinidad y Encarnación de Nuestro Señor Dios Jesucristo y de su Santa Pasión.

CAPITULO CXVI

De la oración del PATER NOSTER, y cómo Blanquerna contemplaba en ellas las Virtudes y Dignidades de Dios, y por ellas la exponía, y declaraba una de sus partes contemplando en su alma a Dios.

1. Recordó Blanquerna las Divinas Virtudes y Dignidades, y quiso por ellas contemplar a Dios en la oración del *Pater noster*, y quiso poner las Virtudes y el *Pater noster* en su memoria, entendimiento y voluntad; y por esto, hablando con Dios, dijo estas palabras: "Padre eres Tú, Señor, de nosotros, y eres Padre, es a saber, que Dios Padre es Padre de Dios Hijo infinita y eternalmente en Bondad, Grandeza, Poder, Sabiduría, Amor, Perfección, etc. Y tu Divina Esencia es Padre de la Naturaleza humana de Jesucristo por creación y por Benignidad, Largueza, Misericordia, Humildad y Caridad; y por eso dijo Jesucristo, cuando hizo la oración del *Pater noster*, que en Ti es *Padre* por Persona, Padre propiamente de Dios Hijo; y Tú eres Esencia, la cual es *Padre* de su Humanidad, y asimismo de todas las criaturas; y por cuanto los apóstoles eran criaturas, y creían en Santa Trinidad y en la Humanidad y Encarnación, Nuestro Señor Jesucristo les enseñó y mandó que rezasen el *Pater noster*.

2. "Tú, señor, eres Padre de Dios Hijo en los Cielos, los cuales son tu misma grande e infinita Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Perfección, etc., que son Esencia en la cual es Dios Padre, que engendra a Dios Hijo; y por cuanto en tu Esencia hay infinita Perfección en Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Gloria, etc., por esto, Señor, son comparadas tus Dignidades a los Cielos, que son altos y son al-

tas tus Dignidades y Virtudes que ningunas otras virtudes son bastantes a ser en tan grandes alturas y excelencias, como son las tuyas solamente; por cuyas Alturas y Excelencias nos significas, Señor, en el *Pater noster* que Tú eres Padre, porque eres más alto que todas las criaturas; y por razón que en tus Cielos son tus Obras por las cuales Jesucristo te llama Padre Suyo y nuestro. Luego si Jesucristo, que es Dios y Hombre verdadero, y en los Cielos es igual a Ti en cuanto Dios, y es en la tierra en cuanto es Hombre, el que da de Ti testimonio que eres Padre Suyo y nuestro, y que estás en los Cielos; justa cosa es que nosotros que estamos acá en la tierra creamos su testimonio y que recemos la oración del *Pater noster*.

3. "Santificado sea, Señor, tu santo y glorioso Nombre en tu Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Perfección, etc., en quienes es el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo por Generación y Procesión, sin las cuales no podrían ser en tu Esencia nombres propios y distintos eterna e infinitamente en Bondad, Virtud, Verdad y Perfección. Mas porque hay Padre eternal, Hijo eternal y Espíritu Santo eternal, y cada una de estas Personas es infinita en Perfección, por esto hay en tu Esencia nombres eternos e infinitos en Perfección; y por esto es cosa digna que sean santificados tus nombres Personales en tu eterna, infinita y perfecta Esencia Divina. Y no solamente, Señor, requiere la Justicia que tu Nombre sea santificado en tus referidas Virtudes, pero aun, según razón, es digno asimismo que sea santificado acá abajo entre nosotros por todo el mundo. Y por esta razón, Señor, has establecido Tú en la tierra la Santa Iglesia Romana, para que procure a que tu Santo Nombre sea nombrado, loado y conocido por todo el mundo, a fin que sea santificado en las almas de los hombres y en el Santo Sacramento del Altar; y para que el Santo Padre Apostólico y sus Compañeros los Señores Cardenales y los otros Prelados no sean negligentes, y que por otros negocios no cesen de procurar cómo tu Nombre sea santificado; pues de esto has Tú hecho mandamiento con tu propia boca en la oración del *Pater noster*, y en la hora de tu Tránsito de este mundo, cuyo man-

damiento hiciste Tú, Señor, a tus Lugartenientes los Apóstoles después de tu muerte.

4. "*El tu Reino, Señor*, es tu Esencia misma en tus Propiedades Personales, en quienes es la Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Perfección. Aquel Reino, Señor, venga en nuestra alma para memorar, entender y amar tus Propiedades Comunes, y tus Propiedades propias Personales, para que *tu Reino* sea honrado acá bajo entre nosotros, y que podamos nosotros arribar a *tu Reino glorioso*, y en el ser bienaventurados perpetuamente.

5. "*Hecha es, Señor, tu Voluntad en los Cielos y en la tierra; en los Cielos*, pues buena es tu Esencia, en la cual hay Bondad y Voluntad, que emana de Padre infinito e Hijo infinito en Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Perfección, etcétera. Cumplida es, Señor, *tu Voluntad* en el Hijo, el cual es eterna e infinitamente engendrado en toda Perfección, Virtud, Verdad, etc., que *tu Voluntad* se cumpla en la tierra, esto es, en la Naturaleza Humana que tomaste, en la cual hay tierra corporal y elemental, la cual Voluntad fué por obra del Espíritu Santo, cuanto te encarnaste en la Virgen gloriosa Santa María.

6. "Tan alta es, Señor, tu Voluntad y tan maravillosa, que por todo este mundo debe ser obedecida por razón de tu Bondad, de tu Poder, Perfección y Justicia. Obedecida es, Señor, por tu Bondad, Humildad, Paciencia y Misericordia en todos aquellos que deseen servirte, y desvían y apartan de la tierra a su memorar, entender y amar, para contemplarte a Ti y servirte. Obedecida es, Señor, tu Voluntad por tu Justicia, Señorío, Poder y Verdad en castigar a penas infernales a todos aquellos que no pueden escapar de tu Esencia y de tu Señorío, y tienen su memoria, entendimiento y voluntad aplicados en amar las vanidades terrenas, despreciando las bendiciones celestiales que les has prometido dar.

7. "*El Pan nuestro de cada día* es, Señor, tu Sacratísimo Cuerpo glorioso, sacrificado en el Altar. Aquel tu Cuerpo glorioso está en los Cielos y está acá bajo entre nosotros en la tierra por el Santo Sacrificio, cuyo Cuerpo vemos nosotros mental-

mente por Obra de tu gran Benignidad, Sabiduría, Voluntad y Misericordia; porque así como nuestros ojos corporales y los demás sentidos desfallecen para al *Pan nuestro*, esto es, tu *Carne* y *Sangre*, así, Señor, son bastantes las virtudes de nuestra alma con tu auxilio, para poder ver al *Pan nuestro* por Obra de tus esenciales Dignidades y Virtudes; y pues que, si tu Poder es grande infinitamente, se sigue muy bien, Señor, que pueda debajo la forma o figura Pan ser Carne y Sangre un Cuerpo Sacrificado en diversos lugares, para significar que tu Poder es infinito. Y si tu Benignidad, Voluntad, Humildad y Largueza es grande infinitamente según la Infinitud de tu perfecta Justicia, está significado que el *Pan de cada día* nos lo debas dar en este mundo que es *el día de hoy*, por razón de que es día de elección; o de condenación o de salvación; el cual día continuamente sin parar camina y pasa por cada uno de nosotros.

8. "*Perdónanos, Señor, la deuda que te debemos*; pues no te la pudiéramos pagar por ser todos pecadores en nuestro Padre Adán; y nos has obligado tanto, pues nos has creado, y has querido tanto por nuestro amor hacerte Hombre, y ser atormentado, crucificado y muerto, que no pudiéramos pagarte. Y siendo tu Perfección infinita en tu Bondad, Grandeza, Eternidad, etc. Por esto, Señor, no tienes Tú necesidad de que te paguemos; pues si la tuvieras, habría en Ti defecto de Perfección; y por cuanto nosotros perdonamos las deudas que debemos a nuestras sensibilidades, las que mortificamos con ayunos, aflicciones y oraciones; y mortificamos a nuestro entendimiento creyendo por Fe las maravillas que obran tus virtudes; por esto, Señor, si Tú no nos perdonaras ni relajaras nuestras deudas, cuando nosotros por Ti relajamos las nuestras, sería en nosotros mayor perfección que no en Ti, y porque esto no conviene, ni puede ser, por eso, Señor, es cosa conveniente que Tú no nos pidas nuestras deudas, que no podríamos pagarte.

9. "Bien sabemos, Señor, que tu gran Bondad, Amor, Largueza, Misericordia, etc., te hace desear que nosotros tuviésemos grandes méritos para que tu Justicia tuviese razón de poderarnos dar Gloria y Perfección. Y por esto, Señor, nos dejas

tentar del demonio, del mundo y de la Carne; y por cuanto nosotros somos muy pobres en memorar, entender y amar, muy a menudo nos acontece el ser vencidos y superados en nuestras tentaciones. De donde como Tú, Señor, seas tan grande en Misericordia, Benignidad, Largueza y Humildad, etc., lo que nosotros no merecemos dádnoslo Tú sin *tentaciones*, aunque por ellas no logremos victoria; pues nos basta a nosotros, Señor, que estemos en tu Reino, y tengamos en Ti Gloria sin nuestros méritos.

10. "*Libranos, Señor, del mal; el cual tenemos cuando te olvidamos e ignoramos y deseamos; porque de este mal tienen principio y origen todos los otros males. Y por cuanto este libramiento se ha de hacer, Señor, por el recordar, entender y amar a tu Bondad, Grandeza y Eternidad. Si Tú no nos defiendes y libras del mal, pues nos has creado y nos puedes ayudar, será tu Misericordia, Piedad y Humildad sin Amor; y nosotros seremos creados sin Señor que ame a sus súbditos; y esto es inconveniente que sea así, por lo cual mi recuerdo tiene esperanza, Señor, en tu recurso y ayuda*". De esta manera y mucho mejor de lo que se puede decir ni escribir, contemplaba Blanquerna las Virtudes de Dios con la oración del *Pater noster*.

CAPITULO CXVII

De la oración del AVE MARIA, y del modo cómo Blanquerna contemplaba en ella y en Nuestra Señora con las Virtudes y Dignidades de su Hijo Dios Jesucristo, y cómo la exponía y declaraba altamente en su contemplación.

1. Quiso Blanquerna contemplar a la Reina del Cielo y de la tierra y del mar y de todo cuanto hay con las Virtudes y Dignidades de su Hijo glorioso Nuestro Señor Dios Jesucristo; y por esto dijo estas palabras: "AVE MARIA. La Bondad de tu Hijo, que es infinitamente grande en Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Perfección, etc., te saluda; pues que el Hijo de

Dios tomó de Ti Naturaleza Humana, con la cual es una sola Persona, siendo igual en Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor y Perfección al Padre y al Espíritu Santo y a toda la Esencia en Bondad, Grandeza y en Virtud, etc.

2. "*Gratia plena*, Poder Saber y Querer, que son un Poder, Saber y Querer en Esencia, y que son un Poder, Saber y Querer en Filiación se han encarnado en Carne de tu Carne y en Sangre de tu Sangre. Este Poder, Saber y Querer es un Hijo tan solamente del Padre Soberano. Por este Hijo es creado en Ti el Hijo-Hombre y unido a ser una Persona con el Hijo de Dios. De donde, como esto sea así, de la influencia y plenitud de la Gracia, de la cual está lleno tu Hijo, eres Tú, Reina llena de gracia, mayor de lo que nosotros podemos memorar, entender ni amar; y de tu plenitud de Gracia viene influencia a la memoria, entendimiento y voluntad de aquel que contempla en el cumplimiento de tu Gracia. Bendita sea, pues, ¡oh Reina!, tu Gracia, que es tan llena, que cumple a todos aquellos que por tu Gracia han de venir a perdurable cumplimiento.

3. "*Dominus Tecum*. El Señor es contigo, Reina, el cual es Virtud, Verdad y Gloria, que son el Hijo de Dios. Aquella Virtud, Verdad y Gloria tienen infinidad en Poder, Saber y Querer, y aquella Infinidad es Soberano Bien en Eternidad. Este Señor, Reina, es en Ti Dios y Hombre; Dios es por el Padre Divino, y es Hombre por haber tomado Carne y Sangre de Ti, porque es en Ti. El ser en Ti, Reina, tal Señor te hace ser en tan gran Virtud, Verdad y Gloria que después de tu Hijo sobrepajas en Virtud, Verdad y Gloria a todas las demás criaturas; y esto es por cuanto, a excepción de tu Hijo, no está el Señor en criatura alguna tan virtuosamente, verdadera y gloriosamente como está en Ti, porque a ninguna criatura ha dado tanta Virtud para recibir su Virtud, como te ha dado a Ti; y porque Tú puedes por su Virtud recibir mayor virtud que ninguna otra criatura, es en Ti más verdaderamente su gloria y Virtud que en otra criatura.

4. "*Benedicta Tú in mulieribus*. Bendita eres Tú, ¡oh Reina!, entre las mujeres; porque a Ti sola se te ha dado mayor Per-

fección y mayor Justicia y Largueza que a todas las otras mujeres y aun mayor que a todos los hombres y a todos los Angeles y que a todas las demás criaturas, pues que por la Perfección, Justicia y Largueza que se te ha dado, es Jesucristo Hijo tuyo, que es Perfección de todas las demás perfecciones, y Justicia de todas las otras justicia, y Largueza de todas las otras larguezas; y sin tu Hijo nada habría que tuviese ser ni perfección alguna. De esta Perfección, ¡oh Reina!, que es tu Hijo, hace la Justicia que Tú seas Bendita sobre todas las mujeres. Como, pues, en Ti sea tanta Perfección, quiere la Perfección de tu Justicia, Largueza, etc., que Tú comuniques perfección a toda el alma en su memoria si Te recuerda, y en su entendimiento si Te entiende, y en su voluntad si Te ama; y si esto no fuese así, habría en tu Hijo y en Ti defecto de Justicia y Largueza, lo cual es inconveniente e imposible.

5. "*Benedictus Fructus Ventris tui Jesus*. Tu Fruto, ¡oh Reina!, es bendito de Misericordia, Humildad, etc., que han unido el Fruto de tu Vientre a la Naturaleza Divina; cuya Unión es mayor que toda otra unión que pueda ser entre Dios y la criatura; y por eso, Reina, no ha hecho por Sí la Divina Naturaleza a criatura alguna ni a todas las criaturas juntas tanta Misericordia y Humildad, como al Fruto de tu Vientre; pues que sólo aquel Hijo tuyo, Hombre glorioso, es Hombre en el Hijo de Dios glorioso, que lo hace ser hombre junto con ser con Sí mismo una Persona que es Dios y Hombre. Esta Persona, que es Dios, infinita Misericordia y Humildad en Bondad, Eternidad, Poder, etc., ha bendecido a tu Hijo de el ser uno con la Infinidad de Misericordia, Humildad, Bondad, Eternidad, Poder, etc. Y como esto, Reina, sería así, ¿cuál fruto, pues, puede ser tan Bienaventurado como el Fruto de tu Vientre?

6. "¡Reina Excelentísima! Grande es el resplandor del sol, que da claridad a la luna, a las estrellas y al aire; y por cuanto a la Misericordia y Humildad es mayor que tu Hijo que el resplandor en el sol, por esto, Reina mía, viene a nosotros y a los Angeles mayor influencia de Bendición del Fruto Bendito de tu Vientre, que no es el resplandor del sol, de las estrellas y de

las otras criaturas. Y supuesto la Misericordia, Humildad, Reina mía, ha exaltado tanto en Ti a tu bendito Fruto y Te ha puesto en tan altas excelencias, razón será que Tú hagas memoria de nosotros según la gran Misericordia y Humildad que en Ti se halla. Y si la Misericordia Te ha querido honrar, haz Tú, pues, que por tu Misericordia nos quieras recordar. Y si la Humanidad quiso inclinarse a Ti para exaltarte, humilla Tú tus pensamientos hacia nosotros para que a ellos podamos ascender y recibir bendiciones del Bruto Bendito de tu Vientre.

7. "El Espíritu Santo ha venido sobre Ti, Reina mía, y Te ha hecho sombra con la Virtud del Altísimo. Aquel Espíritu Divino ha venido en Ti, Reina, con el Señor de todo el mundo y Señor del otro siglo, y Te ha obumbrado de la Virtud de que es Virtud y Virtudes, que son una Virtud. Ha obumbrado a la Naturaleza, que ha tomado de Ti con infinita Grandeza, Bondad, Eternida, Poder, Sabiduría, etc., te ha obumbrado a Ti de aquella Naturaleza, que tomó en Ti, por la cual eres Madre de toda la Virtud y de todas las Virtudes creadas; y todas toman tu sombra y resplendor, y por tu sombra son enderezadas a la luz y resplendor de tu Hijo; y por tu sombra está obumbrada la Divina y Humana sombra, y están los Santos en la Gloria en eterna sombra apartados del fuego perdurable, en donde no hay sombra alguna de refrigerio ni perdón.

8. "Celestial Reina, por dos razones es tu Hijo Señor de todas las criaturas: la primera, porque es Dios; la segunda, porque es Hombre conjunto y unido con Dios. Luego como tu Hijo, por estas razones, sea Señor de todo el mundo, conviene que por otras dos razones seas Tú también Señora de todo el mundo: la una es por ser Tú Madre de Dios, y la otra, porque eres Madre de Hombre unido personalmente con Dios. Y como esto sea así, acuérdate, pues, Señora, de aquello porque eres Señora, para que te lo agradezca aquel que te ha hecho Señora, y que por tu recuerdo y magnanimidad seamos nosotros exaltados en la nobleza de su Señorío."

9. De esta manera contemplaba Blanquerna en el AVE MARIA y en Nuestra Señora con las Virtudes de su Hijo Santí-

simo; mientras así contemplaba, tenía tan elevada su memoria, entendimiento y voluntad, que no pensaba en si lloraba o no; y cuando hubo finido su contemplación, se acordó de ello y conoció que su corazón no había dado agua a sus ojos, por lo cual en su contemplación hubiese derramado lágrimas y lloros; y por cuanto fué cosa inconveniente el contemplar a Nuestra Señora sin lloros, por esto Blanquerna tornó a contemplar a Nuestra Señora, y recordó la gran paciencia que tuvo su Hijo glorioso en aquel día en que fué despojado, escupido, azotado, coronado, llagado, clavado y muerto en la Cruz; y recordó también cómo Nuestra Señora le amaba con grande amor y cómo mientras le atormentaba se miraban ambos a dos con piadoso y agradable semblante; y cómo Nuestra Señora se compadecía de su Hijo glorioso cuando le veía morir y se entristecía y le extrañaba en ocasión que ya le veía apartarse de ella por la muerte, y sabía que no tenía culpa alguna y que era Señor y Dios de la naturaleza. Mientras Blanquerna así contemplaba y guiaba las potencias de su alma por las Virtudes y Dignidades de Dios y de Nuestra Señora, su corazón sintió tanta devoción y se halló en tan fervorosa contemplación, que sus ojos abundaron de agua, lágrimas y lloros.

CAPITULO CXVIII

De los Mandamientos de Dios, y principalmente del General de quien depende la Ley y los Profetas, y cómo por aquél es el hombre muy obligado a amar a Dios sobre todas las cosas con cada una de las potencias de su alma por sus actos y al prójimo como a sí mismo.

1. Recordó Blanquerna en los Sagrados Evangelios la respuesta que Jesucristo había dado de los Mandamientos, cuando dijo por San Mateo, capítulo XIX: *Si quieres entrar en el Paraíso, guarda los Mandamientos de la Ley de Dios*; y quiso contemplar en ellos con las Divinas Virtudes de Dios, y dijo estas

palabras a su voluntad: "*Amarás a tu Señor Dios*, pues así te ha hecho mandamiento por la Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder y Querer de Dios. Y si tu voluntad fuese tan grande que pudieses eternamente, sin principio ni fin, amar a Dios, estarías obligada a obedecer su Mandamiento, porque un Señor infinitamente y eternamente Bueno es el que te hace este Mandamiento; pero por cuanto tú eres principada y finida, y antes de tener ser no podías amarle ahora; pero cuando tienes ser estás obligada a amar; y si no amas, eres inobediente a la Bondad eterna e infinita, por cuya inobediencia te condenará a eterna muerte y a pena de infinitos tormentos."

2. El entendimiento decía a Blanquerna "que el Poder, Sabiduría y Amor de Dios hacían mandamiento a la voluntad, que amase a Dios de todo su corazón; y porque él entendía que la voluntad toda podía amar a Dios por el Poder, Sabiduría y Querer de Dios, dijo que el poder que tenía de no amar a Dios de toda su voluntad no era del Poder, Saber y Querer de Dios, sino de culpa, defecto y pecado e inclinado al no poder, al cual no quiere ser poder en el Poder, Saber y Querer de Dios, en quienes es sustentado, defendido y amparado el poder creado contra el defecto y poder de culpa, si toda la voluntad creada se entregara a amar y obedecer el Mandamiento de Dios."

3. Mientras el entendimiento de Blanquerna, considerando, decía mentalmente a la voluntad las palabras antedichas, respondió la voluntad diciendo: "¿Si le era lícito el amar alguna otra cosa, sino solamente a Dios?" A que respondió el entendimiento, y dijo: "Que ella podía amar todas las criaturas con el respeto a Dios, es a saber: que las amara con el fin de poder más amar a Dios."

4. Estando el entendimiento y voluntad de Blanquerna en estas razones, la memoria recordó cómo en el primero y general mandamiento (en el cual están comprendidos todos los otros Mandamientos) está contenido que el hombre ame a Dios de toda su alma, y por cuanto ella era una de las tres potencias del alma, por esto se tenía obligada a memorar con todo su poder a la Virtud, Verdad y Gloria de Dios; y dijo el entendi-

miento "que ella recordaba que siendo él una de las tres potencias del alma, estaba obligado a entender la Virtud, Verdad y Gloria de Dios". Cuando el entendimiento hubo entendido la razón que la memoria memorando le relataba, tuvo conciencia que muchas veces había omitido el entender la Virtud, Verdad y Gloria de Dios, con el fin de que la voluntad consiguiese por Fe mayor mérito. Y por cuanto al entendimiento se le está hecho tan grande mandamiento en su totalidad como a la voluntad, por esto se exaltó con todo su poder a entender la Virtud, Verdad y Gloria de Dios; y pidió perdón de lo que había ignorado y errado ignorantemente para que la Fe hubiera sido mayor en su voluntad.

5. Hablaba Blanquerna con Dios, y decía: "Que su Justicia era perfecta; y por esto convenía que el Mandamiento que hacía a todo su pensamiento fuese justo y perfecto, cuya perfección no tendría en el Mandamiento si no mandase al humano pensamiento que todo él estuviese empleado en amar la Justicia y Perfección de Dios, como sea así que el pensamiento sea todo entero creado y beneficiado por la Justicia y Perfección de Dios." Y mientras Blanquerna hablaba así con su pensamiento y con la Justicia y Perfección de Dios, la voluntad dijo al entendimiento "que ella amaba en gran manera la mayoría de su entender cuando entendía a Dios de todo su poder"; y por eso respondió al entendimiento de lo que había errado por mucho tiempo, es a saber: que para obtener mayor gloria, no se había elevado a entender cuanto había podido; siendo así que el Mandamiento está hecho a todo el pensamiento, que significa toda la potencia del entendimiento. Y diciendo la voluntad esas palabras al entendimiento, le vino la voluntad, conciencia y contrición, porque no había mandado al entendimiento que entendiese a Dios con todo su pensamiento, puesto que de ello se le estaba hecho mandamiento. Y por lo que la voluntad tenía contrición, la memoria recordó cómo eran muchos los hombres en el mundo que son inobedientes al Mandamiento de Dios, creyéndose que le son obedientes con exaltar su fe y mortificar su entendimiento; y dijo "que por aquella mortificación se sigue

error, defecto e ignorancia contra el Mandamiento de Dios".

6. Recordó Blanquerna otra vez el Mandamiento que Dios hizo al entendimiento y a la voluntad, cuando mandó al hombre que le amase de su corazón; y después le dice que le ame de toda su alma, y otra vez le dice que le ame de todo su pensamiento. Y por estas tres veces en que se repite al hombre el Mandamiento, tuvo Blanquerna conocimiento que la Largueza de Dios hace Misericordia a su entendimiento y al de todos los hombres, en cuanto manda que entienda diversas obras entre las tres potencias del alma, según la diversidad de aquellos tres modos de amar arriba dichos; pues que en cuanto Dios manda que el hombre le ame de todo su corazón, es significada la Fe, por la cual la voluntad ame sobre aquello que el entendimiento no puede entender, y en cuanto manda que el hombre le ame de toda su alma, es significado que todas las tres potencias del alma se igualen y se convengan en un mismo objeto memorado, entendido y amado igualmente. Y en cuanto manda que el hombre le ame de todo su pensamiento, es significado que Dios manda al hombre que exalte su entendimiento *agente y posible* para que en el memorar a Dios obtenga mayor acto y recuerdo en amar a Dios mayor voluntad; cuyos actos tienen mayoridad en la exaltación del entendimiento, por el cual Dios ama y quiere ser muy conocido.

7. Dijo Blanquerna a su alma que amar a Dios de todo su corazón y de toda su alma y de todo su pensamiento es el primer Mandamiento; y por eso el entendimiento entendió que por el segundo Mandamiento, según relación al primero, fué significar la igualdad de amor entre Blanquerna y su prójimo en cuanto Dios manda a la voluntad que el hombre ame a su prójimo como a sí mismo; y por cuanto no dice de toda su alma, ni de todo su pensamiento, ni menos de todo su corazón, se hace diferencia entre el primero y el segundo Mandamiento, por cuya diferencia está significado que el primer Mandamiento tiene Señorío sobre el segundo y que éste está debajo del primero y sujeto a él, para que el hombre en amar, entender y recordar más a Dios que a sí mismo, ni a su prójimo, obedezca y

haga reverencia honrando la Humildad y Señorío de Dios.

8. Amar, entender y recordar más a Dios que a otra cosa y a su prójimo tanto como a sí mismo son dos Mandamientos que son principio y *fundamento* de los otros; y el que es obediente a estos dos Mandamientos, obedece a Dios en todos los demás: y el que es inobediente a Dios en cualquiera de los otros Mandamientos, no obedece a Dios en aquellos primeros Mandamientos; y el que ama igualmente a sí mismo o a su prójimo como a Dios, es inobediente al primer Mandamiento y a todos los demás.

CAPITULO CXIX

Del MISERERE MEI DEUS. Y cómo Blanquerna expositando y contemplando las palabras de David por las Virtudes y Dignidades Divinas contemplaba a Dios en su Esencia, Trinidad y Encarnación.

1. Expositando Blanquerna con las Virtudes y Dignidades de Nuestro Señor Dios, meditando los dichos de los Santos Profetas, contemplaba a Dios en su Esencia, Trinidad y Encarnación, según está ejemplificado por estas palabras: Pidió David a Nuestro Señor Dios que le perdonase según su gran Misericordia; y por esto su alma, en el principio de su petición, consideró la Grandeza y Misericordia de Dios con la Bondad y Eternidad; y por cuanto la Bondad de Dios es mayor que toda otra Bondad, y su Eternidad es mayor que cualquier otra durabilidad; y cómo la Bondad y Eternidad se concuerdan con la Grandeza; y la Misericordia de Dios es grande sobre toda otra misericordia; por esto David pidió a la Bondad bien grande de piedad y de perdón de Dios; y pidió a la Eternidad, que aquel don y perdón fuese durable sin fin. Y esta petición y demanda fué por razón de que entre las Personas Divinas hay concordancia de Propiedades Personales, que son en la Esencia, Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Misericordia, etc.

2. “No convenía, dijo Blanquerna, que David hiciese diferencia en la Esencia de Dios entre Grandeza, Misericordia y Justicia, pues son una cosa tan solamente; y por esto cuando dijo que Dios le perdonase según su grande Misericordia, significó en Dios gran Justicia; por cuanto grande Misericordia se conviene según gran Justicia en dar y perdonar, para significar que mayor Justicia es que grande Misericordia perdone grandes culpas y conceda grandes dones, que menor misericordia perdonar pocas culpas y conceder dones pequeños. (Y de aquí es que nadie debe desconfiar ni desesperar de Dios.) Y si esto no fuera así, se seguiría que grande Misericordia y gran Justicia no tendrían en qué pudiesen concordarse ni convenirse.”

3. Considerando Blanquerna en las palabras sobredichas, se alegró fuertemente su alma en la esperanza de la Misericordia y de la Justicia de Dios y de su Grandeza, y por esto entendió que grandes bienes durables sin fin están aparejados para el hombre que pide Misericordia a la Grandeza y Justicia de Dios. Y cuando Blanquerna en la Esencia de Dios hubo contemplado y considerado la Bondad, Grandeza y Misericordia, Justicia, etc., entró en otro pensamiento y contempló aquellas mismas virtudes en las tres Divinas Personas y dijo estas palabras: “Señor Dios, que eres Padre Eterno, primera Persona en Trinidad, Tú eres grande, poderoso e infinito, y eres grande en tu Poder, Saber y Querer, en Verdad de Bondad, Grandeza, Eternidad, Misericordia y Justicia; y por esto David en persona de la Iglesia Romana te pidió tu Hijo glorioso, el cual, en sí mismo, es grande en Poder, Saber, Querer, Virtud, Verdad, Bondad, Eternidad, Justicia y Misericordia. Y por cuanto te pido que tuvieses Misericordia, según tu Grandeza, fué conveniente que la tuvieses con Grandeza tan grande como lo es la tuya, la cual no pudiéramos nosotros recibir sin alguna cosa igual a tu Grandeza. Y por esto, Señor, te hacemos gracias de habernos querido dar a tu Hijo glorioso por la Encarnación y Recreación; por cuyo Hijo se nos está significada y delatada tu gloriosa Trinidad y la Encarnación; porque, si en tu Divina Naturaleza no hubiera distinción de personas, no nos pudieras dar ni perdonar

según tu gran Misericordia, por cuanto nosotros no tuviéramos Virtud en qué recibir aquélla. Mas por cuanto tu Hijo, Señor, quiso encarnarse y habitar entre nosotros en aquella Humanidad suya, pudo nuestra flaca naturaleza recibir cumplidamente la Gracia y Misericordia; pues en cuanto tu Hijo es Dios, es igual a tu Grandeza y Virtud, y pudiste, por El y con El, tanto como Tú eres, dar, perdonar y juzgar”.

4. Recordó Blanquerna a la Verdad, Gloria y Perfección en Dios; y por las palabras de David encontró que la Grandeza conviene con la Verdad, Gloria y Perfección, cuya Grandeza conviene que sea infinita; porque, si era finida, no se convendría con Verdad, Gloria y Perfección, que son Virtudes infinitas en Dios; y como la Grandeza y Misericordia sean Virtudes infinitas, y David pidiese Misericordia según la Grandeza de Dios, por esto está significado que al Padre le pidió su Hijo en quien fuese Verdad, Gloria y Perfección infinitamente para que fuese igual el Don y Perdón a la Grandeza infinita que tiene el Padre en Verdad, Gloria y Perfección; luego, como esto sea así, por esto está significado que David pidió el Don y Perdón en persona de la Humanidad de Jesucristo, a cuya Humanidad no se le pudiera haber dado sin que de ella se hubiese hecho unión con alguna Persona de Verdad, Gloria y Perfección igual a otra Persona que hubiese en la Divina Esencia.

5. “Largueza, Humildad, Señorío y Paciencia, Señor Dios, dijo Blanquerna, son en Ti Virtudes grandes infinitamente; porque si no lo fueran, serían contrarias a tu Misericordia, que es infinita; y se seguiría que David te hubiera pedido un don y perdón que Tú, Señor, no le hubieras podido dar por defecto de tus Virtudes; y siendo imposible que en Ti haya defecto alguno, conviene que tu Largueza tenga en Sí don igual a Sí misma y que en tu Humildad haya humildad, en quien pueda humillarse toda; y tu Señorío tenga igual en Sí mismo, para que tu Misericordia, igual en Sí misma, tenga, Señor, y pueda dar a Sí misma Paciencia igual; y si esto no fuera así, David pudiera pedirte mayor Misericordia en la que Tú le pudieras dar ni tener; y esto, Señor, es cosa en Ti muy inconveniente e imposible.”

6. En el modo arriba dicho, contemplaba Blanquerna a Dios en su Esencia, Trinidad y Encarnación, con Arte, expositando las palabras de David por las Divinas Virtudes; por cuya Arte puede el hombre revelar los secretos y oscuridades que los Profetas usaban en sus palabras, para que el entendimiento no se elevase mejor en investigar los secretos de Dios, y que más altamente entendiese, y en la elevación del entendimiento la voluntad se exaltase en amar más a Dios en su Esencia, Trinidad y Encarnación y en las demás obras.

CAPITULO CXX

De los siete Sacramentos de la Santa Madre Iglesia; de la necesidad de aquéllos, con un modo breve para significar las Divinas Virtudes, con las cuales Blanquerna los contemplaba en su alma.

1. En los Sacramentos de la Iglesia Santa quiso Blanquerna contemplar las Divinas Virtudes, y dijo a Dios estas palabras: "Señor Dios, que con orden maravilloso has dispuesto y ordenado todas las cosas. Así como una ciudad corporal terrena están bien ordenados ciertos oficios, así en la ciudad de Santa Madre Iglesia están bien ordenados los siete Sacramentos; pues así como todos los oficios son para la nobleza y perfección de la ciudad, del mismo modo los siete Sacramentos son para demostrar el noble uso que tus gloriosas Dignidades tienen en las criaturas, el cual está revelado y demostrado en los siete Sacramentos, mediante los cuales la Santa Iglesia recibe de Ti el cumplimiento de la Perfección. Y por eso, Señor, la Bondad y Grandeza de tu Señorío demostrará cómo en los siete Sacramentos son obedientes todas las criaturas a tu Poder, Saber y Querer.

2. "Señor Dios infinito y poderoso, en el Santo Sacramento del Bautismo quieres Tú demostrar la Grandeza de tu Poder, Saber, Virtud y Querer; pues que por gran Virtud en el Poder, Saber y Querer, revelas a nuestro humano entendimiento una

hora muy extraña y maravillosa en el Santo Bautismo, como por agua y por las palabras del Presbítero, y por la fe de los padrinos, el infante que no usa de memoria, entendimiento ni voluntad, por el Sacramento quede mundado y limpio del pecado original. Esta obra, tan grande y tan maravillosa, Señor, es obra sobrenatural, para dar a entender y significar que tu Virtud es tan grande en Poder, Saber y Querer, que puedes, sabes y quieres hacer sobre la naturaleza todo lo que Te place y es de tu agrado.

3. "¡Glorioso Dios!, por cuanto el infante no tiene uso de razón hasta que es ya mayor, es necesario que los padrinos tengan la virtud que tu Virtud da y comunica al infante, cuando se halla en edad de confirmar y otorgar por sí lo que los padrinos por él otorgaron y prometieron. Luego, Señor, el tener de Ti los padrinos tal virtud y potestad, y el salir de aquella obligación en la confirmación del infante, y tener el infante aquella virtud por la confirmación del Obispo, es significación de gran Virtud, Verdad, Perfección y Señorío, las cuales, en el Sacramento de la Confirmación, hacen todo aquello que quiere tu Querer, sin contraste de cualquier otro poder que no puede contra tu Querer y Poder."

4. Quiso Blanquerna entrar a contemplar el Santo Sacramento del Altar con las Virtudes y Dignidades Divinas; y por eso en el principio enderezó y ordenó las potencias de su alma a aquella contemplación, para que, hallándose ya en ella, no tuviese embarazo alguno por desordenado recordar, ni querer, y que por los sentidos corporales no fuese inobediente a las Divinas Virtudes; y por eso dijo a su alma estas palabras: "Alma mía, amiga, tú sabes bien que la Humildad mayúscula de Dios es grande y es grande también con ella igualmente su poder; y por cuanto la Humildad y el Poder son una misma cosa en Virtud, Sabiduría, Voluntad, Verdad, Gloria y Perfección, los ojos corporales, que no ven la Carne bajo la figura de Pan en el Sacramento del Altar, no quieren inclinarse a ser inobedientes a las Divinas Virtudes antedichas, las cuales son tan grandes que pueden, saben y quieren que bajo la forma de Pan está la verdadera Carne y verdadera Sangre del cuerpo Santísimo de Jesu-

cristo; y si esto no pudiera ser así, se seguiría que los ojos corporales podrían más verdaderamente tomar por objeto las cosas corporales, que tú, ¡oh alma mía!, las Divinas Virtudes de Dios y sus obras, y se seguiría aún que faltaría la Grandeza de las Virtudes de Dios, y que la Verdad se convendría mejor con las cosas corporales que con las cosas espirituales, y esto es inconveniente, como sea así que Dios es Esencia espiritual y sus Virtudes son espirituales y en el cuerpo y los sentidos sensuales son cosas corporales y corruptibles.”

5. Grande rato habló Blanquerna mentalmente con las potencias de su alma, y el entendimiento le respondió, diciendo: “Que él entendía Grandeza tan grande en la Virtud y en el Poder de Dios, que podría hacer existir verdadera Carne y verdadera Sangre bajo la forma de Pan y Vino consagrados; pero no entendía por qué razón quiso hacer Dios aquel Sacramento, ni por qué debiese instituirlo.” Entonces respondió Blanquerna, y dijo al entendimiento: “Que en su entender y consideración juntase con el Poder y Virtud la gran Bondad, Sabiduría, Amor, Perfección, Humildad, Largueza, Misericordia y Paciencia de Dios, y que entendiese cómo Dios demuestra su gran Poder en hacer existir accidentes sin sustancia, y sustancia sin accidentes; y cómo tan gran Obra, y tan maravillosa, no pueda hacerse según el curso natural, si, pero, se hace por el Poder de Dios, sería más fuertemente conocido el Poder de Dios ser sobre el poder de la naturaleza, que si tal Obra no hiciera. Y pues la voluntad lo quiere, para que sea manifestado en ella el Poder y sea conocido mayor y más noble, demuéstrase ser tal Obra más amable por el Poder. Y si el Poder no lo pudiera ni el Querer lo quisiera, no se conocería tan bien el convenirse con el Saber, ni la Humildad de Dios sería tan grande para con nosotros, ni la Misericordia, Largueza y Paciencia no serían conocidas convenirse tan bien con la Bondad, Grandeza, etc. Y por cuanto nosotros en tal Obra podemos mejor conocer la Nobleza de las Divinas Virtudes y conocer mejor la Bondad, Grandeza, Virtud, Verdad, etc., de Dios; en esto está significada la razón por qué Dios ha querido crear y ordenar el Santo Sacramento del Altar.”

6. "Entendimiento amigo, dijo Blanquerna, esfuérzate en tu virtud, pues la tienes mayor en entender que los ojos corporales en ver, ni el gusto en gustar, ni el tacto en tocar, pues que en muchas cosas los ves errar y faltar cada día, no dejes vencerte de los sentidos corporales; defiéndete, sí, de ellos con las Divinas Virtudes; entiende ¡cuán grande Obra y altísima de entender es la Trinidad de Dios! Y cómo la Encarnación del Hijo de Dios es sobre la naturaleza. Para significar, pues, esta extraña admirable Obra quiso Dios establecer e instituir el Santo Sacrificio del Altar, para que por él todos los días se nos fuese hecha memoria y representada a nuestros ojos la extraña obra que las Divinas Virtudes tienen sobre la naturaleza; pues así como nosotros, sensual y corporalmente, hacemos la señal de la Figura de Nuestro Señor Dios Jesucristo en la Cruz, del mismo modo en el Santo Sacrificio del Altar se hace la señal de la Obra milagrosa intelectual que se hace por las Virtudes y Dignidades Divinas."

7. Consideró mucho el entendimiento en las palabras que Blanquerna le decía, y por ellas entendió que la imaginativa le había impedido mucho tiempo para entender el Santo Sacramento del Altar, por cuanto le hacía imaginar más fuertemente el Santo Sacramento del Altar en la Obra Corporal natural que en las Virtudes y Obras de su Dios glorioso, a cuyas obras y Virtudes no puede la imaginativa ascender. Por eso el entendimiento otorgó a Blanquerna lo que había dicho; y con las Virtudes de Dios ascendió a contemplar y adorar el Santo Sacramento del Altar.

8. Entre la memoria y el entendimiento de Blanquerna hubo cuestión sobre cuál Sacramento era más remoto y contrario a los sentidos corporales: ¿o el Sacramento del Altar, o el Sacramento de la Penitencia? Por cuanto la memoria recordó cómo el hombre pecaba contra Dios, y que hombre es también el Santo Padre Apostólico, y hombres son todos sus Lugartenientes que absuelven y perdonan acá en la tierra y dan penitencia a los otros hombres que con ellos se confiesan, y el entendimiento respondió: "Que el Sacramento del Altar se manifiesta en forma cor-

poral y sensible, y es forma corporal invisible, la cual no puede percibir los sentidos corporales.” Largamente disputaron sobre esta materia la memoria y el entendimiento, y vinieron a juicio delante de Blanquerna, el cual dió la sentencia, diciendo: “Que los Sacramentos eran igualmente contra las sensualidades, y remotos y apartados de ellas, por razón que eran establecidos y creados los dos antedichos señaladamente, y también los otros, por las Virtudes Divinas, que son incorporeales, sobre los poderes de la naturaleza, para demostrar la Virtud, que es superior a toda virtud natural creada”; y, mientras Blanquerna daba la sentencia, decía estas palabras:

9. “Así como la Divina Virtud hace estar la Virtud de Carne y Sangre bajo la forma o figura de pan, hace también estar bajo la forma de hombre Presbítero la Virtud de perdonar; y así como la Carne y Sangre virtuosa, que están bajo la forma de la Hostia, no es de la Hostia, sino de Dios; del mismo modo, la virtud que tiene el Presbítero en perdonar, no es del Presbítero, sino que es del Poder de Dios, bajo la forma de Presbítero.”

10. “Blanquerna, dijo la memoria, pues habláis vos con tanta sutileza, ¿me sabríais probar que supuesto Dios tiene Poder de obrar e instituir el Sacramento de la Penitencia, qué deba haber de querer que dicho Sacramento exista, como sea así que Dios puede hacer muchas cosas que su Querer no las quiere en obras?” Respondió Blanquerna, diciendo: “Así como en la gran Bondad, Misericordia, Humildad y Virtud de Dios está significado que Dios quiere y debe querer, según Grandeza de Justicia, que las Virtudes sean significadas en gran Grandeza en el Santo Sacramento del Altar, así también por aquella misma ordenación quiere y debe querer, según gran justicia, que exista el Sacramento de la Penitencia, para que sus divinas Virtudes sean manifestadas y que los hombres, por él, sean enderezados en contrición, penitencia, restitución, consejo, aflicción, arrepentimiento y otras cosas semejantes a éstas, las cuales no pudieran ser sin el Sacramento de la Penitencia.”

11. Para significar el orden que hay en las tres Divinas Personas, y cómo por el orden vino la Persona del Hijo de Dios

a tomar Carne humana, y cómo el desorden no se conviene con el Bautismo, Confirmación, Sacrificio, Penitencia, Matrimonio y Unción, por esto conviene que sea el Orden Sacerdotal, con el cual fuese ordenado cada uno de los sobredichos Sacramentos, y esto está significado en las Divinas Virtudes y en la Grandeza, según la cual son a nosotros significables y demostrables.

12. En las Divinas Virtudes antedichas veía Blanquerna el Orden de Matrimonio, así como había visto en ellas a los otros Sacramentos, y dijo estas palabras: “Así como Justicia significa que de las cosas temporales sea hecha especialidad a diversos hombres, del mismo modo también significa y conviene que sea hecha especialidad de hombre y mujer, para que pueda ser la castidad y virginidad contra lujuria, y para que por las cosas sensuales tomen ordenación y reglamento las potencias espirituales del alma para obedecer a los Mandamientos del Divino Señorío.”

13. “En el Paraíso terrenal, dijo la memoria a la voluntad, hizo Dios Matrimonio entre Adán y Eva; y, en significación de aquel Matrimonio, quiso Dios que en este mundo sea el Sacramento del Matrimonio; porque, si no fuera, la Sabiduría y Voluntad de Dios no concordarían tan bien con la Perfección en demostrar la gran Gloria de Dios, que se conviene con la Justicia, contra la cual es el desordenado ayuntamiento de hombre y mujer; por cuya desordenación el hombre se hace indigno de venir a la Gloria de Dios, la cual sería contraria a la Grandeza, Perfección, Justicia y a las demás, si el hombre, con el desordenado ayuntamiento de hombre y mujer, viniese a la verdad de la Gloria de Dios; y la Sabiduría y Virtud Divinas habrían puesto mayor virtud en los elementos que son meramente corporales (los cuales se juntan y mezclan ordenadamente por composición para engendrar los cuerpos elementados en otra especie), que no en la voluntad del hombre y de la mujer, a fin de engendrar hijos para la conservación de la especie humana en el mundo.”

14. Acordóse Blanquerna de que los hombres en este mundo tienen principio, medio y fin; y por esto entendió que, en significación de la Eternidad y Señorío de Dios, la Divina Sabiduría

ha ordenado cómo en la entrada que hace el hombre en este mundo, sea el Bautismo el primer Sacramento que recibe, y que la Extremaunción sea el último, para significar la servitud y obediencia con que el hombre en este mundo ha estado sujeto al primer Sacramento y a los que median entre el primero y el último. Y por cuanto la Justicia tiene mayor conducencia y razón de juzgar premio al hombre por Misericordia, y perdonarle por Confesión, Contrición, Confirmación y los otros Sacramentos, desde el primero hasta el último; por esto la gran Justicia y Señorío de Dios quiere que la Extremaunción sea Sacramento, para que con él sea significado cómo todos los otros Sacramentos emanaron del Sagrado Cuerpo de Nuestro Señor Dios Jesucristo en la Cruz, el cual fué ungido con la Sangre de su Cuerpo y con lágrimas de sus ojos, y con sudor por las agonías de la muerte que sufría para nosotros.

CAPITULO CXXI

De las siete Virtudes y sus actos, por los cuales contemplaba Blanquerna las Virtudes Divinas increadas, las cuales le habían comunicado las suyas creadas.

1. Memoró Blanquerna las siete Virtudes, las cuales muchas veces le habían ayudado contra el maligno espíritu; y quiso en ellas contemplar las Virtudes y Dignidades Divinas que le habían comunicado las siete Virtudes, y por esto dijo estas palabras: "Amable Fe, grande eres tú en creer en Dios grandes cosas, y eres buena, pues por ti viene el hombre a eterna bienaventuranza. Iluminada eres de luz de Gracia por Divina Sabiduría. Tú amas cosas verdaderas, pues el amor del Rey Celestial te hace amar a su Virtud, Verdad, Gloria y Perfección.

2. "Fe amiga, tú eres en Dios Unidad de Esencia y Trinidad de Personas. Cosa grande es en ti creer cosas invisibles. El creer que bien infinito y eterno sea engendrado infinita y eternamente de infinito Bien eterno, y creer que de entrambos emane

y proceda infinito Bien eterno, es una creencia muy grande y muy maravillosa, y es iluminada de mucho resplandor de luz de Gracia. Y por esto, amable Fe, por cuanto tú eres grande, conviene a mi alma que rinda grandes gracias y tenga grandes amores a la grande Grandeza, Bondad y Eternidad, que te ha creado tan grande y en tu grandeza me ha hecho a mí tan grande.

3. "Por ti, Fe amiga, creo yo verdaderamente que el Hijo de Dios, por su gran Caridad, Poder, Saber, Misericordia y Humildad, que son en El lo mismo, tomó Carne humana de Nuestra Señora Santa María y unió aquélla a sí mismo, y con ella fué una Persona con dos naturalezas, Divina y Humana, sin corrupción, alteración, composición, ni accidentes de la Naturaleza Divina y Simulación, ni disminución de la naturaleza Humana que tomó. Creer, pues, todas esas cosas tan grandes y tan maravillosas, que son por la gran Grandeza y Virtud, Sabiduría, Amor, Misericordia y Benignidad del Soberano Bien, es manifestar que tú eres muy grande en mi alma; y por esto mi alma está muy obligada a memorar, entender y amar, honrar y servir a las Divinas Virtudes que a ti, Fe, te hacen ser en mí en tan grande honor y tan grande Caridad, y en iluminación tan grande."

4. En su alma hablaba Blanquerna con la Esperanza, y decía "que de grandes cosas debía el hombre tener grande Esperanza; y por eso, de tan gran Bondad, Grandeza, Poder, Sabiduría, Amor, Virtud, Verdad, Gloria, Perfección, Largueza y las demás, como es Dios, de las cuales es engendrado por el Padre tan grande Bien, como son las Divinas Virtudes antedichas en el Hijo, y de quienes emana y procede tan gran Bien, como son las dichas Virtudes, en el Espíritu Santo, se debe haber Esperanza y deseo de grande Bienaventuranza; pues cosa es imposible que de cosas tan nobles y grandes, como las sobredichas, no salga influencia muy grande de gran Bienaventuranza a los Amadores y de las Divinas Virtudes.

5. "Considera tú, Esperanza, cuán gran cosa es el Hijo de Dios; el cual es tan grande en Virtudes, que ha podido juntar y unir a sí mismo la Naturaleza Humana, que es criatura, y ha querido entregar aquella Criatura a tormentos y a la muerte por

nosotros, pecadores, y para que tú pudieses ser mayor en nosotros, confiando tú en las Virtudes del Soberano Bien. Mira, Esperanza, cómo Dios ha creado grandes cosas y en mucho número y diversas, buenas, bellas y virtuosas, como son los ángeles, los cielos, estrellas, elementos, los hombres, las bestias, las aves, los peces, las plantas, los metales, las hierbas y otras criaturas; y cómo todas esas cosas sean tantas y tan nobles y tan grandes, considera, pues, Esperanza, cuánto te conviene esperar y confiar de la Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, y de las demás Virtudes Divinas, grandes gracias y grandes bendiciones.

6. "Esperanza amiga, si no hubiera Trinidad ni Encarnación, no pudieras tú esperar de Dios tan grandes dones ni bendiciones como ahora puedes esperar, pues hay Trinidad y Encarnación; pues que por las Virtudes de Dios, no se nos manifestarían tan grandes como se manifiestan ahora por la existencia de la Trinidad y de la Encarnación. Y si no hubiera Resurrección, tú serías menor de lo que eres, por cuanto nosotros no veríamos la Caridad, ni el Poder, Misericordia, Señorío, Paciencia y Humildad tan grande en Dios como lo vemos en cuanto creemos que hay Resurrección. Y por cuanto nosotros y tú, ¡oh Esperanza!, vemos con las Divinas Virtudes la Resurrección, y con la Resurrección vemos la grandeza de las Divinas Virtudes, por esto tú y la Fe concordáis juntas en ser mayores en ti; y la Fe y nosotros somos por ello mayores en ti, y nosotros tenemos por esto mayor concordancia con la creencia.

7. "Amor Divino, que tienes en ti Amador infinito y eterno en amar. De ti, que eres tan grande en toda Perfección en tus altos Honores, esperamos acá abajo que nos des Caridad para amar tus Valores y tus Honores; pues si en tu Esencia hay tres Amados Amadores eternos, iguales e infinitos en Poder, Saber, Querer, Verdad, Perfección y Gloria, de esa tan grande influencia de amor que hay en ti, venga a nosotros acá abajo, tanta que no amemos a cosa alguna para honrarla y servirla, sino a ti tan solamente.

8. "Naturaleza es del Bien el engendrar a otro Bien, y naturaleza es del Poder el engendrar a otro Poder; y lo mismo se

sigue de la Verdad, Gloria y Perfección. Luego, siendo Tú tan grande y tan noble Amor, pues eres infinito en Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría, etc., ¿cómo puede ser que nosotros, que somos criaturas tuyas, recreadas por Ti, y que somos tus siervos y comprados, no seamos muy fuertemente encelentados en tu Amor? ¿En dónde es, ¡oh Amor!, aquella concordancia que tienes con la Largueza, Misericordia, Humildad y Paciencia? Pues de esta concordancia conviene que en Ti sea Piedad, y en nosotros, Esperanza, Bienaventuranza y Amores.

9. "¡Oh, Justicia Divina! Entre nosotros se dice: de justo, Justicia; y en Ti, Justo y Justicia, son una misma cosa; luego, como Tú seas Justo y Justicia infinita en ser Esencia sin diferencia, y por cuanto esto que en Ti es Justo y Justicia, Esencia y Ser sea Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Virtud, Verdad, Gloria, Perfección, Misericordia, Largueza, Humildad, Señorío y Paciencia, conviene de necesidad, según estas tales comunes Virtudes y Propiedades, que Tú seas Justo y Justicia para con nosotros, con Misericordia, Humildad, Caridad y Paciencia, y que de Ti hayamos Justicia, por la cual vivamos justamente loándote, honrándote y sirviéndote; y si en nosotros no hay justicia de la Justicia que en Ti hay, ¿dónde es la influencia que nos viene de tu Justicia? Y ¿dónde es la concordancia que hay entre tu Justicia y tu Bondad, Caridad, Misericordia, Humildad, Paciencia y Liberalidad?

10. "¡Oh, Esencia Divina! La gran Justicia que hay en Ti hace que en Ti, un Justo infinito y eterno en Bondad, Poder, Sabiduría y Caridad, engendre otro Justo, e infinito y eterno en Bondad, Poder, Sabiduría y Amor, y de entrambos Justos hace emanar y proceder otro Justo, eterno infinito en Bondad, Poder, Sabiduría y Amor. Y como esto sea así, luego de esta tu Justicia salió tan grande influencia, que a Uno de vosotros hizo ser una Persona con una de vuestras tres Divinas Personas; y de aquella tan grande influencia de Justicia que vino a Uno de nosotros con Caridad, Misericordia, Humildad, etc., esperamos vendrá ya a todos nosotros el que nos hagas justos en amarte, conocerte, honrarte y servirte. Y si esto no hicieres, ¿dónde está, ¡oh Divina

Esencia!, la influencia Divina de la Humildad, Paciencia, Caridad y Largueza que hay en Ti? Y ¿quién es aquel Señor de quien somos nosotros? Puesto que es cosa muy razonable que el Señor deba amar, ayudar y dar a sus súbditos y sirvientes.

11. "Prudencia pido, Señor Dios glorioso, a tu Poder, Saber y Querer, la cual me debes dar por la Benignidad que hay en Ti, según Justicia y Misericordia. Por tu Poder y Saber me la puedes dar Tú, Señor. Y por cuanto te la pido para amarte, por esto, la Verdad y Justicia deben hacerte amar en mí a la Prudencia, para que con ella te pueda conocer para poderte amar; y por el conocimiento y amor, sepa y quiera honrarte, loarte, obedecerte y servirte.

12. "¡Oh Grandeza de Justicia! Si la quieres tener Tú, Señor, en nuestros pecadores para castigarnos, en mayor uso la puedes haber si nos castigares, porque conociendo tu Santa Trinidad y Encarnación, no te honramos, amamos y servimos; que no la pudieras haber en aquellos que ignoran en Ti la Santísima Trinidad, y descreen ignorantemente tu Encarnación. Y si quieres tener Misericordia, Humildad y Piedad de nosotros, mayor la puedes tener en nosotros si te conocemos y amamos, que si ignorantemente te fuéramos inobedientes. Luego, como esto sea así, parece, Señor, por todas estas razones y otras muchas, que nos debes dar Fe y Prudencia a nosotros, cristianos, y a los infieles, por lo cual te conozcamos y te amemos; como sea así tu Largueza se convenga con tu Querer, el cual nos ha creado principalmente para amarte y conocerte a Ti, Señor, más que a ninguna otra cosa.

13. "Templanza amiga, todos los días te he menester contra mis enemigos, los que me embarazan para contemplar las Virtudes de mi Amado Señor, para lo cual he venido yo a este desierto. A las Virtudes del Señor, que te ha creado, te pido, pues te he menester para servirle a El totalmente. Padre y madre, riquezas y parientes he dejado, sólo para que en este estado eremítico pueda estar en tu compañía. Sin Ti no puede el hombre ser contrario a la gula y embriaguez. Por vida eremítica, ni por Religión, y no por honestos vestidos no puedo tenerte, sin la

Bondad, Grandeza, Poder, Sabiduría, Amor, Virtud, Humildad, Misericordia y Liberalidad del Señor, en quien son todas estas Virtudes.

14. "Templanza amiga, ningún hombre puede demasiadamente memorarte, entenderte, ni amarte; pero por demasiado memorar, entender y amar a Dios con llorar, ayunar, sufrir aflicciones y velar, puede enflaquecerse el cuerpo, enfermar y morir; y el alma no puede tan dilatadamente, ni con tanta fuerza contemplar las Virtudes de Dios. Por eso, Templanza amiga, yo te he menester corporal y espiritualmente. Entrégate, pues, a mí, para que yo sea tuyo, y tú seas Señora en mí de tí misma, y que salgas de la servidumbre de la glotonería y de mi vientre." De este modo y otras muchas maneras pedía Blanquerna a las Virtudes increadas las Virtudes creadas, para que con éstas fuese buen servidor de Dios.

CAPITULO CXXII

De los siete pecados mortales, en la forma que Blanquerna contemplaba cómo se causan y engendran en nosotros; y cómo pueden ser destruídos. Y de la razón por qué son permitidos en nosotros por Nuestro Señor Dios.

1. Recordó Blanquerna los siete pecados mortales, los cuales tienen desordenado al mundo, que es creado por las Virtudes de Dios; y por esto preguntó Blanquerna a la Divina Bondad: "¿De dónde habían venido esos demonios sobredichos, que pierden y destruyen al mundo?" Y dijo estas palabras: "Soberana Bondad, tú que eres tan grande en Virtud y Perfección, y que en Eternidad y Nobleza eres eminente sobre toda criatura, ¿de dónde ha venido la gula, lujuria, avaricia, acedia, soberbia, envidia e ira? Pues estas siete bestias destruyen, corrompen y estropean los bienes que son tuyos por creación y por señorío; y como tú seas tan poderosa, sabia, amable y virtuosa, ¿por qué sufres que tanta maldad, engaño, error e ignorancia reine en el mundo por

los siete demonios antedichos? Si tú, Bondad Soberana, fueras maldad o defecto, pudieran haber venido de ti los siete pecados mortales; mas como tú seas cumplimiento de todos los cumplimientos, y como la Perfección sea contra el defecto, y todo pecado y cualquier otro mal de necesidad hay de tener principio, dígame, pues, tu Eternidad, la cual fué antes de ser el principio del pecado, ¿de dónde ha venido el pecado y defecto?"

2. Contempló Blanquerna la Soberana Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor y las demás Virtudes, según la manera arriba dicha, y sintió en su alma que la memoria y el entendimiento se hablaban; y decía la memoria al entendimiento "que ella se acordaba de que la Voluntad tiene en su querer a la gula, lujuria y a las demás"; y por esto el entendimiento respondía, entendiendo "que el querer que quería gula o lujuria u otro vicio nace de la voluntad, y en culpa a la voluntad, por cuanto produce aquel querer que ama al pecado; y por aquel querer es culpado el entendimiento que entiende el pecado; y por esto es también culpada la memoria que recuerda todas estas cosas. Y por cuanto la memoria, entendimiento y voluntad son criaturas de la Soberana Bondad, y dan lugar a recordar, entender y amar al pecado"; por esto el entendimiento de Blanquerna dijo a la memoria, excusando a la Bondad de Dios: "Que los siete demonios referidos toman principio y origen en las obras del recordar, entender y amor que tratan de cosas desagradables a la Bondad de Dios.

3. "Sabiduría Divina, Tú que eres Luz de todas las luces, enséñame el arte y modo cómo pueda mortificar yo los siete vicios en mi memoria, entendimiento y voluntad." Recordó la memoria las Divinas Virtudes, entendió el entendimiento la brevedad de la vida de este mundo, y las penas infernales; amó la voluntad a Dios y a todas las Virtudes, y aborreció los pecados, y pidió perdón y desprecio la vanidad de este mundo; y entonces Blanquerna sintió en su alma mortificados los vicios y pecados por las obras de su recordar, entender y amar; y por esto dijo a la Divina Sabiduría estas palabras: "Soberana Bondad, de tu Virtud viene virtud, y de tu Poder viene el poder, y de tu Amor viene amor en el alma que quiere recordarte, entenderte

y amarte. Pero cuando la memoria no quiere recordarte, ni el entendimiento entenderte, ni la voluntad amarte, vienen las culpas e injurias de aquello que la voluntad no quiere querer, y de aquello que el querer quiere en el recordar, entender y amar o desamar. Y por eso, Soberana Bondad, sea tuyo mi recordar, entener y querer con la memoria, entendimiento y voluntad para contemplar, recordar, entender y amar tus Virtudes y aborrecer los vicios, culpas e injurias, a fin que tu loor y tu Honor, Señorío y Virtud sean todos los días en mi memoria, entendimiento y voluntad.

4. "¡Soberana Largueza y Misericordia!, dado me has memoria para memorar y entendimiento para entender y voluntad para amar tus Virtudes; pero aun esto no me basta sin que me des memoria, entendimiento y voluntad en memorar, entender y amar tus Virtudes Divinas, y las siete Virtudes contrarias a los siete pecados mortales. Aun te pido más: que me des recordar, entender y querer para desamar la gula, lujuria y los demás vicios; y como tu poder pueda darme todas esas cosas y ellas me sean muy necesarias, y como tú me hayas criado para todas ellas, por esto te pido me des don y gracia tal, por los cuales estén todas mis potencias empleadas en honrar, loar y servir para siempre tus Honores.

5. "¡Gloria y Perfección Divina! El dar poder de pecar es dar ocasión de tener Fe, Esperanza y Caridad y las demás Virtudes; y el dar poder de tener Fe, Esperanza y Caridad es don contra la gula, lujuria y demás vicios; y por esto te pido don de Virtudes y libertad de pecar, con tal que me des recordar, entender y amar tus Honores; y me des recordar, entender y desamar mis culpas y pecados y los vanos deleites de este mundo."

6. Lloraba y suspiraba Blanquerna mientras estaba pidiendo esos dones; y Dios le daba todo lo que quería, y Blanquerna, llorando, le daba infinitas gracias por ello. La contemplación y devoción de Blanquerna, y el arte y alto modo que tenía en el contemplar, no hay quien os lo pueda decir ni significar, sino sólo Dios, quien le enseñaba.

Finido está por la gracia de Nuestro Señor Dios el libro del Arte de Contemplación en vida eremítica.

CAPITULO CXXIII

De la peroración y fin del libro, y de la penitencia que dió Blanquerna al juglar que vino a buscarle en su ermita. Y del Emperador que iba también buscando a Blanquerna para hacer con él penitencia en el desierto. Del Obispo que pasaba a Roma y se encontró con el Emperador. De las coplas que le dió; y del razonamiento que los dos tuvieron sobre restituir a Valor en su dominio y señorío que tiene perdido en el mundo.

1. Estaba un día Blanquerna contemplando en Dios; y teniendo en sus manos el libro de *contemplación* vino a él un juglar muy lloroso, y con su semblante y duelo que manifestaba, daba muestras de ser muy grande la tristeza de su alma; y dijo a Blanquerna estas palabras: “Señor Blanquerna, fama es por todo el mundo de vuestra santa vida por la cual la conciencia atormenta a mi alma con contrición por las faltas que he cometido contra mi oficio; y por esto he venido a vos para que me déis penitencia.”

2. Blanquerna preguntó al juglar qué oficio tenía, y éste le respondió, y dijo que era juglar. “Buen amigo, dijo Blanquerna, el oficio de juglaría fué inventado con buena intención, es, a saber, para loar a Dios, y para recrear y consolar a aquellos que se hallan en trabajos y tormentos por servir a Dios. Mas hemos ya llegado a tiempo en que casi ningún hombre usa de la final razón e intervención por la cual fueron ordenados en el principio los oficios; pues el estado y principio de los Eclesiásticos fué fundado sobre una buena intención, que es entender, amar, recordar y servir a Dios; y lo mismo se sigue de los caballeros, y de los juristas, decretalistas, médicos, artesanos, mercaderes, religiosos, ermitaños y de todos los demás estados, cada uno según su grado. Pero ahora hemos llegado a tiempo en que los hombres tienen olvidada la final intención por la cual fueron inventados los oficios y las ciencias, y no usan de ellos conforme deberían usar; y por eso está el mundo en error y trabajo; y

Dios es ignorado, desamado y desobedecido en gran manera por aquellos que están obligados a haberle de amar, conocer, obedecer y servirle como a verdadero Dios y Señor que es de todo el mundo. Por esta razón, pues, buen amigo, yo os doy por consejo y en penitencia, que andéis por el mundo gritando y cantando entre las gentes, a todos los estados de los hombres, y por entre unos y otros, diciéndoles la intención porque fueron inventados en sus principios el oficio de juglaría y demás oficios; y llevad con vos mismo a este *Libro de Evast y de Blanquerna*, en el cual están significadas las razones por las cuales fueron ordenados e inventados en sus principios los oficios arriba dichos: *Y corregid y reprended con todo vuestro poder, en su caso, tiempo, lugar y oportunidad, a todos aquellos que usan mal de sus oficios; y no temáis la murmuración de las gentes, ni el padecer trabajos, ni la muerte, para que seáis agradable a Dios.*"

3. Admitió el juglar aquella penitencia de Blanquerna, y aceptó aquel oficio que le había dado; y se fué por el mundo, y refería y explicaba el fin porque era la Teología, la Prelacia, la Clerecía, Religión, Caballería y Señorío en los hombres, y decía el fin por el cual eran inventados el Derecho civil y el Derecho canónico, la Filosofía, la Medicina, la Mercadería y otras cosas semejantes a éstas; y reprendía fuertemente a aquellos que no conservaban la final intención, por la cual eran inventadas y ordenadas en el mundo las ciencias, dignidades, artes y las demás cosas arriba dichas; y en las plazas y cortes y monasterios leía el *Libro de Evast y Blanquerna*, con el fin de multiplicar en las gentes la devoción, y que por este medio él tuviese mayor animosidad y fortaleza en cumplir la penitencia que Blanquerna le había impuesto.

4. Hasta aquí habemos hablado de Evast y de Blanquerna. Y por esto ahora conviene que volvamos a hablar del Emperador que Blanquerna encontró en aquel bosque. Después de haber renunciado Blanquerna al pontificado, y siendo ya ermitaño, el Emperador hubo ya ordenado su Imperio para el intento de que en él fuese restituído *l'valor*; y renunció su Imperio a favor de su hijo, para quien había compuesto un *Libro de la doc-*

trina del Príncipe para el régimen de su persona, de su palacio y de su Reino; y habiendo ejecutado todas esas cosas, desamparó el mundo, y se fué a buscar a Blanquerna para que los dos juntos contemplasen a Nuestro Señor Dios en la vida eremítica.

5. Mientras el Emperador iba buscando a Blanquerna, encontró a un Obispo que iba a la corte de Roma para enseñar el *Arte abreviado de encontrar la Verdad*. Aquel Obispo proponía de impetrar del Santo Padre Apostólico el que pudiese hacer leer y enseñar aquel Arte en todos los estudios generales, a fin que por la exaltación del entendimiento (la cual se demuestra verdaderamente en dicho Arte) fuese mayor en el mundo la devoción en amar, honrar y servir a Dios, y en dar conocimiento de Dios a los infieles, que por su ignorancia se van a los perdurables tormentos; y para impetrar este negocio propuso el Obispo gastar todo su patrimonio y las rentas de su Obispado, y emplear en esto todos los días de su vida. Habiéndose, pues, encontrado el Emperador y el Obispo, ambos a dos se conocieron y se saludaron muy civil y agradablemente y se recibieron recíprocamente con grande cortesía, y se informaron uno al otro de su estado y de sus intentos, que se comunicaron.

6. Gran gusto y placer tuvo el Emperador de la devoción del Obispo, y éste de la del Emperador, quien rogó al Obispo que en la corte de Roma fuese Procurador de la Virtud de Valor, la cual ha sido injuriada por tantas personas e impedidas en dar honor y loor a Dios: “y diréis al juglar de Valor, dijo el Emperador al Obispo, que cante estas coplas en la corte, para que el Señor Papa y los Señores Cardenales se acuerden mejor de los hechos y santa vida de los Apóstoles, en cuyos tiempos la santidad de la vida y la devoción vivían y reinaban en el mundo.

Excelso Rey glorioso,
Señor Dios verdadero,
Que en Ti quisiste unir el ser humano,
Acuérdete piadoso
De los que con esmero
Quieren por Ti sufrir golpe tirano

De cruel bárbara mano;
Dales Valor y Celo
Como puedan honrarte,
Servirte y alabarte
Con todo su poder y su desvelo:
Siendo muy de tu gusto
El Celo de tu Honor tan santo y justo.

Ya en el mundo ha nacido
Nuevo fervor hoy día
Apostólico, puro y peregrino,
La edad ha renacido
En que la sangre hervía
Inflamada de amor todo Divino;
Luego el Amador fino
Vaya y publique osado,
El gran Poder bendito,
Y el saber infinito
De nuestro Salvador Dios encarnado;
A fin que el Mundo entero
Ame y sirva a Jesús Dios verdadero.

Ya los Frailes menores
Recuerdan fervorosos,
De un Dios crucificado,
Los debidos Honores;
Ya en Miramar, dichosos,
Que el gran Rey de Mallorca ha destinado,
Y en Colegio fundado,
Se ocupan estudiando,
El idioma morisco;
Y en el Cristiano aprisco,
Recogerán al moro bautizado;
Con que de Africa el suelo,
Volverá a fecundarse para el Cielo.

¿Qué hacéis Predicadores?
Si tanto a Dios amáis,
Esta ocasión lograd, que es oportuna,
Abades y Priores,
Y Obispos, ¿en qué andáis?
Dejad allá los bienes de fortuna;
Sin tardanza ninguna,
Servid a Dios que es justo.
Reyes y potentados,
¿Qué pensáis, regalados,
Con comer y beber sin pena o justo,
Largos sueños durmiendo,
Se logre estar a Dios gozando y viendo?

Grandes, chicos, medianos,
Con gran placer y gusto,
Casi todos de mí se están burlando:
Y contentos y ufanos,
Se me oponen al justo
Proyecto principal, que voy tratando:
Se consume llorando,
Mi cuerpo desfallece;
Mas mi alma, siempre atenta,
En su recuerdo, aumenta,
El celo, y el amor se aviva y crece.
Mi Dios es mi deseo,
Y el procurar su Honor todo mi empleo.

Servir quiero a la Virgen
De mi esperanza amada,
Dulce consuelo y guía;
Mas ¿quién me enseñaría
Adónde está, ¡oh Blanquerna!, tu morada?
Feliz yo, si consigo
Estar siempre con Dios allí contigo.

7. "¿Cómo, qué me decís, Señor, dijo el Obispo al Emperador, sabéis vos quién es Blanquerna?" Respondió el Emperador, y refirió cómo un día se había encontrado con él yendo solo y perdido por el bosque donde Blanquerna buscaba lugar para su ermita; y dijo también cómo él le había prometido que satisfaría a Valor la injuria y faltas que contra él había cometido. El Obispo refirió también al Emperador la santa vida de Blanquerna y enseñóle las señas por donde podría encontrar el puesto donde vivía en vida ermitaña. Alegróse mucho el Emperador de lo que el Obispo le había referido de Blanquerna, y de haberle enseñado el camino por donde podía encontrarle. El Obispo tomó las coplas y se despidió agradablemente del Emperador, y le dejó en comanda de las bendiciones de Dios.

8. Por gracia de nuestro Señor Dios, ha finido el LIBRO DE EVAST, ALOMA Y BLANQUERNA, su hijo; ne el cual se ha tratado del Matrimonio, de Religión, de Prelacia en los Obispos y Arzobispos y de sus oficiales en sus Obispados; del Apostólico Señorío que tiene el Santo Padre Apostólico y los Señores Cardenales en el régimen espiritual de la Universal Iglesia Santa, y de la vida eremítica contemplativa, para dar doctrina cómo todos los hombres deban vivir en este mundo en servicio de Dios, y recibir su Divina gracia, y en el otro mundo la Gloria, a la cual por su Divina Bondad nos quiera llevar para más perfectamente entenderle, amarle y servirle y de todo darle gracias sin fin. Amén.

FIN

INDICE

LIBRO TERCERO

DEL ESTADO DE PRELACÍA EN OBISPOS Y ARZOBISPOS, DIVIDIDO
EN ONCE CAPÍTULOS

	Págs.
CAP. LXXIV. Cómo el Abad Blanquerna fué elegido Obispo, y contra su voluntad confirmado en esta dignidad por el Santo Padre de Roma.....	5
CAP. LXXV. Trata del modo con que el Obispo Blanquerna arregló y ordenó su obispado, y de las loables y bellas ordenaciones que hizo en la repartición de sus rentas en servicio de la Iglesia y en el arreglamiento de los estudios de Teología y Derecho canónico y Oficios que instituyó, en que se empleasen ocho Canónigos para predicar continuamente las ocho Bienaventuranzas que promete Jesucristo en su sagrado Evangelio.....	8
CAP. LXXVI. Trata de la pobreza, primera Bienaventuranza, y del buen modo que el Canónigo, procurador de la predicación de dicha Bienaventuranza, tenía en proveer a los pobres, y cómo reprendía a los ricos de espíritu que dejan de dar limosna a los pobres para que en fin Dios hartase a todos en la eterna Bienaventuranza del Paraíso.	11
CAP. LXXVII. Trata de la mansedumbre, segunda Bienaventuranza, y de la bella manera en que con su doctrina y ejemplo la enseñaba el Canónigo predicador de ella, y	

	Págs.
cómo por sus méritos y santa vida se convertían muchos a Dios.....	15
CAP. LXXVIII. Que trata del llanto, que es la tercera Bienaventuranza, enseñando en dónde, por qué y cómo debe el hombre mover su corazón a devoción y sus ojos al llanto, según el ejemplo y doctrina del Canónigo predicador de esta Bienaventuranza.....	20
CAP. LXXIX. Trata de la aflicción, cuarta Bienaventuranza, y cómo y en qué cosas deba el hombre afligir su cuerpo, según doctrina y ejemplos del Canónigo predicador de ella.....	25
CAP. LXXX. Trata de la Misericordia, quinta Bienaventuranza, y cómo deba el hombre ejercitarla con su prójimo socorriéndole, según el ejemplo y doctrina del Canónigo predicador y procurador de ella.....	27
CAP. LXXXI. De la mundicia de corazón, sexta Bienaventuranza, y cómo deba el hombre en todo tiempo procurar de obtenerla y guardarla en sí, según la bella doctrina y ejemplo del Canónigo predicador de ella.....	32
CAP. LXXXII. Trata de la paz, séptima Bienaventuranza, y del buen modo co quen el Obispo Blanquerna, que le había tomado por propio oficio, todos los días la trataba y enseñaba entre los que estaban en riñas y en discordia, y la predicaba a ejemplo e imitación de Jesucristo.....	35
CAP. LXXXIII. Trata de la Persecución, octava Bienaventuranza, y de la buena dirección que el Canónigo, su procurador, tenía en ejercer su oficio, reprendiendo y corrigiendo los vicios de cuantos conocía ser viciosos, tolerando con paciencia las injustas maldiciones y escarnios de muchos para obtener el Reino de los Cielos.....	39
CAP. LXXXIV. Trata de la disputa <i>de qualibet</i> , esto es, de varias cuestiones que el Obispo Blanquerna ordenó se tuviese en su presencia para tener ocasión de saber mejor regular y ordenar su Obispado en todo lo que fuese menester, y de las diez cuestiones que entre otras se le propusieron, a quienes no quiso dar solución, sí que las llevó a Roma a proponerlas al Papa y a los Cardenales para que allí las decidiesen. Y cómo en el tiempo en que se habían de resolver murió el Papa.....	46

LIBRO CUARTO

QUE TRATA DEL APOSTÓLICO SEÑORÍO QUE RESIDE EN EL PADRE SANTO, PARA DIRIGIR Y CONSERVAR EN BUEN ESTADO A TODO EL MUNDO EN HONOR DE DIOS COMO TIENEN PODER PARA ELLO; EL CUAL ES DIVIDIDO EN DIECIOCHO CAPITULOS, Y EN ELLOS ESTÁN OBTENIDAS LAS BELLAS ORDENACIONES Y REFORMA QUE EL PAPA BLANQUERNA HIZO DEL ESTADO DEL MUNDO SEGÚN LAS RÚBRICAS DEL «GLORIA IN EXCELSIS DEO», LAS CUALES REPARTIÓ EN OFICIOS PARA SÍ Y PARA LOS CARDENALES

CAP. LXXXV. Del razonamiento que el Obispo Blanquerna tuvo con uno de los Cardenales después de la muerte del Papa sobre la solución de sus cuestiones y sobre si los Ar-
tículos de la Fe pueden ser demostrados, y con qué de-
mostración. Y de las grandes alabanzas que aquel Carde-
nal dió a los otros de la ciencia del Obispo Blanquerna, y
cómo fué también alabado a los otros mismos Cardenales
por el juglar del Emperador y por aquel Obispo que re-
nunció a su Obispado por hallarse todos entonces en la Cu-
ria Romana por negocios del servicio de Dios. Y cómo
por todas estas alabanzas, virtud, ciencia y santa vida que
los Cardenales conocieron en él, de unánime voluntad, le
eligieron Papa.....

49

CAP. LXXXVI. Del buen modo con que el Papa Blanquerna,
luego que fué elegido, iba todos los días informándose del
estado de la corte y de los Cardenales. Y del sabio que
vino a él en forma y especie de necio para servir a Dios y
hacer sabios a otros en aquel oficio. Y de las bellas orde-
nanzas que el Papa hizo, repartiendo entre los Cardenales
las rúbricas y versículos del GLORIA IN EXCELSIS DEO, por
oficios y cargos, de los cuales tomó el primero para sí en
propio oficio, para que todos, a su ejemplo, den gloria a
Dios.....

56

CAP. LXXXVII. De GLORIA IN EXCELSIS DEO, y de los varios
y bellos modos que el Papa Blanquerna con sus Cardena-
les inventaron todos los días, por razón de su oficio, cómo

ron al Papa muchos sabios. Y de los oficiales e institutos que ordenó el Cardenal para honrar la sabiduría y manifestarla a los hombres, para que con ella alaben a Dios y le rindan gracias por los beneficios que continuamente les hace.....	102
CAP. XCIV. De DOMINE DEUS REX COELLESITIS PATER OMNI-POTENS, y del oficio que tomó el séptimo Cardenal de honrar el Poder Divino. Y del razonamiento que tuvo con el Papa y el Camarlengo y otros Cardenales, por cosas tocantes a su encargo, y de la fervorosa devoción que tenía en servirlo, para lo cual estableció diferentes oficiales, que con diversos modos lo manifestasen a los hombres por el mundo.....	107
CAP. XCV. De DOMINE FILI UNIGENITI, JESU CHRISTE, y del oficio que el Cardenal de este título se tomó de inquirir y administrar noticias para servir, con él, al Unigénito, Hijo de Dios. Y de los muchos procuradores que envió por varias tierras del mundo, de los cuales cada día recibía aviso, y daba relación al Papa del estado de todas las gentes, a fin de mejor proveer cómo Dios fuese alabado por ellos en todo el mundo.....	111
CAP. XCVI. De DOMINI DEUS AGNUS DEI FILIUS PATRIS, y de la bella ordenación que hizo el Papa Blanquerna de que anualmente, por todos los Obispos y Arzobispos, fuese tenido Capítulo en sus Obispados, y por cuatro Cardenales sobre aquéllos, y por el Papa sobre los Cardenales, y después sobre él mismo; y del oficio de pesquisidor mayor que dió al Cardenal de DOMINE DEUS AGNUS DEI, y de sus oficiales.....	117
CAP. XCVII. De QUI TOLLIS PECCATA MUNDI. Y del oficio de procurador que tomó el Cardenal de este título; y de los oficiales procuradores que nombró. Y de la memoria y recuerdo que hizo cierto hombre lego de cómo los infieles mueren condenados en el infierno, y del establecimiento y ordenación que sobre esto hizo el Papa Blanquerna con el Cardenal de QUI TOLLIS PECCATA MUNDI.....	120
CAP. XCVIII. De QUI TOLLIS PECCATA MUNDI SUSCIPE DEPRECATIONEM NOSTRAM. Y de la queja que un cristiano pobre tenía contra un judío, que le oprimía en un pleito, por tener más favor. Y de la cuestión que propuso el Cardenal de SUSCIPE DEPRECATIONEM NOSTRAM ante el Papa; y de los	

jueces y abogados que estableció y asalarió el Papa de los bienes de la Santa Iglesia, para que declarasen las causas igualmente de todos los litigantes en la Curia romana, sin que tomasen servicio ni honorario alguno de ningún particular.....	123
CAP. XCIX. De QUI SEDES AD DEXTEREM PETRIS MISERERE NOBIS. Y del oficio de comparaciones que dió el Papa Blanquerna al Cardenal del título de esta rúbrica. Y del libro de las comparaciones que mandó a sus discípulos proponer a las gentes por todo el mundo. Y cómo por las comparaciones que el Cardenal y sus discípulos hacían cada día a los hombres atribulados, muchos de ellos se reconocían a sí mismos, loaban a Dios y se ponían en vía de salvación.....	127
CAP. C. De QUONIAM TU SOLUS SANCTUS; y del oficio de predicación y de consideraciones que encargó el Papa Blanquerna al Cardenal del título de esta rúbrica; y de los oficiales que nombró para andar por todo el mundo proponiendo consideraciones a los hombres de las penas del infierno y de la gloria del Paraíso, y cómo estableció predicadores, a quienes dió arte y modo cómo debían predicar y exaltar la voluntad de las gentes a la devoción.....	132
CAP. CI. De QUONIAM TU SOLUS DOMINUS. Y de la bella ordenación que hizo el Papa Blanquerna con sus Cardenales cómo por todo el mundo se supiese hablar en latín, por ser este idioma el más conveniente para entenderse entre sí todas las gentes, y para convenirse más fácilmente en profesar una misma Fe y servir a Dios más cómodamente; y cómo la procuración de este negocio fué encomendada por oficio propio al Cardenal del título de esta rúbrica...	134
CAP. CII. De TU SOLUS ALTISSIMUS JESU CHRISTE CUM SANTO SPIRITU IN GLORIA DEI PATRIS AMEN. Y del oficio que ordenó el Papa de enviar mensajeros para resguardo de los caminos y seguridad de los que irían a predicar la palabra de Dios a los infieles. Y del oficio de tratar la paz entre los Comunes, que encomendó el Papa al Cardenal que tomó el título de esta rúbrica; y del gran bien que con su diligencia hacía con su oficio.....	137

LIBRO QUINTO

DEL ESTADO DE VIDA EREMÍTICA, EN QUE SE TRATA DE LA
ALTA CONTEMPLACIÓN Y SANTA VIDA EN QUE BLANQUERNA
ESTUVO EN SU EREMITORIO, SIENDO ERMITAÑO, DESPUÉS
DE HABER RENUNCIADO AL PONTIFICADO

- CAP. CIII. De cómo el Papa Blanquerna renunció al Pontificado para hacerse ermitaño y estarse toda su vida alabando y contemplando en Dios Nuestro Señor y suplicarle por la conservación del buen estado en que había venido el Pontificado y toda la corte romana por la ordenación del GLORIA IN EXCELSIS DEO..... 141
- CAP. CIV. De cómo Blanquerna se despidió del Papa y de los Cardenales, partiéndose para el desierto, donde ya se había prevenido su eremitorio, hasta donde le acompañaron dos Cardenales, por no haber querido quedarse entre los ermitaños de Roma..... 144
- CAP. CV. De la santa vida que Blanquerna hacía todos los días en su ermita, y de la contemplación y gozo interior que tenía sirviendo a Dios Nuestro Señor..... 146
- CAP. CVI. De cómo el ermitaño de Roma, Visitador de los demás ermitaños, vino a rogar a Blanquerna le compusiese un libro para mantenerlos en la devoción y contemplación de Dios Nuestro Señor; y cómo le prometió hacérselo y enviárselo por su Diácono..... 148
- CAP. CVII. Que trata de los diálogos y cánticos de amor que son entre los dos, los cuales son ejemplos abreviados y parábolas (que necesitan de exposición), por las cuales el entendimiento sube más alto en la contemplación y devoción y amor de su Amado; y por esta causa son tantos como hay días en el año, y cada cual basta para contemplar todo un día según el Arte de contemplación. El Amado es Nuestro Señor Dios, como Creador y Recreador y último fin de cuanto tiene ser; el amigo es cualquier devoto y fiel cristiano, puesto en contemplación y servicio de Aquel. Amor es la caridad y benevolencia con que se aman el amigo y el Amado; y los tres (hablando en Dios simpliciter) son una misma cosa; y en todos modos se distinguen entre sí..... 150

ARTE DE CONTEMPLACION

CAP. CVIII. En que se continúa por su orden la materia de este quinto libro. La cual Arte hizo Blanquerna en su ermita para elevar su entendimiento en Dios y permanecer todos los días en contemplación, lágrimas y devoción de su divino Amado.....	203
CAP. CIX. Del modo con que Blanquerna contemplaba las Virtudes y dignidades divinas cada una por sí, y las unas con las otras, siendo todas una misma cosa, empezando primeramente por la Bondad divina	205
CAP. CX. De la manera en que Blanquerna contemplaba las virtudes y dignidades de Dios de tres en tres, y después al otro día de cuatro en cuatro, y de cinco en cinco, etc., para usar de diversos modos y tener diferentes materias en contemplar a Dios.....	209
CAP. CXI. De la Esencia de Dios y del modo cómo Blanquerna la contemplaba por las Dignidades y Virtudes Divinas, y según ésta le representaba por la esencia y el ser de las criaturas como por su efecto.....	214
CAP. CXII. De la unidad de Dios, y del modo cómo Blanquerna la contemplaba por sus Virtudes y Dignidades en orden a las criaturas. De donde entendía la necesidad de la existencia de aquélla y el ser Dios uno por Esencia, como se demuestra claramente aquí en este capítulo.....	219
CAP. CXIII. De la Trinidad Santísima de Dios y de la operación necesaria intrínseca que hay en El por la producción de las tres Divinas Personas	222
CAP. CXIV. De la Encarnación del Hijo de Dios, y del modo cómo Blanquerna la contemplaba altamente por las Virtudes y Dignidades Divinas. Y de la grande admiración que le causaba el ver cuán pocos son los hombres que creen en ella y la honran, y aún menos los que están a ello más obligados.....	226
CAP. CXV. De la Pasión de Jesucristo, Salvador Nuestro; y cómo Blanquerna la contemplaba, después de la Santa Trinidad y Encarnación, con las tres potencias de su alma, por los actos de cada una de las Virtudes y Dignidades Divinas aquí expresadas.....	230

CAP. CXVI. De la oración del PATER NOSTER, y cómo Blanquerna contemplaba en ellas las Virtudes y Dignidades de Dios, y por ellas la expositaba, y declaraba una de sus partes contemplando en su alma a Dios	242
CAP. CXVII. De la oración del AVE MARIA, y del modo cómo Blanquerna contemplaba en ella y en Nuestra Señora con las Virtudes y Dignidades de su Hijo Dios Jesucristo, y cómo la exponía y declaraba altamente en su contemplación	246
CAP. CXVIII. De los Mandamientos de Dios, principalmente del General de quien depende la Ley y los Profetas, y cómo por aquel es el hombre muy obligado a amar a Dios sobre todas cosas con cada una de las potencias de su alma por sus actos y al prójimo como así mismo.	250
CAP. CXIX. Del MISERERE MEI DEUS. Y cómo Blanquerna expositando y contemplando las palabras de David por las Virtudes y Dignidades Divinas contemplaba a Dios en su Esencia, Trinidad y Encarnación.....	254
CAP. CXX. De los siete Sacramentos de la Santa Madre Iglesia; de la necesidad de aquéllos, con un modo breve para significar las Divinas Virtudes, con las cuales Blanquerna los contemplaba en su alma.....	257
CAP. CXXI. De las siete Virtudes y sus actos, por los cuales contemplaba Blanquerna las Virtudes Divinas increadas, las cuales le habían comunicado las suyas creadas.....	263
CAP. CXXII. De los siete pecados mortales, en la forma que Blanquerna contemplaba cómo se causan y engendran en nosotros; y cómo pueden ser destruidos. Y de la razón por qué son permitidos en nosotros por Nuestro Señor Dios...	268
CAP. CXXIII. De la peroración y fin del libro, y de la penitencia que dió Blanquerna al juglar que vino a buscarle en su ermita. Y del Emperador que iba también buscando a Blanquerna para hacer con él penitencia en el desierto Del Obispo que pasaba a Roma y se encontró con el Emperador. De las coplas que le dió; y del razonamiento que los dos tuvieron sobre restituir a Valor en su dominio y señorío que tiene perdido en el mundo.....	271

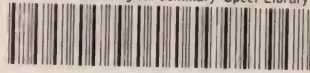
Date Due

JUN 15 1995



PQ6412 .L88B6 v.2
Blanquerna, maestro de la perfeccion

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00004 4471

ESPASA-CALPE